PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA **MARTA DE MONT MARÇAL 2023**

YASHMINA SHAWKI

EL ABRAZO DE LA VENGANZA

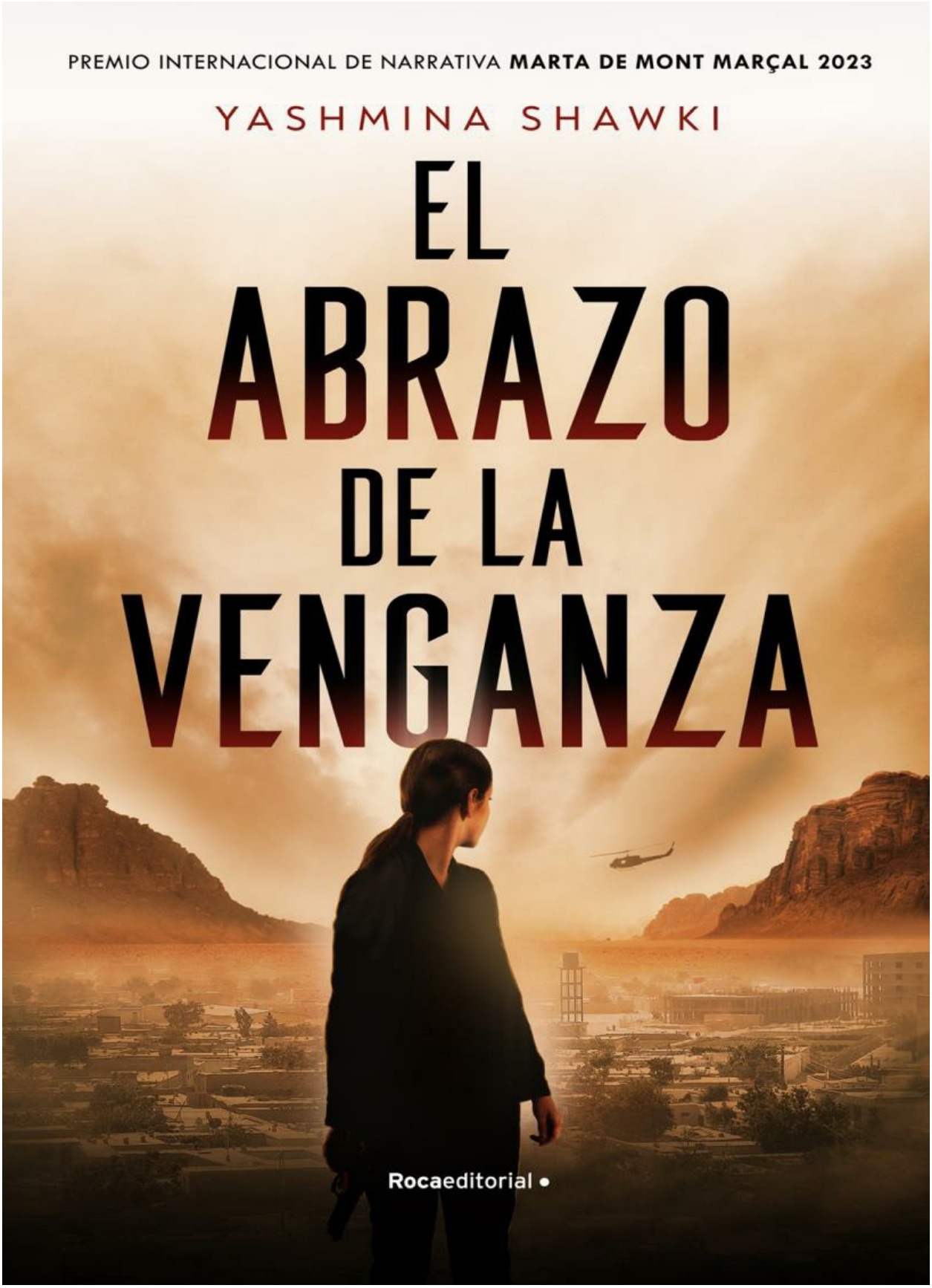


Rocaeditorial •

PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA **MARTA DE MONT MARÇAL 2023**

YASHMINA SHAWKI

EL ABRAZO DE LA VENGANZA



Rocaeditorial

El abrazo de la venganza

Yashmina Shawki



EL ABRAZO DE LA VENGANZA

Yashmina Shawki

PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA MARTA DE MONT MARÇAL 2023

Cuando una persona se rompe, no se puede reparar. Miriam Muntasir lo sabía muy bien. Llevaba meses luchando por recuperarse de todo el daño físico y moral que le habían infligido solo por el hecho de ser mujer y yazidí. Había sido sometida a todo tipo de torturas para obligarla a renunciar a lo que era como ser humano. Y los fanáticos de Dáesh casi lo consiguieron. Habiendo descendido al peor de los infiernos, ya solo le quedaba levantarse y reclamar lo que en justicia le correspondía: venganza.

Pero Miriam no era la única que buscaba hacer pagar a los terroristas por sus crímenes. Malik al Gharoudi, un joven con un prometedor futuro, había dejado, diez años antes, al amor de su vida, a su familia y a sus amigos para ajustar cuentas con aquellos que, en nombre de una fe cuyo mensaje habían retorcido hasta convertirla en una aberración, mataban indiscriminadamente.

Miriam y Malik proceden de entornos diferentes, pero comparten un objetivo común, por lo que se convierten en inesperados compañeros de acción antiterrorista junto con un grupo plurinacional de valientes, en una carrera contrarreloj por diversos países europeos y el norte de África.

ACERCA DE LA AUTORA

Amber Smith nació en Vigo y es hija de española (gallega) y de kurdo iraquí. Hasta los dieciocho años vivió entre España e Iraq. Cursó parte del bachillerato en la Escuela de Música y Ballet de Bagdad. Se licenció en Derecho (1992) y en Historia Contemporánea (1993) en la Universidad de Santiago de Compostela.

Escritora habitual en prensa desde 1997, es columnista de La *Voz de Galicia* desde 2001 y colaboradora, entre otras, de la revista *A festa da palabra silenciada*, Luzes, Raíces, etc. Participa semanalmente en la tertulia política de Radio Voz *Despierta Galicia* y, de manera habitual, como especialista en temas de Oriente Próximo en diversos programas de A Radio Galega, la Televisión de Galicia, Vía V, Radio Francia Internacional, Radio Sefarad, etc. Como ensayista ha publicado *El despertar árabe, ¿sueño o pesadilla?* (USC Editora, 2013), y como narradora ha publicado en castellano las novelas *Baghdad a un paso del infierno* (Terra ignota, 2017), *Kurdos, destino libertad* (Ineditor, 2007); en gallego, los relatos cortos «Contos ao carón da lareira» (Nova Galicia Edicións, 2007) y la novela *Fundación Libélula* (Xerais, 2011).

Índice

Portadilla

Acerca de la obra

Dedicatoria

1. En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso
2. Solo en la cima de la montaña se encuentra la verdad
3. El fin de todo y el comienzo de nada
4. El agridulce sabor de la venganza
5. Ellas. Nosotras. Todas
6. El descanso por el deber cumplido
7. Aquello que nos impele a ser lo que de verdad somos, aunque no queramos
8. El origen
9. Sospechas
10. Todo tiene una explicación
11. Saldando cuentas
12. Justicia, al fin

Créditos

Dedicado a todas las mujeres yazidíes asesinadas,
esclavizadas, raptadas, torturadas y violadas
por los terroristas del Dáesh.

Dedicado a todas las mujeres afganas
sumidas en la más descorazonadora e ignominiosa
oscuridad por el retrógrado régimen talibán.

Dedicado a esas personas anónimas
que todos los días arriesgan sus vidas
para proteger las nuestras.

1

En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso

> «*Alif, lam, ra*. Esas son las aleyas del Libro y de un Corán explícito». «Quienes no hayan creído, tal vez desearan, en el día del Juicio, el haber sido musulmanes». «¡Déjalos que coman y disfruten, que la esperanza de los bienes temporales los distraiga, pues pronto sabrán la verdad!».
>
> *Azora XV, Al-Hichr*, vv. 1-3

Túnez, en algún lugar al sur del país
1 de agosto de 2016

Una inesperada ráfaga de viento surgió con furia de las entrañas del desierto y avanzó hacia un tramo solitario de la carretera que conducía a la frontera sur del país. La brisa, que había esculpido ondas sobre las dunas, se transformó en un violento simún, tan repentino como peligroso. Olas gigantescas de arena surgieron del inhóspito vientre del desierto. Y la ardiente claridad se tornó ocre y luego rojiza. La mañana se transformó en atardecer. Nada era visible. Y el aire, de tan espeso, resultó irrespirable. Durante unos minutos el viento rugió con tanta fuerza como la de un tornado, pero, de manera tan súbita como se había originado, cesó. Se hizo el silencio. Y cuando por fin la arena se depositó en el suelo y el aire se aclaró, el infinito del Sahara volvió a ser un espejo brillante besando el horizonte. Eterno, inabarcable e impenetrable hasta que tres minúsculas manchas aparecieron tras un promontorio de caliza moldeado por la incesante acción del viento y de los elementos. Avanzaban con relativa rapidez por la extensión de arena salina y ligeramente blanquecina que se extendía desde los pies del montículo hasta la carretera.

No tardaron en aumentar de tamaño. A medida que se fueron acercando a la carretera sus figuras se tornaron más claras hasta distinguir a tres hombres con ropa de camuflaje. Llevaban la cabeza cubierta con viseras de color arena, los ojos ocultos tras gafas de sol y la boca tapada por un pañuelo. Se dirigían, muy agachados, casi arrastrándose, a una granja aparentemente abandonada al otro lado de la carretera. Se detuvieron al llegar al muro de adobe semiderruido que circundaba la propiedad. Aguardaron tendidos sobre el suelo sin moverse. Cuando estuvieron seguros de que nadie se había percatado de su presencia, se sentaron con la espalda apoyada en los ladrillos ardientes. Permanecieron inmóviles y en silencio un par de minutos hasta que su respiración se normalizó. Más tranquilos, relajaron sus posturas antes de sacudir un poco la arena y el polvo que cubría su ropa y sus caras. Hacía un par de horas que había amanecido y el calor del sol ya era sofocante, pero ninguno parecía afectado.

Formaban un grupo curioso que de ninguna manera hubiera pasado desapercibido en cualquier otro lugar. De hecho, constituían una grave anomalía en esa soledad de arena únicamente interrumpida por la infinita carretera que se dirigía a la inmensidad del desierto del Sahara. Sin

testigos en decenas de kilómetros a la redonda, no tenían que disimular lo que su forma de moverse y su físico indicaban: que eran militares en una operación encubierta.

Aunque los tres lucían un saludable moreno, su fisonomía delataba lo diverso de su procedencia. El de la izquierda, de aspecto magrebí, era el más bajo de los tres y llevaba un cuidado bigote. Robusto pero delgado, mascaba chicle, probablemente para controlar su ansiedad. El del medio, de fisonomía árabe, era el más alto y fuerte, y lucía algunas canas en su tupido pelo negro. A diferencia de sus compañeros no mostraba el más mínimo indicio de tensión. Por el contrario, estaba tan relajado que, más que encontrarse en medio de una intervención armada, parecía haber salido a dar un tranquilo paseo matutino. El hombre de la derecha, el más joven, de pelo castaño claro y piel dorada, era el europeo del trío. La única muestra de su inquietud eran las pequeñas sacudidas de su pierna izquierda.

A una indicación del hombre del medio, el más joven extrajo un pequeño espejo de su mochila, desplegó su extensor y lo elevó ligeramente por encima del muro para ver lo que ocurría dentro de la granja. Integrada por cuatro edificios, dos de ellos con aspecto de almacenes para cosechas y aperos, no mostraba ningún signo de vida salvo por algunas gallinas picoteando el suelo bajo dos agonizantes olivos.

Era tal el silencio que se podía oír el zumbido de las moscas a kilómetros de distancia. Por ello, cuando se produjo una vibración en la chaqueta del magrebí, se sobresaltaron. El hombre de bigote extrajo con rapidez un *walkie-talkie* de uno de sus bolsillos. Una incongruencia en los tiempos que corrían, pero necesaria para evitar ser descubiertos por los detectores de alta tecnología.

—Atlas uno, atlas uno, aquí atlas dos en posición. Cambio.

—Atlas dos, atlas uno también en posición —respondió susurrando el hombre de bigote—. ¿Qué sabemos de atlas tres y atlas cuatro? Cambio.

En el *walkie* se hizo el silencio solo interrumpido por algunos chisporroteos eléctricos. Tras un instante, que pareció prolongarse una eternidad, se oyó un nuevo chasquido.

—Aquí, atlas tres en posición, cambio.

—Atlas cuatro también en posición, cambio.

El hombre de bigote miró a sus acompañantes antes de contestar.

—Mantengan la posición en silencio absoluto hasta que Fénix confirme que el águila está localizada. Repito, mantengan la posición hasta mi orden. Corto y cambio.

El hombre más alto y corpulento se revolvió inquieto antes de hablar.

—¿Estamos seguros de que el águila está aquí?

—Comandante, esta es la única construcción en decenas de kilómetros. Además, la lectura térmica del satélite ha confirmado la presencia de seres humanos y, a la vista de donde nos encontramos, solo pueden estar dentro —respondió el magrebí—. Por no hablar de la actividad electrónica que se ha detectado en la construcción principal.

—Esta situación no me gusta nada. No podemos aproximarnos sin que nos vean y tampoco me parece sensato aguardar hasta la noche para entrar amparados por la oscuridad. Mientras esperamos aquí sin hacer nada puede suceder cualquier cosa. Y el águila está dentro, sola —afirmó con cierto enojo el hombre más alto.

—A mí tampoco me gusta. El águila es mi compañera y si le pasara algo nunca me lo perdonaría —respondió el hombre más joven de los tres—. Pero debemos aguardar hasta confirmar que en Barcelona, Madrid, París y Bruselas están todos los efectivos en posición y preparados para intervenir al mismo tiempo. No podemos precipitarnos. Es mucho lo que hay en

juego.

No había terminado de hablar cuando un grito procedente del interior de uno de los edificios rasgó el silencio de la inmensa soledad en la que se encontraban. Los tres hombres se pusieron en cuclillas casi de manera simultánea y asomaron sus cabezas por encima del muro. Seguía sin verse nada en el exterior de la granja, si bien las gallinas, asustadas, corrían hacia uno de los galpones.

En varias capitales europeas
1 de agosto de 2016

Apenas si sintió la mano en el hombro antes de que le tiraran al suelo y le inmovilizaran. En menos de un minuto le habían amordazado, esposado las manos a la espalda y atado los pies con una brida. Calculó que eran al menos seis hombres, aunque dado el reducido tamaño de su habitación parecían muchos más. Llevaban puesto el uniforme de intervención, lo que incluía chalecos antibalas y cascos con visera transparente. Aunque, para preservar su identidad, llevaban la cabeza y la cara cubiertas con pasamontañas y gafas oscuras. Gruesos guantes cubrían sus manos y no hablaban entre ellos. Se comunicaban con gestos. Todo para evitar que pudiera recordar su voz, su imagen o algún aspecto de su fisonomía y reconocerlos en un futuro. Sin duda pertenecían a una de esas unidades supersecretas de las que se hablaba en la red oscura. Se sabía de su existencia, pero nadie había logrado determinar cómo operaban, dónde estaba su sede, ni quiénes eran sus miembros. La única certeza era que los mayores golpes al Califato de Occidente los habían perpetrado ellos, y se sospechaba que algunos de sus integrantes se habían infiltrado en las células de los combatientes de Alá con el objeto de delatar a los *hermanos*.

Estaba empapado en sudor. Tenía la boca seca y el corazón le latía desbocado. Definitivamente estaba aterrorizado. Le habían descubierto, pero eso no le preocupaba. Llevaba toda la vida esperando para convertirse en un *shahid*, así que estaba preparado para ser torturado y morir. Pero para lo que no estaba preparado era para un sacrificio inútil como este. Le mortificaba que le hubieran atrapado sin que le hubiera dado tiempo de cerrar la sesión del ordenador y destruir toda la información. Ahora tenían una puerta abierta a la *organización* y no había manera de advertir a los *hermanos*. Los expertos podían sentarse en su lugar y continuar con su actividad sin que nadie se percatara del cambio. Consciente de que no le enviarían a ninguna prisión convencional donde pudiera contactar con alguien del exterior y dar la señal de alarma, la debacle era inminente. Todo estaba perdido. Después de tanto esfuerzo y dedicación, todo se iba al garete por su culpa. Pero ¿cómo habían podido descubrirle? ¿Quién había podido traicionarle?

Habían estado tan cerca de lograr su propósito, tan cerca de provocar el caos en los diferentes países y agravar la división entre ellos… Tan cerca de poder derribar sus corruptos gobiernos e instaurar el nuevo Califato… ¡Oh, cuán duras eran las pruebas que Alá tenía reservadas para ellos!

Por fin, uno de los *kufar* le habló, aunque con voz distorsionada.

—Chérif Abdulkader, queda detenido. Está usted acusado del asesinato de sesenta personas, de herir a más de trescientas y de ser cooperador necesario en varios atentados terroristas en toda Europa. Tiene derecho a permanecer en silencio y a no declarar, también tiene derecho a la asistencia de un abogado. Sin embargo, sepa que podemos retenerle absolutamente incomunicado durante setenta y dos horas y que este tiempo, en virtud de la ley antiterrorista, puede ser ampliado todo lo que sea preciso para llevar a cabo nuestra investigación. Le

recomiendo que coopere para no prolongar innecesariamente esta situación.

Le pusieron unos cascos sobre la cabeza y después le cubrieron con un saco de tela negra. La música ensordecedora y las dos capas de tela sobre los ojos tenían por objeto privarle del sentido de la vista y del oído para que fuera incapaz de determinar a dónde lo llevaban y cuánto tiempo habían empleado en su traslado. Desde luego se estaban tomando muy en serio su detención, tanto que no le cupo duda de que nunca más volvería a ver la luz del sol. Se resistió, pero le empujaron hacia las escaleras y le obligaron a bajarlas casi en volandas. Después sintió que le sacaban del edificio en Saint-Denis donde llevaba atrincherado desde hacía semanas colaborando con los *hermanos* en la organización y ejecución de los diversos atentados que habían conmocionado a media Europa.

Era el fin.

Entró en la carnicería sin prestar atención a los tres clientes que aguardaban su turno. Tan abstraído estaba con el móvil que ni siquiera se dio cuenta de que quien estaba cortando un cordero por la mitad no era Bashir. Para cuando levantó la vista alguien había bajado de golpe las dos persianas sumiendo el local en la penumbra. Segundos después se vio inmovilizado por otros dos hombres con la cabeza cubierta con pasamontañas. Se revolvió cuanto pudo, pero fue en vano. Pronto se encontró con la mejilla derecha apoyada en el suelo y el cuerpo inmovilizado bajo las rodillas de sus captores. No tardaron en ponerle unas esposas en las manos y atarle los pies con bridas. A continuación, le cubrieron los ojos y le amordazaron. Después le levantaron y, mientras se revolvía, le pusieron un saco de tela sobre la cabeza. A empujones le instaron a moverse hacia lo que supuso que era la trastienda del local. Quienes fueran los que le habían atrapado no deseaban ser vistos a plena luz del día ni provocar las protestas de los vecinos de origen marroquí y argelino que habitaban el barrio de la Barceloneta. Bastante problemático era ya.

Le hubiera gustado gritar pidiendo ayuda, pero le resultó imposible. Pese a ello, decidió no ponérselo fácil, así que se resistió y revolvió lo que pudo hasta que sintió un fuerte golpe en la nuca.

Cayó la noche.

Alguien debió de advertirles de su llegada porque, cuando derribaron la puerta de la entrada, solo pudieron atrapar a cuatro de los diez sospechosos. Los otros seis habían huido por la puerta trasera de la vivienda de uno de los suburbios más humildes de la capital londinense. Intentaron dispersarse saltando las vallas de los jardines traseros de las casas vecinas, pero cuatro de ellos no tardaron en ser atrapados por agentes de las fuerzas especiales. La persecución de los dos últimos fugados resultó más complicada.

Los sospechosos lograron hacerse con un vehículo amenazando a su conductor con un arma. Salieron a gran velocidad del suburbio para dirigirse a una de las autovías que conducían al norte del país. Aunque no tardó en ponerse en marcha un dispositivo de búsqueda y captura y se cerraron muchos de los accesos y salidas de esa autovía, no supieron dónde se encontraban hasta que una de las cámaras que vigilaba el tráfico detectó a los fugitivos a quince kilómetros de distancia. La policía optó por que siguieran su marcha sin dejar de vigilarles con la ayuda de varios drones y de todas las cámaras que había en la ruta. No deseaban iniciar una persecución que pusiera en peligro a los ocupantes de los otros vehículos, pero tampoco podían perderles. Por

fin, cuando los fugados tomaron una de las salidas de la autovía, la policía decidió bloquearles en una zona de escasa población. Como cabía esperar, eran los miembros más agresivos del grupo y no se rindieron de manera pacífica, sino que, por el contrario, se enfrentaron a los agentes, primero con las armas que portaban y cuando se les acabó la munición optaron por estrellar su coche contra los que bloqueaban su avance. Aunque resultaron heridos no lo fueron de consideración y tras mantener en jaque a la policía durante casi seis horas, por fin fueron trasladados a un lugar de detención para ser interrogados.

Los servicios de inteligencia antiterrorista tenían fundadas sospechas de que se trataba de dos de los elementos más importantes de su organización en Gran Bretaña y puede que en el conjunto del Califato occidental. Un gran golpe, aunque demasiado tarde para evitar el estallido de varias bombas en diversos lugares de la capital.

2

Solo en la cima de la montaña se encuentra la verdad

Ningún aire es tan puro y ningún cielo tan límpido como en el techo del mundo, allí donde la Tierra intenta alcanzar el infinito del universo con un beso brusco de roca helada y nieve perpetua. En lo alto de las más altas torres de piedra, en las cumbres donde embisten los vientos más gélidos, en los oteros desde donde se avistan los amaneceres más indescriptibles y el silencio de las noches es más estremecedor, donde uno puede casi tocar el sol y acariciar las estrellas, solo se puede admirar la creación de Dios. Puede que él aparezca o puede que no, puede que responda a la llamada o puede que permanezca callado, puede que exista o puede que no, puede que lleguemos a creer o puede que mantengamos nuestro escepticismo, pero lo que sin ninguna duda encontraremos es la verdad. Porque cuando un débil, vulnerable y osado ser humano se enfrenta a la inmensidad de la naturaleza en su estado más puro e impenetrable es cuando de su interior surge, como un rugido sordo e incontrolable, la verdad. Esa verdad que siempre nos ha acompañado, aunque nos hayamos negado a verla. Esa verdad que ignoramos de manera deliberada pero que nos sigue a todas partes como un perro fiel. Esa verdad de la que intentamos huir porque es dolorosa, pero a la que debemos enfrentarnos donde no hay lugar para los tapujos ni la manipulación, donde nos encontramos nosotros y el yo, con el ego colgado del desnudo precipicio de la realidad. Y nuestras manos y rodillas rascadas, nuestra espalda encorvada y nuestra cabeza gacha nos obligan a mirarnos los pies para recordar nuestras raíces, para entender de dónde venimos y a dónde hemos llegado. Para reconocer todo lo que nos hemos dejado escalando la pared vertical de la vida y todo aquello que arrastramos con el peso de la edad. Porque solo en la cima de la montaña se encuentra la verdad.

En algún lugar de las montañas de Qala-i-Naw
Provincia de Badghis, Afganistán
Primavera de 2012

Salió del escondrijo donde había permanecido oculto toda la noche en cuanto el primer rayo de sol despuntó por detrás de las cumbres de las montañas. Tenía hambre, pero sobre todo sed, así que avanzó hacia donde había dejado escondida su mochila con más rapidez y menos precaución de lo que hubiera sido recomendable. Confiaba en que nadie en la aldea se hubiera despertado todavía. Pero se equivocó, y para cuando vio los turbantes de los talibanes ascendiendo desde la hondonada donde se encontraba el asentamiento ya era demasiado tarde porque estaba en campo abierto y era un blanco fácil. Comenzaron a dispararle. Sin opción de ocultarse, corrió zigzagueando todo lo deprisa que pudo para esquivar las balas. Pero no hubiera tenido que esforzarse tanto porque ninguna se le acercó demasiado. Era evidente que no querían darle, sino solamente detenerle, ya que era más valioso vivo que muerto. Pero él no estaba dispuesto a que

le cogieran de ninguna manera. Así que hizo caso omiso y aceleró aún más su carrera hasta el matojo tras el cual le aguardaba su mochila. Se tiró al suelo. La cogió, introdujo los brazos por las asas, se la ajustó rápidamente a la cintura y avanzó arrastrándose hacia el borde del precipicio hasta que un talibán le gritó en pastún que se detuviera. Para sorpresa de su perseguidor le hizo caso.

Se puso de pie, levantó los brazos y se dio la vuelta lentamente. Después se arrodilló y colocó sus manos detrás de la cabeza en señal de rendición. Media docena de hombres avanzaron hacia él con las armas apuntándole a la cabeza. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, en un movimiento inesperado se tiró al suelo y les lanzó todo el polvo que pudo coger con sus manos. Después aprovechó la polvareda y la confusión para reptar marcha atrás hasta alcanzar el borde del precipicio. Se descolgó despacio por la pared de la montaña y después bajó varios metros, ajeno a los arañazos y a los golpes que se daba contra las rocas. No tuvo tiempo de cambiarse el calzado ni ponerse los guantes protectores, así que pronto comenzaron a desollársele los dedos. Pese al dolor, continuó descendiendo.

Los talibanes tardaron un par de minutos en reaccionar. Cuando se dieron cuenta de que había desaparecido se asomaron al borde del precipicio. Empezaron a disparar. Si no podían capturarle vivo al menos intentarían matarlo. Sin embargo, desde su posición no tenían buen ángulo de tiro, por lo que se limitaron a vaciar varios cargadores en un intento fútil de acabar con él, lo que no iba a resultar tan sencillo.

Se había pegado a la roca como una lapa para evitar la lluvia de balas que caía desde la cima de la montaña. Aguardó paciente a que sus perseguidores se aburrieran de desperdiciar munición y, en cuanto cesaron las ráfagas, reanudó el descenso. Concentrado como nunca antes en su vida, el corazón le subía a la garganta y las venas de las sienes se le hinchaban cada vez que perdía el apoyo de un pie o algún saliente de roca se desmenuzaba en sus manos. Sin saber de dónde sacaba la sangre fría, logró recuperar el equilibrio en todas las ocasiones, aunque no sin que las rocas se quedaran con jirones de su piel.

Si la escalada había sido un largo y tortuoso camino ascendente que a duras penas había logrado superar gracias a su buena forma física, el descenso estaba resultando una prueba agotadora en la que tiraba de todas las reservas de temple y concentración que poseía. Debía llegar al pie de la montaña antes de que los talibanes le alcanzaran. La carretera por la que ellos debían descender era muy sinuosa y estrecha, tenía muchos socavones y tras cada curva amenazaba con derrumbarse hacia el precipicio, por lo que contaba con la ventaja de que su recorrido debía hacerse con lentitud. Sin embargo, aunque su trayecto era más corto y rápido, difícilmente podía superar la velocidad del vehículo más lento sin la ayuda de cuerdas. A unos doscientos metros del suelo encontró un pequeño saliente y se sentó para descansar.

Mientras bebía un poco de agua y daba cuenta de una barrita energética repasó lo acontecido en las últimas cuarenta y ocho horas. No había sido fácil llegar hasta allí. Tras un largo y tedioso viaje en avión, se había unido a un grupo de contrabandistas de Tayikistán a los que había pagado un precio desmesurado por sus servicios. Le habían dejado a unos cinco kilómetros del inicio de las montañas tras las cuales se suponía que estaba su objetivo. Para evitar que su presencia fuera detectada se había visto obligado a seguir la única ruta que no estaba vigilada. No era difícil entender por qué. La montaña tras la cual se habían parapetado era una pared vertical de unos mil metros, prácticamente inexpugnable salvo para un escalador experto, cosa que él no era. Enfrentado a la mole de roca y con un limitado equipo de escalada había tardado una eternidad en subir. El esfuerzo físico había sido extenuante y las rocas sueltas le habían jugado

malas pasadas en más de una docena de ocasiones en las que a punto estuvo de despeñarse hacia el fondo de la garganta. Como consecuencia, había tardado más horas de las estimadas. Y cuando alcanzó la cima tuvo que acostarse en el suelo para descansar porque tenía las extremidades sobrecargadas y apenas podía caminar. Lo hizo hasta que la noche descendió sobre la cordillera. Amparado por la oscuridad se dirigió a su objetivo con sumo sigilo.

La aldea era minúscula; una decena de casas de adobe encastradas en una pequeña hondonada. El medio centenar de lugareños que las habitaban vivían de sus rebaños de cabras y ovejas. Hacían un queso muy valorado en la región, como también lo eran las alfombras rústicas que tejían sus mujeres. Pocos conocían su emplazamiento exacto y mucho menos cómo llegar hasta él, lo que lo convertía en el lugar ideal para ubicar un centro de operaciones secreto. En inferioridad numérica, sin armas y temiendo por las mujeres y niños, los aldeanos habían accedido a acoger a los talibanes, quienes les permitieron seguir con su vida, aunque muy vigilados.

El cuidado que habían puesto en mantener oculta su posición había evitado que fueran descubiertos durante mucho tiempo, pero un día uno de los expertos en ciberseguridad captó un par de comentarios en una transmisión encriptada y el secreto salió a la luz. La comprobación rutinaria mediante los satélites espías confirmó la veracidad de la información. Pero la tecnología más sofisticada no podía llegar a ese aislado emplazamiento sin ser detectada. Era esta una de esas escasas ocasiones en las que un ser humano no podía ser suplido por la tecnología y por eso él estaba ahí, todavía colgado a unos doscientos metros del suelo, custodiando un diminuto *pendrive* oculto en su cinturón en donde había copiado toda la información de los ordenadores que había encontrado en la sala de operaciones, así como las fotografías que había hecho a todos los mapas y documentos que había desplegados en las paredes y mesas. Un valioso botín que tenía que hacer llegar al alto mando a la mayor brevedad.

No deseaba despertar, pero una súbita punzada de dolor le devolvió a la realidad mientras una voz insistía en que abriera los ojos. Le ardía la mejilla izquierda. Alguien le había dado una bofetada. Quiso ver quién le había golpeado, pero no pudo. Era como si le hubieran pegado los párpados con cola. Lo intentó una y otra vez hasta que al cabo de un largo rato consiguió separarlos un poco. Pero se resistieron y tuvo que dejar que se cerraran. Pesaban y se negaban a obedecerle. Siguió esforzándose hasta que le respondieron. Entonces los abrió para enfrentarse a una claridad deslumbrante. No lo soportó y volvió a cerrarlos para protegerse de la molesta luz.

—Venga, hijo, no te hagas el remolón, ya es hora de que despiertes.

Entendía el idioma, pero no reconocía la voz… Estaba seguro de que no era su lengua materna, pero aun así las palabras de respuesta lograron salir de su dolorida garganta.

—¿Dónde estoy?

—A salvo…

Intentó llevarse la mano derecha a la garganta y entonces se dio cuenta de que tenía los dos brazos vendados. Pesaban tanto que no pudo levantarlos. Se sentía embotado, como anestesiado. No notaba nada del cuello para abajo y si no estuviera tan drogado probablemente le habría entrado el pánico. Ni siquiera fue capaz de llegar a la idea de una parálisis corporal. Tenía sueño, estaba cansado y quería que le dejaran en paz para seguir durmiendo.

Aun así, lo intentó. Movió la cabeza en dirección a la voz y se encontró con el viejo más arrugado y enjuto que jamás había visto. Tenía la tez tan reseca que parecía cuero curtido.

Docenas de surcos cruzaban su cara en todas direcciones; el mapa de una vida dura. Sus pupilas eran negras como el carbón y brillaban rodeadas de pequeñas venas rojizas. Tenía una gran nariz. Torcida, muy torcida, tanto que daba la impresión de ser el pico de un aguilucho herido. Sus labios eran finos y apenas ocultaban los numerosos huecos de su escasa dentadura. Llevaba la cabeza cubierta con un turbante que bien pudiera ser afgano o pakistaní… Un turbante, calificar esa masa informe de tela como un turbante era pecar de optimista. En cualquier caso, era demasiado grande para un cráneo tan menudo. Una desproporción que en cualquier otra circunstancia le habría hecho sonreír. Ahora solo captó su atención. Lo cual era un logro importante porque, por mucho que lo intentaba, su mente era incapaz de concentrarse. A duras penas hilaba una idea coherente. O eso le pareció hasta que su mente comenzó a recibir los destellos fugaces y borrosos de una montaña boca abajo. No tenía sentido. Era como si en lugar de escalarla la estuviera descendiendo a gran velocidad, pero panza arriba. No, definitivamente no tenía sentido.

Parpadeó para aclarar su mente y ahuyentar esas imágenes inconexas. Fijó la vista en el anciano. Un extraño que, sin embargo, le cuidaba como si fuera un familiar. ¿Y si lo era? ¿Y si no era un extraño y su cerebro no le reconocía? ¡Dios! De repente el agradable sopor en el que había estado inmerso se desvaneció como la bruma de la mañana al salir el sol. ¡Maldito dolor! Le dolía todo, desde la coronilla hasta la punta del pie, y el mínimo movimiento le costaba un esfuerzo infinito. Estaba débil, aturdido y muy cansado.

Inclinado, el viejo movía las manos para ahuyentar al batallón de moscas que querían posarse sobre él. Tenía unas manos grandes, huesudas como garfios y con la piel igual o incluso más seca que la del rostro. Eran las manos de quien había trabajado de sol a sol durante décadas. Eran las manos de quien había arañado la tierra para arrancarle con sangre, sudor y lágrimas lo poco que esta se dignaba a darle. Eran las manos de quien se había peleado con la vida cada día, en una batalla eterna que nunca ganaba y que apenas le daba tregua. Eran las manos de quien sabía lo que era la desesperación, pero seguía manteniéndose en pie. Eran las manos de una larga y dura vida.

—Sí, lo sé, te duele todo y, sobre todo, notas como si tuvieras dagas en la garganta.

El viejo le dio un par de golpecitos en el hombro que le hicieron estremecerse de dolor.

—Es porque el buen doctor tuvo que ponerte un tubo de emergencia y no fue muy cuidadoso… aunque sí eficaz. Te salvó la vida.

—¿Qué me ha pasado?

Cada vez que intentaba tragar saliva se le saltaban las lágrimas por el dolor. Respirar era una agonía y moverse, un suplicio. Hablaba el idioma, pero no era natural en él. Tenía que concentrarse para hacerlo.

—De todo.

El viejo se apartó de su lado y en ese momento se dio cuenta de que estaba tendido en un duro suelo de roca, separado de él por lo que parecía una rugosa y áspera alfombra de arpillera. No resultaba sorprendente que le doliese tanto el cuerpo con semejante colchón, sobre todo, si había pasado mucho tiempo en la misma posición sin moverse.

Dirigió la mirada hacia el foco de la luz y vio que era un pequeño agujero excavado en la roca que hacía las veces de puerta y de ventana. De la parte superior colgaba un trapo largo y oscuro que ahora estaba atado a un lateral para permitir que entrara el aire fresco. Una cortina con funciones de puerta que, seguramente, daba poca intimidad y no aislaba ni del frío ni del calor…

El viejo se apartó de él y se inclinó un poco sobre lo que parecía un pequeño fuego entre un

montículo de piedras… La cocina… Removió algo en una vieja cacerola metálica con un cucharón de madera que, sin duda, había conocido tiempos mejores y un olor apetitoso se esparció por la estancia.

—Te estaban disparando y al intentar huir de ellos te asomaste a un risco que cedió con tu peso. Rodaste por parte de la ladera de la montaña. Supongo que te golpeaste la cabeza y te quedaste inconsciente, porque los talibanes no tardaron en encontrarte. Te apalearon sin piedad hasta que los nuestros lograron deshacerse de ellos. Costó llegar hasta ti y subirte al camión, según me dijeron. Cuando te trasladaban a un lugar seguro os embistió otro camión y saliste disparado. Volviste a rodar por uno de los roquedales. Nuestros hombres estuvieron a punto de abandonarte convencidos de que con el segundo golpe ya habrías fallecido, pero te moviste. *Alá, bendito sea su nombre, no te quería con él.* Tuvieron que bajar esquivando las rocas sueltas para asegurarse de que seguías con vida. No sin grandes dificultades, desde luego. Este terreno es muy abrupto y complica cualquier rescate de cuerpos con cuerdas. Pero… *Alá es grande.* Te aseguro que todavía no entendemos cómo sobreviviste. Si lo has hecho es porque *Alá, bendito sea su nombre,* tiene algo grande escrito para ti, así que es nuestra obligación hacer que se cumplan sus designios. —El viejo se dio la vuelta para sonreírle. Después se giró para seguir removiendo lo que estuviera cocinando—. Eres un hombre con suerte, además, de muy muy fuerte… Solo recuerdo a Abdul Salam Agha con una suerte así, pero…, claro, él estaba hecho de una pasta especial… Como tú, supongo.

El viejo cogió un cuenco de barro y lo llenó con el cucharón de madera. Se acercó con él en las manos.

—Ya que Alá te salvó, dos veces, de tal difícil suerte, no nos quedaba más remedio que cuidarte, así que ahora haz el favor de comerte esta sopa. Está muy caliente y es rica y contundente. Te hará bien, llevas muchos días sin comer nada y necesitas recuperar fuerzas.

El viejo le ayudó a incorporar un poco la cabeza mientras le alimentaba cucharada a cucharada. No recordaba tanta indefensión desde que era un niño y su madre le perseguía con el yogur de la merienda por el parque. El parque…

Mientras le daba de comer, el anciano siguió hablando para distraerle del dolor que suponía tragar cada cucharada. El líquido era espeso y era difícil adivinar qué contenía. Casi era preferible ignorarlo. No es que fuera muy escrupuloso, pero en las actuales circunstancias cualquier atisbo de higiene parecía un lujo impensable. No obstante, estaba sabroso y, a medida que descendía por su esófago, no solo le calentó por dentro, sino que fue asentando su estómago. Fuera lo que fuera, su cuerpo lo estaba recibiendo bien. Y bendijo al hombre por su paciencia y generosidad.

Como también bendijo la suerte que le había permitido llevar a su contacto el *pendrive* con la información sobre los talibanes antes de que estos le hubieran descubierto en su camino de regreso a Tayikistán y le hubieran perseguido hasta el confín del mundo que eran las montañas afganas.

Las montañas, esas moles gigantescas de roca, y los profundos y abruptos valles excavados entre ellas se extendían por doquier. Apenas si se atisbaban algunas briznas de verde ajado entre las mil y una tonalidades de ocre y gris. Jamás pensó que hubiera tanta variedad cromática en tan solo dos colores. Dos colores de por sí poco inspiradores, pero que hacían de ese paisaje una maravillosa obra de arte. Miró al cielo. No había ni una sola nube por lo que, dada la canícula, el

sol resultaba todavía más abrasador.

Respiró hondo. El aire era seco y caliente, tan seco y caliente que al entrar en el cuerpo parecía quemar los bronquios y los pulmones. Sonrió para sus adentros. ¡Cuánto se había quejado de lo difícil que era respirar en Madrid o en Bagdad por la contaminación! Y resulta que ahora que estaba en la inmensidad de la nada, sin un ápice de polución, el aire parecía asfixiarle. Debía ser cosa de la altura. No tenía ni idea de a cuántos metros se alzaba aquella cordillera sobre el nivel del mar, pero seguro que eran muchos y él hacía poco que había llegado de la llanura iraquí, por lo que su organismo no había tenido tiempo para adaptarse al cambio. Sin embargo, no todo era malo. El aire seco de la montaña le sentaba bien a los huesos. Estaba seguro de que gracias a ello no seguía postrado en el suelo.

Se rascó los brazos y las piernas. No lograba acostumbrarse a la aspereza de la tela con la que estaba hecha su ropa: una larga camisola y unos amplios pantalones bombachos.

El turbante le pesaba y, a veces, le daba dolor de cabeza, pero tras permanecer un rato sin él bajo el sol del mediodía y empezar a tener alucinaciones decidió que era más prudente llevarlo puesto. Se resignó a estar incómodo. Era mejor tener jaqueca que sufrir alucinaciones. Se pasó la mano por la barbilla. La barba le había crecido bastante y no se acostumbraba al bigote a la hora de beber y comer, pero la navaja de afeitar que le habían ofrecido todavía era peligrosa de manejar dada la debilidad de sus brazos y había decidido sacar el mayor partido posible a su nueva imagen adaptándose a ella. Al fin y al cabo, no tener que afeitarse todas las mañanas no estaba tan mal…

—Así que ya te atreves a volar solo lejos del nido.

La voz de Adib le sacó del leve trance en el que se encontraba. Se dio la vuelta con cuidado. Las pequeñas piedras del suelo eran traicioneras y en más de una ocasión había corrido serio peligro de resbalar ladera abajo. La doble caída que le había llevado a donde estaba era más que suficiente para lo que le restaba de vida.

—Me ha costado bastante, pero por lo menos ya puedo sostenerme con los dos bastones.

El esfuerzo le hacía sentirse vivo e independiente, después de haber pasado varias semanas confinado al cuidado del viejo en la cueva donde vivía y en el pequeño terreno que había delante de ella.

—Hermano, no deberías forzar los brazos, todavía estás muy débil —le dijo Adib al tiempo que apretaba uno de sus flácidos bíceps.

—Lo sé, lo sé. Por eso he decidido ponerme a hacer ejercicio mañana mismo. No puedo ser de utilidad mientras siga estando tan débil.

—Tú no tienes que ser útil, eres nuestro huésped. —Le sonrió Adib antes de asomarse al precipicio—. Casi todos te consideran un enviado de Alá. Al fin y al cabo, es milagroso que hayas sobrevivido a dos caídas seguidas tan terribles.

Alto y fuerte como una roca, Adib era lo que seguramente cualquier mujer consideraría un hombre guapo. Un tipo que parecía tenerlo todo en la vida. Se había graduado como médico en Londres y había viajado por todo el mundo al terminar la carrera antes de decidir dónde quería ejercer. Por algún extraño motivo, que todavía no había logrado averiguar, contra todo pronóstico, y para disgusto de su familia, había decidido abandonar su prometedor futuro e ir a Afganistán para unirse a una de las guerrillas que luchaban contra los talibanes en las montañas del norte del país.

Poco parecía haber quedado en él de su juramento hipocrático cuando empuñaba con decisión su fusil y disparaba a los enemigos. Sin embargo, Jaled no podía más que agradecerle que

hubiera tomado un rumbo tan extraño. Gracias a ello se había salvado de una muerte segura. Y lo que era también muy importante, al haberle colocado con precisión cada hueso roto en su sitio había evitado que hubiera quedado tullido. Algún dolor con los cambios de tiempo, pero poco más. Nada que una buena fisioterapia y un buen programa de ejercicios no pudieran paliar. Adib era el verdadero milagro. Al fin y al cabo, ¿qué probabilidades había de que un médico tan experto lo hubiera atendido allí, en medio de la inmensidad deshabitada de una cordillera tan inhóspita como cruel?

—Un huésped que se come vuestras magras provisiones y no aporta nada —se lamentó Jaled.

—Esa es la voluntad de Alá. Estoy convencido de que, si te cruzaste en nuestro camino —Adib sonrió dejando a la vista su cuidada dentadura—, literalmente, ha sido para algo.

—Sí, para que me salvaras la vida. Nunca te estaré lo suficientemente agradecido.

—Era mi obligación —le contestó Adib sin mucha convicción.

—Todavía no entiendo por qué lo hiciste. ¿Y si yo fuera un enemigo?

—Jaled, hermano, la piedad es parte de la profesión de médico. —Una nube fugaz surcó su mirada y Jaled creyó que le hablaría de su juramento hipocrático, pero no, se limitó a sonreír con tristeza como si recordara el número de vidas que había quitado disparando su fusil—. Además, no tenías cara de talibán…, tan afeitado y tan limpio…

Jaled le miró sin comprender.

—¿Tan limpio? Pero si llevaba días sin lavarme y encima estaba rebozado en polvo y en sangre…

—Hermano… ¡Cómo se nota que no has estado cerca de esos animales! Su peste se huele a la legua…

A Jaled le costó entender que, de alguna manera, ellos distinguían con claridad a sus enemigos y no necesariamente por el olor.

—La verdad es que los que te rescataron lo hicieron porque habían visto cómo algunos talibanes te apaleaban. Y ya conoces el dicho: los enemigos de nuestros enemigos son nuestros amigos.

—Supongo que tarde o temprano acabaré cruzándome con ellos otra vez. —Jaled no tenía intención de compartir el pensamiento, solo de reflexionar en alto sobre su incierto futuro.

—No necesariamente. —Adib se puso frente a él—. Si quieres aceptar un consejo, yo que tú intentaría volver a casa en cuanto estuviera recuperado.

—Todavía tengo que hacer mi reportaje.

—No, no tienes que hacerlo. Seguro que ya tienes toda la información que necesitas y puedes escribir una buena cantidad de artículos que te consoliden profesionalmente. No sé qué te ha impulsado a viajar a este rincón perdido, pero puedo leer en tus ojos que tu alma, tu corazón y tu cabeza están muy lejos…, quizás en el regazo de una mujer.

Jaled le miró sorprendido. ¿Cómo había sido capaz de leer así sus pensamientos? Cierto que la inmovilidad le había obligado a ocupar sus horas recordando a sus seres queridos, pero nunca había comentado con nadie sus sentimientos. Hasta el momento, había tenido éxito ocultándolos, incluso a sí mismo, o eso creía. A no ser que durante su inconsciencia hubiera delirado por la fiebre… Confiaba en que no, aunque no podía estar seguro.

—Solo me mueve la búsqueda de la verdad.

—Una verdad que tiene rostro de mujer y voz de desengaño. Hazme caso, Jaled, la huida no sirve para nada. Cuanto más intentes apartarte de ella, más dentro se te meterá. Para olvidar a una mujer no hay nada más eficaz que casarse con ella y sufrirla veinticuatro horas al día.

Jaled se rio a carcajadas. Por fin podía hacerlo sin sentir que se le descoyuntaban los huesos o se le rompía algo por dentro.

—Doctor, habla usted como si hubiera sufrido esa enfermedad.

—Hermano Jaled, sigo enfermo y cada día más, por eso sé de lo que hablo.

—Bueno…, ya que has sido tan hábil curándome el resto de las heridas, quizá te haga caso con esto también.

—¡Más te vale, más te vale! Además, puede que tenga la respuesta a tu pregunta sobre tu utilidad…

Jaled le miró intrigado mientras alzaba los dos bastones que le ayudaban a moverse como recordatorio de su incapacidad.

Le había resultado muy difícil convencerles de que le dejaran acompañarlos en su excursión a la «gran ciudad» de Bala Murghab. Por proximidad y por ser la capital de la remota provincia afgana de Badghis, Qala-i-Naw, habría sido la elección más lógica para proveerse de suministros. Sin embargo, su pequeño tamaño y la presencia de tropas españolas desaconsejaban cualquier aproximación. Por el contrario, el mayor tamaño de Bala Murghab les permitiría pasar más desapercibidos. Temían, no sin motivo, que algún espía talibán los reconociera y diera el aviso a sus compinches. Si les descubrían en la urbe, serían blanco fácil para los francotiradores que se escondían hasta debajo de las piedras. Tampoco era conveniente que alguno de los colaboradores de los destacamentos extranjeros se enterara de su existencia. Aunque los occidentales y los rebeldes tenían un enemigo en común, estos no estaban muy por la labor de cooperar con quienes habían invadido su país, aunque se dedicaran a luchar contra los talibanes.

Entendía su prevención, sin embargo, él necesitaba desesperadamente hacer algo nuevo, ver algo nuevo… Necesitaba saber que había más seres humanos además de los guerrilleros y necesitaba deleitarse con otros paisajes distintos a los de las abruptas montañas que habían sido su hogar los últimos tres meses. Aunque se tratase de una pequeña y polvorienta ciudad afgana de provincias, encastrada entre cordilleras y de difícil acceso. Cualquier cosa con tal de dejar, por un tiempo, el espacio acotado del campamento.

Los guerrilleros estaban convencidos de que lo que buscaba era la compañía de una mujer y no les había desengañado. Ciertamente hacía mucho que no tenía sexo, pero tras varios años infiltrado había comprobado que aliviar la necesidad física apenas si le satisfacía. Y no porque no sintiera el pulso natural de un hombre joven y sano, sino porque las mujeres orientales, sobre todo las afganas, no le resultaban nada atractivas, eso o quizá porque sabía que era imposible encontrar en otra lo que solo había sentido con ella.

Fuera como fuera, ahora estaba casi tan entusiasmado como un niño a punto de ir al zoológico por primera vez. Y eso que el traqueteo del viejo y desvencijado camión por el maltrecho camino de cabras por el que circulaban hacía tiempo que ya le había destrozado los riñones e iba camino de hacerle polvo la espalda. Pero el largo viaje mereció la pena. En cuanto descendieron al valle, el entorno se volvió verde. Empezaron a aparecer parcelas llenas de árboles frutales, cultivos de cereales y algunas casas de agricultores. En el aire se podía sentir la humedad de corrientes de agua. Pronto se unieron a la carretera principal, donde compartieron ruta con personas y transportes de lo más pintoresco. Burros, bicicletas con ruedas sin aire, camionetas reparadas con piezas de todo tipo de marcas, camiones de la época soviética como en el que iban ellos, algunos coches viejos y autobuses que hacía tiempo que, desechados en Occidente y África, habían sido donados y transportados a Afganistán por vías inimaginables, y ahora iban atestados de personas y paquetes. El tráfico se volvió intenso a medida que se acercaban a la urbe.

Al cabo de un rato llegaron a una plaza donde se apearon del camión. Mientras sus compañeros iban a comprar víveres y todo tipo de suministros necesarios para el campamento, él decidió dar un paseo por su cuenta. Perfectamente vestido como un agricultor afgano y apoyándose en una vara gorda y retorcida, se introdujo por las estrechas callejas del casco antiguo, arrastrando los pies y rascándose el cuerpo para pasar desapercibido. En su cerebro fue grabando el trazado de la ciudad, tal y como había hecho con la ruta.

Llevaba ya media hora paseando cuando un bulto oscuro, al fondo de un maloliente callejón sin salida, le llamó la atención. Podía tratarse de un viejo dormitando o un saco abandonado, pero su instinto, ese instinto que había ido recuperando día a día a la par que su salud, le advirtió de que era otra cosa. Se apoyó en un lateral de la boca del callejón y se tomó su tiempo para encender un cigarrillo. Entre calada y calada vigiló el bulto. Para cuando terminó el pitillo ya sabía de qué se trataba. Odiaba fumar, pero, por una vez, agradeció el lapso de tiempo que semejante vicio le había dado para confirmar que no había nadie cerca.

Si fuera un hombre sensato habría seguido su camino como si tal cosa, pero obviamente no lo era, así que se adentró en el callejón, asegurándose una vez más de que nadie le estaba observando. Una vez al lado del bulto, lo tocó con la punta de su bastón. El bulto se movió y gimió. No cabía duda. Era una persona escondida bajo unos harapos mugrientos. Se agachó y con cuidado apartó un poco de tela para ver de quién se trataba. El bulto intentó alejarse, pero no tenía fuerzas para moverse.

Levantó la cabeza para comprobar de nuevo que nadie le miraba antes de destapar al ser humano o lo que quedaba de él. Era una joven en el peor estado que jamás hubiera visto, y eso que en los últimos años había presenciado atrocidades… Tenía la cara deformada por los golpes recibidos, el pelo sucio y pegajoso con restos de coágulos de sangre resultado de muchas palizas. Las manos huesudas y temblorosas estaban descarnadas en los nudillos, indicio de una grave desnutrición y deshidratación además de falta de descanso. Era probable que la hubieran drogado para abusar de ella y después la hubieran tirado como un trasto inútil. ¿Cómo se podía hacer eso a un ser humano?

Cabía la posibilidad de que la mujer hubiera sido apedreada por algún delito o que hubiera huido de su hogar por ser víctima de maltrato o, tal vez, que se tratara de una prostituta cuyo último cliente había decidido pagarle de forma brutal, aunque sospechaba que solo era una cría que había sido vendida para casarse con algún sádico vicioso… Fuera lo que fuera, sabía con certeza que, si no la recogía y se la llevaba con él, no tardaría en morir… Y nadie se merecía morir así, tirado sobre un canal de desagüe fecal en un callejón inmundo de una ciudad perdida de Afganistán. Menos una niña castigada de esa manera.

Le dijo en pastún que no se moviera de allí, que vendría a buscarla con ayuda. Sin saber si ella le había oído o entendido, se levantó y se alejó del callejón fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Avanzó por las callejas siguiendo a la gente. Dado que la mayoría iba en una dirección, confiaba en que lo condujeran al zoco. Tuvo suerte. Todo el mundo quería comprar o vender algo. Una vez en él, buscó los puestos de las telas.

Cuando localizó uno en el que vendían burkas, se acercó y echó un largo vistazo al género fingiendo tener todo el tiempo del mundo para hacerlo. El dueño de la tienda se aproximó a él y empezaron a regatear el precio. Cuando le pareció que ya había dedicado tiempo suficiente a la negociación, le tendió unas monedas, cogió la prenda y se marchó de allí con tranquilidad. Dio un largo rodeo para asegurarse de que nadie le seguía. Obviamente, no resultaba extraño que un hombre comprase un burka para alguna mujer de su familia. Al contrario, era algo muy

apropiado.

Regresó al callejón. La mujer seguía echa un ovillo bajo los harapos. Sin quitárselos le echó encima el burka y la izó. No parecía tener fuerzas ni para sostenerse en pie.

—Te ayudaré a llegar al callejón principal, pero una vez allí, tendrás que caminar detrás de mí hasta el camión. ¿Serás capaz?

Aunque se había pasado los últimos meses mejorando su pastún no estaba seguro de que ella le hubiera entendido y, como tampoco podía verle el rostro, se sentía como un imbécil hablándole a la nada. Pero ella debió de comprenderle porque extendió su mano y le apretó el brazo.

Aliviado, la cogió por la cintura y la llevó casi en volandas hasta la calle principal. No pesaba casi nada. Criatura. «¿Qué clase de animal podía tratar así a una niña?». La soltó pese a que temía que no fuera capaz de mantenerse en pie y seguirle. Milagrosamente lo hizo. Avanzaba con lentitud porque estaba destrozada e iba descalza, pero avanzaba. El instinto de supervivencia y la intuición desesperada de quien se aferra a la única oportunidad de salvación. Confiaba en que el hombre deseaba ayudarla de verdad. En su estado no había cabida para ninguna duda. Para cuando llegaron al camión, ya le estaban esperando sus compañeros.

—Hermano, pase que juegues un ratito en tu tiempo libre pero que te traigas el juguete contigo…

El tono de voz de Adib haría temblar a un guerrero fornido, pero, a él que lo conocía tan bien, no le impresionaba en absoluto, así que se limitó a hacerle un gesto para que se apartara del camión y poder hablar con él de manera discreta.

—Estaba tirada en un callejón inmundo. Tiene el síndrome de abstinencia, le han dado una paliza tremenda y no ha comido en días. No podía dejarla allí para que fuera pasto de las ratas. Es un ser humano. Además, te aseguro que nadie sabe quién es porque la he cubierto con ese burka.

—Me parecen muy bien tus sentimientos, pero no podemos quedárnosla. En primer lugar, no sabemos si es una espía y, en segundo, y lo que es más importante, en el campamento solo hay hombres, así que…

En ese momento la adolescente se desplomó. Haciendo caso omiso a la mirada de reproche de Adib. Abdul Jacq, el conductor que los había estado escuchando, se acercó a ella, la cogió en brazos y la introdujo con cuidado en la parte trasera del camión. Con un simple gesto había zanjado la discusión. Eran hombres rudos, milicianos duros y austeros, creyentes rigurosos, pero también eran seres humanos y de vez en cuando lo demostraban.

—Adib, si luchamos contra los talibanes es porque no somos como ellos, y eso significa que cuidamos y protegemos a nuestras mujeres como a seres humanos. —El convaleciente aguardó en respetuoso silencio una reacción poco favorable, pero confiaba en la bondad intrínseca del galeno.

Adib le miró con los ojos encendidos.

—Doctor, has jurado cuidar y proteger a la humanidad, demuestra una vez más de lo que estás hecho.

Abdul Jacq los miró durante unos instantes antes de dirigirse a la cabina del camión. Había decidido no intervenir en la discusión. No era el momento ni el lugar. Y arrancó el vehículo. Tras pasar unos segundos mirándose en silencio, sus compañeros se subieron a la parte trasera del camión y, ya dentro, acomodaron a la joven lo mejor que pudieron en el poco espacio libre que dejaban las mercancías.

—Este sentimentalismo tuyo acabará por traernos problemas, hermano. —Adib liberó a la

mujer del burka mientras hablaba. Cuando vio el estado en el que se encontraba levantó la cara para mirarle. Él afirmó con la cabeza—. Está bien. Tienes razón en este caso. Ahora pensemos dónde y cómo vamos a cuidarla. Después, ya veremos qué hacemos con ella.

En algún lugar de las montañas de Qala-i-Naw
Provincia de Badghis, Afganistán
Otoño de 2012

—Abuelo, sabe que haría cualquier cosa por usted, pero esto… esto es una locura.

Jaled estaba sentado al lado del viejo, observando cómo tallaba un trozo de madera con una navaja. Anochecía y la diferencia de temperatura entre las capas superiores de aire y las cumbres rocosas de las montañas formaba una agradable corriente que refrescaba el ambiente tras las largas, casi interminables, horas de canícula. Era el mejor momento del día, justo antes de que el sol comenzara a desaparecer detrás de la muralla rocosa frente a ellos. Se oían los grillos y los trinos de algunos pájaros esquivos, que nunca había logrado ver. El otoño había llegado. Los días eran más cortos, las noches más largas y se podía apreciar cómo la temperatura era cada vez más baja. No tardarían en llegar las primeras heladas y tras ellas, pisándoles los talones, las primeras nieves. Ya no podía esperar más. Era el momento de irse.

—Hijo, este no es sitio para él. Me lo trajeron cuando era muy pequeño y le he cuidado y educado lo mejor que he podido. Sabe leer y escribir, en pastún y árabe, hace las cuentas y el buen doctor le ha enseñado ciencias e historia además de inglés, pero aquí no hay escuelas, no hay niños de su edad y todos los días oye disparos y ve como muere la gente. No es buen lugar para un niño, se merece algo más. Si llevamos tantos años luchando es para darles una mejor vida a los nuestros.

—Pero, abuelo, yo estoy soltero y llevo una vida itinerante, en cualquier momento me puede llegar la *Ajira*, y ¿qué será de él?

El viejo sonrió y siguió tallando el trozo de madera.

—Querido Jaled, ¿cuántos años crees que tengo?

La pregunta cogió por sorpresa al convaleciente, que se encogió de hombros.

—Pues, no sé, ¿setenta?

—¡Ja! Este invierno cumpliré noventa y dos.

Jaled dio un respingo. ¿Cómo era posible que alguien pudiera vivir tantos años en un sitio tan inhóspito y en tan duras condiciones? Y lo que era más sorprendente, ¿cómo podía saber su edad en un país donde los registros brillaban por su ausencia? En realidad, todo lo que rodeaba al viejo era sorprendente. En un país lastrado por el analfabetismo y la ignorancia, él sabía leer y escribir perfectamente, recitaba poesía y tenía unos conocimientos de historia y religión islámica apabullantes. Jaled sospechaba que antes de ser guerrillero había sido profesor de instituto o quizá de universidad, en un tiempo en el que Afganistán no era un país desgarrado y sometido a la brutalidad de los ignorantes talibanes.

—¿Por qué crees que todos me llaman abuelo? Porque tengo edad para ser abuelo de sus padres y no de ellos. En realidad, el pequeño Mahmud es mi bisnieto. He perdido a mis hijos y a varios nietos, solo me queda él y no quiero que corra la misma suerte. Quiero que estudie, que tenga una profesión útil, que forme una familia y que envejezca gordo y tranquilo lejos de este país y su maldición. Yo he vivido mucho, demasiado, y sé que pronto llegará mi hora. Quiero poder irme tranquilo, sabiendo que mi semilla seguirá creciendo y se hará un árbol fuerte. Y que,

llegado el momento, también tendrá hijos y les hablará del abuelo que lo crio en las remotas montañas de Afganistán. Y les contará las historias que yo le conté. —El viejo suspiró—. Y quizás algún día puedan regresar a esta tierra, a su tierra de origen, y vivir en paz.

Jaled le escuchó en respetuoso silencio.

—Hasta que eso suceda, tú eres la persona idónea para hacerte cargo de él. Cuando hayas cumplido tu misión, sea cual sea, te responsabilizarás de él, lo sé. Entre tanto, confío en que encuentres a alguien para que lo proteja hasta que tú puedas cuidarlo como tu hijo. Os he visto juntos, él besa el suelo que pisas… ¡Ah! Y llévate a la chica, aquí no puede seguir y tampoco tiene familia a la que recurrir. Seguro que le puedes conseguir un buen marido que la trate bien, si es que tú no quieres…

—Abuelo, creo que no me ha oído. Soy un reportero de guerra…

—¡Ja! Tú tienes de reportero lo que yo de pescador.

La caravana de vehículos pasó a cámara lenta por delante de su escondite levantando una densa nube de polvo. Cuando el último camión desapareció por la curva de la izquierda se atrevió a respirar hondo, aliviado por no haber sido descubierto. ¡Como si con el ruido de los motores y el traqueteo de los remolques hubieran podido oír otra cosa! Le habían advertido que esa carretera solía estar muy transitada, pero él no se lo había creído. ¿Cómo podía imaginarse que ese camino polvoriento, encajonado entre la pared vertical de la izquierda y el precipicio sin fin de la derecha, fuera tan utilizado por los convoyes de suministro de los talibanes?

Una reflexión posterior le dio la respuesta. Tras años de paciente lucha, los talibanes habían aprendido que el camino más largo puede llegar a ser el más seguro cuando el tiempo no importa y todo depende de la voluntad de Alá. Y sobre todo cuando el transporte de heroína aportaba tan pingües beneficios para la causa.

Salir del campamento de los rebeldes había sido una temeridad, pero no tenía otra opción si quería informar de su situación. Después de tanto tiempo seguro que le habían dado por muerto o al menos por desaparecido. Por lo que si quería regresar a casa tenía que asegurarse de que le ayudarían. Así que se había escapado aprovechando que casi no había vigilancia de noche y había caminado durante kilómetros iluminado por la luz de la luna, temiendo desviarse en cualquier recodo y caer por alguna pared vertical directamente al infierno de los profundos valles o tropezar y golpearse con las rocas del suelo. Sin auxilio, una lesión o una herida podían provocarle una lenta agonía, algo peor que la muerte en esa zona. Por fortuna, llevaba puestas sus botas de campaña, lo que le permitía avanzar sin hacerse daño en los pies, aunque no impedirían que se le recalentasen y acabaran saliéndole ampollas. Lo mejor para el calor era llevar sandalias de cuero, pero en un terreno tan abrupto, eran un boleto seguro para un esguince, así que escogió el mal menor. De momento, la noche era fresca y eso no debía preocuparle.

Transcurridas tres horas de marcha en la oscuridad, asustándose con cada ruido no identificado, se decidió a encender una pequeña linterna.

Los guerrilleros conocían el terreno como la palma de su mano. Les había visto otear el horizonte y determinar los cambios climáticos o las apariciones del enemigo horas antes de que tuvieran lugar. Aunque contaban con ordenadores y conexiones vía satélite, en esa parte del mundo el factor humano era más eficaz. Observándoles había aprendido a ver huellas e indicios en el entorno que le informaban de lo que sucedía, mejor que cualquier aparato electrónico.

Por eso se esforzó en no dejar huellas y mantenerse lejos de los caminos. Ello le obligaba a

avanzar de manera más lenta y asumir el riesgo de ser asaltado, pero no le importó. Después de pasar meses con ellos, sus sentidos se habían agudizado como para confiar en que le advertirían de cualquier peligro con la suficiente antelación. Sonrió. Había recibido un entrenamiento vital sin casi darse cuenta de ello hasta ese momento.

Al amanecer, ya había recorrido una buena distancia. Estaba cansado, pero continuó. Ahora que tenía plena visibilidad podía avanzar a mayor velocidad. Pronto, en cuanto el sol comenzara a calentar, tendría que buscar refugio, por lo que debía recorrer la mayor distancia posible antes de que eso ocurriera. No podía arriesgarse a ser visto y, sobre todo, no podía arriesgarse a coger una insolación.

Llevaba una pequeña mochila en la que había metido un par de cantimploras y comida suficiente para unos días, pero sabía, por experiencia, que uno nunca puede controlar la sed y lo más sensato era buscar una sombra fresca donde descansar y reponerse antes de retomar el camino.

Con su marcha no autorizada había tirado por la borda la confianza ganada en los largos meses de convalecencia, pero no le importó. Él se debía a una causa mayor y ya bastante tiempo había pospuesto su regreso. Su misión era evitar atentados y proteger la vida de los inocentes, pero también detener a los terroristas. Si lograba salvar a una sola persona, todo el sacrificio, todas las penurias habrían valido la pena. Y si ello significaba no poder regresar jamás al campamento, tendría que asumirlo, aunque aún tenía una baza importante que jugar. Pese a que no estaba de acuerdo con sus métodos ni su ideología, les había tomado aprecio y, lo que era más importante, les estaba inmensamente agradecido por haberle salvado la vida. Una deuda de ese tipo era un vínculo casi sagrado entre rescatador y rescatado. Además, debía regresar para cumplir el encargo del abuelo. Le había dado su palabra y la cumpliría, costase lo que costase.

Miró su reloj. Ya eran las once. Seguramente ya habrían determinado que no estaba en el campamento y, aunque les había dejado una nota explicando el porqué de su marcha y asegurándoles que regresaría, habrían salido en su busca. Tenía que encontrar algún sitio donde esconderse. Al cabo de un rato divisó la entrada de una pequeña cueva medio tapada por hierbajos. Los apartó con cuidado y se introdujo en ella tras asegurarse de que no era la madriguera de ninguna alimaña. Era pequeña, pero estaba fresca. Se echó en el suelo con el asa de la mochila en el hombro y el arma en la mano derecha. Preparado para reaccionar ante la más mínima amenaza. Pronto se quedó dormido.

Se despertó sobresaltado. Tardó unos segundos en determinar dónde estaba y qué le había sacado del sueño. Durante ese instante solo pudo oír el latido de su corazón y su respiración agitada. Pronto dedujo que le había despertado algún ruido. Entonces lo oyó. Era el sonido de un cambio de marchas estropeado. Se acercaba un vehículo antiguo y destartalado. ¿Serían los guerrilleros del campamento? No, no podía ser. Ahora el suelo comenzó a vibrar. Tenía que tratarse de una caravana de vehículos pesados y no una pequeña expedición de búsqueda. Y en ese lugar tan alejado de cualquier atisbo de civilización solo cabía una posibilidad: los talibanes.

Se arrastró por el suelo con mucha lentitud, temeroso de mover siquiera una hierba de su alrededor. Miró el reloj de pulsera. El milagroso reloj de pulsera que, como él, había logrado sobrevivir a las dos caídas por el precipicio. Su cristal parcialmente estallado le serviría de recordatorio, toda su vida, de que los milagros existían. Y de que un buen reloj era capaz de resistir a casi todo. Faltaba poco para las cinco de la tarde. Había dormido mucho. Eso era bueno porque significaba que estaba descansado, aunque el cuerpo le doliese por el duro colchón del suelo. Pero también era malo porque había perdido toda la ventaja que tenía frente a los que le

buscaban. Sacó de su pantalón un trozo de papel doblado. Lo extendió sobre el suelo delante de él y trazó un recorrido con el dedo. Le quedaban, al menos, unas cuatro horas de caminata antes de llegar al valle. Para entonces ya se habría hecho de noche.

—¡No puedo creer que estés vivo!

Bahram le había recibido con incredulidad, por no decir fría reticencia. Había llegado a su destartalada tienda de repuestos de noche y había dudado mucho en abrirle.

¿Quién podía reprochárselo con la cantidad de traidores e infiltrados que había en todas partes? La ciudad era un hervidero de muyahidines, antiguos miembros de la alianza del norte, señores tribales y talibanes, y traficantes de opio, entre los que se infiltraban espías occidentales, pakistaníes, iraníes y rusos, por no mencionar a los maleantes habituales. Solo cuando intercambiaron las tres claves secretas establecidas para ocasiones extremas como esta le dejó entrar por la puerta trasera de su negocio. Toda precaución era poca y resultaba imprescindible asegurarse de estar hablando con el interlocutor correcto. No se habían visto más que en un par de ocasiones, pero cuando se descubrió la cara y se quitó el turbante Bahram no tuvo duda de que era él y le dio un gran abrazo de oso que le cogió por sorpresa.

—Pero ¡qué alegría! ¡No te imaginas lo contentos que se van a poner todos en la «casa» cuando sepan que estás vivo y bien! —afirmó Bahram, con tanto entusiasmo como precaución de no hablar demasiado alto.

—¡Y no te imaginas lo contento que estaré yo cuando pueda regresar de una pieza! Estos meses han sido una odisea. —Jaled se sentó en una silla desvencijada frente a otra que ocupó Bahram tras poner a calentar un pequeño recipiente con agua para hacer un té.

—Me lo imagino. Pero ¿qué es lo que te ha pasado? —preguntó Bahram, a la vez que vertía las hojas de té negro seco en la tetera.

—Logré llegar a mi objetivo, no sin un gran esfuerzo, y conseguí hacerme con toda la información disponible, pero me descubrieron y tuve que huir de manera precipitada. Como los talibanes venían pisándome los talones no me quedó otra que entregar la información al «transportista» y salir corriendo en dirección contraria para distraerlos y darle tiempo a él de ponerse a salvo. —Jaled tomó el vaso de té que le ofreció Bahram.

—O sea, que te convertiste en el cebo…

—Sí, logré subir a una montaña, pero me caí por un risco, con tan mala fortuna que me golpeé en la cabeza y perdí el conocimiento. Antes de que pudiera despertarme, los talibanes llegaron a donde estaba. Supongo que me cachearon y al no encontrar nada comenzaron a golpearme como si fuera un saco de arena. Si no hubiera sido por la proverbial aparición de los guerrilleros me hubieran matado de la paliza. Gracias a ellos estoy vivo.

—¡Vaya una historia, amigo! —Bahram le tendió una humeante taza de té. Nada más reconfortante en una noche fría y tras un largo día de viaje.

—Ya te digo.

—Bueno, pues tenemos que avisar al alto mando. En cuanto te tomes tu té, cogemos mi furgoneta y nos vamos a la base española. —Bahram parecía tener muy claro lo que había que hacer.

—Es que verás… —Jaled fingió dudar antes de soltar la bomba.

—¿Qué pasa?

—Pues que tengo que regresar al campamento de los guerrilleros. —Jaled bebió el último

sorbo de té que quedaba en su vaso.

—Pero ¿tú estás loco o qué?

Jaled tuvo que explicarle que se había comprometido con el abuelo a sacar a su nieto y a la chica de Afganistán y que, como no podía hacerlo por la vía legal, tendría que cruzar las montañas a pie. Para eso necesitaba un buen equipo de montaña para los tres. Además, quería pagar los cuidados recibidos con material que los guerrilleros necesitaban: bienes de primera necesidad que no tenían carácter militar.

Bahram le miró fijamente sin decir nada. Estaba claro que pensaba que el hombre que tenía enfrente se había trastornado como consecuencia de los golpes recibidos.

—Pero ¿tú sabes lo que me estás pidiendo? ¿Seguro que no eres víctima de un chantaje o algo así?

—Seguro, hermano, seguro. Nunca he estado más cuerdo —respondió Jaled con una sonrisa.

Mientras Bahram caminaba de un lado a otro del pequeño cuarto pensando qué hacer, Jaled se preguntó cuáles serían sus orígenes. Con la escasa luz de la trastienda era difícil determinar si era moreno por naturaleza o había adquirido ese tono por la exposición al sol. Por otra parte, aquellos ojos ligeramente rasgados y el lacio y espeso pelo negro le conferían un aire asiático, aunque la estructura de su rostro casaba más con la de un caucásico. Quizá sus padres fueran de orígenes diferentes. En realidad, daba igual. Nadie era lo que decía ser en esta parte del mundo, empezando por él mismo.

—¡Está bien! Haré lo que me pides. No sé si ahora el chiflado soy yo, pero algo me dice que es lo correcto. ¡Demonios! Este país acabará por volvernos a todos locos.

Jaled le sonrió antes de sacar un trozo de papel doblado de un bolsillo de su pantalón y dárselo. Bahram era un profesional y tenía reputación de conseguir lo imposible en medio de un páramo como era aquella región de Afganistán. Pero las medicinas, los equipos informáticos y un generador de electricidad no iban a ser fáciles de obtener en poco tiempo, mucho menos sin llamar la atención. La única opción era acudir a los servicios de inteligencia de los campamentos militares occidentales, y el más cercano estaba a una hora en coche. Convencerles tampoco iba a ser una tarea fácil. Puede que los rebeldes lucharan contra los talibanes y Al Qaeda, pero no eran unos santos y su ideología también era extremista. Entregarles lo que Jaled proponía contravenía todas las normas. Aunque, por otra parte, si había una norma en Afganistán era que todo valía si la causa lo merecía. Y establecer una línea de comunicación estable y potencialmente una cooperación bien valían lo que Jaled estaba pidiendo. Así que, como no había tiempo que perder, Bahram se vistió completamente de negro, salió de la trastienda y avanzó con rapidez camuflándose con las sombras de los edificios hasta llegar a un pequeño almacén a las afueras de la ciudad donde ocultaba un potente y silencioso todoterreno. Mientras aguardaba su regreso, Jaled se acurrucó en el pequeño e incómodo camastro de la trastienda. Si Bahram conseguía todo lo que le había pedido sentiría que, al menos, había sido capaz de corresponder a los cuidados y a la hospitalidad de los guerrilleros. *Quid pro quo.*

Por fin parecía que la suerte estaba de su lado otra vez. Bahram había sido muy generoso. No había escatimado esfuerzos ni recursos para proporcionarle casi todo lo que había pedido. Lo había hecho en un tiempo récord. Y es que «el conseguidor» sabía que todo ese equipamiento no solo era la coartada de Jaled, sino, sobre todo, su agradecimiento por los cuidados recibidos. Una pequeña muestra material para pagar lo que realmente no tenía precio. Le habían salvado la vida

y Jaled estaría siempre en deuda con ellos.

Mientras ascendía, a paso de tortuga y expulsando gran cantidad de humo por el tubo de escape de la destartalada furgoneta, Jaled reflexionó sobre el relativo valor de las cosas. El tiempo que se malgasta intentando adquirir más y más bienes y el tiempo que se deja de emplear en lo que es importante de verdad, como el afecto, la amistad y sobre todo la confianza. No cuestan nada, pero su valor es incalculable. Se dan o no se dan, pero nunca se pueden pagar, solo corresponder o, por lo menos, intentarlo. Y esa furgoneta cargada hasta los topes era su manera de demostrar lo agradecido que estaba y lo importantes que eran y serían para siempre todos y cada uno de los miembros del campamento.

Un enorme socavón le sacó de sus pensamientos. A punto estuvo de quedar atrapado, pero la furgoneta logró superar el agujero tras un par de intentos. Continuó la marcha ascendente con gran lentitud. Al cabo de unos diez minutos y tras rebasar una curva casi colgada del precipicio, divisó el acceso camuflado al campamento. Tragó saliva. Era el momento de la verdad. O le recibían con los brazos abiertos o le pegaban un tiro y lo lanzaban por el abismo entre las montañas para que alimentara a los buitres. Un desperdicio si se tenía en cuenta el tiempo, el esfuerzo y los materiales empleados en salvarle la vida. Sonrió. No había podido evitar el ramalazo materialista.

Intentó reducir la marcha, pero se olvidó de pisar el embrague y el cambio chirrió. Bajó la mirada un instante y cuando la subió de nuevo se encontró con cuatro guerrilleros armados hasta los dientes apuntándole desde el frente y los laterales con cara de pocos amigos. Tragó saliva y pisó el freno. Mientras bajaba la ventanilla se preguntó si esos serían sus últimos momentos.

—Desde luego, hermano Jaled, no se te puede encomendar nada. —Adib apareció por detrás de los guerrilleros luciendo la más amplia de sus sonrisas y Jaled respiró—. Solo tenías que conseguirnos una *pick up* nuevecita y mira lo que traes. ¿No había una chatarra en peor estado?

—Lo siento, hermano. El concesionario estaba cerrado y tuve que apañármelas —respondió aliviado Jaled—. Creo que con la carga que llevo detrás compensaré mi torpeza.

Jaled salió del vehículo y abrazó a Adib susurrándole un «gracias» al oído, sin que los otros hombres se dieran cuenta. Después se acercó a la parte trasera de la furgoneta y abrió sus puertas para dejar que los guerrilleros vieran el contenido. Era como la cueva de Alí Babá. El entusiasmo se adueñó de todos ellos.

Aunque habían fingido creer su explicación de que era un periodista a la búsqueda de la mejor noticia sobre los talibanes y sus desmanes, a ninguno de los miembros del campamento se le escapaba que era un agente encubierto de algún país extranjero, aunque no tuvieran certeza de cuál. Y eso no se lo iba a decir, porque en realidad poco o nada importaba. A sus anfitriones les bastaba con saber que tenían un enemigo común: los talibanes, y eso los convertía, si no en amigos, sí en aliados. Pero además, por alguna razón que se le escapaba, confiaban en él, y a fuer de ser sincero, el sentimiento era recíproco. Estaba convencido de que no habían creído su explicación cuando regresó con el tan ansiado generador, los equipos informáticos y los medicamentos que necesitaban varios miembros del campamento, pero no hicieron preguntas. Su regreso era prueba suficiente de que no tenía intención de delatarles. Tampoco pareció sorprenderles el anuncio de que se marchaba para siempre. Y es que, pese a los estrechos lazos de amistad forjados entre ellos, tanto los miembros del campamento como Jaled sabían que su estancia en aquellas lejanas montañas afganas tenía los días contados, sobre todo debido a la presencia de Salima.

Lograr que aceptaran a la joven había sido francamente difícil. Su presencia en el campamento

había provocado tensiones. Una mujer sola rodeada de más de sesenta hombres, por muy tapada que fuera con el burka y por poco que saliera de la cueva del abuelo, era tentar a la suerte. Y, aunque los guerrilleros no eran tan extremistas como los talibanes, su cultura y su fe imponían que ninguna mujer viviera sola ni con nadie que no fuera su pariente de sangre o con su marido. Pero Jaled no estaba dispuesto a ceder a las presiones de los miembros más reaccionarios del campamento. No quería ni oír hablar de un matrimonio de conveniencia. Apenas si era una adolescente, así que como mínimo se merecía la oportunidad de vivir una vida mejor que la que había tenido hasta entonces, y eso significaba recuperar en la medida de lo posible su libertad individual, y para ello empezaría dándole la oportunidad de no vivir sometida al yugo de un matrimonio impuesto. Pero la situación se estaba volviendo insostenible.

Salima no suscitó mayor interés mientras permaneció al cuidado del doctor dentro de una de las cuevas, pero en el momento en el que su mejoría le permitió moverse, los hombres comenzaron a inquietarse. Jaled solicitó la ayuda del abuelo. Una «adopción» temporal para tranquilizar a los hombres. El viejo, en su sabiduría, le había recordado que mezclar a hombres con mujeres era como echar leña al fuego, pero aceptó su petición y a partir de entonces la presión disminuyó. La joven fue tratada como una «nieta» del venerable viejo y, por lo tanto, los hombres procuraron mantener la distancia al máximo.

Pero el malestar seguía latente. Jaled era muy consciente de que ese «pacto» no tardaría en saltar por los aires. Así que no le quedaba más remedio que sacarla de allí lo antes posible junto con Nayi, el nieto del viejo. Un hombre adulto todavía no recuperado de sus lesiones, un niño voluntarioso y fuerte, pero todavía muy pequeño, y una adolescente débil, asustada y sin apenas formación. ¡Vaya equipo para cruzar las montañas de Afganistán, la meseta de Irán, y otra vez las montañas hacia Iraq! Uno de los viajes más peligrosos del mundo, capaz de poner a prueba a los hombres más fuertes y entrenados, y tan largo… No, no era un reto para afrontar con alegría, sino un desatino, un desvarío, una temeridad sin parangón. Pero, por eso mismo, decidió que no podía pensárselo mucho, porque, si lo hacía, no saldría nunca de allí. Se dejó llevar por su instinto para acometer la tarea lo antes posible. Si no iniciaban el viaje a comienzos del otoño ya no podrían salir hasta la primavera. Así que, cuando terminó de ayudar a los hombres a descargar la furgoneta, se dirigió a la cueva del viejo seguido por el pequeño Nayi, su sombra.

Allí estaba Salima afanándose en la única tarea que le permitían hacer: cocinar. Al verle entrar, ella alzó la cabeza y esbozó una media sonrisa. En proceso de recuperación emocional, era todo lo que podía expresar todavía. Levantó las manos y se ajustó el velo con la intención de que no se le viera ni un solo pelo. Él la miró y arqueó una ceja. Sin decir nada, salió en busca de su amigo el buen doctor. Tenía que encomendarle una delicada tarea solo apta para alguien con cierta habilidad con las tijeras: transformar a Salima en Salim. Si se la iba a llevar no podía hacerlo con el burka puesto y para ello tenía que cortarle el pelo y ponerle ropa de chico. Su cuerpo apenas había recuperado peso, por lo que no sería difícil ocultar sus pechos bajo la ropa de invierno, pero una melena larga era otra cosa. Así que, pese al dolor en los ojos de Salima, la joven fue obligada a librarse de su cabellera. Con un corto flequillo sobresaliendo de su gorro de lana y la capucha del abrigado anorak, capaz de resistir diluvios y ventiscas, nadie dudaría de que se trataba de un chico. Los pantalones y las fuertes pero flexibles botas de montaña que le había suministrado Bahram para los tres le permitirían realizar el viaje sin que las inclemencias meteorológicas les afectaran demasiado, ni a ella ni a sus dos compañeros de viaje.

Así que cuando al amanecer del día siguiente enfilaron rumbo al oeste lo hicieron con el corazón encogido por la pena, el alma llena de gratitud y la mente agobiada por la incertidumbre

ante el inmenso viaje que les quedaba por delante. Se despidieron con un gesto de cabeza. No se abrazaron. Sabían que si lo hacían no serían capaces de partir. Así que comenzaron a caminar sin mirar atrás. Tras las montañas se encontraba su destino, su futuro, pero, sobre todo, su verdad.

Frontera norte de la cordillera Alborz, Irán
Finales del otoño de 2012

Le miró de reojo y después echó un vistazo a su alrededor mientras disfrutaban de una pausa para beber un poco de agua. Jaled Jan les había dicho que se encontraban en la ladera norte de la cordillera Alborz, no muy lejos de un mar que se llamaba «el Caspio».

¡Qué nombre tan extraño, pero qué bonito! A diferencia de su tierra natal, ese lado de las montañas estaba cubierto con muchos árboles, lo que creaba un ambiente húmedo y agradable. Se oía el trino de los pájaros y el murmullo de las corrientes de agua que descendían desde las cumbres. No echaba de menos la aridez y el polvo, tampoco el sol abrasador y el calor sofocante. ¿Y qué decir del frío helador de las cumbres? No, en estas tierras, pese a que también hacía fresco y el otoño ya estaba dando paso al invierno, todo era tan hermoso y excitante… ¿Era posible ser más feliz? Pese a que avanzaban hacia un destino desconocido, no tenía miedo alguno. Confiaba ciegamente en él. ¿Cómo no iba a hacerlo? Ese hombre serio y concentrado, ese desconocido fuerte y firme la había salvado de la muerte. La había rescatado de un callejón inmundo sin saber quién era y se la había llevado consigo cuando podría haberse dado la vuelta y fingir que ni siguiera la había visto. Pero no, él no era así. La había trasladado al campamento y se había asegurado de que la atendiera el médico. Había estado pendiente de ella durante todo su proceso de curación y, cuando ya estuvo lo suficientemente recuperada, la trasladó a la cueva donde el abuelo y él vivían para protegerla de los demás hombres.

Por eso, cuando llegó el momento de que él regresara a su hogar y le ofreció la oportunidad de acompañarlo, de iniciar una nueva vida lejos de todo su mundo, no lo dudó ni siquiera un instante. Si él creía que era lo mejor para ella, así sería. Al fin y al cabo, si no hubiera sido por él ya estaría muerta. Y pese al cansancio, y a veces el hambre, no se había arrepentido ni un solo minuto, porque él le había demostrado lo que era la bondad, que no había excusas para hacer lo correcto y que nada había más importante que proteger y respetar a las personas, a todas las personas. Porque, para él, las mujeres merecían el mismo respeto, la misma consideración que los hombres. Él le había hecho ver que ella, la analfabeta, mancillada y pobre Salima, merecía una oportunidad y que podía iniciar una nueva vida. Él le había enseñado que no era un desecho, que no era una mujer impura y que su dignidad estaba intacta, hubiera sufrido lo que hubiera sufrido. Porque su cuerpo se iba a curar por completo, pero si dejaba que su corazón y su mente se quedaran atrapados en las pesadillas del pasado jamás sanarían. A él no le importaba que varios hombres la hubieran violado, golpeado y drogado, salvo porque le hubiera gustado castigarles por sus crímenes, a él le importaba que ella dejara atrás todo el horror y pensara en el futuro. Si la había salvado era para que mirara hacia delante y se construyese una nueva vida. Porque esa era la mejor forma de vengarse de aquellos que la habían menospreciado, de alcanzar la justicia que suponía que ellos siguieran con su vida mezquina y miserable mientras ella podía dejarlos atrás junto con su pasado. Porque ella podía avanzar y prosperar, mientras que ellos permanecerían encerrados en la prisión del odio y el desprecio por todo lo que era bueno, puro y hermoso. Seguirían atrapados en el infierno de un destino sin futuro. Había tardado semanas, quizá meses, en entender lo que ese hombre con acento indefinido le había repetido una y otra

vez. Y, por fin, un día se despertó sintiéndose diferente, fuerte, recuperada, renovada. Si el destino le ofrecía esta oportunidad, ¿quién era ella para rechazarla? Y fue entonces cuando decidió cerrar la puerta al horror y abrir la ventana a esa nueva vida de la que le hablaba Jaled Jan. Una nueva vida que requería aprender muchas cosas nuevas y olvidar lo poco que sabía, un proceso que temía y ansiaba a la vez. Nadie había considerado jamás que ella mereciera aprender a leer y a escribir, a contar y a entender algo de ciencias. Nadie se había molestado jamás en enseñarle algo más que a rezar de forma torpe y rudimentaria.

Con mucha vergüenza y manteniendo las distancias dejó que el abuelo le enseñara el alfabeto pastún al tiempo que el doctor también la iniciaba en el inglés. Estudiaba con el pequeño Nayi las otras asignaturas que el doctor le explicaba, si bien, en muchas ocasiones, le costaba seguirles. Pese a ello, no tardó en aprender a escribir las letras del alfabeto pastún y más rápido aún avanzó en la lectura. Pronto se atrevió a componer algunos textos simples y la satisfacción que ello le producía la incitaba a avanzar y avanzar. Los números fueron fáciles de aprender, sumar y restar no tanto. El inglés se le resistía un poco, pero, insistiendo, también logró aprender las vocales e iniciar las consonantes. Ella, que no había tenido ocasión de ir a la escuela, disfrutaba inmensamente del estudio, aunque, las primeras semanas, la frustración por no avanzar tan rápido como quería casi la empuja al abandono. *Pero no. Ella no estaba dispuesta a fallarle a su salvador.* Así que, superadas las primeras dificultades, el avance fue haciéndose más rápido y gratificante. Además, como permanecía casi todo el tiempo en la cueva, podía dedicarse con profundidad al estudio.

El aprendizaje había continuado como un juego durante su viaje. Jaled les enseñaba a hablar inglés durante las caminatas y por la noche aprendían a escribir utilizando un palo sobre la tierra del suelo. También les explicaba ciencias aprovechando todo aquello que les llamaba la atención y si tenían más tiempo les dibujaba mapas, lo que les permitía descubrir el mundo que había más allá de las fronteras del país.

Además, Jaled Jan se había preocupado en fortalecer no solo su mente, sino su cuerpo. En cuanto su estado físico mejoró lo suficiente como para permitirle salir de la tienda del doctor, Nayi, ella y Jaled Jan comenzaron a dar largas caminatas y a entrenarse en un claro un poco alejado del campamento. Al principio eran ejercicios suaves para estirar y fortalecer los músculos. Nayi enseguida los dominó, pero ella estaba débil y su cuerpo jamás había sido ejercitado de esa manera, por lo que le costó mucho seguirles. Todos los días acababa las sesiones de entrenamiento con muchas agujetas y en más de una ocasión estuvo a punto de abandonar. Jaled Jan nunca la dejó rendirse, por el contrario, le exigía cada día más y eso que el resto de los integrantes del campamento no veían con buenos ojos esta actividad. Pero Jaled Jan no solo quería fortalecerlos, sino que también los instruyó sobre cómo defenderse de cualquier ataque físico.

¡Con lo bien que le habría venido saberlo antes! Pero lamentarse no servía de nada. Ahora solo había un mañana, ya nunca más un ayer.

Y es que ella jamás habría podido imaginarse una aventura semejante. Ella, que había pasado su corta infancia jugando en los polvorientos caminos cercanos a su casa y, como mucho, se había aventurado a las colinas de los alrededores para ayudar en la recolección de los árboles frutales que cultivaba su tío, jamás soñó conocer otros lugares distintos y distantes. Su corta vida había transcurrido entre los escasos momentos de felicidad, cuando su abuela le contaba historias prohibidas sobre príncipes y princesas y héroes que lo arriesgaban todo por salvar a los indefensos, y las duras tareas domésticas que tenía encomendadas desde que fue capaz de cargar

un cubo con agua.

La vivienda de su tío no era una casa rica, pero tampoco pobre. Al menos en comparación con la del resto de los vecinos de su aldea. El gran cuadrado amurallado en cuyo interior se distribuían las diferentes habitaciones de adobe disfrutaba de un fresco patio donde varios árboles daban sombra en verano. Tenían gallinas, un par de burros y dos docenas de ovejas. Además, poseían bastantes campos en los que la familia alternaba diferentes cultivos. La abuela tenía un telar donde trabajaba todas las horas en las que la luz natural le permitía ver la trama. Sus alfombras eran de vivos colores y los dibujos de indescriptible belleza nacían de su desbordante imaginación. Salima admiraba la magia que su abuela obraba con las lanas teñidas que su tío le traía siempre que lo solicitaba. Las alfombras de la abuela eran la mayor y mejor fuente de ingresos de la familia, pero menguaban cada día. Sus ojos estaban cansados de tantos años de trabajo y, aunque con unas gafas hubiera podido mejorar considerablemente, eran un lujo impensable para una familia con limitados recursos. Así que tejía cuando podía y, cuando no, le contaba historias… hasta aquella aciaga tarde en la que su tío había irrumpido en el telar.

Nunca había querido a su tío. Aunque de muy pequeña había intentado acercarse, él siempre la había rechazado. Salima no entendía por qué no la quería. Pero con el tiempo había dejado de preocuparse. Se limitaba a alejarse de él para no irritarle con su presencia, refugiándose tras su amorosa abuela o su distante tía. Salima tampoco tenía muy claro por qué no tenía padres. De los escasos retazos de conversaciones captadas a escondidas sabía que su madre había caído en desgracia al haberse fugado con un hombre al que la familia no aprobaba por ser pobre. Salima había nacido en un lugar indeterminado, en una fecha no muy clara y solo había regresado al seno de la familia materna cuando aquella murió de enfermedad, hambre y maltrato. Al parecer, su padre la había dejado en medio del patio de la casa familiar como si fuera un trozo de carne despreciable, y su tío, presionado por la abuela, no había tenido más remedio que criarla. Pero, como descubriría aquella aciaga tarde, solo lo había hecho con el fin de obtener algo a cambio. Así que, cuando cumplió doce años, la prometió en matrimonio a un viudo de cuarenta que tenía cuatro hijos muy pequeños. Salima fue arrastrada del único hogar que había conocido a una casa a kilómetros de distancia de la suya donde su «marido» la forzó la noche de su llegada y cada vez que le apetecía y la obligó a hacer las tareas domésticas y cuidar de sus cuatro hijos.

Salima no entendió por qué la habían castigado así. No había hecho nada malo. Siempre se había portado bien y había ayudado en la casa en todo lo que podía. Hasta había aprendido a tejer con la abuela y la sustituía cuando a ella le fallaba la vista. No le parecía justo y no era capaz de aceptar su sino ni siquiera rezando a Alá. Mal alimentada, vapuleada y forzada, Salima decidió que no quería continuar más tiempo viviendo ese infierno, así que una noche hizo un hatillo con sus escasas pertenencias y se escapó de la casa a hurtadillas. Anduvo y anduvo hasta que se hizo de día y llegó a un pueblo. En su ingenuidad creyó que podría encontrar una casa en la que le darían cobijo a cambio de su trabajo como sirvienta. Tras vagar un par de días, tres hombres que probablemente la habían estado vigilando desde su llegada la raptaron al anochecer. Lo que sucedió en los días, las semanas y los meses que siguieron se quedó en el limbo. Drogada desde el primer día perdió la noción del tiempo y de todo lo demás. Hasta que un buen día se encontró abandonada en un callejón incapaz de pensar o moverse. Y cuando ya daba todo por perdido y se disponía a dejarse ir, apareció él.

Sin duda había un antes y un después del día en el callejón. La Salima que llevaba el pelo corto como un chico, vestía ropa militar y calzaba unas pesadas botas hidrófugas era otra persona. Fuerte y musculada, ávida de aprender y con ganas de conocer mundo, poco o nada tenía que ver

con aquella chiquilla inocente, ignorante y temerosa vendida en matrimonio. Ahora que había visto y vivido todo lo que había más allá de las altas montañas que rodeaban su tierra, ya no había vuelta atrás. Ahora que sabía lo que era la libertad, jamás se dejaría atar. Ahora solo existía el camino delante de ella y su nuevo destino.

Cordillera de los Zagros, en algún lugar entre Irán e Iraq
Comienzos del invierno de 2012

Llevaban más de dos meses de viaje, con casi mil quinientos kilómetros a sus espaldas. Tras haber salido de la provincia de Baghdis en dirección a Turkmenistán y después de recorrer la zona fronteriza con Irán, se habían adentrado en este país en dirección a Iraq. Habían tenido que bordear la cordillera de los montes Alborz por su zona septentrional para evitar la concurrida región de Teherán. Cuando llegaron a su extremo occidental se dirigieron hacia el oeste, hacia el Kurdistán iraní, con el fin de alcanzar los Zagros y llegar a Iraq. Como tenían documentación falsa y carecían de visados, habían evitado las vías de comunicación más transitadas donde el control gubernamental era más habitual. Los días afortunados habían podido subirse a un camión o a un autobús, lo que les había permitido recorrer grandes distancias en poco tiempo, el resto habían ido caminando. Preferían entrar en las ciudades o pueblos a las horas más concurridas para confundirse con la multitud y poder comprar provisiones sin llamar la atención. Cuando había sido posible habían alquilado una habitación en algún modesto hostal con acceso a un baño. Asearse con agua caliente y jabón se había convertido en un lujo, pero imprescindible para poder utilizar el transporte público sin llamar la atención. En media docena de ocasiones habían tenido que huir de la policía, pero aparte de mucho cansancio, muchas heridas en los pies y algún que otro tropezón fuerte, habían realizado su peregrinaje sin incidencias.

Los muchachos, pese a la dureza del viaje, lo estaban disfrutando como una aventura y un descubrimiento. Cada día tenían la oportunidad de conocer nuevos lugares e incluso saborear las delicias locales. Gracias a su entusiasmo y su alegría, Jaled encaraba cada mañana con energías renovadas, pero ello no obviaba el gran esfuerzo emocional que debía afrontar. No solo tenía que cuidar de él, sino de los dos adolescentes, y no estaba acostumbrado a viajar con compañía. Además, no tenía experiencia ni como padre ni como maestro, por lo que no estaba seguro de si era demasiado estricto con los chicos. No podía quejarse de ellos, en absoluto. Casi siempre se portaban bien, salvo por algún que otro roce derivado del cansancio y las largas horas de convivencia.

Llevarlos con él le había obligado a dar un larguísimo rodeo, además de avanzar con más lentitud, lo que sin duda afectaba al cumplimiento de su misión, ya de por sí perjudicada por el tiempo que había necesitado para recuperarse. Tampoco había podido contactar con ninguno de los suyos desde su salida de las montañas al norte de Qala-i-Naw, temeroso de que una llamada delatara su presencia. Aunque había provisto a Bahram con información muy relevante sobre las posiciones de los talibanes, su misión era otra y aún estaba pendiente. Esos meses en Afganistán no habían resultado, ni de lejos, lo que se esperaba de él y debía reconducir su trabajo. Algo que, de momento, no podía hacer porque tenía otras preocupaciones más inmediatas que resolver.

No estaba muy seguro de qué día era ni a qué lado de la frontera se encontraba la cima a la que se estaban acercando, pero aun así mantuvo la marcha mientras sujetaba con firmeza las manos de Salima y de Nayi. Tenía la certeza de que se encontraba en el Kurdistán, pero la inmensidad de la cordillera que separa Irán de Iraq hacía difícil determinar dónde acababa un país y

empezaba el otro, sobre todo en pleno invierno cuando la nieve lo cubría prácticamente todo y solo tenía la brújula de su reloj de pulsera para guiarle. Entre que los días eran cada vez más cortos, las temperaturas más bajas y las montañas más peligrosas por la nieve, el avance se hacía más lento y muy muy penoso. Más aun cuando gran parte de las horas de luz las empleaban en buscar un refugio para guarecerse de noche de las temperaturas bajo cero y evitar morir congelados. Apenas si les quedaban víveres y hacía días que no habían podido encontrar leña con la que hacer un fuego y poder calentar algo para beber. Aun así, sus dos valientes y jóvenes compañeros de viaje nunca se habían quejado y habían mantenido el ánimo elevado. Por fortuna iban bien equipados y tanto su ropa como su calzado eran de la máxima calidad, por lo que estaban resistiendo bien las bajas temperaturas. Bahram se había portado y Jaled le estaría eternamente agradecido. Era curioso cómo, pese a ser dos extraños que apenas habían compartido unas cuantas horas, se habían entendido tan bien. Uno de esos escasos encuentros en los que el destino se empecinaba en juntar a dos almas extraviadas por un tiempo limitado, pero con repercusiones positivas.

Mientras seguía aferrado a Salima y a Nayi, se preguntaba cómo había podido lograr una confianza tan ciega por parte de los chicos. A estas alturas sabían que solo había dos opciones: encontrar el camino para lograr la tan ansiada libertad o morir de hipotermia. Y, sin embargo, ninguno de los jóvenes parecía tener miedo a la muerte. Esa fe era la que le mantenía fuerte a él pese a que ya estaba empezando a sentir que las montañas eran el peor enemigo al que jamás se había enfrentado, y eso que había peleado con muchos y muy peligrosos.

El viento comenzó a soplar de manera inesperada anticipando una fuerte ventisca. Era urgente buscar un lugar donde resguardarse, algo que no parecía plausible en esa desnuda cumbre nevada. Se detuvo un instante para recuperar el aliento y echar un vistazo a su alrededor. Apenas podía ver a unos pocos metros de distancia. De pronto, dos puntos negros aparecieron en el horizonte. Pese a que la visibilidad iba disminuyendo a medida que el viento mezclado con la nieve ganaba fuerza y velocidad, pudo percatarse de que los puntos aumentaban en tamaño y número.

El instinto le alertó de una posible amenaza. En ese lugar, y en esas condiciones, había una alta probabilidad de que fuese un grupo de traficantes de personas o de drogas que aprovechaban la ventisca para trasladarse, y tanto podían ser amistosos como no. Más improbable, aunque no imposible, era que se tratase de una patrulla *peshmerga* vigilando el territorio, precisamente para atrapar a algún grupo de traficantes. La tercera y peor opción era que fuese una patrulla del ejército iraní. En cualquier caso, y como no había ningún lugar donde esconderse en ese páramo nevado, apretó los dientes y siguió avanzando. Si se encontraban en el Kurdistán iraquí podían darse por salvados; si, por el contrario, todavía estaban en territorio persa, aún podían dar con sus huesos en una cárcel. Aunque, en ese momento y en esas circunstancias, ser arrestados y conducidos a una comisaría era una opción mucho mejor que la de morir congelados. Pero, tal y como había aprendido en los años de trabajo, los problemas debían afrontarse a medida que iban surgiendo. Claro que no le vendría mal contar con un plan B.

Patio de la mezquita de Umm al Qura, Bagdad, Iraq
Abril de 2013

—No, no es posible. No lo puedo hacer.

—¿No puedes o no quieres?

Bashar le miró fugazmente antes de continuar con sus abluciones. Solo había un par de hombres más lavándose los pies y estaban a una distancia considerable, por lo que era improbable que les pudieran oír.

—¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? —le preguntó Bashar entre dientes, sin levantar la vista mientras continuaba frotándose la pantorrilla derecha.

Bashar era un árabe de complexión media, ondulado pelo castaño y pequeños ojos negros. Nada en él lo hacía destacar de entre los demás y esa normalidad era precisamente el mayor de sus valores. ¿Quién iba a prestar atención a un pobre vendedor de verduras que vestía un viejo pantalón y una camiseta gastada y cubría sus pies con unas raídas sandalias de piel? Pero Bashar, como casi toda la población iraquí, no era lo que aparentaba. Llevaba una «doble vida», era un «transportista» de personas que deseaban huir de Iraq. Un facilitador que utilizaba la tapadera del tráfico humano para llevar a cabo su profesión real: rescatar y sacar del país a todos los espías occidentales que luchaban contra los más radicales de los radicales.

—Por supuesto que lo sé. ¿Crees que estaría aquí si tuviera otra opción?

—Es muy arriesgado. —Bashar inició el procedimiento con la pantorrilla izquierda.

—¡Venga ya! No más que los otros viajes que has hecho.

Jaled se frotó el codo derecho sin apartar la vista del grifo. Cualquier observador atento se habría dado cuenta de lo crispadas que tenía las manos.

—Eran casos extremos y, además, cumplía órdenes.

—Bashar, no te lo pediría si no fuera importante. —En la voz de Jaled había un tono de súplica difícil de eludir.

—Hermano, sé que es muy importante para ti, pero tal y como están las cosas no podemos invertir medios y personas en un rescate que no es oficial. —Bashar dio por concluidas sus abluciones cerrando el grifo y sacudiéndose las manos antes de levantarse de su asiento—. Además, no son de los nuestros.

Jaled obvió un comentario sobre lo estúpidas que eran las fronteras, las trabas burocráticas, las discriminaciones basadas en la nacionalidad y el motivo de fondo por el que estaban haciendo lo que hacían, que no era sino proteger y ayudar a mejorar la vida de los más débiles fueran del país que fueran y tuvieran la religión que tuvieran. Obvió recordarle que un joven salvado era un terrorista menos. Tampoco recurrió al manido discurso de que un ser humano era un ser humano. Si él y Bashar hacían lo que hacían era porque compartían las mismas ideas y estaban dispuestos a arriesgar su vida por los demás.

—Puedes incluirlos en el envío de la semana que viene.

Jaled no iba a darse por vencido bajo ningún concepto. Sabía que su petición sería rechazada y conocía de sobra los argumentos que emplearían; venía preparado para rebatirlos.

—Si el viaje es largo, difícil y peligroso para los adultos, para dos niños sería un infierno. ¿Y si se ponen enfermos? ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Esperar a que se recuperen mientras mi carga corre peligro?

Bashar se levantó y Jaled le imitó. Después se puso a su lado. No había nadie a la vista. Los otros dos hombres que habían estado lavándose ya habían entrado en la mezquita para rezar. Estaban solos en la inmensidad de la estancia de mármol y agua de la nueva mezquita de Ciudad Sader.

—Escúchame bien, Bashar —pese a que su tono de voz era apenas un susurro, el cambio en la expresión hizo que Bashar le mirara directamente a la cara—, son dos adolescentes muy buenos y fuertes. Te aseguro que aguantarán la marcha mucho mejor que cualquier adulto entrenado.

Hemos recorrido un tercio de Asia central caminando por las montañas y por llanuras infinitas. Hemos afrontado tormentas y ventiscas. Hemos dormido a la intemperie y ha habido días que no hemos tenido nada que comer, pero jamás, me oyes bien, jamás se quejaron o dejaron de mantener la marcha. Los he entrenado a conciencia. Son obedientes y disciplinados. Te garantizo que se portarán bien.

—Hermano, no puedo. De verdad que lo siento, pero no puedo.

Bashar dio un paso, pero Jaled le agarró por el brazo. Se arriesgaba a que alguien le viera y se descubriera su tapadera, pero el asunto merecía la pena.

—No te lo pediría si no fuera importante de verdad. Su abuelo me salvó la vida y le prometí que cuidaría de ellos. No tienen a nadie y no puedo permitir que mendiguen en las calles y queden a merced de los canallas. ¿Sabes qué hacen los degenerados a los niños huérfanos? ¡Por Dios, uno tiene diez años y la otra solo quince! —Jaled casi no podía contener la emoción en su voz.

—Hermano, ¿sabes cuántos huérfanos hay en Iraq? —Bashar se libró del brazo de su amigo, pero no se movió del sitio.

—Lo sé, lo sé…, se calcula que entre ochocientos mil y un millón. Ojalá pudiera ayudar a todos… Sé que no puedo, por eso déjame que al menos los salve a ellos. Esos dos críos son muy valientes y su vida importa, y mucho, porque estoy seguro de que el día de mañana liderarán el cambio que esta maldita sociedad necesita.

Bashar se quedó en silencio y Jaled se dio cuenta de que estaba sopesando los pros y los contras, lo cual era una buena señal. Significaba que estaba valorando la posibilidad de llevárselos y Jaled decidió aferrarse a esa desesperada posibilidad.

—Y una vez que estén en casa, ¿qué vas a hacer con ellos? Porque tú vas a regresar a operaciones. ¿Cómo explicarás quiénes son? ¿Dónde se quedarán? ¿Quién los cuidará?

—Ese es mi problema. Tú sácalos y ya me encargaré de ellos. Te juro que nadie sabrá que me has ayudado.

Bashar respiró hondo.

—Tenemos que ir por el norte. Si los kurdos o los turcos nos detienen, no me pararé a salvarlos. El objetivo es lo primordial y no voy a ponerlo en peligro ni por ellos ni por nadie, ¿estamos?

—Sé que harás lo correcto. —Jaled fingió bajarse las mangas de la camisa.

—Está bien. Sé que me arrepentiré, mejor dicho, que nos arrepentiremos. —Bajó y subió la cabeza en un gesto de enojo—. Pasado mañana, cuando haya anochecido, tráelos a la tienda de Abu Hodeima. Que vengan con el equipaje imprescindible, pero con agua y alimentos, por si acaso.

—No te arrepentirás, amigo, te lo aseguro.

Bashar ni le miró cuando se giró para entrar en la zona de los rezos. Jaled se retrasó un poco, quería asegurarse de que no hubiera nadie vigilándolos, además de evitar que alguien les viera entrar juntos. Ya dentro, se colocó en una discreta esquina del fondo muy lejos de su contacto.

La oración dio comienzo y cada individuo perdió su identidad para convertirse en una masa de fieles intentando comunicarse con su Dios. Por una vez casi creyó atisbar un poco de la fe que había perdido volatilizada una mañana de marzo de hacía casi una década. Una fe con la que se había reencontrado no hacía ni un año, en la inmensa soledad y quietud de la cumbre de una montaña a miles de kilómetros de distancia. Una fe con la que se había reencontrado, pero no reconciliado… aún.

Habitación de hotel, Riviera francesa
Julio de 2014

—Supongo que si te pregunto en qué piensas me responderás que en mí o en el próximo destino, ¿no?

Él se giró en la cama para observarla. Obviamente ella se había percatado de que, por unos instantes, su mente había volado hacia algún otro lugar. Y tenía razón. Relajado tras el orgasmo había cerrado los ojos y se había permitido sentir más allá del deber. Cada vez había más personas a las que echaba de menos y, aun a sabiendas de que su labor era crucial, el sacrificio personal cada vez le resultaba más difícil de sobrellevar. La única manera en la que podía seguir adelante, absolutamente concentrado en su misión, era congelando sus sentimientos y sus emociones. Solo dejando atrás, no solo física sino sobre todo emocionalmente, a las personas a las que quería podía seguir adelante. Pero cada vez le costaba más porque, a medida que transcurría el tiempo, aumentaba la intensidad del recuerdo y la añoranza.

Tras varios meses de separación desde que lograra convencer a Bashar para que sacara a Salima y a Nayi de Iraq y de su llegada a España, por fin había podido pasar unos días con ellos. Los había recogido a cada uno en su centro y se los había llevado a Cantabria, donde disfrutaron de un largo fin de semana de vacaciones: turismo, gastronomía y risas. A su regreso, había tenido la ocasión de hablar largo y tendido con la agente social que se encargaba de supervisarlos y hacer el seguimiento diario de su adaptación. Gracias a ello había averiguado cómo avanzaban en sus estudios y cómo evolucionaba su relación con las nuevas personas de su entorno. Nayi progresaba rápido, mientras que Salima tenía más dificultades de aprendizaje, aunque los dos parecían entusiasmados con el nuevo mundo de conocimientos que se había abierto ante ellos. No solo les habían instalado en los mejores centros educativos mientras su solicitud de asilo se tramitaba de urgencia, sino que tenían todo tipo de clases de apoyo extra para poder incorporarse al nivel que les correspondía por edad. Estaban en buenas manos y eso le reconfortaba, pero no dejaban de ser manos extrañas. Nunca se había planteado la paternidad, sin embargo, el tiempo pasado con los dos adolescentes le había abierto el corazón y la mente a un mundo nuevo. Un mundo de esperanza e ilusión, de futuro en paz y de construcción. Un mundo por el que llevaba luchando desde hacía mucho tiempo, que apenas había podido disfrutar y que ahora anhelaba.

Sabía que los jóvenes le echaban de menos y se sentían un tanto desamparados entre extraños que no hablaban su idioma y no tenían sus costumbres. Después de casi tres meses de largo viaje juntos y otros tantos de estancia clandestina en Iraq hasta que pudieron ser extraídos con seguridad del país, se había creado un fortísimo vínculo entre los tres. Habían pasado muchas experiencias juntos antes de trasladarse a España y ahora que podían disfrutar de su nueva vida tenían que separarse. No le había quedado más remedio. Ni siquiera había podido ir a visitar a su familia. La inesperada ocupación del tercio norte de Iraq por parte del autodenominado Estado Islámico a manos del fanático desnortado de Al Bagdadi le había obligado a cambiar sus planes. En lugar de disfrutar un más que merecido tiempo de descanso en Madrid, tras haber estado trabajando encubierto y sin vacaciones durante una década, se encontraba a punto de viajar a la turbulenta capital iraquí para infiltrarse de nuevo en el grupo terrorista e intentar descabezarlo. Su conocimiento del terreno, la red de contactos que había ido tejiendo a lo largo de los años y su experiencia lo hacían «imprescindible» para la coalición occidental en lucha contra el terrorismo islamista. Las barbaridades que estaban cometiendo los canallas del Dáesh habían sido aliciente

más que suficiente para ponerle una vez más al frente de la lucha contra el yihadismo. Sin embargo, el cansancio físico y mental acumulado estaban haciendo mella en él. Su determinación seguía siendo la misma, pero le faltaba energía y entusiasmo. Por fortuna, en esta ocasión, no estaba solo.

—Si ya sabes la respuesta, ¿por qué haces la pregunta?

Jaled recorrió con su mano el contorno perfecto de su cuerpo. Tenía ganas de ella otra vez y no tardaría en hacerle el amor de nuevo, solo estaba haciéndose de rogar un poco para animar el juego.

—Solo quería comprobar si esos largos meses en el campamento de Afganistán habían apagado tu necesidad de comunicarte con una mujer. —Ingrid le sonrió provocadora.

—¿Crees que no he tenido contacto físico con otras mujeres?

—No he dicho eso. —Alzó los brazos por encima de la cabeza dejando sus pechos al descubierto.

—Ah, claro, has dicho comunicarme. —Jaled sonrió.

—Dicen que las afganas son muy complacientes y sumisas.

—También dicen que las europeas son frívolas y promiscuas —le rebatió él.

—¿Ah, sí? Y tú, ¿con qué opinión te quedas? —Ingrid se acarició un pezón de manera provocativa.

—Con ninguna, porque conozco a los dos tipos y lo que sé con certeza es que cada mujer, como cada ser humano, es un mundo en sí y no obedece a estereotipos.

—¡Vaya! ¡Qué profundo! Ahora me dirás que yo soy una europea tímida y recatada que te guarda las ausencias…

—Tampoco he dicho eso, Ingrid —siguió acariciándola—. Además, tú rompes el molde, porque eres medio de aquí y medio de allí.

—Pero lo has insinuado. —Se volvió hacia él dejando que sus pezones rozaran su pecho.

—Estás buscando guerra… —Su voz sonó ronca y muy muy grave…

—Más bien… una alianza de civilizaciones…

Jaled se echó a reír a carcajadas.

3

El fin de todo y el comienzo de nada

*H*ubo un tiempo en el que la fe lo era todo.

Para los poderosos no había mejor instrumento de dominio. Para los más desfavorecidos no había mayor consuelo. Para los ambiciosos no había mejor camino hacia el poder. Para los humildes no había mayor esperanza de justicia ante las penurias de la vida.

Hubo un tiempo en el que creer, fuera el dios que fuera, era una seña de identidad, una forma de vida y de vinculación a una sociedad. Hubo un tiempo en el que seguir un culto merecía respeto, y el honor se hallaba en la batalla para defenderlo. Hubo un tiempo en el que la espada se empuñaba y la sangre se derramaba con la bendición de la fe. Hubo un tiempo en el que la religión y sus instituciones tenían el patrimonio del saber y abusaban de él para subyugar a los ignorantes, a los débiles, a los temerosos. Hubo un tiempo con directrices, un camino claro, consuelo y esperanza. Hubo un tiempo en el que, cuando la incertidumbre acechaba y el miedo atenazaba los corazones, siempre quedaba el recurso de la resignación ante el infalible designio de la voluntad divina. Hubo un tiempo en el que el tiempo no importaba… porque todo era relativo y todo era cierto, porque todo y nada estaba escrito, pero la fe así lo dictaba.

Pero ese tiempo se agotó y con él la certeza de la magnanimidad divina. La fe se perdió en el largo trayecto de la miseria humana. Y con ella la luz de la revelación. Llegó la oscuridad de la razón y la pesada losa del escepticismo que da el conocimiento. Llegaron la ciencia y la tangibilidad empírica. Y ya no hubo lugar para la certeza inmaterial, ni para la confianza en un poder sobrenatural, ni para la sumisión al poderoso. Retornó la era de la *yahilia.* Ahora aún más peligrosa porque empleaba el disfraz del cuestionamiento y de la duda. Y se hizo imperativo recordar al hombre su fragilidad. Llegó la hora de recuperar el único conocimiento y llegó la hora de reconducir la sociedad hacia la única verdad: Alá, Mahoma su profeta y el Corán.

En un lugar en la provincia de Mosul,
cerca de la frontera con Siria
Enero de 2015

Se despertó asustado y con temblores. Algo o alguien le estaba zarandeando con fuerza para sacarle del sueño profundo en el que se encontraba, pero estaba tan cansado que se resistió a hacerlo. «Dejadme dormir, por favor. Dejadme dormir». No le hicieron caso. Siguieron zarandeándole, cada vez con más fuerza. Intentó gritar para protestar, pero sus labios no le respondieron. Entonces tomó conciencia de que no era la única parte de su cuerpo que no parecía funcionar. Tampoco oía ni veía nada. Era como si su yo y su mente estuvieran, pero su cuerpo no. Y de repente sintió que le faltaba el aire.

Boqueó porque no podía respirar. Los pulmones le ardían. Tenía la nariz y la boca acartonadas,

llenas de una sustancia pastosa que impedía el paso del aire. Por fin, consiguió abrir la boca y lo hizo con desesperación, como nunca antes lo había hecho, porque nunca antes se había sentido tan privado del oxígeno que necesitaba. No tuvo éxito, la asfixia se adueñaba de él. Sintió cómo se le iba la vida y le entró el pánico. Quiso moverse para hacer reaccionar a su cuerpo, pero no hubo una respuesta positiva. Su cuerpo estaba inerte. Tan solo sentía el ahogo, la angustia. Si iba a morir asfixiado, ¿por qué se habían molestado en despertarle? En un último esfuerzo logró abrir los ojos, pero no vio nada. Todo estaba oscuro y cubierto con un denso humo negro o quizá gris.

¿Qué más daba? Por un nanosegundo se sintió a las puertas del infierno. Volvió a boquear sin éxito. Expiró.

Y entonces… cesó.

La angustia de la asfixia dio paso al alivio, al descanso. Se terminaron las convulsiones. Sintió que su cuerpo dejaba de pesar y de doler. Era como si ya no tuviera consistencia. El pánico y la impotencia dieron paso a la paz de una nueva consciencia. Sintió cómo un cordón dorado, que salía de alguna parte de su ser incorpóreo y le mantenía unido al físico, iba deshaciéndose a medida que él se hacía más y más liviano, casi etéreo. Vio la luz acercándose. Y todo se volvió claro y nítido mientras los sonidos iban alejándose y el ruido desaparecía en la distancia. Flotaba en la nada. Así debía de ser el placer que daba un chute de droga. Nada parecía capaz de molestarle, de hacerle daño, de hacerle sentir. Y, de repente, sin saber cómo, se dio la vuelta. Ahora observaba todo desde arriba. *¿Cómo? ¿Desde arriba? Pero… pero… si allí, a menos de dos metros bajo él, estaba su cuerpo… su cuerpo inane, ¿cómo podía estar él arriba y su cuerpo abajo?*

¿Cómo podía sentirse tan liviano y bien cuando su cuerpo parecía roto, desmadejado, sin vida? ¿Sería acaso…?

De pronto, un golpe terrible sobre su pecho hizo que el cuerpo rebotara hacia arriba con gran violencia. Y el dolor del golpe le hizo regresar a la conciencia de su humanidad de una manera brutal. Sintió el vértigo de la caída mientras se precipitaba al suelo. Al choque de su espíritu contra su cuerpo le siguió el dolor insoportable de varias costillas rotas consecuencia de las enérgicas maniobras de reanimación. Ya no era liviano, etéreo e incorpóreo, sino físico, mortal y vulnerable. De nuevo el mundo giraba sobre él y no debajo. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo. Seguía sin oír nada, pero percibía por las vibraciones del suelo que todo retumbaba y había mucho movimiento de personas a su alrededor. Poco a poco el silencio fue cediendo terreno al ruido. Sus oídos comenzaron a percibir sonidos, distantes, amortiguados y con eco, pero sonidos. Sonidos que no podía identificar pero que iban aumentando en intensidad y confusión. Y cuando la mezcla de sonidos se hizo insoportable y su cabeza parecía a punto de estallar, supo que le había ganado la partida a la muerte y había vuelto a la vida.

Una vida precaria para un cuerpo destrozado, manipulado como un muñeco sin voluntad en un entorno hostil y oscuro.

Por fin, su organismo reaccionó y comenzó a expulsar el polvo que llenaba sus pulmones. La tos era tan intensa que el esfuerzo acabó por romperle las entrañas. Una mano bajo el cuello le levantó un poco la cabeza para ayudarle a respirar y notó cómo con extrema dificultad, lentitud y de manera muy dolorosa le entraba algo de aire. Un aire caliente, cargado de polvo, pero aire, al fin y al cabo. Los oídos se desatascaron al tiempo que su nariz y los sonidos amortiguados de su entorno se transformaron en un ruido atronador. Y por una fracción de segundo deseó volver atrás en el tiempo a ese instante de ingravidez, de tranquilidad absoluta en el que había estado a

punto de abrazar la muerte.

—*Come on, guys, get him out of here! Quick, quick! No time for extra medical care!*[1]

Tenía que estar soñando, aunque era muy raro porque lo estaba haciendo en inglés… Cuando volvió a abrir los ojos, parpadeó para intentar librarse de la tonelada de polvo que cubría sus pestañas. No fue fácil. Cuando por fin pudo entornarlos, solo distinguió varias sombras enormes en un entorno gris.

Volvió a sentir que le zarandeaban, pero estaba vez de otra manera. Le cogieron de los pies y de las manos y le elevaron del suelo. Le habían inmovilizado sobre una parihuela, pero aun así sintió un dolor terrible por todo el cuerpo. Estaba roto. Roto como nunca antes lo había estado. Jodidamente roto. «¡Parad, tíos, parad! ¡Que ya puedo levantarme yo, joder! ¡Tíos, tíos! Pero ¿es que no me oís?».

De pronto, se escuchó un silbido seguido del estruendoso impacto de un proyectil que hizo temblar todo el entorno. Sus porteadores casi le dejan caer al agacharse para evitar la lluvia de cascotes… Un momento, ¿cascotes? Un gran estruendo… «¡Joder, joder, joder! Esto no es un sueño sino la puta realidad». Y recordó lo que había sucedido.

Se había refugiado en una casa de ladrillos de adobe tras la explosión de la primera bomba. Sabía a ciencia cierta que no había muerto nadie porque había logrado alertar a un colega que trabajaba para la inteligencia norteamericana y con el que mantenía un contacto regular. Nadie le había avisado de las detonaciones posteriores y seguro que habían pillado a los civiles que huían. ¡Dios, qué horror! ¡Tantos años trabajando para nada! Apenas si había logrado posponer la muerte de cientos de personas.

Estaba pasándose las manos por la cara en un gesto mezcla de rabia, impotencia y desesperación cuando oyó un silbido y sintió la explosión. Sabía que no se trataba de una bomba sino de un misil. Un misil que había impactado en la casa en la que se había refugiado y que había hecho caer todo el techo y parte de las paredes sobre él. Para cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. Los cascotes le estaban aplastando. Y por segunda vez en su vida estuvieron a punto de reventarle como una uva pisada en el lagar.

Una vez más, tuvo suerte.

La providencia debía de tenerle en muy alta estima porque los refuerzos que habían acudido a la llamada del agente norteamericano le vieron esconderse en la casa y fueron tras él. Convencidos de que era un terrorista —su barba y sus ropas de paisano como tal le identificaban —, se afanaron en reanimarle para llevarle a su campamento con vida y así poder interrogarle. Les hacía falta vivo para sacarle información. Por eso, ahora le llevaban corriendo hacia uno de los coches blindados esquivando con gran dificultad el fuego cruzado entre los francotiradores de Dáesh y las tropas iraquíes y kurdas.

Le subieron sin ningún cuidado y le introdujeron en el ardiente vehículo. Entonces perdió el conocimiento.

Cuando se despertó, se encontró atado a un camastro de campaña custodiado por cuatro soldados con el arma lista para disparar si se le ocurría hacer el más mínimo movimiento. ¡Como si eso fuera posible en su estado! Le dolía todo como… como si se le hubiera caído una casa encima. ¡Ja, ja! Si no fuera porque no podía ni siquiera respirar sin sentir dolor, se hubiera reído de su propio chiste. ¡Qué malo! Amigo, ¡qué patético!

¡Con lo divertido que tú eras! Al oírle gemir alguien habló.

—*Well, well, our sleeping beauty is back with us!*[2]

La enfermera militar, una rubia rolliza con ancestros teutones, que le miraba con socarronería, agitó el termómetro tras comprobar que ya no tenía fiebre. Le auscultó y luego le tomó la tensión.

—*Have you kissed me?*[3]

Hacía tanto tiempo que no hablaba inglés que el sonido de su voz le resultó extraño. Pero, fuese cual fuese el nivel de su acento, causó el efecto deseado porque la rubia le miró intrigada antes de salir de manera precipitada del barracón médico. No tardaron en llegar una media docena de hombres con el mismo uniforme de campaña que la rubia y los soldados que lo vigilaban, pero con muchos más galones.

—*Who are you?*[4] —le espetó un hombre de casi dos metros de altura, pelo cortado al cero y aspecto de hacer miles de flexiones y levantamientos de pesas antes de desayunar. De tan cuadrado se parecía a uno de esos muñecos Geiperman con los que tanto había jugado de crío.

—*Would you please call coronel García Ibáñez of the Spanish Camp? He will tell you who I am.*[5]

Podía imaginarse lo que estaba pasando por la mente del comandante que le miraba con una mezcla de incredulidad, indignación y furia.

«¿Cómo cojones sabe este hijo de puta yihadista cómo se llama el jefe del campamento español? ¿Cómo es posible que hable inglés tan bien y sin acento? ¿Y si resulta que es un doble espía y nos la juega? Pero ¿y si es uno de los nuestros y le meto en el trullo cuando podía ayudarnos a pillar a los terroristas de esta mañana?».

—*Sir, I am not a jihadist, I am a Spanish officer and therefore will only talk to my superior.*[6]

Obviamente, el coronel no había llegado a ocupar su cargo sin tener algo más que un elevadísimo sentido de la disciplina y la obediencia. Su mirada era la de un hombre que había visto y sufrido demasiado como para dejarse engañar fácilmente. Además de listo y expeditivo, tenía ese sexto sentido que diferenciaba a los buenos soldados de los líderes militares. Así que no tardó en dar la orden de que le comunicaran con el campamento español. Tanto él como su séquito se marcharon del pabellón médico sin decir una palabra más.

De nuevo a solas con la rubia y los cuatro guardias, esta volvió a acercársele y le retiró la sábana que le cubría dejándole al descubierto tal y como su madre le había traído al mundo, con bastantes años más y mayores atributos, claro está. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía el pecho vendado y las piernas y los brazos escayolados. Pero no sentía dolor, solo un entumecimiento generalizado y la boca muy seca y pastosa. Probablemente, le habían suministrado drogas suficientes como para calmar el dolor a un elefante. Intentó sonreírle a modo de disculpa y entonces notó tirones por toda la cara y pesadez en los párpados. Puntos en el rostro y, casi seguro, ojos morados. Sí que debía de estar guapo. ¡Debía de tener el aspecto de un hombre al que, literalmente, se le había caído una casa encima y, también, ¿cómo no?, la culpabilidad de toda la humanidad.

Desfiladero, en algún lugar entre Iraq y Siria
Enero de 2015

A medida que el camión avanzaba por la pista polvorienta y se adentraban en el cañón formado por montañas que se hacían cada vez más altas y escarpadas, aumentaba su angustia. En las últimas semanas no había hecho más que preguntarse si de verdad era ahí donde quería estar y si

lo que estaba a punto de hacer era lo que debía o si, por el contrario, se estaba dejando llevar por la inercia y la rutina.

Miró el perfil de Ghareeb y, por primera vez en los más de dos años que llevaban luchando juntos, sintió que era un extraño. Podía adivinar cada movimiento, cada pensamiento, cada reacción del que había sido su compañero durante todo ese tiempo, pero ya no se sentía vinculado a él. Por alguna razón que todavía no comprendía del todo, en algún momento que tampoco podía determinar, quizá porque había sido un proceso gradual y no la reacción a un hecho puntual, el afecto y el respeto que había sentido por él se habían ido desvaneciendo como el humo de un cigarrillo en el aire. Como si esos sentimientos hubieran sido un espejismo y no algo real, y al despertar ya no estuvieran allí. Por eso, y de manera paradójica, pese a serle tan familiar, ahora sentía que era un completo desconocido.

Y la desazón le embargó de tal manera que a punto estuvo de gritar. Ahmed tragó saliva y fijó su mirada en la pista jalonada de baches y piedras que se extendía delante de ellos. Sentía que se asfixiaba en la cabina de ese destartalado camión en ese olvidado y casi ignoto rincón de la zona fronteriza entre Iraq y Siria. Constatar que las certezas que habían regido su vida durante los últimos años ya no eran tales le causó más inquietud que la posibilidad de perder la vida en esta nueva operación. Y la angustia se apoderó de él. Por fortuna, el zarandeo de un gran bache le trajo de regreso a la realidad.

Respiró hondo tres veces y apretó los puños hasta casi hacerse sangre. El dolor le ayudó a recuperar el dominio sobre sí mismo. No podía permitirse mostrar dudas o flaqueza ante Ghareeb. Habían pasado mucho juntos, pero sabía que si le veía titubear le pegaría un tiro y continuaría con su misión sin inmutarse. Ni se molestaría en enterrarle. Le dejaría a la intemperie, a merced de las alimañas, para que su cuerpo desapareciera lo antes posible sin opción a un viaje digno *Al Ajira.*

Ghareeb era absolutamente implacable.

Como siempre, su compañero llevaba el rostro cubierto por un siniestro pañuelo negro, seña de identidad de su patrulla. A la luz del impenitente sol del mediodía solo se veían sus ojos brillantes como el azabache. Pese a que sus facciones permanecían ocultas, él sabía que, bajo la tela, sus labios estaban firmemente apretados y las aletas de su nariz se movían con lentitud. Estaba concentrándose para el combate.

Impertérrito ante el peligro que se cernía sobre ellos, ante el riesgo que corrían cada vez que avanzaban hacia una nueva posición o reforzaban aquellas que se veían atacadas, Ghareeb se colocaba con disciplina en el puesto que le adjudicaba y se dedicaba con pasión a eliminar a todos y cada uno de sus enemigos, sin discriminar ni por edad ni por género. Y es que su compañero tenía muy claro que aquel que no estaba con ellos estaba en su contra y, por lo tanto, era un enemigo que eliminar lo antes posible. Habían perdido demasiado tiempo esperando un indicio, una señal que hubiera advertido de manera clara e inequívoca que la única solución al caos actual era el orden de la *Sunna* y la *Sharía* y que todos los infieles debían de convertirse al islam o serían aniquilados. La señal nunca llegó. Les había costado comprender por qué, pero por fin lo habían hecho: no hacía falta.

Habían estado tan ciegos y sordos que no se habían percatado de que la señal era, precisamente, su ausencia. La señal llevaba manifestándose desde hacía mucho tiempo con el terrible deterioro de la sociedad, la creciente opresión en la que vivían los musulmanes en todo el mundo, la inexcusable injusticia que permitía que los infieles llevaran una vida regalada explotando los recursos de los fieles y mancillando sus lugares sagrados.

La perversión de los que se definían como *Ulamá* a la hora de interpretar los textos sagrados había permitido una relajación en el seguimiento de la disciplina transmitida por Mahoma, *bendito sea su nombre*. Ante la inacción de los dirigentes políticos y espirituales solo restaba la insurrección, el levantamiento armado de los fieles en una yihad santa contra todos los que estaban en su contra y del islam verdadero.

Ahmed había creído en ellos. ¿Cómo no hacerlo? Donde quiera que mirase la situación de los musulmanes era terrible. Empezando por la opresión que sufrían los palestinos desde hacía más de siete décadas, consecuencia directa de la incompetencia o falta de voluntad de los líderes árabes para aniquilar a Israel, hasta la pobreza endémica de todas las poblaciones árabes, los hermanos se encontraban hundidos hasta el cuello en el barro del engaño. Desde Marruecos hasta la India, los musulmanes padecían pobreza, miseria, corrupción… Por si ello fuera poco, las mujeres musulmanas se habían contaminado de las ideas occidentales pervirtiendo el orden natural de las cosas, el orden establecido por *Alá, bendito sea su nombre*. Pervertidas hasta el punto de reivindicar su derecho a no estar sometidas a ningún *maher*, a poder dirigir su vida como quisieran. Putas. Todas unas putas que solo querían fornicar con quien les apeteciera en lugar de satisfacer a un solo hombre y procrear hijos para la yihad.

Durante años se convenció de que hacía lo correcto, de que la única forma para liberar a los musulmanes, para dirigirlos al buen camino y restaurar el islam a su antiguo esplendor, era mediante el uso de la violencia. Una violencia que era el último recurso y que se había ido posponiendo por dejadez, miedo e indecisión. Pero la espera había sido demasiado larga. Los agravios lejos de disminuir siguieron aumentando hasta resultar insoportables. Y llegó un momento en el que fue consciente de que el tiempo de las palabras se había acabado y de que era hora de actuar. Y si otros no lo hacían, le tocaba a él y a sus hermanos hacerlo. Pero ahora de nuevo le acechaban las dudas. Ya no estaba tan seguro de haber hecho lo correcto. Llevaban décadas luchando como lobos feroces y hambrientos y lo único que habían logrado, además de derramar demasiada sangre inocente, había sido infundir miedo y animadversión entre los hermanos. Lejos de lograr la masiva conversión de los infieles y el retorno al buen camino de los musulmanes que se habían desviado, solo se habían distanciado más. Cada vez se percibía con más intensidad el resentimiento, el rechazo, el desprecio de los que le rodeaban, incluso de aquellos que los habían recibido con los brazos abiertos como libertadores. Las tribus sunnitas de Iraq, uno de sus apoyos más importantes al inicio de la invasión, cada vez se mostraban más abiertamente hostiles a sus demandas de cooperación.

Por si ello fuera poco, cuando por fin habían conquistado terreno real, miles de kilómetros del bendito desierto, su esperanza se desmoronaba al constatar que sus líderes, aquellos en los que habían confiado porque habían defendido con tanta vehemencia una sociedad más justa y piadosa, solo deseaban lo mismo que los impíos a los que condenaban y masacraban: dinero, mujeres y poder. De nuevo, como en un retorno perverso a un círculo vicioso, la relajación y la corrupción les estaban llevando al fracaso. Aun cuando seguían controlando una extensión enorme de terreno entre Mosul y Raqqa, el Califato era cada vez más frágil y podía notarse en el ambiente que su fin se aproximaba. La confluencia de circunstancias positivas que habían hecho de su entrada triunfal en Mosul un paseo sin resistencia había desaparecido. El ejército iraquí que había huido en desbandada dejando atrás su arsenal y a millones de civiles indefensos se había recompuesto. Ahora quería limpiar la vergüenza de su huida y la humillación por su cobardía con el apoyo de las milicias iraníes, chiitas, los peores impíos de todos y de los indómitos *peshmergas* kurdos que se mofaban de ellos con sus batallones de mujeres. Ellos solos no

habrían podido lograrlo sin el apoyo de los *kufar* occidentales. Como siempre, los norteamericanos estaban detrás de todo, suministrando armamento y entrenando a los efectivos y, a su lado, aunque a su manera, los rusos. Demasiados enemigos, demasiados frentes abiertos, demasiado de todo a excepción de certezas.

Por ello, la excitación y la felicidad que solía sentir cuando se dirigían al campo de batalla le habían abandonado y ahora solo la desazón y el desánimo anidaban en su corazón y en su alma. Sentía que algo parecido a lo que los cristianos denominaban arrepentimiento se estaba adueñando de su voluntad, de tal manera que todo en lo que había creído y por lo que había luchado se desmoronaba ante él como un castillo de naipes. Miró al frente y lo único que encontró fue el polvo de un camino que ya no sentía que fuera el suyo y un destino que no era sino un espejismo de lo que él había creído que era. Su fe se tambaleaba. No era que no creyese en *Alá, bendito fuera su nombre*, sino que sentía que no estaba allí donde decían que estaba. No podía encontrarse en la sangre derramada, en los gritos desesperados de los torturados, en las súplicas de las mujeres violadas, en el miedo de los niños a los que se golpeaba brutalmente si no se aprendían bien el Corán o eran torpes en el manejo de las armas. ¿Y si no estaba allí? ¿Sería acaso porque la interpretación de las palabras sagradas no era la correcta?

Durante los largos años en Abu Ghraib y la lucha posterior por todo el territorio iraquí, había logrado mantener su fe intacta, convencido de que lo que hacía era la voluntad de Alá y que era un gran privilegiado por poder hacerlo. Pero su fe no había hecho sino resquebrajarse, cada vez más, desde las acciones en monte Sinyar. Él no se había unido al grupo para secuestrar y violar a niñas, para vender a mujeres como si fueran ganado, porque no eran musulmanas, ni para degollar a adolescentes y a ancianos delante de sus madres y mujeres. No se había entrenado para asaltar aldeas indefensas y destruir pueblos enteros. No había abandonado a su familia y su vida anterior para torturar a otros seres humanos. No podía seguir luchando con jóvenes drogados para que no sintieran miedo ni dolor. Era un muyahidín, un soldado de Alá que llevaba a cabo la yihad, de manera pura, para liberar los territorios de los hermanos musulmanes, pero no a cualquier precio ni de cualquier manera. Buscaba el honor de la batalla entre soldados.

El bendito Corán no hablaba de tanta crueldad y tanta barbarie. Estaba convencido de que lo que estaban haciendo ahora era una perversión del texto sagrado y la voluntad divina y no entendía dónde, cómo y cuándo se habían desviado de su camino y su misión… ¿En qué momento había comenzado a abandonar su destino sagrado para encaminarse hacia su perdición?

Volvió a mirar a Ghareeb y este giró la cara para responder a su gesto. Inclinó la cabeza a modo de reafirmación y volvió a fijar su mirada en la pista delante de ellos, absorbiendo con avidez cada mota de polvo que le acercaba a su objetivo, con la sed propia de los asesinos en serie. Se dio la vuelta para mirar a los jóvenes que se habían incorporado a su patrulla y que permanecían en silencio en la parte trasera del camión. Jóvenes provenientes de diversas partes del mundo. Jóvenes con historias personales tan diversas y variopintas como similares. Todos huían del desencanto y la frustración, como él lo había hecho antes. La historia seguía repitiéndose. Y le dio la impresión de que las mismas mentiras que llevaban propagándose desde hacía siglos para captar el ánimo y la voluntad de los más impresionables seguían funcionando igual de bien. Allí estaban Mahmud el marroquí, Daud y Mayíd los saudíes, Ibrahim, Salman y Louei de Egipto, Zeid, Hamza y Driss de Francia. Nueve ovejas, que se creían lobos, directas al matadero. Y Ahmed sintió un escalofrío recorriéndole la espalda, porque, por primera vez en tantos años, había tomado una decisión por sí mismo que le iba a separar de todo en lo que había creído y lo que había sido su mundo durante dos décadas.

Su primer recuerdo feliz y triste a la vez era chapoteando los charcos de barro que se habían formado tras las dos semanas de intensa lluvia frente a la tienda en la que vivía. Una tienda vieja, parcheada, rodeada de un erial sin asfaltar. Como habían sido de los últimos en llegar les habían asignado una parcela en el extremo más alejado y aún sin urbanizar del campamento de refugiados, junto a la valla perimetral que los separaba del mundo exterior, libre y civilizado. Un mundo que él desconocía porque había nacido en esa extensión cercada que se había convertido en el hogar permanente de las decenas de miles de refugiados palestinos huidos de Jordania tras el conflicto del Septiembre Negro.

Puede que tuviera cinco o seis años y, como la mayoría de los niños pequeños de su zona del campamento, carecía de zapatos, por lo que podía sentir el frío y húmedo barro en la planta de sus pies. Una sensación nueva y placentera que le hizo reír y reír a mandíbula batiente hasta que su padre, un hombre malhumorado y desagradable, con el que apenas tenía trato, apareció de la nada y cogiéndole de un brazo lo apartó del barro y de sus amigos.

—Me haces daño, Baba —le suplicó con lágrimas en los ojos.

—¡No llores como una niña! ¡Más te dolerá si coges un catarro o algo peor! ¿No te das cuenta de que no tenemos dinero para medicamentos? ¡Ya he perdido a demasiados hijos como para que tú también te mueras por una estupidez de catarro!

Ghareeb le miró entre sus espesas pestañas sin comprender casi nada de lo que le decía ese hombre fuerte y casi desconocido que solo venía de vez en cuando a la tienda para discutir con su madre y gritarles a él y a sus hermanos.

Por la abertura de la tienda que hacía las veces de puerta se asomó su madre cubierta de arriba abajo con una sucia y vieja aballa negra. Antes de que su marido pudiera decir algo le cogió del brazo y lo acercó a su cuerpo.

—¡Ghareeb! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no puedes chapotear en los charcos porque después tienes los pies sucios y mojados y te coge el frío?

Ghareeb contestó con un par de pucheros. Le asustaba que su padre le riñese, pero le dolía más que lo hiciera su madre, a quien adoraba y quien, normalmente, le consentía casi todo.

—Ven, deja que te seque.

Su madre se inclinó sobre él y utilizando su aballa le secó los pies dándole un empujón hacia el interior de la tienda para acercarle al hornillo de gas en el que cocinaba los magros alimentos que les daban, aunque a él le parecían manjares.

Dentro de la tienda estaban sus dos hermanas jugando con algunas piezas de muñecas rotas. Se sentó con ellas mientras las voces airadas de sus padres continuaban en el exterior. Discutían porque baba no había traído nada de comer y él se enfadaba con ella porque estaba sucia y descuidada. Pronto dejó de oírlos. El estruendo de una bomba sobre el campamento silenció cualquier otro ruido. Después solo se oyeron los disparos de las armas automáticas y los gritos de las mujeres y niños aterrorizados por el inesperado ataque al campamento.

Los mismos gritos que solía oír cuando atacaba por sorpresa un objetivo, como el de esta tarde. Y presa del mismo pánico y frenesí sangriento salió de detrás del camión donde se había parapetado para seguir disparando contra los *kufar* que estaban defendiendo el puesto militar en un pequeño desfiladero en la frontera que separaba Siria e Iraq. En sus oídos resonaban los gritos de su padre agonizante sobre el cuerpo inerte de su madre: «Hijo, no dejes de luchar jamás o ellos vencerán. Defiende nuestra tierra y nuestra fe hasta la última gota de tu sangre. *Allahu*

Akbar».

Ghareeb era demasiado pequeño para entender lo que le decía su padre, pero no para olvidar sus palabras. El único legado que le había quedado tras el exterminio de toda su familia y que se había convertido en el motor de su vida. De su garganta salieron como misiles las palabras: *«Allahu Akbar, Allahu Akbar»* antes de lanzarse como un poseso en un ataque suicida contra los defensores del puesto fronterizo. Tras él los nueve jóvenes voluntarios, pero no su compañero Ahmed, quien permaneció paralizado observando la matanza antes de subirse al camión y volver por donde había llegado. Ahmed solo quería regresar a casa. Un largo camino desde ese inhóspito lugar, pero, por fin, uno que anhelaba recorrer y cuyos peligros estaba dispuesto a afrontar.

Mientras aceleraba todo lo que ese viejo camión le permitía se despidió de Ghareeb. En su mente, el odio de su mirada y las últimas palabras lanzadas al aire: «¡Maldito traidor, te juro que te mataré!». Una amenaza que Ahmed no dudó que llevaría a cabo.

Un hospital, Tel Aviv
20 de marzo de 2015

Rota. Estaba rota. Completamente rota. Estaba hecha añicos y sentía que nunca sería capaz de encontrar todos los pedazos para recomponerse de nuevo. Deseó poder fundirse con la sábana que cubría la camilla sobre la que se encontraba hasta transformarse en el tejido inerte, inanimado, insensible.

¡Ojalá pudiera desaparecer! ¡Ojalá pudiera desvanecerse en el aire como el vapor de agua! ¡Ojalá pudiera ser como las gotas de lluvia que empapan la tierra y se funden con ella hasta el olvido! ¿Por qué no le habían dejado morirse? ¿Qué Dios cruel había decidido que tenía que sobrevivir a tanto horror? ¿Qué Dios podía permitir que, al horrible dolor físico, tuviera que seguirle la agonía moral y espiritual? ¿Qué Dios?

¿Es que existía realmente Dios? Si había uno no podía ser aquel al que ella rezaba desde pequeña porque, si ese Dios que era todo misericordia y bondad, ese Dios que había hecho el sacrificio último con su hijo, ese Dios… ese… si era de verdad no hubiera permitido que sufriera el infierno en vida. Nunca su fe se tambaleó hasta el borde del precipicio como cuando le tocó vivir en carne propia el martirio. Jamás hubiera podido imaginarse que esa fe desaparecería al convertirse en víctima de un tormento que nada tenía que ver con la defensa de una creencia, sino con la pura y dura crueldad humana. Pero así había sido y ya no había vuelta atrás.

Había perdido la fe y dudaba que jamás pudiera recuperarla. ¿Y si el único Dios era el de los salvajes que casi la habían matado? ¿Y si ellos tenían razón? ¿Y si el castigo sufrido era merecido por infiel? No, ese Dios tampoco podía ser el verdadero, porque, hasta a ellos les había llegado la hora del horror, no como a ella le hubiera gustado, pero al menos ya no campaban a sus anchas por el territorio que había sido su hogar. Ahora huían como las cucarachas que eran, en busca de refugio en los escombros de las ciudades que habían contribuido a destruir y en las cloacas de las que nunca debieron de haber salido. No, si había un Dios estaba claro que se divertía jugando a los dados para decidir qué iba a sucederle a cada infeliz ser humano sobre la faz de la Tierra y a ella le había tocado la peor combinación posible. Así que decidió que, si ese Dios no la quería, ella tampoco le querría a él.

Ahogada en un mar de vergüenza e indignidad se levantó de la camilla tras la enésima revisión médica. Le habían arrancado el engendro que el demonio había hecho germinar en su útero y le

habían reconstruido la mandíbula, la pelvis y algunos huesos rotos más. Los médicos habían estado encantados de confirmarle que, pese al ensañamiento sufrido, no había perdido la capacidad de ser madre. Pero esa noticia no la había alegrado, porque no creía que jamás fuera capaz de dejarse tocar por ningún hombre otra vez, mucho menos concebir una criatura para traerla al infierno que era esta vida.

Ajenos a su precario estado emocional y psicológico, la habían sumergido en el sueño indoloro de la anestesia para cincelar su rostro y borrar todas las huellas que las bestias salvajes le habían grabado a sangre y fuego, y ahora era una mujer completamente nueva. La habían sedado para quitarle los cientos de puntos con los que la habían cosido. La habían embadurnado en litros y más litros de cremas hidratantes para hacer que su piel recuperara la tersura, hasta que su tez dejó de verse quemada. Le habían dado masajes varias veces al día, había recibido fisioterapia intensiva hasta que recuperó la movilidad y un logopeda le había enseñado a hablar de nuevo. La habían sometido a docenas de radiografías y palpaciones hasta que hoy, por fin, parecía que todo el calvario médico había llegado a su fin. Le quedaban pocas cicatrices y las que tenía eran apenas perceptibles salvo por el tacto ligeramente más rugoso que el resto de la piel.

Los facultativos parecían satisfechos, pero ella no. Ella nunca podría estar satisfecha. Su rostro, hermoso hasta casi rayar la perfección, ya no era el suyo, sino el de una desconocida. Por eso había dejado de mirarse, porque ese reflejo que veía en el espejo le era totalmente ajeno. Los dientes perfectamente alineados, los labios carnosos y la nariz recta no eran los suyos, los de verdad, porque esos habían desaparecido a golpes. Ni siquiera sus ojos, los únicos que milagrosamente habían sobrevivido intactos, quizá porque sus torturadores habían decidido que pudiera ver con claridad todo su poder, eran suyos. En ellos ya no brillaba ninguna chispa, estaban opacos, fríos, muertos. Pero no se trataba únicamente de su rostro, también su cuerpo le resultaba extraño.

Estaba completamente reconstruida, o casi. Había sido posible gracias a la ayuda de los médicos de una ONG que no solo le había dado la primera asistencia de urgencia en un hospital de campaña al ser liberada de sus captores en la provincia de Mosul, sino que habían logrado que uno de los mejores hospitales israelíes la acogiera para atenderla de sus múltiples heridas. Trasladada de urgencia en helicóptero salió del único país que había conocido, su país, el que la había abandonado cuando más necesitaba de su protección, con la firme intención de no volver jamás.

Lo último que recordaba antes de subir al helicóptero para marcharse era murmurar la primera oración que le había enseñado su abuela. Tan convencida estaba de que moriría antes de llegar a su destino que antes de perder la consciencia se había despedido del dolor de la vida para dejarse acunar en los brazos de lo que ella creyó la muerte. Sin embargo, la muerte no la quiso en su seno y los cirujanos pudieron recomponer todas las piezas del engranaje de su cuerpo como los más delicados y expertos relojeros. Pero la reconstrucción no había sido completa, porque, aunque parecía nueva por fuera, por dentro se sentía inmensamente vieja. Había vivido más en unas semanas de lo que muchas personas en toda su vida. Había sufrido tanto que su alma se había apagado. La llama de su espíritu se había extinguido en su interior con el primer golpe y nada podría volver a encenderla. Era como una máquina recién salida de fábrica: hermosa y perfecta por fuera, inanimada por dentro.

Ella ya no existía, aunque paradójicamente siguiera existiendo. Le había costado aceptarlo, pero la evidencia era abrumadora. Ahora era otra y le gustase o no tenía que afrontarlo. Si había logrado sobrevivir no le quedaba otra que dejar de torturarse por ello. No podía continuar así.

Tenía que recuperar las riendas de su vida. La psicóloga le había dejado bien claro que las pesadillas del pasado, las que la hacían despertarse gritando y llorando noche tras noche, solo irían desapareciendo si lograba recomponerse y dar un nuevo sentido a su vida. Tenía que aceptar que su pasado solo existía en su recuerdo porque no quedaba rastro ni de su familia ni de su aldea. Ambas habían sido barridas del mapa, quemadas por la barbarie humana. Y quizá no fuera tan mala idea borrar todos sus recuerdos.

Todo lo que había sido su vida ahora solo era cenizas. Cenizas que probablemente habían sido transportadas por el viento hacia la nada del desierto para fundirse con la ardiente arena del tiempo. Ya nada quedaba de una juventud truncada cuando apenas se había iniciado. No había vuelta atrás porque no había a dónde volver ni con quién. Estaba sola. Total y absolutamente sola. Ya no tenía identidad. Y la psicóloga le había hecho ver que lo que a ella le parecía la peor de las tragedias podía convertirse en la mejor de las oportunidades. Era el momento de iniciar un nuevo camino, reinventarse y dejar atrás el lastre del pasado como si nunca hubiera existido. ¿A cuántas personas les ofrecían esa oportunidad? Esbozó una mueca a modo de sonrisa. Y es que hacía tanto que no sonreía que ya ni se acordaba de cómo hacerlo. ¡Como si fuera tan fácil! ¿Cómo se reconstruía una cuando se estaba tan rota? ¿Era posible pasar página y seguir adelante? ¿Cómo podía hacerlo si no tenía ni idea de qué quería hacer salvo morirse?

Se miró las manos. En las muñecas ya no quedaba rastro de las cicatrices que los grilletes le habían dejado, pero seguía arañándose cada vez que estaba nerviosa, que era casi siempre. Era como si con el dolor nuevo pudiera enmascarar el viejo. Respiró hondo y se lavó las manos. Se las secó despacio y después colgó la toalla en el toallero. Se encaminó hacia el pequeño sofá de su minúsculo apartamento. Lo único bueno de esta tragedia era que le habían dado un permiso de residencia mientras tramitaban su nueva nacionalidad como refugiada y una generosa pensión asistencial con la que había podido obtener un préstamo a bajo interés para comprarse un apartamento que pagaba con comodidad. Ahora era su hogar y, si bien lo había decorado obligada por la psicóloga que la había acompañado durante su recuperación física, ahora se sentía muy a gusto en él. Lo había llenado de plantas, cuyo cuidado la distraía un rato al día, y la luz que entraba por las pequeñas ventanas la reconfortaba tras las largas noches de insomnio.

Durante su larga y dura convalecencia había tenido mucho tiempo para pensar. Si Dios —si es que existía— o si el destino la habían hecho pasar por ese calvario de destrucción y reconstrucción, no podía ser solo para burlarse de ella. Había tardado en comprenderlo, pero la vida que le había sido arrebatada aquel horrible 6 de junio no podía dar lugar a una sombra patética escondida tras un muro de dolor y culpabilidad. Había tardado en entenderlo, pero ella no era culpable de nada, solo una víctima que merecía liberarse de tan pesado lastre. Por muy vacía que se sintiera por dentro no podía seguir así, abandonada a su propia desolación, recreándose en el horror del recuerdo. Eso tenía que acabar.

Tenía que dejar de llorar y compadecerse de sí misma. Se había pasado días y días sollozando por el dolor de las palizas que los salvajes le habían propinado, por la angustia que le producía no saber quién sería el siguiente que se abalanzaría sobre ella para penetrarla brutalmente, por el dolor que sentía cada vez que le desgarraban la vagina con sus juegos sexuales, por el dolor que las piedras que le lanzaban por diversión le provocaban casi todos los días, por el insufrible dolor de la espalda llena de latigazos, los pies en carne viva y las muñecas y tobillos desgarrados por los grilletes. Había llorado tanto y tan intensamente que podía haber llenado ella sola las cuencas del Éufrates y del Tigris. Pero hasta ahí había llegado.

Había visto las noticias sobre algunas mujeres víctimas de violaciones en masa que habían

decidido acudir a la justicia internacional para hacer que los criminales pagasen por sus crímenes. ¡Paparruchas! ¿Por qué iban a tener ellos los derechos que a ellas les habían negado? ¿Acaso era justo que el criminal tuviera un abogado, una cárcel con comodidades y atención médica cuando a ella le habían negado hasta el agua para torturarla por diversión? ¡No! ¿Acaso era justo que ellos permanecieran en una celda protegidos de cualquier agresión cuando ella se levantaba todas las mañanas haciendo recuento de los dolores físicos? ¡No! ¿Acaso era justo que solo tuvieran que permanecer encerrados cuando ella revivía todas y cada una de las noches las violaciones que había sufrido durante meses? ¡No!

Se miró al espejo, esta vez de manera distinta. Todavía no había recuperado las fuerzas y probablemente nunca lo hiciera del todo. Era frágil, extremadamente frágil. Se cansaba pronto y le costaba concentrarse. Ya nada la atraía y no tenía ganas de hacer nada, pero eso iba a cambiar. Le habían dado un nuevo rostro, una nueva identidad y una nueva vida… Y las iba a aprovechar. Ellos ya no la recordarían, pero ella no los olvidaría jamás y haría de ese recuerdo el objeto de su vida, porque ahora sí que sabía por qué había logrado sobrevivir: para la venganza. Y también sabía a quién acudir para que la ayudara a llevarla a cabo. Porque había recordado algo de suma importancia: el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Así que decidió que empezaría por lo básico. Necesitaba fortalecer su cuerpo hasta convertirlo en su arma más poderosa. Ese cuerpo que durante la recuperación se había convertido en una cárcel de dolor, ahora le serviría para llegar a donde nadie podía llegar y, una vez dentro, llevaría a cabo su venganza, lenta, fría, eternamente dolorosa. Porque nadie la reconocería y nadie le reprocharía nada, ni siquiera su conciencia a la que había quemado con sus magras posesiones anteriores.

Y por primera vez en mucho muchísimo tiempo, sonrió con una sonrisa de satisfacción anticipada mientras cogía su móvil y buscaba los datos de la única persona que la había visitado durante los largos días de convalecencia. Tenía tiempo, todo el tiempo del mundo. Porque la venganza es un plato que se sirve con paciencia y frialdad.

Y Miriam había decidido ya los ingredientes.

4

El agridulce sabor de la venganza

La venganza. La venganza que da sentido a una vida sinsentido. La venganza que empuja a seguir adelante cuando el dolor es tan intenso que no permite respirar. La venganza dulce y amarga que envenena la sangre y corrompe el corazón pero que ofrece una razón para levantarse cada mañana y continuar. La venganza que empuña el frío acero de la persecución. La venganza que, a fuer de convertirse en obsesión, se torna en amarga adicción. La venganza que nace del odio y se convierte en la amante perfecta. La venganza dúctil, moldeable, atemporal, eterna y perdurable, que nos llena cuando el dolor ha vaciado nuestras entrañas de cualquier otro sentimiento. La venganza ciega, sorda y muda. La venganza joven y vieja, hermosa y fea, la venganza eterna.

La venganza, ¡oh, venganza, que todo lo empañas! ¿Por qué te disfrazan de justicia?

El Cairo, Egipto
23 de marzo de 2015

—¿Lo has encontrado? ¿De verdad que lo has encontrado?

—Sí, no ha sido fácil. Pero lo hemos localizado, por fin.

Ninguno de los dos hombres sentados alrededor de esa desvencijada mesa, en una destartalada y polvorienta terraza de un viejo café, en uno de los barrios más depauperados de El Cairo, destacaba por sus rasgos físicos. A nadie le sorprendía que un abuelo llevara un bastón para caminar y que su acompañante se cubriera los ojos con gafas oscuras en un día tan soleado. Pero lo cierto es que el viejo no lo era tanto y si cojeaba no era por el desgaste propio de la edad, sino consecuencia directa de una herida de metralla mal curada, mientras que su acompañante no se protegía del resplandor del sol, sino que ocultaba la cuenca vacía de su ojo izquierdo, perdido por el estallido de un obús. Por fortuna, las cicatrices que cubrían sus cuerpos como una red de carreteras secundarias en un viejo mapa de principios de siglo XX permanecían ocultas bajo sus ropas. Y los dolores que dificultaban sus movimientos tampoco resultaban perceptibles salvo a primera hora de la mañana, cuando despertar se convertía en una prueba de voluntad. Con más de cincuenta años sobre sus hombros, ambos eran veteranos de Iraq y Siria, y se conocían desde hacía décadas, cuando iniciaran su entrenamiento y su yihad en algunos de los campamentos más alejados y recónditos de Afganistán y Yemen.

En aquellos tiempos eran muyahidines convencidos de estar luchando por liberar la lejana, pero bendita, tierra musulmana de Afganistán de las botas capitalistas y comunistas que se peleaban entre sí para apoderarse de ella. Muyahidines que después encontraron una nueva causa en Iraq, donde se unieron a los insurgentes sunnitas levantados contra los norteamericanos ocupantes y su gobierno títere de mayoría chiita apoyada por los kurdos. Muyahidines valientes

y con vocación de mártires que sin embargo, y muy a su pesar, acabaron perdidos en la vorágine de la guerra civil siria. Muyahidines ahogados en una orgía de pólvora, sangre y dolor. Muyahidines de buena fe pervertidos por el espejismo de un rápido y fácil acceso al anhelado paraíso. Siempre muyahidines nunca *shuhadá*. Por desgracia, y aunque se negaran a reconocerlo, todo se había torcido de manera inexplicable. Pese a su fe, a su compromiso total a la causa y a su sacrificio, nada había resultado como esperaban. Quizás habían pasado tanto tiempo inmersos en la batalla que no se habían dado cuenta de que habían perdido la guerra. Quizás habían sucedido demasiadas cosas y su vocación se había desviado tanto del recto camino que ahora solo era una suerte de fanatismo sin salida. Y es que, aunque resultaba doloroso aceptarlo, en gran medida se dedicaban a lo que se dedicaban porque ya no sabían hacer casi nada más. Ya no se trataba de fe, ni de una lucha por la injusticia, sino simplemente de una huida hacia delante.

Ninguno de los dos tenía cabida en la vida civil. A su edad y con sus problemas físicos, ¿cómo podrían ganarse la vida? ¿A qué podían dedicarse si no tenían ningún oficio normal? ¿A cultivar algodón en plantaciones extranjeras? ¿A servir té en un local inmundo de un pueblo olvidado en medio del desierto? ¿A regentar una pequeña tienda en un callejón de uno de los suburbios más pobres de una ciudad árabe? ¿A limpiar la casa de un rico y obeso hacendado obsesionado con el sexo y el alcohol? ¿A dirigir un grupo de mercenarios para saquear la península del Sinaí o algún remoto territorio en Mali? No, ya no. No podían regresar e incorporarse a la sociedad que habían dejado décadas atrás como si nada hubiera sucedido. Como si no hubieran vivido nada especial. Como si su sacrificio, su esfuerzo, su dedicación no hubieran significado nada. Ni tampoco podían invertir todo lo aprendido para dedicarse al saqueo. Se habían consagrado a la más alta causa que existía, la de Alá, y habían sobrevivido. Alá les había preservado de ir hasta el Paraíso obligándoles a permanecer en un mundo que no comprendían, que deseaban cambiar y que se mostraba cada vez más hostil a su sagrada misión. Un mundo que los rechazaba como si fueran criminales cuando en realidad eran héroes. Se sentían incomprendidos, pero no derrotados. Habían visto y sufrido demasiado como para integrarse sin dificultad en la cómoda y complaciente monotonía de una vida sencilla. Habían matado a demasiadas personas para no temer las represalias de todos aquellos con los que se encontraban. Tenían demasiados enemigos para bajar la guardia y permitirse el lujo de confundirse con la multitud. Eran veteranos no reinsertables porque seguían sintiendo una fe inamovible en lo que hacían y que les impedía aceptar lo que los rodeaba.

—¿Estás seguro?

—No cabe duda. Es él. *Alá, loado sea su nombre*, ha escuchado nuestras plegarias y ha permitido que, tras una larga búsqueda, lo hayamos encontrado al fin.

Abu Noheid sonreía como hacía mucho tiempo que no le veía hacerlo. Pero, aunque su sonrisa era de satisfacción por haber culminado con éxito la difícil tarea que se le había encomendado meses atrás, no había felicidad en ella. Era una sonrisa casi mecánica o incluso nerviosa, pero no una sonrisa sincera. Sus ojos tampoco mostraban un sentimiento profundo y verdadero. Y a Abu Duleim algo se le removió en el interior.

¿Cómo era posible que su hombre de más confianza, su más leal amigo, su más fiel seguidor, su mano derecha, mostrara tan poca alegría por haber descubierto, por fin, al hombre que les había impedido llevar a cabo su misión después de tanto esfuerzo y tanta dedicación? Al hombre que había provocado el fracaso de su organización. Al hombre que, casi una década atrás, se había infiltrado entre sus filas tras haber eludido todos sus sistemas de seguridad con la habilidad de una rata hambrienta. Al traidor que se había ganado su confianza hasta el extremo de

convertirse en uno de los escogidos para proteger a su querido e irrepetible hermano Mojtar. Al maldito *kufar* que había ido tejiendo entre ellos una falsa red de amigos y compañeros cuando en realidad era un cáncer silencioso y letal. Al que había asesinado a Mojtar y había provocado la muerte de centenares de seguidores. Al que había conseguido poner fin a su proyecto para reinstaurar el verdadero Califato obligándolos a dispersarse y a aliarse a todo tipo de grupos incompetentes.

No, no. Sacudió la sombra de la duda de su mente. Abu Noheid había sufrido los años de duro encarcelamiento con él y como él padecía resignado las duras secuelas de los años de mala alimentación, de una vida en condiciones extremas y la ausencia de tratamientos médicos. Había perdido a tantos o incluso más familiares que él. Se había quedado sin empleo y sin opciones de hacer una carrera. Por perder, hasta había perdido a su mujer. A la primera, a la única que había amado de verdad. No, no. Abu Noheid no era un traidor. Solo estaba cansado o quizá tan impactado que todavía no había logrado asimilar la magnitud de la noticia que acababa de transmitirle. No tenía dudas sobre él. Porque dudar de Abu Noheid sería como dudar de sí mismo, de su propia cordura, de la importancia de su misión, de la trascendencia de su legado, de la existencia de *Alá, bendito sea su nombre*. Y eso sería anatema.

—¿Y cómo ha sido? —preguntó Abu Duleim fingiendo no haberse percatado de la falsedad en la sonrisa de su amigo.

—De la manera más casual posible. Un hermano acudió a un hospital para visitar a su abuelo enfermo y lo reconoció al salir de una sala de rehabilitación. Así, sin más —respondió Abu Noheid mientras blandía en su mano derecha la prueba de que lo que le estaba diciendo era verdad: un *pendrive*—. Aunque llevaba una gorra y gafas oscuras algo le resultó familiar, así que le sacó una foto. Pese a que su aspecto es distinto no tardó en darse cuenta de que lo había visto en la red oscura, en el anuncio en el que ofrecíamos la recompensa, y se puso en contacto con los hermanos en la ciudad, que organizaron rápidamente una vigilancia. Pese a que fue necesario aguardar mucho, al final volvió a aparecer, pudieron seguirle y fotografiarle en condiciones. No hay duda, es él.

—Lo creeré cuando lo vea. Ese traidor es escurridizo como una lagartija del desierto, como una serpiente de agua —espetó con rabia Abu Duleim.

—Lo sé. —Abu Noheid puso encima de la pequeña mesa una bolsa de la que sacó un portátil de última generación, tan anacrónico en el local en el que se encontraban como los modernos coches deportivos que recorrían las calles sin asfaltar de su barrio—. Pero todo llega, hermano, todo llega. Esta búsqueda solo ha sido una prueba más de Alá sobre nuestra fe en él.

Y de nuevo, Abu Duleim tuvo la sensación de que en las palabras de su amigo había un deje que antes no existía. ¿Sería su imaginación? ¿Estaría tan paranoico como decían algunos de los suyos a sus espaldas y cuando creían que él no les oía?

Mientras Abu Noheid cargaba los archivos que portaba en su *pendrive* para mostrarle las fotografías que habían tomado al hombre que había acabado con su hermano, con su organización, con su futuro, Abu Duleim dejó que su mente vagara por el tenebroso valle de los recuerdos.

«Shahid, shahid!», el grito se propagó por todo el campamento como un mal viento del norte. Y aunque ninguno de los hombres que se golpeaba el pecho con la mano nombraba al difunto, supo por sus miradas que se trataba de él, de Mojtar. De la persona más importante, de la única persona que significaba algo, de la razón de su existencia. El dolor fue tan intenso que se le secó la garganta y, por un instante, no pudo respirar.

Un cuchillo de lava ardiendo le abrió el pecho y el grito que salió de sus entrañas fue como el aullido de una manada de lobos salvajes antes de la cacería, como el rugido del rey de los leones antes de abalanzarse sobre su presa, como el bramido de una manada de elefantes antes de lanzarse contra un enemigo.

Después del grito, se hizo el silencio. Todos enmudecieron sobrecogidos por el dolor de su alarido. Clavaron sus miradas en él. No dijo nada. No hacía falta. Con la mirada fija en la tienda, avanzó lentamente hacia ella, a la vez deseando y temiendo llegar. El silencio era abrumador. Cada paso que daba parecía que hacía retumbar el suelo, aunque, en realidad, solo se oía el crujido de la arena bajo sus pesadas botas militares. La brisa del atardecer comenzó a soplar levantando un poco de polvo, lo que sumió a todos los hombres del campamento en una especie de neblina dorada. El tiempo se detuvo.

En sus ojos negros, su habitual mirada de ira mal contenida, de dolor supremo, de rabia volcánica ahora era un abismo negro, un infinito agujero cósmico. Esa mirada, capaz de hacer que los hombres se paralizaran con el miedo, ahora brillaba con una maldición que parecía emanar del mismísimo infierno.

Se detuvo delante de la tienda de su hermano. Hizo un gesto de negación con la cabeza antes de levantar el trozo de tela que separaba la fresca oscuridad de su interior del infierno exterior. Entró y, pese al calor reinante en ese trozo del desierto del Yemen donde habían establecido uno de sus campamentos de entrenamiento, pese a la oleada ardiente de coraje, sintió un escalofrío. Dentro de la tienda el aire parecía estar bajo cero. ¿O era a él a quien se le había helado el pulso? Sus ojos tardaron unos segundos en aclimatarse a la penumbra. Cuando por fin lo hicieron, se fijó en el camastro donde reposaba el cuerpo. Se acercó muy lentamente, casi con miedo de despertar a la persona que yacía allí. Aunque eso era imposible porque ya no había una persona, sino tan solo un cadáver.

Ahogó un gemido de dolor al verle. Allí tendido, sin vida, estaba su adorado hermano Mojtar, su mentor, su amigo y el líder de la causa más noble que jamás se había dado. Sintió ira al verle en tan pobre escenario. Llevaba la *disdasha* blanca manchada de vómito y la sábana que le cubría a medias estaba sucia y arrugada. Tenía el rostro pálido, tan pálido que parecía azulado. Su luenga barba le llegaba hasta el pecho porque, en el estertor de la muerte, un rictus agónico le había dejado con la boca abierta. No se atrevió a cerrársela a pesar de que le daba una expresión ridícula. Las manos caídas a los lados habían arrastrado con ellas parte de la sucia sábana. En el suelo, las alfombras arrugadas mostraban los esfuerzos que había realizado para poder echarse en el camastro al sentirse mal.

Se arrodilló a su lado y le cogió la mano derecha. La besó antes de acercársela a la cara. Estaba helada. Se inclinó hacia su rostro y le besó la frente antes de cerrarle los ojos y la boca.

—Abu Duleim, Abu Duleim.

Tan ensimismado estaba en la contemplación del cuerpo sin vida de su hermano que solo se percató de que su amigo Abu Noheid estaba con él cuando le zarandeó un poco.

—Abu Duleim, *Aji*, por favor, levántate. Tenemos que purificar el cuerpo antes de envolverlo en un sudario. No podemos dejar que nadie lo vea así.

—¡Déjame! ¡Vete! —bramó Abu Duleim, apartando a su amigo con un movimiento violento.

—No, *Aji*, no voy a dejarte. Lo siento, pero esta vez no voy a obedecerte.

Y antes de que Abu Duleim pudiera levantarse para encararse con él, le pinchó en la nuca. La larga aguja hipodérmica introdujo en su cuerpo un sedante muy potente. Le hizo efecto de manera inmediata. Abu Duleim se desplomó.

Cuando se despertó estaba tendido en el suelo de su tienda. Le dolía la cabeza y también el cuerpo. Tardó un rato en poder incorporarse y sentarse. Todo le daba vueltas y no era capaz de pensar con claridad. Permaneció así hasta que la niebla en la que se había sumido su memoria comenzó a despejarse y los recuerdos volvieron a su mente. Su cerebro parecía a punto de estallar dentro de su cráneo. Al principio se enfadó con su amigo por haberle drogado, pero no duró mucho. Pese al explosivo cóctel de emociones que sentía seguía siendo el hombre astuto y frío de siempre. Su amigo solo lo había hecho para poder preparar el cadáver de su hermano para las exequias y las muestras de duelo. Con el calor que hacía en aquel infame lugar no podían dejar el cadáver mucho tiempo sin enterrar. Se estaba levantando del suelo cuando alguien apartó la tela que cubría la puerta y entró. Era Abu Noheid.

—Sé que estás muy enfadado conmigo, pero no me quedó más remedio —le espetó Abu Noheid antes de que pudiera hablar.

—Lo sé, *Aji*, lo sé. —Abu Duleim se levantó con dificultad. Todavía se mareaba—. No sé qué mierda me has metido, pero desde luego tumba a un elefante.

—Lo necesario para calmarte, Abu Duleim —replicó sin emoción Abu Noheid.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Abu Duleim.

—No lo sabemos con certeza todavía, pero sospechamos que, aprovechando que casi todos estábamos fuera del campamento, alguien entró en su tienda y le envenenó.

—¡*Subhana* Alá! Espero que no sufriera —exclamó con dolor el hermano del difunto.

Abu Noheid bajó la cabeza antes de continuar.

—Le he extraído sangre para averiguar qué veneno le han inoculado, pero, a la vista del estado del cuerpo y de la tienda, me temo que no ha sido indoloro.

—¡Malditos sean! —Abu Duleim se abstuvo de gritar por el dolor de cabeza que sentía. Como su amigo no se movió, intuyó que había algo más que quería decirle.

—¿Qué pasa?

—Al lavar a tu hermano hemos encontrado varios pinchazos. —Abu Noheid sostuvo la mirada de incomprensión de su amigo.

—¿Qué quieres decir? —Abu Duleim avanzó hacia su amigo con gesto amenazante. Quería saber la verdad, toda la verdad, por muy dolorosa o cruel que fuera.

—Tu hermano tenía varios pinchazos… —repitió su amigo.

—¿Y? —inquirió Abu Duleim.

—Sospechamos, sospecho que le inocularon un suero de la verdad para hacerle hablar antes de matarlo con veneno.

Abu Duleim sostuvo la mirada de su amigo durante un largo rato. Los cobardes que le habían matado no solo le habían privado de la dicha de morir en combate e ir al paraíso como un guerrero, sino que le habían extraído información de la manera más vil, privándole de su voluntad y de su energía para resistirse a la tortura. Era seguro que habían obtenido mucha información, demasiada y de importancia vital. Era un desastre total para la organización. Solo un espía de una institución gubernamental podía haber llevado a cabo semejante trabajo, pero ¿quién? ¿El Mosad, la CIA, el MI6, la Mojabarat de algún país árabe aliado de Occidente?

—Eso quiere decir… —comenzó a hablar Abu Duleim.

—Eso quiere decir, primero, que uno de los nuestros nos ha traicionado o, segundo, que toda nuestra organización está en peligro. Debemos avisar a todos nuestros hermanos y marcharnos de aquí inmediatamente.

—¡No! ¡No podemos irnos! Debo honrar a Mojtar —se desgarró Abu Duleim—. No puedo

dejarle así, sin más.

—Sé cómo te sientes, hermano. Pero debemos evacuar el campamento. Nos llevaremos a Mojtar a un lugar seguro.

—Eso es un sacrilegio —protestó el cada vez más abatido Abu Duleim.

—No, amigo, no. Es la única manera de que podamos enterrarlo como es debido. Quizá tardemos más de lo estipulado, pero lo haremos como se merece. Ahora, espabila y ayuda a desmontar el campamento. Tenemos que marcharnos ya.

Como no se movió, Abu Noheid se acercó a él hasta quedar a tan solo un palmo de su cara. Podía notar su aliento y el olor a sudor de su cuerpo.

—Mojtar no habría querido que todo en lo que creía, todo por lo que había luchado durante tanto tiempo y con tanto sacrificio desapareciera con él. Tenemos que marcharnos para reorganizarnos y demostrar al mundo que pueden golpearnos una vez, pero que no solo no nos rendiremos, sino que nos haremos más fuertes.

Abu Duleim permaneció un rato mirándole. ¿De dónde había sacado esa facilidad para expresarse? ¿Dónde estaba el taciturno, callado y sufrido amigo? ¿Quién era ese hombre tan seguro de sí mismo que había tomado las riendas de la organización cuando más se le necesitaba y sin que se lo pidieran? Vivimos años con una persona y, cuando creemos que la conocemos bien, nos sorprende. ¿O era quizá porque en situaciones extremas se agudiza el instinto de supervivencia y el ingenio? Fuera lo que fuera, su amigo tenía razón. Flaco favor harían a la causa de su hermano si se dejaban masacrar. Tenían que vivir para vengarle y a eso dedicaron sus esfuerzos desde entonces.

No tardaron en descubrir quién había sido el asesino, quién había sido el traidor que con tanta habilidad había logrado infiltrarse en su organización esquivando todos los controles, quién había logrado ganarse su confianza hasta convertirse en uno de los guardias personales de Mojtar. Descubrirle fue difícil, pero encontrarle… Eso lo fue aún más. Investigaron con exhaustividad a todos los compañeros del campamento por si alguno hubiera podido ser su cómplice, a los miembros en la clandestinidad por si se hubieran dejado engañar o, lo que era peor, sobornar o amenazar para colaborar con el traidor. No dejaron de interrogar ni a los soplones locales ni a los chiquillos que vivían en la calle y que todo lo veían. Durante meses estuvieron dando palos de ciego. Parecía que el asesino de Mojtar se había esfumado en el aire. Y para cuando lo descubrieron tuvieron que enfrentarse a la frustrante noticia de su muerte. Pero Abu Duleim, inspirado por el espíritu de su difunto hermano, se negó a aceptar ese resultado e insistió en que se siguiese investigando. Su instinto le decía que si les había engañado una vez era muy probable que lo hubiese hecho otra más. Así había sido. Ocho años después del asesinato de su hermano por fin habían logrado localizarle.

Abu Noheid había sugerido matarlo de manera inmediata, pero Abu Duleim decretó una venganza más cruel que la propia muerte. Primero acosarían a sus seres queridos, después los matarían uno a uno hasta provocarle un dolor tan intenso que le hiciera anhelar la muerte. Porque a él le dejarían vivir para que los años que le quedaran fueran de sufrimiento y soledad, de tristeza y vacío como los que sentía él. Una venganza fría y calculada de igual magnitud al crimen cometido. Una venganza que ahora podía comenzar a llevar a cabo…

Apartó la vista de su amigo y la dejó vagar por la calle en donde se encontraban. El ruido era ensordecedor. Los cláxones de los coches se mezclaban con el sonido de los viejos motores sin mantenimiento que nunca parecían haber conocido tiempos mejores y de los que era difícil averiguar hasta el modelo. Los gritos de los vendedores callejeros anunciando sus mercancías

apenas si se distinguían de las voces de los cientos de peatones que avanzaban por las estrechas y atestadas aceras esquivando puestos, fardos y personas. De vez en cuando sobresalía la risa de un niño o el grito de una mujer. De fondo se oía la música de una vieja radio peleando por encontrar su espacio entre el sinfín de sintonías televisivas. Personas sacudiendo alfombras, batidoras, cacerolas chocando…

Pero a ninguno de los dos hombres pareció molestarle, por el contrario, permanecieron en silencio escuchándolo, como si fuera la más grata de las sinfonías. Más de media hora después, se levantaron de sus asientos, no sin cierta dificultad. Avanzaron con tranquilidad hasta mimetizarse con la marea humana de El Cairo. El muecín había comenzado a llamarles a la oración.

Tel Aviv
Mayo de 2015

Se había comprado un precioso vestido de flores en tonos rosas y unas sandalias de color camel junto con un pequeño bolso del mismo color y, por primera vez en mucho, mucho, demasiado tiempo, se sintió mujer de verdad. La imagen reflejada en el espejo corroboró lo que el tejido vaporoso y el fresco perfume le habían recordado, que muy a su pesar estaba viva y seguía siendo atractiva. Imposible determinar si sería capaz de gestionar esas sensaciones ya casi olvidadas. Pese a su miedo, salió de su casa decidida a iniciar su nueva vida.

Mientras caminaba con tranquilidad respirando los aromas de la primavera y sintiendo los primeros rayos del sol sobre su piel, sonrió al recordar lo que había disfrutado la última semana dedicándose a la búsqueda de los elementos perfectos para acompañarla durante su primera batalla. Tras haberse pasado meses revisando revistas y páginas de internet sobre lo que estaba a la moda tenía muy claro lo que quería encontrar, aunque no tanto si sería capaz de hacerlo. No le había resultado nada fácil visitar la primera tienda: una pequeña *boutique* de la zona más elegante de Tel Aviv. Una vez frente al escaparate decidió empujar la puerta y entrar. Nunca más se quedaría fuera pensándoselo. Ya dentro, saludó a las dos jóvenes empleadas que la miraron con cierto recelo, quizá porque sus vaqueros y la camiseta eran de muy poca calidad, y sus sandalias se veían viejas y gastadas, pero no se amilanó. No había tenido ánimo para ir de tiendas desde que había recibido el alta, y apenas si se había comprado tres pantalones vaqueros y media docena de camisetas, así como ropa interior barata, por lo que su vestuario dejaba mucho que desear. Pero, recordando una de las escenas más emblemáticas de una de sus películas favoritas, *Pretty Woman,* decidió que era tan buena clienta como cualquier otra y empleó todo el tiempo que consideró necesario para revisar la ropa expuesta. Pese a que no encontró lo que estaba buscando, compró algunas piezas que le gustaron. Eran caras, pero tenía bastante dinero ahorrado, por lo que podía permitírselo.

Durante los meses que había permanecido postrada en la cama, inmersa en su dolor y ajena al mundo, no tocó ni un céntimo del dinero que el Gobierno le había ido ingresando puntualmente como pensión asistencial. Cuando empezó a hacerlo fue para pagar las mensualidades de la hipoteca de su apartamento, los gastos de mantenimiento y la comida. Durante mucho tiempo, demasiado, no tuvo ánimos para ir más allá del supermercado de su barrio, ¿cómo iba siquiera a pensar en entrar en una tienda para comprarse ropa? Pero eso había acabado. Ese aislamiento forzado por sus inseguridades y su dolor había terminado en el mismo momento en que puso el pie fuera de su apartamento para aventurarse por la ciudad en la que había residido desde su

evacuación y que todavía no conocía. Y esa aventura había comenzado de la mejor manera posible para una joven de veinticinco años: de compras por los barrios más elegantes de la ciudad.

Roto el hielo, más segura sobre su capacidad para comunicarse en inglés y cargada con un par de bolsas con el logotipo de la selecta *boutique,* visitó varias tiendas de lencería y adquirió todo lo que consideró necesario y algunas piezas más. Un capricho, solo para ella, que le hizo sentir mejor. Para sentirse bella por dentro necesitaba estarlo por fuera. Durante unos segundos sintió una punzada de dolor en la base del estómago. Su madre no habría aprobado semejante despilfarro. Consideraba que las mujeres que usaban ropa interior provocativa, sobre todo las solteras, eran indecentes, pero a estas alturas Miriam ya había superado todos esos recelos. No le había quedado más remedio que dejar atrás esas consideraciones propias de un pueblo anclado en unas tradiciones ancestrales que depositaban el honor de la familia entre las piernas de las mujeres. ¿Qué le quedaba a ella de esa decencia trasnochada después de haber sido violada tantas veces durante semanas? Su «decencia» era haber sobrevivido e iniciado el camino a la recuperación. Sin familia y sin honor, solo le quedaba vivir el hoy y disfrutar como a ella se le antojara. Hoy era una nueva Miriam y haría todo lo que considerara oportuno, aunque fuera en contra de lo que le habían inculcado desde pequeña. Al fin y al cabo, ya no quedaba nadie para recriminarle nada. Y su conciencia seguía pegada en las paredes rasgadas con sus gritos suplicando clemencia.

Tras haberse pasado casi toda la mañana caminando, sus pies comenzaron a quejarse, por lo que su siguiente objetivo fueron las zapaterías, donde pudo hacerse con calzado cómodo y deportivo, nada de fruslerías para cubrir sus pies cuando todavía no era capaz de caminar de manera rápida y normal.

Tras tres días de búsqueda vio, en el escaparate de una pequeña tienda lejos de las áreas más concurridas, un vestido de corte provenzal que llamó su atención. Entró, pidió su talla y se lo probó. Siempre había querido tener uno así, pero nunca había podido encontrarlo ni en Bagdad ni en Mosul, así que se había resignado a seguir soñando con él. Ahora que lo tenía puesto sintió que todo era posible. Era como una señal. Por un instante se imaginó que podía tomar las riendas de su vida y vivir tal y como quería. E impulsada por esa momentánea sensación de seguridad decidió que ya estaba lista para solicitar una entrevista con el funcionario que se había encargado de examinar su caso para la solicitud de asilo y residencia.

Colgó el teléfono entre sorprendido y preocupado. Tras haber finalizado la tramitación de su solicitud de residencia había dado por concluida su relación con ella, por eso le había desconcertado que le hubiera llamado para celebrar una reunión. ¿Qué podría querer?

Elías se recostó en el sillón de su lujoso despacho. El caso de Miriam había sido extremadamente excepcional, no solo por las circunstancias personales de la joven ni por el penoso estado en el que había sido rescatada y trasladada a Israel, sino por la persona que estaba detrás de todo el proceso, uno de sus mejores amigos: Hassan al Roda. Hassan y él se habían conocido de pequeños en Londres. Un iraquí y un israelí no estaban destinados siquiera a mantener contacto, aunque hubieran compartido aula en un selecto colegio londinense. Pero el destino los había unido de la manera más insospechada. El único judío y el único musulmán del aula parecían condenados a prolongar la guerra de décadas que mantenían sus pueblos en Oriente Próximo, pero lo cierto es que, desde el primer instante en el que se conocieron, cuando se

quedaron encajados en la puerta de la clase al intentar entrar al mismo tiempo, se hicieron amigos. Lejos de enfadarse y liarse a puñetazos se echaron a reír. De manera instintiva se pusieron de lado, uno frente al otro, para poder entrar juntos. Era su primer día de clase y de manera automática se dirigieron a los pupitres de la segunda fila. Se sentaron juntos riendo. Otra coincidencia… o no. Quizás el destino o una mano divina guiaba sus pasos… Tenían diez años, pero desde ese mismo instante supieron que serían amigos para siempre.

Al principio, el rechazo de las familias de ambos fue total. Ambas veían con recelo la amistad, pero las madres, conscientes de la buena sintonía entre los niños, acercaron posiciones y después lograron que los padres aceptaran lo inevitable, que la única manera para acabar con una guerra era evitar que esta anidara en los corazones de las nuevas generaciones. La inocencia y la sinceridad de los niños acabó por acercar a sus progenitores también. No fue fácil. El padre de Elías pertenecía a una familia en la que la mayoría de sus miembros se habían dedicado durante generaciones a la producción y comercio de joyas y a otros negocios, incluida la banca. Conocido el desprecio que los árabes sentían por aquellos que se dedicaban a lo que ellos consideraban «usura», prohibida en su libro sagrado, no parecía que pudieran aceptar un contacto tan «impuro». Pero dio la casualidad de que su tío Jonás, la oveja negra de la familia, compartía profesión con el padre de Hassan, ya que ambos eran galenos, y fue a través de él que las dos familias lograron romper el hielo para construir una relación basada en el respeto y la aceptación.

El padre de Hassan, Majid, un reputado cirujano iraquí nacionalizado británico, se había visto obligado a huir del país con toda su familia en 1979, tras el ascenso de Saddam Hussein a la presidencia. Recién terminados sus estudios de secundaria, Majid reinventó su vida en Occidente y tuvo que esforzarse mucho para superar las pruebas de idioma y de acceso a la universidad. Pero, decidido a ser médico, al igual que su padre, logró entrar en un prestigioso centro. Conscientes de que la reputación de la familia estaba en juego, tanto él como sus hermanos destacaron en sus estudios y en el desempeño de sus profesiones sin dejar de estar involucrados en la disidencia política a la espera de que el régimen sanguinario del Baaz fuera derrocado y se instaurara la democracia en el país.

Casado con una joven británica, Majid formó su propia familia sin olvidar sus raíces. Sus hijos, Hassan, Omed y Samira obtuvieron la mejor de las formaciones occidentales mientras seguían sus estudios sobre lengua, historia y cultura árabes. Majid nunca olvidó su sueño de regresar a Iraq y cuando su padre, el abuelo de Hassan, falleció sin poder lograrlo, cumplir su deseo se convirtió en el motor de su vida. La invasión internacional de 2003 dio alas a su ilusión, aunque tuvo que aguardar una década hasta que el país estuvo relativamente estabilizado para poder cumplirla. Fue así como Hassan, su amigo del alma, regresó a Bagdad y, ya un médico con experiencia, no solo se incorporó a la plantilla del hospital central, sino que también aceptó ser profesor en la universidad. Allí conoció por casualidad a la tímida estudiante de Filología Francesa, la hermosa Miriam, de la que se enamoraría. Pero la joven pertenecía a una minoría del norte del país, muy reacia a permitir que sus hijos se casaran con musulmanes, por lo que a la espera de una oportunidad para ganarse su aceptación siguió pendiente de ella, eso sí, a una distancia prudencial.

Por desgracia, cuando, tras la finalización del curso universitario y su graduación a finales de la primavera de 2014, Miriam regresó al norte, el destino asestó un golpe mortal a los sueños de ambos jóvenes. La invasión del grupo terrorista Dáesh no solo arrasó el tercio norte de Iraq, sino que barrió todas las esperanzas de un futuro juntos. Hassan se enteró del desastre un par de horas después de que comenzara, cuando las noticias empezaron a colapsar todas las redes de

información. Encontrar a Miriam se convirtió desde ese instante en su máxima prioridad, más aún cuando empezaron a trascender las atrocidades que los animales de Dáesh estaban infligiendo a la población civil, especialmente a la no musulmana. Hassan no dudó que la suerte de la joven no iba a ser buena.

Desesperado por localizarla, movilizó a todos sus contactos, que eran muchos, y sobornó a quien fue necesario para obtener información. Con la protección de algunos miembros del ejército iraquí y la colaboración de los servicios de inteligencia kurdos, su búsqueda de semanas obtuvo resultados. Y eso que poco antes, cuando le informaron que el pueblo de la joven había ardido hasta las cenizas y que la mayoría de la población había sido asesinada, su ánimo flaqueó tanto que a punto estuvo de abandonar. La encontró en el sótano de una casa de Mosul donde la habían esclavizado de todas las maneras posibles. Los soldados que entraron antes para asegurarse de que no hubiera ni bombas trampa ni insurgentes escondidos trataron de impedirle el acceso advirtiéndole de que lo que iba a ver no le iba a gustar. Hizo caso omiso y descendió por las escaleras de la casa semiderruida con el corazón encogido por la angustia. Aunque se había mentalizado para lo peor, verla tan destrozada y humillada le rompió el alma y sintió vergüenza por no haber podido impedir ese horror. Lleno de odio y coraje, le dio los primeros cuidados médicos y después la sacó personalmente de Iraq vía Jordania a través de una ONG. Una vez en el país vecino contactó con Elías para pedirle que le dieran asilo y tratamiento en Israel. Dicho y hecho.

Miriam recibió una atención y unos cuidados que ninguna otra joven en su situación tuvo la suerte de disfrutar, aunque ella no lo supiera y siguiera inmersa en su tormento. Hassan había seguido de manera directa todo su tratamiento. Estuvo presente en todas y cada una de sus cirugías, pero, en cuanto la joven recuperó completamente la consciencia, decidió desaparecer para que no sospechara que su benefactor no había sido una ONG, sino el hombre que estaba completa y absolutamente enamorado de ella, y que había no solo arriesgado su vida en varias ocasiones para rescatarla, sino su patrimonio.

Llegado ese punto, Hassan le pasó el testigo a su mejor amigo. Elías, con la connivencia oficial y de los médicos, se hizo pasar por un funcionario de emigración para poder visitar a Miriam de manera regular sin levantar sospechas, pero una vez concedida la solicitud de asilo y con el alta médica, también se vio obligado a despedirse de ella de manera definitiva. A partir de ese momento, la única forma de estar al tanto de su vida era mediante un investigador privado que la vigilaba y protegía de manera sumamente discreta.

Miriam había vivido varios calvarios y su estado emocional y psicológico era precario. Tanto ella como Hassan necesitaban tiempo para procesar y asimilar todo lo ocurrido. Como médico había aprendido a poner distancia entre el dolor de los pacientes y sus emociones, como hombre no. Aunque amaba profundamente a Miriam, no estaba seguro de poder afrontar todo lo que le había sucedido con la entereza y la distancia que ella necesitaba. Así que, en lugar de regresar a su puesto en Bagdad, dimitió de todos sus cargos y regresó a Gran Bretaña para sumergirse en su especialidad médica: la cirugía. Se dedicó en cuerpo y alma a pulir y a mejorar su destreza en largas operaciones que le dejaban total y absolutamente exhausto. Y cuando tenía tiempo libre, cogía su coche y se alejaba del mundo para enfrascarse en la lenta y meticulosa restauración de una pequeña casita de campo en los confines de la campiña británica.

Por eso, pese a que Elías sabía dónde y cómo vivía y también tenía conocimiento de su evolución física y emocional, la inesperada llamada de la joven le desconcertó. Intrigado, organizó de manera precipitada una puesta en escena en una oficina gubernamental para recibirla

y averiguar qué era lo que quería. No tenía ni idea de la magnitud de la sorpresa que le esperaba.

5

Ellas. Nosotras. Todas

Durante siglos, el mundo se movió en masculino. Cada acontecimiento, cada progreso, cada hazaña iba acompañada del nombre de un aguerrido e intrépido varón llevando a cabo lo que se suponía que solo su género podía y debía hacer. Ellos tomaban las decisiones, buenas o malas, ellos las ejecutaban, pero todos y todas las sufrían. Las féminas relegadas al cobijo del hogar no podían desarrollar otra función que no fuera la de respetuosa y obediente hija, amorosa y sumisa esposa, devota y sacrificada madre, abuela sabia y paciente. Débiles, ignorantes y dependientes eran las custodias del honor familiar y su voz era la del silencio. Aun cuando fueran las víctimas inocentes de las tropelías masculinas, eran castigadas como culpables o por provocadoras o por no haber defendido su honor. Daba igual la parte del globo terráqueo, ellas, las hermosas, las dulces, las alegres permanecían en un segundo plano. Adornos callados y prescindibles si se salían del guion preestablecido. Sombras que solo cobraban protagonismo como perniciosas embaucadoras de la debilidad masculina o como pérfidas traidoras. Y las más desfavorecidas vivían esclavizadas desde su más tierna infancia. Mano de obra barata para compensar el gasto que su mantenimiento ocasionaba.

Pero un día eso empezó a cambiar. Primero unas cuantas inconformistas, rebeldes, transgresoras y valientes, pero sobre todo curiosas, decidieron que también querían acceder al conocimiento. Ávidas de saber se infiltraron en aquellos limitados ámbitos en los que su presencia no era detectada, o al menos no molestaba, y empezaron a estudiar y a crear. Algunas damas aburridas, otras religiosas con tiempo y voluntad. Siempre ocultas tras las cortinas, continuaron su callada labor hasta que la muerte apagaba la luz de su saber para convertirlas en un caso testimonial que no amenazaba la hegemonía masculina, aunque sí pudiera escandalizar la pacata moral de una sociedad sumida en el prejuicio y la ignorancia. Poco a poco, su número fue aumentando. Y a medida que el bienestar económico y el progreso científico las liberaba de las tareas más prosaicas, ofreciéndoles un mayor acceso a la educación, así aumentó la demanda de todo lo que les había estado vedado desde hacía siglos: primero la educación, después la independencia económica y social, a continuación, el control de su sexualidad, por último, el ejercicio del poder.

Mujeres poderosas, aguerridas, que comenzaron su andadura en solitario, a las que poco a poco se fueron incorporando otras, quizá más tímidas, pero igual de decididas y deseosas de cambiar las cosas. Pioneras en la Edad Media como la polímata Hildegarda de Bingen, la escritora Cristina de Pizán, la médica Trolula de Ruggiero, la bibliotecaria Lubna de Córdoba, la escultora Sabine von Steinbach. Siglos después, precursoras en el ámbito de la enfermería y las condiciones sociales como Florence Nightingale o Concepción Arenal, aventureras y viajeras como Gertrude Bell, científicas pioneras como Marie Curie, sufragistas encabezadas por Emmeline Pankhurst, grandes oradoras políticas como Clara Campoamor, escandalosas

intelectuales como Simone de Beauvoir, decididas empresarias o irreductibles obreras. Ellas, nuestras bisabuelas y abuelas; ellas, nuestras madres; nosotras, sus bisnietas, nietas e hijas. Todas las mujeres que decidieron, que decidimos tomar el destino de sus y nuestras vidas y seguir el curso que querían y que queríamos, sin interferencias, sin prejuicios, sin pecados que purgar, todas somos ellas, todas somos nosotras. Todas.

La nueva Miriam
Bruselas
Mayo de 2015

Era un precioso día de primavera y, pese a que hacía fresco, el aire olía a promesa de renacimiento, a brotes emergiendo del letargo invernal, a sol desperezándose tras el largo descanso desde Navidad. Después de varios días de lluvia intermitente, la intensidad de la luz exterior animaba a salir y a disfrutar del buen tiempo. Alentada por la buena climatología, se levantó temprano, se duchó y se vistió con cuidado, y después disfrutó de una buena taza de té con unas tostadas antes de salir a la calle. Con la ruta que debía seguir grabada en su memoria y el plano en el interior de su bolso, por si acaso, avanzó por las viejas calles empedradas sintiendo el frescor matutino en su rostro. A medida que se acercaba a la Grand Place el corazón comenzó a latirle a mayor velocidad. Se detuvo en una esquina a pocos metros de su destino. El corazón golpeaba su pecho desde el interior como un caballo desbocado y la respiración era tan agitada que apenas si le permitía obtener el oxígeno que necesitaba. Se apoyó en una pared intentando recuperar el dominio sobre sí misma. Toda la confianza que había sentido hasta ese momento se había esfumado en el aire en cuestión de segundos. De repente estaba aterrorizada. Tenía tanto miedo que apenas si lograba que las piernas la sostuvieran. Algunos viandantes la miraron con cierta preocupación, pero continuaron su camino al ver que poco a poco iba recuperando el color.

Apretó los puños y empezó a contar hasta que su pulso se normalizó y la respiración bajó de ritmo. Superado el momentáneo ataque de pánico, respiró con lentitud, tomando conciencia de todas y cada una de las microscópicas células de sus pulmones hasta que logró recobrar la compostura. Y entonces llegó el enfado.

«A ver, Miriam. Has recorrido un largo camino hasta llegar aquí. Ha sido muy duro, doloroso y difícil, pero al final has alcanzado tu primer objetivo. ¿Vas a dejar que el miedo se vuelva a apoderar de ti o vas a tomar las riendas de tu vida y llevar a cabo lo que te has propuesto? ¿Acaso vas a rendirte cuando estás tan cerca?

»Cierto que has perdido habilidades sociales, cierto que prefieres tu compañía a la de otros seres humanos, pero no hace tanto tiempo eras una joven integrada y alegre, capaz de mantener conversaciones interesantes con tus compañeros universitarios e incluso defender tus proyectos delante de tus profesores. Piensa que es otro ejercicio más. Venga, Miriam. Solo se trata de una charla alrededor de una mesa mientras disfrutas de un *café au lait* en uno de los locales más encantadores de Bruselas. ¿Qué puedes perder? ¿El tiempo? ¿Acaso tienes algo mejor que hacer? La nueva Miriam no puede acobardarse por una simple conversación con un extraño».

Oyó el tañido de las campanas en una iglesia cercana y el solemne sonido metálico la devolvió a la realidad. Estaba allí por un motivo, un gran motivo, el mejor de los motivos, y nada, ni siquiera su inseguridad, iba a impedir que alcanzara su objetivo. Así que apartó sus miedos y los relegó a un escondido lugar de su cerebro. No tuvo tanta suerte con el hormigueo en la boca del estómago. Respiró hondo y empujó la puerta de cristal. Al entrar en el local, el delicioso olor a

café tostado y a cruasanes recién hechos evocaron recuerdos olvidados, aunque no tan lejanos, y le invadió una agradable sensación de bienestar. Buscó a su contacto con la mirada. Tras descartar a los clientes de la derecha miró a su izquierda. Solo una de las mesas estaba ocupada, pero no podía ver de quién se trataba porque un periódico cubría su cara. Por un instante temió haber sido víctima de un engaño. Su contacto todavía no había llegado, y ahora ¿qué? ¿Qué mesa podía escoger para sentarse? Como si hubiera leído su mente o la hubiera presentido, el hombre apartó el enorme diario. Sus miradas se cruzaron y supo que era él, aunque nada en su apariencia delataba su verdadera identidad. Un agente de campo, de la más eficaz agencia de servicios secretos del mundo, que bien hubiera podido pasar por un funcionario de la Unión Europea en un momento de asueto, o un periodista tomándose un descanso de las interminables sesiones del Parlamento, o quizás un abogado esperando a un cliente, o tal vez…

Aunque no se había parado a pensar cómo sería y, por lo tanto, no se había formado una idea previa, la sorprendió más de lo que le hubiera gustado reconocer. Él se levantó y le tendió la mano, que ella estrechó con debilidad y apartó rápidamente.

De treinta y pocos años, moreno, alto y muy atlético, era lo que podía considerarse un hombre muy atractivo. Tenía el pelo negro, espeso y ondulado en el que comenzaban a asomar las primeras canas y sus ojos negros presentaban algunas pequeñas arrugas en el contorno mostrando los inicios de una madurez temprana, quizás anticipada por su modo de vida. Tenía una mirada intensa, profunda, inquisitorial. Y su nariz aguileña y sus finos labios añadían firmeza a un rostro por lo demás hermoso. Llevaba un moderno traje de chaqueta de príncipe de Gales, pero sin corbata. Sobre la silla a su derecha había una gabardina de corte inglés y de muy buena calidad y una bufanda que parecía de cachemir. Se fijó en los zapatos negros, resplandecientes, modernísimos y de una piel suave. Lucía un saludable color moreno nada acorde con el clima lluvioso y gris de Bélgica. Decididamente, no tenía el aspecto de un sacrificado agente de campo, sino de un moderno James Bond. De hecho, era la viva imagen del agente secreto británico por excelencia.

—Te he estado observando. Parece que te ha costado llegar desde la plaza. ¿Dudas de última hora quizá?

Le sorprendió que la tuteara y, por un instante, se quedó de pie, frente a él, mirándole sin saber qué hacer. Se sintió como una adolescente en su primera cita. Y si realmente lo pensaba bien, así era. El hombre le indicó con la mano que se sentara en el asiento frente a él y a continuación le hizo un gesto al camarero, que no tardó en acercarse. Miriam le pidió un *café au lait* y después centró su atención en sus manos. Incapaz de mirar al hombre a los ojos, deseó que se la tragase la tierra. ¿En qué momento de enajenación mental había decidido hacer esto? Ella era, como mucho, una aventajada graduada en Filología Francesa con aspiraciones a hacer un máster que no había podido cumplir su sueño académico. Aparte de eso no tenía ninguna habilidad especial. Por el contrario, era una mujer naturalmente tímida, nerviosa e insegura que estaba lejos de haber superado todos los traumas vividos apenas diez meses antes. Desde luego era la antítesis de lo que podría esperarse de una espía, mucho menos, de un agente de campo.

Miriam se estrujó las manos con nerviosismo hasta que una voz en su interior le gritó ¡basta! No podía dejar que el agente la tomara por una niña tonta y caprichosa que se echaba atrás antes de empezar siquiera. No había sufrido lo que había sufrido para fracasar antes de intentarlo. Además, si él estaba allí era por algo, ¿o no? Carraspeó. Tenía la garganta seca y le costó hablar.

—Es que me he entretenido admirando la arquitectura del lugar. —El camarero le trajo su café, lo que le permitió recuperar el dominio sobre sí misma—. Es mi primera vez en Bruselas y hay

tanto que ver…

—Claro. Hasta ahora no habías tenido ocasión de viajar a Europa, ¿verdad?

Ella asintió mientras removía el azúcar en su café.

El agente no dejaba de mirarla con intensidad, pero a Miriam ya no le inquietaba, por el contrario, comenzó a gustarle. Había en él algo intenso, pero no amenazante, que la atraía, aunque no sabía definir qué era, o si lo sabía, prefería no pensar en ello. No era el momento y, mucho menos, la persona adecuada.

—¿Sucede algo? —preguntó inquieta ante su silencioso escrutinio.

—No, no. —El agente apartó la mirada unos segundos antes de fijarla de nuevo en su rostro—. Es que…

—¿Y bien? —insistió Miriam.

—Es que las fotografías no te hacen justicia. Eres de una belleza apabullante. Va a ser difícil que alguien se te resista.

Miriam no se sintió halagada, por el contrario, el cumplido la desconcertó. Por una parte, su aspecto actual era el resultado de un esmerado trabajo de los cirujanos y no un regalo de la naturaleza, por otra, el impacto que ocasionaba incluso en un hombre evidentemente acostumbrado a controlar sus emociones la animaba a pensar lo poderosa que podía ser si aprendía cómo sacar partido a su aspecto, ese aspecto con el que todavía no se había reconciliado y que le producía tanta incomodidad. Quizás esa desconocida a la que se enfrentaba cada mañana en el espejo de su baño acabara convirtiéndose en su mejor amiga y, sobre todo, en su mejor herramienta para llevar a cabo su plan.

—Gracias. Supongo.

Miriam apartó la mirada del agente para concentrarse en el café. Aspiró con deliberada lentitud el aroma que ascendía de la taza antes de apoyar sus labios en el borde y comenzar a beber. Estaba dulce y caliente. Una delicia. Por primera vez en mucho tiempo, dejó que sus papilas gustativas disfrutaran y transmitiesen el placer a su cerebro.

—Ha habido un intenso debate sobre si debíamos aceptarte en el programa de entrenamiento o no. —Miriam asintió con la cabeza temiéndose un rechazo a su solicitud, aunque mantuvo la calma—. Pero hemos valorado tus circunstancias y al final hemos decidido darte una oportunidad.

Miriam le miró con incredulidad y se llevó la mano al corazón como si así pudiera evitar que saltara de su pecho. Pese a que lo deseaba, y mucho, no podía creer que la hubieran aceptado en el programa. Había dado por supuesto que tendría que seguir demostrando su compromiso y su decisión antes de ser admitida. De hecho, estaba convencida de que la someterían a un sinfín de pruebas durísimas hasta que estuvieran seguros de su fiabilidad. Pero no. Tan solo había sido necesario presentarse en el lugar, el día y a la hora que le habían indicado. Demasiado fácil para ser cierto. Así que si había tenido dudas sobre su capacidad para superar las pruebas ahora dudaba sobre si la habrían tomado en serio o si solo se estaban burlando de ella.

—Será necesario que entres en un programa de formación intensivo. No voy a engañarte, es un programa muy duro, tanto física como psicológicamente. Tendrás que entrenar muchas horas al día, siete días a la semana y deberás aprender muchas técnicas que desconoces porque no tienes formación militar ni policial. Sabemos que todavía no estás físicamente restablecida, de tus… tus lesiones, así que la rutina será inicialmente más suave de lo habitual, pero a medida que transcurra el tiempo será más exigente. Si no eres capaz de adaptarte tendremos que suspenderte. —Ella asintió—. Aunque tienes un buen currículo universitario, también tendrás que formarte en

otras disciplinas académicas. Ya veremos cómo organizamos tu plan de estudio. No, no va a ser nada fácil, porque el tiempo corre en contra.

Lejos de desanimarse, la posibilidad de aprender suponía un incentivo añadido sobre el que no había pensado. Miriam era consciente de que se enfrentaba a un reto enorme, pero en lugar de abatirla añadió más motivación a su ánimo.

—¿Cuánto tiempo durará el programa? —Miriam no estaba preocupada por el tiempo que tendría que dedicarle a su nueva formación, solo impaciente por poder aplicarla.

Lo normal son dos años, en tu caso… ya veremos.

—Y ¿cuándo empezamos? —Quería ponerse manos a la obra cuanto antes, temía que esperar debilitara su fuerza de voluntad y diera marcha atrás.

—En breve. Yo que tú aprovecharía para hacer turismo y disfrutar de tu estancia en Bruselas, serán tus únicas vacaciones en mucho tiempo.

—Pero… ¿no habrá alguna prueba de acceso?

El hombre puso su mano derecha sobre la de Miriam y ella tuvo que contener las ganas de apartarla. Pese a que su tacto era suave había en ella una gran energía y fuerza. Mano de hierro en guante de seda. Sabía que tenía que volver a acostumbrarse al contacto humano casual, pero le costaba un mundo controlar las ganas de huir.

—No hay tiempo para eso. Además, tu caso es especial. Todavía te queda un largo camino por delante, pero ya estás dentro —dijo sonriente, mientras apartaba su mano para sacar del bolsillo un billete de diez euros que depositó sobre la mesa.

—Deberías probar los cruasanes de este lugar, no tienen nada que envidiar a los mejores de París. Yo invito.

—Pero… ¿eso es todo? —preguntó Miriam desconcertada—. ¿No va a darme instrucciones? Ni siquiera me ha dicho su nombre.

—No me corresponde a mí dar instrucciones —contestó de manera críptica. Miriam intuía que su contacto no era un simple agente de campo—. Me pondré en contacto contigo en breve. Y en cuanto a mi nombre… elige el que más te guste.

El hombre se levantó de su silla y se dirigió a la salida del concurrido café sin despedirse. Al abrir la mano, Miriam sintió que tenía algo metálico en ella. Era un diminuto USB.

En algún lugar secreto del desierto, Israel
Finales de agosto de 2015

Abrió la oxidada puerta de su barracón y entró en lo que había sido su hogar de los últimos tres meses. Era viejo, siempre estaba cubierto de polvo por mucho que se esforzaba en limpiarlo y tenía pocos muebles. Solo había una estrecha cama, una taquilla metálica que hacía las veces de armario ropero, una mesa destartalada y dos sillas de madera, que probablemente habían sobrevivido a todas las guerras del siglo XX. Austero, por no decir decadente, pero a ella ya le parecía un palacio. Un palacio para ella sola en un campamento militar lleno a rebosar de hombres y mujeres. Todavía no tenía muy claro a qué se debía el privilegio, pero agradecía enormemente la privacidad y poder descansar en silencio.

No encendió la luz porque los rayos del sol seguían colándose con energía por las rendijas de las cortinas que cubrían las minúsculas ventanas del barracón. Y tras la intensa luminosidad del exterior, la penumbra resultaba reconfortante. Sin embargo, sí giró el interruptor que ponía en marcha el aire acondicionado, el único lujo en su espartano alojamiento, pero quizás, a estas

alturas, el único realmente imprescindible habida cuenta de que las temperaturas en esa época del año no bajaban de treinta grados por la noche. Depositó su gorra y las gafas de sol sobre la mesa y después se desembarazó de la pesada chaqueta de camuflaje, que colgó con cuidado en el respaldo de una silla. No le gustaba que se le arrugase la ropa, lo cual era absurdo porque venía de arrastrarse por el polvo, pero la limpieza y la pulcritud la sosegaban. Tenía la camiseta y la ropa interior pegadas al cuerpo debido al sudor, así que se la sacudió un poco para liberarse de la humedad.

Se sentó en el borde del catre y se inclinó para desatar los cordones de sus pesadísimas botas militares. Con cuidado liberó los pies de la asfixiante cárcel de cuero y goma en la que habían estado encarcelados desde la madrugada. Tenía los calcetines empapados en sudor y sangre. Se los quitó con cuidado, pero ni aun así evitó el dolor. Tenían llagas en los dedos, en la planta y en la parte posterior. El roce y el calor eran la peor combinación posible para unos pies delicados como los suyos. Pero ya se había acostumbrado al dolor, así que ni siquiera gimió cuando los introdujo en agua con sal. Había conseguido una tina de plástico que se había convertido en el mejor tratamiento spa en el monacal alojamiento en el que se encontraba. Al cabo de un rato iría a las duchas para liberarse del sudor y el polvo, pero hasta entonces disfrutaría el frío baño con sal. Era el único momento del día en el que se permitía no hacer nada.

Tan solo habían transcurrido tres meses desde su llegada al centro de entrenamiento, pero tenía la impresión de que ya llevaba allí tres años. Decir que le dolía todo el cuerpo era un eufemismo. Toda ella era un dolor. No había músculo que no se resintiese tan solo con respirar. Levantarse cada mañana exigía un enorme esfuerzo de voluntad, tanta que más bien se dejaba caer al suelo para obligarse a abandonar la estrecha cama en la que apenas podía descansar y recuperarse de las interminables jornadas diarias. Tanto era su cansancio y tan profundo su sueño que por fin había dejado de tener pesadillas. El agotamiento había resultado la mejor de las terapias. Sonrió.

¿Quién se lo habría imaginado unos meses atrás?

Los despertaban antes del alba. Pero su despertador sonaba media hora antes para tener tiempo suficiente para vestirse con calma y dejar recogido el barracón antes de ir al comedor. Desayunaba rodeada de otros reclutas, todos más jóvenes, pero también en fase de formación como ella. Era quizás el momento más alegre del día porque, aunque aún estaban un poco adormilados y tenían agujetas, el entrenamiento todavía no había hecho mella en ellos. Habían recibido instrucciones de no comentar nada sobre su vida personal, por lo que, salvo los gustos culinarios, nada sabían de los demás. Por fortuna, las incidencias de la formación eran más que suficientes para mantener una charla divertida e intrascendente.

Había hecho buenas migas con una joven de origen africano, sospechaba que somalí, que decía llamarse Noemí. Alta, delgada y fibrosa recordaba a una gacela. No era muy guapa, ya que sus facciones parecían haber sido esculpidas por un escultor poco afortunado, pero lo compensaba con su simpatía. De todas las féminas del campamento era la que mejores resultados obtenía en la parte física y era una de las cinco mejores tiradoras. Era capaz de desmontar cualquier arma en cuestión de segundos y no se le resistía ningún motor por viejo o gripado que estuviera. Era alegre y muy muy divertida, exactamente lo contrario a ella y quizá por eso habían encajado tan bien. Sus otros compañeros de mesa habituales eran Jacob, Moisés y Esaú. Estaba convencida de que ningún logaritmo hubiera acertado una combinación con tantos nombres bíblicos alrededor de una misma mesa. Pero a ella le daba igual. Todos habían adoptado nombres diferentes a los suyos por motivos de seguridad. Ella ahora se hacía llamar Ruth.

Los tres jóvenes eran soldados profesionales que habían sido escogidos para un programa

avanzado de entrenamiento por ser los mejores de sus promociones. Así que allí estaba ella. Incongruente pero totalmente integrada y, lo que era todavía más increíble, inmensamente feliz después de tanto tiempo de dolor y tristeza. La frágil, pequeña e insegura Miriam había sido acogida y cobijada por uno de los futuros equipos de inteligencia de Israel como uno de sus miembros más valiosos. ¿Quién se lo iba a decir? Ni en sus sueños más descabellados hubiera podido imaginarse una situación así. Y es que, sorprendentemente, Miriam había descubierto que poseía unas habilidades que nadie en el campamento parecía poseer. Por lo que, aunque su rendimiento físico no era el mejor, había logrado sentirse miembro por méritos propios de un proyecto importante. Y ese descubrimiento había sido el empujón que necesitaba para dedicarse con más ahínco a su formación.

Comenzaba corriendo durante una hora. Dedicaba las dos siguientes a realizar ejercicios de musculación para adquirir fuerza. Tras un pequeño descanso afrontaba las clases de entrenamiento en artes marciales y defensa personal con más pena que gloria. Con un físico incapaz de competir con otros más fuertes tenía que concentrarse en aprender la técnica más eficaz para acabar con sus rivales de manera expeditiva. El factor sorpresa era la única ventaja con la que contaba y su objetivo consistía en aprender a explotarla al máximo. Era quizá la parte más frustrante de su entrenamiento.

Tras una hora para comer y descansar, la tarde comenzaba con dos más de entrenamiento en diferentes especialidades para después afrontar la enseñanza teórica en donde sí destacaba. Informática, medicina, camuflaje… eran solo algunas de las disciplinas a las que tenía que dedicarse hasta la hora de la cena. Después, si no caía rendida en la cama, aprovechaba para leer los pesados libros de teoría que le recomendaban los instructores.

Aunque ya se había acostumbrado a la dureza de la formación física, su cuerpo no colaboraba en el desarrollo de la musculatura y la fuerza necesarias para garantizar su supervivencia en caso de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Por lo que, en lugar de disminuir la intensidad de los ejercicios, le habían doblado la rutina, de tal manera que tenía que repetirla por la mañana y por la tarde. Le gustaba la natación y, siempre que podía, acudía a la piscina, pero aunque había pulido y mejorado su estilo, todavía no alcanzaba ni la velocidad ni la resistencia que se requería a un agente de campo de su género y complexión.

Sonrió. Pese al agotamiento y a las ampollas en los pies se sentía satisfecha. Estaba orgullosa de lo que había aprendido y mejorado, pero sobre todo se sentía muy orgullosa de la disciplina y el coraje que estaba mostrando. Aunque durante el primer mes, cada noche pensó en renunciar, a la mañana siguiente se levantaba con más ánimo para seguir luchando. Nunca se hubiera imaginado haber podido llegar tan lejos, y por primera vez en mucho tiempo sentía que había encontrado su lugar y que estaba haciendo algo que iba a ser útil. Abrió la taquilla y sacó un par de toallas y el neceser para dirigirse a las duchas. Se puso unas chanclas y abrió la puerta de su barracón. Volvió a sonreír. Esa tarde había dejado fuera de combate a un hombre de más de metro ochenta y noventa kilos de peso sin apenas esfuerzo. Sí, por fin sentía que podría llevar a cabo su objetivo.

Carretera entre Egipto y Libia
Octubre de 2015

Mientras la desvencijada furgoneta avanzaba por esa polvorienta y casi olvidada carretera que permitía el tránsito clandestino entre Egipto y Libia, Jadiya se preguntó cuántos desiertos más

cruzaría en su vida. Cada día que pasaba era una sorpresa, más un castigo que un premio, aunque había llegado a aceptar que esa era la voluntad de Alá y a ella se sometía. Solo lograba algo de consuelo pensando que era como las mujeres de la era de los *Julafá,* aquellas afortunadas que habían acompañado a sus padres, maridos y hermanos en sus viajes de conquista por toda la península Arábiga y el Magreb en los primeros años del islam. En aquellos tiempos en los que la práctica de la religión era sencilla, pura y fraternal. En aquellos años en los que nada ni nadie era capaz de frenar el avance de la fe verdadera. En aquellos tiempos en los que ni la tecnología ni las comodidades modernas llevaban a las mujeres por el camino de la vanidad y la tentación. Intentaba sentirse como esas pioneras, sin cuyo apoyo los primeros musulmanes no habrían logrado conquistar todo el territorio que hoy en día constituía la zona que liberar de la perniciosa influencia occidental.

Cuando el cansancio, el hartazgo y la frustración empezaban a apoderarse de su ánimo, intentaba imaginarse cómo habrían afrontado aquellas mujeres la situación. Ellas, las pioneras, habrían tenido que seguir a los hombres, la mayor parte de las veces, a pie, en interminables jornadas bajo el implacable sol del desierto. Seguramente al anochecer, llegado el momento de acampar, sudorosas, cansadas y hambrientas se habrían liberado de las sandalias que cubrían sus pies para dejar que las llagas se curtieran en la arena. Descalzas y agotadas ayudarían a levantar las tiendas mientras los hombres atendían a los caballos y camellos. Y muy probablemente, se habrían sentido agradecidas por poder beber un poco de agua y comer algo de pan rancio y dátiles al final del día. Las más afortunadas habrían realizado el viaje montadas en camello formando parte de interminables caravanas como las que el profeta había dirigido antes de haber recibido la llamada de *Alá, bendito sea su nombre*. Agotadoras jornadas que, en muchas ocasiones, remataban con enfrentamientos de los ejércitos, lo que las obligaba a curar y socorrer a los heridos y llorar a sus muertos. Y, sin tiempo para duelos, habrían tenido que levantarse antes del amanecer para continuar con su viaje hasta que fuera su turno para la *Ajira.*

Ella, que casi había nacido en una barca mecida por las benditas y generosas aguas de las marismas del sur de Iraq, y hasta su juventud creyó que la inmensidad de los cañaverales era todo el mundo que conocería, se había visto obligada a abandonar su hogar para vivir en los desiertos más áridos y crueles del planeta. A ella, que había crecido con los pies hundidos en el barro mientras ayudaba a vigilar los búfalos que constituían la mayor riqueza de su familia o recogía las cañas que los varones cortaban para construir sus viviendas, le costaba caminar por tierra firme. Se había habituado a sentir el implacable sol del desierto cuarteando la piel de su rostro, sus manos y sus pies, pero nunca olvidaría el olor y la humedad que ascendía de las *Ahwar* al anochecer cubriendo con un manto de neblina y ensoñación los cañaverales que rodeaban su aldea.

Jadiya siempre iba cubierta. En casa solía llevar un pañuelo suelto por si acaso aparecía alguien que no era de su familia. Aunque fuera una mujer, una nunca podía estar segura de que se tratara de una hermana y no una infiel. Cuando salía —lo mínimo posible— se cubría con una aballa. Había intentado ponerse el niqab, pero, como tenía problemas de salud, la tela sobre el rostro le impedía respirar, así que muy a su pesar se veía obligada a dejarlo al descubierto. Pese a que no le gustaba, el hecho de que fuera una mujer madura y que ya no sangraba aliviaban su culpabilidad.

No solía mirarse en los espejos. Consideraba que era un pecado abandonarse a la vanidad. Sin embargo, de vez en cuando, para asegurarse de que se cubría bien el cabello, se acercaba a alguno. Era muy consciente de que no era una mujer agraciada. La dura vida de trabajo desde la

tierna infancia, la persecución vivida a manos del régimen criminal de Saddam Hussein, el horror de las guerras sufridas en Iraq y, después, el acoso de los *kufar* que habían mancillado su tierra con su ocupación habían esculpido sus arrugas y habían teñido de manchas oscuras su rostro. El dolor, la miseria y la pérdida habían terminado por oscurecer su mirada, ahora ya carente de brillo. Y el odio, el deseo de venganza y la rabia habían transformado sus facciones hasta tener un gesto adusto, severo y desagradable.

No, no era una mujer agraciada ni tenía buen carácter, pero era la más entregada y fiel de todas las mujeres a la causa y por ello se la consideraba la primera detrás del Califa. Su aspecto pobre y miserable le permitía pasar desapercibida cuando encabezaba las misiones de reconocimiento, pero el Califa nunca actuaba sin leer sus informes y escuchar su opinión, por lo que, pese a todo el esfuerzo, toda la dedicación y todas las incomodidades, Jadiya se sentía afortunada y muy valorada. Era única. Tan única como los tatuajes que marcaban su cuerpo con la seña de identidad de su tribu.

Así que, mientras se dirigían al encuentro de los hermanos que constituían la vanguardia de su hermandad en Libia, Jadiya sonrió. Ni siquiera la pésima suspensión de la furgoneta que estaba acabando con sus riñones ni el olor a humanidad ni el calor sofocante en su interior pudieron arrebatarle ese momento de satisfacción. Pero ninguno de sus acompañantes se percató de su sonrisa, porque era una sonrisa en su interior. De esas que no se veían, pero se sentían como una ráfaga de viento fresco en el corazón.

Urbanización de lujo, París
Enero de 2016

Estaba muy cansada. Cansada de entrenar. Cansada de investigar. Cansada de estudiar. Cansada de pasarse noches en vela siguiendo una pista en la red oscura. Cansada de viajar. Cansada de llegar a un piso vacío. Cansada de sentir que la soledad y el frío se adueñaban de ella cada noche cuando se metía en la cama y cada mañana cuando se despertaba. Se suponía que la vida tenía que ser algo más que trabajar. Pero, claro, ella había escogido el camino difícil. Se había casado con su profesión y su entrega era tal que no había nada más en su vida. No podía quejarse. Le encantaba lo que hacía y cuando cumplía con éxito una misión, la satisfacción le inyectaba el ánimo para seguir un día más arriesgándose hasta el límite. Pero la impresión de que, cuando desmantelaba una célula o lograba apresar a algunos terroristas, otros ocuparían su lugar duplicando el número original estaba desgastando su fuerza de voluntad. Era como cortar la cabeza a una hidra. Siempre le crecían dos en su lugar. Aun así, nunca se le había hecho tan cuesta arriba continuar como esa noche al llegar a casa. Había sido un día particularmente duro, y no por el trabajo, aunque sí como consecuencia de este.

Se quitó los zapatos y acarició a Pelusa, su bellísima gata gris, cuando se acercó para frotarle las piernas con su lomo y su frondosa cola. Era su modo gatuno de saludarla. Pelusa había sido el único capricho que se había permitido: un hermoso ejemplar de gata monje francés al que dedicaba todos los mimos que no podía dedicar a ningún ser humano. La cogió en brazos y le acarició con suavidad la cabeza mientras entraba en la cocina.

—¿Sabes, Pelusa? Me han descubierto y no he sabido reaccionar bien. Ha sido un desastre y mañana tendré que comunicarlo en la oficina. No creo que afecte a mi trabajo, pero a la relación con mi familia… Bueno…, eso… eso es harina de otro costal.

La gata comenzó a ronronear cuando le acarició el lomo. Sabía que después le abriría una lata

de su comida favorita y le cambiaría el agua. A continuación, echaría un vistazo al cajón para ver si estaba limpio o era preciso renovar la arena. Y cuando todas sus necesidades básicas estuvieran atendidas, aguardaría a que su ama se preparara la cena, comiera y se echase en el sofá a descansar para subirse sobre ella. El mejor ratito del día.

Había llegado a casa de sus padres antes de la hora prevista. Era su cumpleaños y siempre lo celebraban con una buena comida casera preparada por su madre. Uno de los escasos días de festejo en el que se reunían todos alrededor de una mesa, relajados y felices. En esta ocasión había tenido tiempo de comprar una caja de los mejores *macarons* y una bandeja de los *éclairs* favoritos de su madre y con ellos se había encaminado feliz a la casa de las afueras en donde vivían desde hacía cinco años.

Tras aparcar su coche en la calle abrió la verja, pulsó el botón del portero automático y, tras identificarse, esta se abrió con un clic. No se dio cuenta de que había algo distinto en el ambiente hasta que llegó a la cocina y no vio a su madre trajinando en ella, sino solo a la asistenta, que la saludó con una amplia sonrisa.

—He ido varias veces a tu oficina para invitarte a tomar un café y nunca te he encontrado.

El tono frío y metálico en la voz de su madre la golpeó por la espalda. La alarma antiincendios comenzó a atronar en su cabeza. ¡La habían pillado y, pese a que tenía preparada una coartada, la guardia baja la había traicionado! Para cuando recuperó el control de su expresión su madre ya se había dado cuenta de que algo no iba bien.

—¡Qué raro! Quizá coincidió con esos días en los que voy de consulta a los centros médicos del barrio.

—No me mientas más, hija. —Su madre la miró con tal tristeza que se le partió el corazón—. Tienes una mesa absolutamente vacía, sin nada personal en ella, pero es que además no hay ningún documento, ningún archivo, nada que indique que trabajas allí. Tus compañeros han intentado cubrirte, pero yo no soy tonta, aunque pueda parecértelo.

Incapaz de sostener la mirada de reproche e incredulidad de su madre, se dio la vuelta y comenzó a desempaquetar los dulces que había llevado con ella. La asistenta salió de la cocina en silencio.

—¿Es que te han despedido y te ha dado vergüenza decírnoslo, o es que te dedicas a algo reprochable?

—¿Reprochable? ¿Qué quieres decir, mamá?

Ahora sí que la conversación se estaba complicando.

—¿No tendrás un amante que te mantiene o, lo que es peor, varios?

Las palabras de su progenitora eran como dardos envenenados que no sabía cómo esquivar. Y es que su madre nunca había recurrido a la diplomacia para afrontar las cuestiones delicadas. Era como un elefante en una cacharrería.

—Pero ¡qué estás diciendo! ¿Cómo se te ocurre? ¿Cómo puedes pensar que me estoy… me estoy prostituyendo?

Ahora era ella la que lanzaba fuego por los ojos. De todas las opciones, esta no solo era la más absurda sino la más insultante.

—Entonces, dime… Si no estás trabajando en la clínica, ¿cómo es posible que puedas permitirte tu apartamento, ese coche tan caro y… esos dulces tan refinados? Hay que ganar mucho dinero para mantener tu tren de vida, y no creo que ni el sueldo de la clínica ni ningún

otro trabajo decente sean suficiente para ello.

—A ver, mamá… —Le puso las manos sobre los hombros y la obligó a mirarla directamente a los ojos—. ¿De verdad crees que haría algo así? Si tuviera problemas laborales o económicos acudiría a vosotros antes que a nadie. ¿Por qué iba a recurrir a una medida tan desagradable y contraria a mi naturaleza, a mi educación?

—No lo sé. Dímelo tú. —Su madre se encogió de hombros mientras le sostenía la mirada—. ¿Por qué entonces nos has mentido sobre tu trabajo?

Recuperada de la impresión inicial, hizo que su madre se sentara frente a ella. Pese a la distancia de la mesa le cogió las manos y mirándola directamente a los ojos comenzó con la explicación que había pactado con sus superiores.

—Mamá, se trata de un tema extremadamente delicado y no quería preocuparos.

—Pues ahora sí que estoy preocupada, hija.

—Verás, estoy trabajando en una casa segura. —Mientras hablaba acarició las manos de su madre.

—¿Cómo? ¿Una casa segura? Pero… ¿qué es eso?

—Una casa segura es un refugio para mujeres y niños que se han visto obligados a huir de sus maridos y padres maltratadores.

Su madre contuvo el aliento mientras la miraba con incredulidad.

—Pero ¿qué tienes tú que ver con eso?

—Mamá, esas mujeres y esos niños han sido víctimas de abusos físicos y psicológicos. Están muy traumatizados y necesitan de mucho apoyo profesional para recuperarse. En las casas seguras no solo las escondemos de sus maltratadores, sino que las ayudamos a recuperarse para iniciar una nueva vida. El secreto es la única manera de protegerlos contra quienes los persiguen y agreden.

—Pero… pero eso es muy peligroso, hija…, ¿qué necesidad tienes?

—No es tan peligroso para nosotros como para las víctimas. Mamá, no tengo ninguna necesidad material, pero sí emocional. En casa he aprendido de papá y de ti que el mayor privilegio que tenemos es el de ayudar a los demás. No te imaginas la satisfacción que me da ver cómo las mujeres y los niños reinician sus vidas y salen adelante. —Hizo una pausa para comprobar la reacción de su madre. Seguía dudando sobre su explicación, pero no tanto como al principio—. Si no os dije nada fue precisamente para no preocuparos.

Amal se levantó y abrazó a su madre, quien parecía haber aceptado su explicación, pero ella se sintió terriblemente culpable. Por una parte, le estaba mintiendo a la persona que más quería en este mundo en algo trascendental para su vida y, por otra, estaba usando de coartada una cuestión delicada que no podía ser frivolizada. Por primera vez sintió que el trabajo que tanto la llenaba, que tantas satisfacciones le aportaba, pese a su dureza, le estaba empezando a cobrar un peaje emocional y no le gustó. No le gustó nada.

De nuevo Miriam
Bruselas
Mayo de 2016

Al sentarse, Miriam tuvo una sensación de *déjà vu*. Parecía increíble que hubiera transcurrido un año desde su primer encuentro en esa misma mesa, de ese mismo café de Bruselas. Pero así era. Muchas cosas habían cambiado desde entonces, excepto su determinación por llevar a cabo su

objetivo. La Miriam de ahora poco o nada tenía que ver con la Miriam de hacía doce meses. Ahora era una mujer muy fuerte física y mentalmente. Era una mujer capaz de fingir con naturalidad cualquier tipo de emoción sin sentirse afectada en el interior. Era una mujer que, tras haberse acostumbrado a entrenar su cuerpo todos los días, se había convertido en casi una atleta de élite. Era una mujer que dedicaba su tiempo libre a estudiar toda clase de disciplinas para evadirse de sus recuerdos y que había descubierto una nueva vocación: la medicina. Era una mujer que tenía deseos de vivir y dar un sentido a su vida más allá de su misión. De hecho, ya había decidido que si sobrevivía se matricularía en alguna facultad para estudiar medicina y ayudar a los demás.

Ella, la tímida, miedosa e insegura Miriam, no solo había logrado reconstruirse como persona, sino que encaraba el futuro con esperanza y ambición. Ello no obstaba para que el dolor siguiera desgarrándola por dentro como un tigre enfurecido intentando abrirse camino en la selva de sus recuerdos. Lo que sucedía es que había logrado canalizar toda esa energía negativa en cosas positivas. Ahora era una mujer nueva. Sentía que había sido capaz de renacer como un ave fénix y que quizás algún día pudiera dejar su terrible pasado enterrado en las arenas del desierto y ser feliz.

—Te hemos creado una identidad que estoy seguro que te gustará interpretar. Dentro de unos días te comunicaremos cuál va a ser tu domicilio y tu lugar de trabajo. Es preciso que te integres para crear una buena tapadera. Entre tanto, trabaja duro con el profesor que te hemos escogido. Aún hay que pulir el acento. —El agente le dio las instrucciones como si estuviera comentando lo voluble que era el clima en primavera.

—Me siento muy cómoda con el francés —respondió de manera mecánica.

—Mejor que mejor. De momento mantén un perfil bajo. No salgas del hotel salvo para las comidas.

El agente la miraba con intensidad escudriñando en su rostro cualquier atisbo de emoción, cualquier rastro de la joven titubeante e insegura que había conocido un año atrás. Sin embargo, solo percibió la afable mirada de una belleza cálida y afectuosa. Parpadeó. Realmente el cambio era espectacular. Tanto que sintió que era posible que pudiera llevar a cabo su misión con éxito.

—De acuerdo. ¿Algo más? —preguntó casi con hastío Miriam.

Después del ritmo intenso en el que había vivido tantos meses le estaba costando adaptarse a la tranquila rutina de una ciudad europea y deseaba salir del café para ponerse a hacer ejercicio.

—Sí, sigue entrenando duro. En el hotel hay un buen gimnasio. El ejercicio y el estudio te mantendrán ocupada y en forma. Para el resto, te ayudará enfocarte en por qué te has metido en esto: el deseo de venganza por las atrocidades sufridas. Aférrate a ese dolor, a esa rabia, a ese coraje para iniciar esta nueva etapa.

—Gracias por el consejo. —Pese a que Miriam no había cambiado de expresión, el tono metálico de su voz advertía que no estaba dispuesta a que nadie le dijera cómo tenía que sentirse.

Esta vez fue ella la que se levantó y se marchó dejándole con la palabra en la boca y un billete de diez euros sobre la mesa. El agente sonrió y levantó la mano para llamar al camarero.

—*Oui, monsieur*.[7]

—*Je veux des croissants, s'il vous plaît*.[8]

—*Oui, monsieur*.[9]

Sede secreta de los Servicios de Seguridad Exterior, París

Mayo de 2016

Se sentó en el cómodo sillón de su despacho, el de verdad y no el que le habían habilitado de tapadera en esa agradable oficina de uno de los barrios más tranquilos y elegantes de París. Se dio la vuelta para admirar la salida del sol por detrás del bosque de edificios que componía el paisaje urbano que tanto quería. Solía ser una de las primeras en llegar cuando no estaba en alguna misión y de las últimas en salir. La obsesión por hacer su trabajo de la mejor manera posible la había convertido en una perfeccionista, o lo que era todavía más importante, en una de las mejores si no la mejor agente de campo en activo. Pero hoy se había superado a sí misma. Había llegado antes del cambio de guardia.

Todos los días entrenaba al menos dos horas. Consciente de que no tenía la fuerza ni la rapidez de sus compañeros masculinos intentaba mantenerse en la mejor forma posible para cumplir con una de las máximas de su profesión, sobrevivir a cualquier situación para seguir trabajando otro día. Pero también era rigurosa con su dieta saludable y las horas de sueño. Descansar era importante para garantizar que el cerebro funcionase al cien por cien. No siempre era posible cuando estaba infiltrada, pero había desarrollado la habilidad de dormirse aprovechando cualquier espacio de tiempo, por corto que fuera, de tal manera que siempre podía recuperar algo de energía. Sin embargo, esa noche no había podido conciliar el sueño. Pese a que se había acostado más temprano de lo que era habitual en ella, el sueño le había resultado esquivo. No había podido dejar de darle vueltas a la cabeza. La conversación con su madre le había desequilibrado el ánimo más de lo que estaba dispuesta a reconocer, así que decidió levantarse, enfundarse un chándal, ponerse los auriculares para escuchar música cañera que le pautase el ritmo para correr y, por supuesto, se enfundó un arma pequeña que ocultó bajo la ancha sudadera y un par de cuchillos de emergencia en cada tobillo. Aunque su arsenal era pequeño y ligero añadía esfuerzo a su ejercicio. Tenía demasiados enemigos como para salir sin protección a esas horas de la madrugada.

El frío de la noche la reanimó. Empezó caminando a buen ritmo hasta que sintió la necesidad de echarse a correr, no con demasiada intensidad sino de manera tranquila. Llevaba ya media hora cuando una idea empezó a rondarle por la cabeza. A medida que quemaba metros esa idea fue tomando cuerpo hasta que cobró sentido. Pero necesitaba corroborarla con los informes que había leído la mañana anterior. Una lectura rápida que le había dado una imagen general, aunque requerían de un análisis posterior en profundidad. Así que, tras cumplir una hora y media de ejercicio, regresó a su casa. Se desnudó, se dio una larga y reparadora ducha, se vistió, se preparó un desayuno saludable con una ensalada de frutas, unas tostadas con queso y un aromático café, hizo su cama, recogió la cocina y se marchó tras dejarle comida y agua fresca a Pelusa.

Concentrada en la conducción, dio varios rodeos antes de llegar a la oficina. Era imprescindible asegurarse de que nadie la seguía. Una vez en el complejo, utilizó uno de los ascensores para ascender a la planta donde estaba su sección y avanzó por los pasillos casi vacíos hasta llegar a su despacho, donde encendió su ordenador. Buscó los informes que necesitaba y cuando empezó a leer no pudo evitar una sonrisa. Ahí estaba la conexión que necesitaba. Tenía que introducirse en la red que captaba mujeres para la «causa». A través de ella, podría llegar al liderazgo de la organización. Ya lo habían intentado antes, pero lo único que habían conseguido era rescatar a algunas adolescentes antes de que llegaran a Siria; esta vez había descubierto un punto débil que podría aprovechar para infiltrarse. ¡Por fin!

6

El descanso por el deber cumplido

Y el deber cumplido da paz al espíritu y abraza el alma. El deber cumplido sosiega y calma aun cuando el precio que hay que pagar sea muy alto, el más alto, el que solo se puede pagar una vez porque ese precio es lo único que poseemos de verdad y porque además solo lo poseemos de manera temporal: nuestra vida. Cumplir con el deber obliga a todo tipo de sacrificios que se asumen incluso con orgullo, porque dan sentido a nuestra existencia, nos llenan hasta tal punto que ya no necesitamos nada más. Y ello a pesar de que el deber cumplido no siempre sea bien comprendido por los demás, ya que la entrega que exige es de tal envergadura que no hay lugar para nada más, y porque el esfuerzo es tan agotador que solo deja vacío en el alma, en el cuerpo y en el corazón. Es tal la energía empleada que al final no queda sino el cascarón roto de una vida que ha culminado su trayecto. Si no conduce a la muerte, a ella se asemeja. Pero da igual, porque la muerte tras el deber cumplido, aunque fría, otorga la paz del descanso eterno.

Susa, Túnez
14 de julio de 2016

Se pasó la lengua por los labios y en su boca se esbozó una sonrisa. Era una sonrisa sarcástica, mitad satisfacción, mitad reafirmación de su convicción sobre la maldad humana. Se apoyó en el respaldo de su asiento y se puso las manos en la nuca. Volvió a humedecerse los labios. Tenía los dientes sorprendentemente blancos para un fumador empedernido como él. Dientes y bigote eran su orgullo y se vanagloriaba de ello, no en vano les dedicaba una gran atención. Movió un poco la pequeña brocha de color castaño claro donde ya empezaban a asomar las canas y emitió un leve sonido de desagrado.

Sacó un pañuelo del bolsillo derecho de su pantalón y se secó el sudor de la frente y de la nuca. Pese a que el aire acondicionado estaba funcionando al máximo, el calor resultaba asfixiante. No era un calor normal, no. No se trataba de la canícula veraniega ni de la elevada temperatura ambiente en un edificio sometido a largas horas de radiación solar. Era una temperatura que emanaba de su interior y se abría camino a través de la carne y de la piel hacia el exterior, como la lava que mana a borbotones y sin control por el cráter de un volcán. Estaba enfadado y frustrado. Cuando ya creía que había conseguido acceder a la información que precisaba, ¡zas!, el aparato se ponía a pensar y se quedaba bloqueado como cuando uno se abstrae meditando sobre un tema trascendental y permanece ensimismado sin conciencia del tiempo y aislado de todo cuanto le rodea.

El maldito ordenador iba cada vez más lento. Se suponía que el servicio informático revisaba de manera regular los equipos con el fin de eliminar los virus, *malwares* y demás fauna cibernética, pero era evidente que o no hacían su trabajo con la debida diligencia o sus antivirus

eran incapaces de frenar a los bichos virtuales que se reproducían con inusitada rapidez. O tal vez fuera verdad eso de que los chinos y los rusos hackeaban los ordenadores de todo el mundo, incluidos los de una pequeña comisaría de una localidad costera tunecina, para manipular la información a su favor en una versión digital 3.0, 4.0 o incluso 5.0 de la vieja Guerra Fría. Eso por no hablar de la lentitud del servicio de internet que parecía funcionar como una noria vieja accionada por mulas hambrientas. El ministro se había comprometido en varias ocasiones a aportar más fondos para dotar a la policía de material de calidad que le permitiera combatir con eficacia los diversos delitos que utilizaban la red de redes, pero era obvio que, o bien no tenía la voluntad política, y por lo tanto mentía vilmente, o bien el dinero escaseaba. A la vista de los últimos acontecimientos, quizá se trataba de una combinación de ambas causas. El caso es que estaba pensando seriamente en adquirir un portátil y un *pendrive* de acceso móvil a internet para poder trabajar en condiciones. Seguro que se ahorraba muchos enfados y avanzaba en sus investigaciones, que era en definitiva lo verdaderamente importante, ¿o no?

Últimamente ya no estaba seguro ni de esto.

Pero ¿por qué tenía que invertir parte de su sueldo en un instrumento de trabajo que debería aportarle el Estado para el que tanto se esforzaba?

Frustrado, se levantó de la desgastada silla giratoria, recogió su arma, el tabaco y el encendedor de la mesa y se encaminó hacia la salida. Se colocó la pipa en la funda que llevaba en la parte posterior del cinturón y la cajetilla y el encendedor en el bolsillo derecho de su camisa. Se ajustó el pantalón y la camisa con cierta dificultad porque se le habían pegado al cuerpo por el sudor. Hubiera preferido ocultar el arma para que la gente de la calle no la viera, pero dado el estado de alerta debido a los últimos atentados, los jefes habían considerado que ver a la policía armada, incluso cuando iba de paisano como era su caso, transmitía una mayor sensación de seguridad a los ciudadanos. Una seguridad que tenía como contrapartida la pérdida de anonimato, pero, en fin…, buscar el anonimato en un país donde enterarse de qué les pasaba a los demás era el deporte nacional era casi imposible. Incómodo y sudoroso abrió la puerta y el murmullo de fondo que le había acompañado en su trabajo de esa tarde se convirtió en un ruido ensordecedor. Por algún extraño motivo esa jornada estaba resultando sorprendentemente movida. Una actividad inusual en el mes de julio. Era cierto que el calor solía alterar los nervios y provocar comportamientos más agresivos en las personas, sin embargo, a la vista de la trayectoria de los últimos meses había esperado que se hubiera roto la tendencia. No había sido así. Tras el año de disturbios, los pequeños delitos habían ido descendiendo de manera progresiva hasta la semana anterior, cuando las detenciones por hurtos y alguna que otra discusión empezaron a llenar de nuevo los calabozos del puesto. Sonrió, un par de antiguas compañeras de colegio habrían encontrado la explicación científica y racional en una inusual combinación astral con algún planeta trascendental en retroceso o como quiera que se dijera. ¿Cómo era posible que todavía se acordara de esas cosas cuando a veces le costaba recordar lo que había desayunado? ¿Cuándo había empezado a hacerse tan mayor?

Bader al-Salam ejercía de manera provisional de comandante de la sede central de Susa en Erriadh, un puesto para el que no estaba preparado y que no le gustaba en absoluto. Le disgustaba hacer política y mediar entre los ciudadanos y sus hombres. No estaba dotado para el trato personal y la burocracia le sacaba de quicio. Mirar para otro lado ante los pequeños trapicheos y corruptelas de algunos funcionarios para obtener un dinerillo extra tampoco le entusiasmaba, pero fingía que no se daba cuenta para garantizar la paz en el puesto y se concentraba en lo realmente importante. El traslado temporal para cubrir a Fouadi, que estaba

siendo tratado en Francia de un cáncer agresivo, había sido una forma de castigarle por sus métodos expeditivos. Según Asuntos Internos, en su haber tenía la muerte de dos jóvenes estudiantes, sospechosos de terrorismo, que resultaron ser inocentes. Eso habían dicho ellos para cubrirse las espaldas, pero lo cierto es que esos dos jóvenes ni eran estudiantes ni inocentes, y algún día no muy lejano sería capaz de probarlo más allá de toda duda.

Bader estaba convencido de la afiliación de los difuntos, pero le había resultado imposible probarlo de manera fehaciente en el poco tiempo que le habían dado, así que había tenido que asumir las dudas y las críticas. A regañadientes, pero lo había hecho. Y aunque el asunto se había encubierto debidamente, a sus superiores no les había hecho gracia que hubiera trascendido a Francia, país al que debían mucha ayuda y al que querían dar la impresión de estar trabajando en la eliminación de las agresivas conductas policiales de la era Ben Alí.

Bader había protestado enérgicamente, después había suplicado de manera sutil, por último, había mostrado su indiferencia en un intento desesperado por conservar su puesto. Todo había sido inútil. Los hechos y las pruebas apuntaban a que se había equivocado y no había podido rebatirlos. No le quedó más remedio que asumir la sanción establecida para casos similares. Suerte tuvo de que no le procesaran en un juicio público del que no habría salido bien parado y tras el cual, con casi total seguridad, habría tenido que dar con sus huesos en la cárcel. El último lugar al que un policía debía de ser enviado en cualquier país del mundo, pero en Túnez menos aún. Cuando el director le entregó la carta con su traslado fulminante no pudo hacer otra cosa que morderse la lengua, recoger el maldito papel con sumisión y respeto, meter sus enseres en un par de cajas, despedirse rápidamente de sus compañeros y dirigirse a su nuevo destino.

Un destino que, de manera paradójica, muchos de sus colegas envidiaban. Una hermosa ciudad costera, un paraíso turístico alejado de la mayoría de los conflictos sociales que azotaban el país y donde el índice de criminalidad era, por fortuna, lo suficientemente bajo como para no provocar estrés a las fuerzas de seguridad del Estado. Salvo por el atentado que había tenido lugar en junio del año anterior y que había dejado traumatizados tanto a la población como al sector turístico, claro. El golpe había sido tan brutal que lo que hasta entonces había sido una bulliciosa localidad turística ahora, a pesar de los esfuerzos del Gobierno por recuperar la confianza sobre sus medidas de seguridad, apenas era visitado por algunos valientes o incautos. Susa era una sombra de lo que había sido y por lo tanto estaba resultando un destino descansado.

Salvo que uno necesite una dosis constante de tensión y adrenalina para levantarse cada mañana, claro está.

Bader pertenecía a la Dirección Central de Prevención Antiterrorista, donde el trabajo era mucho menos burocrático y en el cual la frontera entre lo legal y lo que no lo era tanto, entre lo que estaba bien y lo que no lo estaba tanto, se encontraba a veces demasiado desdibujada. En ocasiones tenía que obviar los delitos menores para poder acceder a los criminales que realmente más preocupaban: los terroristas. Y no siempre era fácil explicar las decisiones que se tomaban en nanosegundos. El director y sus superiores solían hacer la vista gorda cuando se extralimitaba, pero el último caso se le había ido de las manos y no había sido posible zanjarlo con un simple tirón de orejas. El castigo consistía en ejercer el mando de la gendarmería en aquella hermosa ciudad costera de la mejor manera posible mientras se enfriaban los ánimos y hacía méritos para recuperar cuanto antes su antiguo puesto. Y para ello no le vendría nada mal llevar a cabo alguna investigación de envergadura con un desenlace exitoso y, a ser posible, sin muertos.

Muertos de aburrimiento.

Mientras sus hombres se dedicaban a patrullar y a mantener el orden en la ciudad, al tiempo

que protegían a los escasos turistas que aún venían a Túnez tras los últimos atentados, él se esforzaba por tirar del hilo de una conspiración de la que había oído hablar una noche en un oscuro callejón de camino a su casa. Un hilo que no le había conducido a nada consistente hasta ahora, aunque su olfato de sabueso le gritaba cada vez más alto que la cuenta atrás para que tuviera lugar algún atentado terrible avanzaba a más velocidad.

El sol le golpeó brutalmente. Se puso las gafas oscuras y avanzó por la calle intentando aprovechar los escasos retazos de sombra que proyectaban los edificios. Pese a ser algo habitual, le disgustaba sobremanera sentir la ropa pegada al cuerpo y el arma ardiendo sobre su riñón derecho. Entró en el café Montmartre y se sentó en su mesa preferida, la que se encontraba en la esquina opuesta a la puerta y desde la cual podía ver tanto a la gente que entraba y salía como a la que paseaba por la calle. El aire acondicionado parecía funcionar mucho mejor que en comisaría y sonrió aliviado. Miró su reloj. Era la una. A esa hora, ni siquiera los turistas más entregados circulaban por la vía. El sol resultaba absolutamente implacable.

El camarero se acercó con su café y un vaso de agua. Estaba abriendo el sobrecito de azúcar cuando su teléfono móvil comenzó a sonar. Sorprendido por el ruido desparramó el contenido sobre la mesa y soltó una imprecación. Miró la pantalla y no reconoció el número. Pulsó el botón para hablar con el índice de la mano izquierda mientras con la mano derecha intentaba recoger el azúcar de la mesa.

—Diga.

—¿Comandante Bader?

—Sí.

El camarero que se había acercado a él con un nuevo sobre de azúcar y un trapo para limpiar la mesa se sobresaltó al verle palidecer y saltar de su asiento como un resorte. Bader le hizo un gesto para que encendiera la televisión que descansaba en un rincón discreto al otro lado del local. El camarero le miró unos segundos sin comprender, antes de regresar de manera precipitada a la barra, coger el mando y poner en marcha el aparato. En cuanto vio las primeras imágenes también palideció y tuvo que apoyarse en la barra.

En el local solo había media docena de clientes y dos camareros. No hacían excesivo ruido, pero este cesó de inmediato. Todos contuvieron el aliento mientras clavaban la vista en la pantalla. El silencio dio paso a la voz entrecortada de la veterana locutora.

«Una tragedia de dimensiones indescriptibles. Ya casi nos habíamos acostumbrado a los actos cobardes e indiscriminados de los terroristas, pero esta cadena de atentados supera con creces a todos los anteriores. Si hay alguna manera de describir el horror es viendo las imágenes que les estamos retransmitiendo en directo».

La voz de la periodista se quebró y no pudo continuar.

—Comandante, ¿sigue usted ahí?

A Bader le costó reaccionar, pero volvió a acercar el aparato a su oído. Quiso contestar; no le salió la voz. Carraspeó.

—Sí, aquí estoy.

El policía escuchó durante un minuto y sin contestar colgó la llamada. De manera mecánica se bebió el café casi de un trago. No le había dado tiempo de revolver el azúcar y tuvo que enfrentar el inesperado e indeseado sabor amargo del brebaje. El vaso de agua compensó el descuido. No sabía cuándo iba a poder ingerir algo más y se conformó con los líquidos que tenía a su disposición. Del bolsillo derecho de su pantalón sacó unas monedas, las miró sin contarlas y las depositó sobre la mesa antes de salir del local.

Dejó que el sol le golpeara con toda su intensidad para intentar despejar las brumas de su mente con el calor y la claridad. Misión imposible. Todo su mundo se había venido abajo en cuestión de segundos. Para cientos de personas que habían estado paseando tranquilamente por las calles de varias ciudades de Europa, el suelo y la vida habían desaparecido, literalmente, bajo sus pies.

Túnez capital
14 de julio de 2016

Cuando llegó a la capital, la noche ya se había cernido sobre ella. La circulación era muy intensa, aunque fluida. No podía decirse lo mismo de las aceras de los barrios comerciales o donde se ubicaban los restaurantes y los locales de ocio que bullían con el movimiento de personas. Tras las largas e insoportables horas de canícula, el letargo daba paso a una actividad casi frenética. Y es que el ocaso era el momento ideal para salir a comprar, hacer recados o simplemente pasear al fresco. Sonrió. Pese a la grave crisis económica, los problemas políticos y los terribles golpes del terrorismo, la vida seguía su curso. La capacidad de adaptación y supervivencia del ser humano nunca dejaba de sorprenderle. Bajó la ventanilla del coche. El aire seguía siendo muy caliente, aunque resultaba agradable sentirlo sobre el rostro tras haber permanecido encerrado durante las casi dos horas que había durado el trayecto desde Susa. Sus oídos se llenaron del bullicio de una ciudad intensamente viva y sintió la terrible responsabilidad de velar para que lo siguiera siendo y acabar con aquellos que amenazaban los derechos y libertades que tanto les había costado lograr. Las cicatrices de la Revolución de los Jazmines todavía seguían muy abiertas y la estabilidad siempre parecía un espejismo capaz de desvanecerse ante el mínimo soplo de contestación.

El trayecto había sido una pesadilla. Su teléfono móvil no había dejado de sonar en todo el viaje y cuando lo hizo fue porque se quedó sin batería. Estuvo tentado de dejarlo así, pero al final se detuvo en un arcén para conectarlo al mechero del coche. Era preciso recargarlo. Lo que estaba sucediendo era demasiado importante como para permanecer aislado, aunque el exceso de información le provocara dolor de cabeza.

Se calculaba que el número de muertos era de, al menos, varias centenas y los heridos miles, si bien solo habían transcurrido cinco horas desde que la sucesión de ataques hubiera golpeado varias capitales europeas de manera simultánea y no tenía dudas de que las cifras aumentarían de forma exponencial. El peor escenario posible tras los atentados de Nueva York, Madrid y Londres se había hecho realidad superando con creces todas las previsiones que los expertos habían barajado desde hacía años. Una cadena de atentados simultáneos en numerosas ciudades occidentales y algunas capitales asiáticas, sin duda, destinada a sembrar el caos y la cizaña entre los aliados históricos. Una pesadilla que podía provocar la guerra entre las democracias occidentales y los países árabes. El sueño de Dáesh, Occidente y Oriente bajo su hálito de terror. Algo que debían evitar por todos los medios posibles, comenzando por una cooperación transnacional entre aquellos que tenían tanto en común pese a las diferencias culturales: las fuerzas de seguridad.

Se dirigió a la central donde sabía que le estaban aguardando. Le habían convocado a una reunión de urgencia como a otros compañeros. Entró en el complejo con bastante rapidez. Los guardias de la entrada le conocían bien y se limitaron a cuadrarse y saludarle antes de levantar la barrera. Estaba claro que les habían avisado de su llegada.

En sus rostros se podía atisbar una honda preocupación. El recuerdo de lo ocurrido en el museo del Bardo todavía estaba muy vivo en sus mentes y corazones y les acercaba a lo que estaban sufriendo en todos los países golpeados por el horror.

Entró en el aparcamiento del segundo sótano y sonrió al ver que la plaza que había utilizado antes de su traslado estaba vacía, como si nadie se hubiera atrevido a ocuparla porque sabían de su regreso. Su regreso. ¡Maldita sea! Lo que hubiera dado porque no fuera en las actuales circunstancias. Aparcó y salió del coche con lentitud. Había conducido con tanta tensión que a sus manos agarrotadas les costó soltar el volante y a sus rodillas, abandonar el asiento del conductor. Como no había nadie en el aparcamiento aprovechó para realizar una serie de estiramientos. Después volvió a entrar en el coche para coger la chaqueta y el arma reglamentaria que había depositado en el asiento del copiloto. Estaba sudoroso, tenía la ropa arrugada y necesitaba una ducha, pero no había tenido tiempo para ponerse presentable, así que se ajustó el arma y se puso la chaqueta confiando en que sus superiores entendieran la situación. Cerró la puerta y pulsó el mando a distancia. Apenas si había dado un par de pasos cuando oyó que alguien se acercaba a él.

—¿Comandante Bader al-Salam?

La mujer que se dirigía a él era una morena de curvas voluptuosas, melena negra recogida en un moño bajo y brillantes ojos verdes. A medida que se acercaba pudo apreciar que no solo gozaba de un físico envidiable, sino que era una mujer extraordinariamente guapa, o eso le pareció a él. Aunque en su actual situación de soltería autoimpuesta casi cualquier persona del género femenino menor de cuarenta le parecía guapa. Impactado ante la visión tardó un poco en reaccionar. Nunca le había tocado compartir trabajo con una compañera así, y casi mejor, porque en caso contrario no habría podido concentrarse como debía.

¿Concentrarse? Pero ¿en qué estaba pensando? ¡Ah, sí! En el pibón que se le acercaba. ¡Madre mía! Nada le podía preparar para enfrentarse a alguien así, nada. Ni a él ni a ningún hombre con sangre en las venas, claro.

—Sí.

—Soy la inspectora Amal Daudi, pertenezco a la Unidad de Coordinación de la Lucha Antiterrorista de Francia.

«Vaya. Una mujer así en una unidad de élite. O sea que, además de guapa, debe de ser lista y, probablemente, letal».

Bader estrechó su mano con una languidez poco habitual en él, pero es que su mirada verde le había desarmado en cinco segundos. Si era tan buena policía como seductora, sin duda era un efectivo de lo más valioso.

—Encantado.

—Parece que hemos llegado al mismo tiempo —afirmó sin dejar de mirarle a los ojos. No se dejaba intimidar, sino todo lo contrario.

—¿Viene usted también a la reunión?

Bader intuía la respuesta, pero no se le ocurrió otra forma de continuar la conversación. Otra forma que no fuera tartamudeando y babeando, claro.

—Sí, lo cierto es que sí, aunque francamente hubiera preferido quedarme en París ayudando en la investigación de campo.

La mujer miró al suelo en un intento por ocultar sus emociones. Parecía afectada, pero ejercía un buen control sobre sí misma. Otro punto a su favor. ¿O no?

—Ya me imagino. Mis condolencias.

La inspectora asintió. Bader tragó saliva y apartó la vista de ella buscando refugio en las paredes sucias y desconchadas del aparcamiento, pero no lo encontró, aunque sí ganó el tiempo necesario para recomponerse.

—Yo también lo habría preferido, pero seguro que si la han enviado es porque saben que será más útil aquí. —Carraspeó—. Bien, será mejor que subamos o enviarán a un grupo de intervención para buscarnos.

Acababa de hacerle un cumplido profesional que esperaba que no le hubiera resultado ofensivo. A Bader le costaba mantener el equilibrio entre la caballerosidad y el respeto a la igualdad, aunque, sin duda, se esforzaba en ello.

La inspectora sonrió y le hizo un gesto para que le indicara el camino. Bader no le preguntó cómo sabía quién era. Obviamente, había tenido tiempo de sobra para estudiar su perfil durante su vuelo desde París. Algo que él, sin embargo, no había podido hacer. Se preguntó qué otras sorpresas le aguardarían en el interior de la sala de reuniones.

Tanto durante el tiempo que permanecieron en el ascensor como en el trayecto por los largos pasillos de la sede central, se abstuvo de mirarla. Era una colega y como tal se comportaría con ella, aunque su físico fuera difícil de resistir, sabía por experiencia que una distracción podía costarles muy caro, y en la situación actual no podían permitírselo. Pese a ello, dejó que sus células olfativas disfrutaran del intenso perfume que la envolvía de manera tan sutil y tentadora.

—Bien, Bader, parece que ya ha conocido a la inspectora Daudi.

El comandante Bader se cuadró para saludar al director general y después asintió.

—Por favor, siéntense. Permítame que le presente al resto de los asistentes a esta reunión.

Bader echó un rápido vistazo al variopinto grupo de personas que estaban sentadas alrededor de la gran mesa ovalada a medida que el director general hacía las presentaciones. Era la primera vez que más de la mitad de los asistentes a una reunión en la sede central eran extranjeros.

—Señores, señoras, ante todo, gracias por haber acudido tan rápido. Sé que para aquellos que vienen de fuera de Túnez ha debido de suponer un esfuerzo muy importante…

Como era de esperar la reunión se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Mientras discutían un programa de actuación, los datos sobre la investigación que se llevaba a cabo sobre el terreno no paraban de llegar. Tras el atentado en el museo del Bardo que había tenido lugar el 15 de marzo de 2015, las fuerzas de seguridad tunecinas habían diseñado y desarrollado una estrategia de actuación para prevenir ataques en lugares sensibles, así como un protocolo de cooperación internacional. Una estrategia que se basaba en la experiencia de países ya duramente golpeados como España, Francia o Gran Bretaña. Pero ningún plan ni ningún programa eran infalibles. Las variables que tenían que manejarse eran demasiado numerosas como para garantizar la seguridad total, sobre todo teniendo en cuenta que las sospechas de topos en las organizaciones tomaban peso cada vez con más fuerza, en especial en los países del Magreb, como era el caso de Túnez.

A pesar del esfuerzo que se estaba desarrollando en el control de las fronteras para evitar filtraciones de elementos terroristas, los países vecinos de Túnez no estaban viviendo su mejor momento de seguridad y estabilidad. Las lindes orientales con Libia eran especialmente peligrosas debido a la guerra civil y a la irrupción de Dáesh en la zona costera, pero tampoco resultaba más segura la frontera con Argelia, donde el elemento islamista más radical seguía teniendo mucha fuerza a pesar de la persecución policial. El pequeño país vivía rodeado de

potenciales enemigos, aunque para su desgracia el peor peligro estaba dentro de su territorio. Las investigaciones calculaban en más de siete mil los tunecinos que se habían enrolado en las filas de Dáesh, de los cuales, al menos mil quinientos habían retornado a la patria. Los servicios de inteligencia e información habían localizado a un gran número de ellos, muchos de los cuales habían sido detenidos, sin embargo, seguía habiendo efectivos ocultos que podían actuar en cualquier momento. Por no hablar de lo difícil que resultaba controlar la labor de proselitismo y radicalización que se desarrollaba en algunas mezquitas, fundamentalmente en los barrios más humildes de la capital. Barrios que Bader conocía muy bien por haberse criado en ellos y tener una buena tapadera que le permitía entrar y salir sin que nadie sospechara. Precisamente, había sido una intervención clandestina en una de ellas la que había sido causa de su destierro fulminante. El comisario salió de su ensimismamiento momentáneo.

Como a la mayoría de los asistentes, le había resultado muy difícil dejar de mirar a la inspectora Daudi. Las quince personas allí reunidas, cinco de ellas mujeres, la observaban con respeto e, incluso, cierta inquietud. A Bader le podía la curiosidad. Sin duda, deformación profesional. Era obvio que su belleza y su físico podían abrirle todas las puertas que quisiera, por eso le intrigaba que hubiera decidido incorporarse a la policía y, más aún, a la sección antiterrorista, muchas de cuyas misiones exigían infiltrarse durante largos períodos de tiempo para lograr información. No era el tipo de mujer que pasaba desapercibida ni de las que se olvidaban fácilmente. Tampoco parecía que la intimidase ni la molestase que la mirasen. Bader tenía la sensación de que lo esperaba.

Durante la reunión, la inspectora Daudi permaneció la mayor parte del tiempo en silencio, escuchando con atención y tomando algunas notas, solo hizo breves comentarios cuando los superiores le pidieron su opinión. Se comportaba más como una discreta secretaria que como un efectivo letal. Pero Bader estaba seguro de que, en su caso, las apariencias engañaban y probablemente esa fuera una de sus valiosas habilidades.

—Veo que le ha impresionado la inspectora Daudi —le espetó sin miramientos el director general cuando se quedaron solos al finalizar la reunión.

—Más que impresionar me inquieta —afirmó.

—Lo supongo. Es de ese tipo de bellezas que noquean y después uno no puede quitárselas de la cabeza. Pero no se equivoque. Es una mujer excepcional en todos los sentidos. —El director general no ocultaba su admiración por la mujer, algo inhabitual en una persona tan fría y distante como él.

—Lo supongo, sino Francia no la habría enviado aquí. —A Bader le podía la curiosidad, pero fingió tener un interés meramente profesional.

—Exacto. Déjeme que le ponga en antecedentes.

Bader alzó una ceja sin comprender.

—La inspectora Daudi estaba estudiando el último año de carrera en la Facultad de Psicología cuando su hermano pequeño, un joven problemático que había abandonado la escuela a los quince y se dedicaba a trapichear con droga y realizar pequeños hurtos, fue captado por un grupo radical en una de las mezquitas de su barrio. A la familia le pareció estupendo que sentara, por fin, la cabeza. Se buscó trabajo en un restaurante Halal y dejó de frecuentar malas compañías o eso creyeron. Pero poco a poco su comportamiento se fue radicalizando hasta que se produjo un grave enfrentamiento con su padre que le distanció para siempre de la familia. Su padre es un cirujano de renombre, pero su vida anterior no había sido fácil. Hijo de emigrantes tunecinos tuvo que trabajar muy duro durante años para costearse los estudios, porque el abuelo no podía

pagarle la carrera y mantener a sus otros seis hijos. Nadie le regaló nada, pero se sentía agradecido por la oportunidad que había tenido de hacer realidad su sueño. Su hijo no opinaba igual. Afirmaba que por el hecho de ser emigrantes tenían todas las puertas cerradas y les discriminaban por ser musulmanes y por el color de su piel. Se negaba a aceptar la realidad de que para labrarse un puesto en la vida era necesario trabajar y demostrar que se puede ser un miembro útil en la sociedad. Incapaz de contemporizar, su progenitor se vio obligado a echarlo de casa y el joven desapareció de París. Pese al dolor por la pérdida, la familia logró sobreponerse y los otros tres hijos del matrimonio, una hermana y un hermano, junto con la inspectora, siguieron con su vida y sus estudios. La inspectora acabó la carrera de Psicología e inició el doctorado. Todo parecía seguir su curso normal hasta que un mal día se enteraron de que el joven se había enrolado en las filas de una rama radicalizada de Al Qaeda y se encontraba en Iraq.

—La verdad es que parece la típica historia de un joven de tercera generación de emigrantes desubicado pese a tener un buen nivel económico —interrumpió Bader.

—El caso es que —continuó el director general—, con el transcurso del tiempo, supieron que se había convertido en uno de los sicarios más sanguinarios de Dáesh, y la inspectora decidió que, ya que no había podido evitar que su hermano se radicalizara, haría todo lo posible para impedir que gente como él cometiera más crímenes. Terminó el doctorado y se preparó para entrar en la policía. Y como le sobraba tiempo estudió Derecho y algo de Medicina. Con esa formación y su inteligencia, puedes imaginar que no tardó en ascender. El resto de su expediente es secreto, obviamente.

Bader no pudo evitar un silbido de admiración.

—Cualquiera compite con esa formación. Me pregunto qué tal se le dará trabajar en operaciones de campo —reflexionó en alto Bader.

—Le sorprendería. Y ahora hablemos de algo muy serio.

El director general volvió a sentarse a la cabecera de la mesa que había presidido durante la reunión y le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—Usted dirá, señor.

—Como se habrá imaginado, invitarle a participar en esta reunión supone un voto de confianza en circunstancias excepcionales. Se le restituye, de manera inmediata, a su puesto en la Dirección General de Antiterrorismo, con la condición de que su comportamiento y rendimiento estén a la altura. Y cuando digo altura no me refiero a su profesionalidad, que está fuera de toda duda, sino a su comedimiento teniendo en cuenta que los ojos del mundo nos observan. Sobra decir que su eficacia, pero sobre todo su prudencia, es crucial para revisar de manera definitiva su caso, claro.

Bader no dijo nada, se le iluminó la mirada.

—Señor…

El director general le hizo un gesto con la mano para que no continuara hablando.

—Si de mí dependiera le habría dejado pudrirse en un puesto en la frontera con Libia, pero nuestros superiores consideran que es uno de nuestros mejores efectivos en la lucha antiterrorista. En este momento, esta cuestión es la prioridad absoluta, no solo de nuestro país sino de todo el mundo, y por lo tanto todos los especialistas son necesarios. —El director general parecía realmente enfadado—. Confío en que haya aprendido la lección y sea más cuidadoso en sus actuaciones. Cualquier mínima vulneración del reglamento o de las leyes hará que pierda la placa para siempre, ¿estamos?

—Sí, señor.

Bader tragó saliva. Sabía que el discurso de su superior era parte del procedimiento habitual y como tal se lo tomó. No era algo personal. De hecho, en numerosas ocasiones el director general le había manifestado su consideración. De manera indirecta, eso sí, pero lo había hecho.

—Tendrá que informarme a mí directamente de cada uno de sus movimientos. —Bader asintió —. Mi móvil estará operativo las veinticuatro horas del día para todo lo relacionado con esta cuestión.

—Muy bien, señor.

—Ni que decir tiene que usted y su equipo tendrán a su disposición todos los medios que necesite y todo el personal que no sea estrictamente imprescindible para garantizar la seguridad nacional.

Bader arqueó una ceja. Eso quería decir…

—Sí, comandante, a partir de este momento serás el jefe de la Unidad Especial de Coordinación Internacional. Tendrás que trabajar codo con codo con la inspectora Daudi y dos agentes especiales más: un compañero francés y otro que llegará de España mañana, acompañado de un equipo de apoyo. Y que Alá te proteja y te guíe, porque es quizás el puesto más difícil al que cualquier policía podría aspirar en un momento como este.

7

Aquello que nos impele a ser lo que de verdad somos, aunque no queramos

La lucha es terrible. A muerte. Porque peleamos, nos revolvemos, nos resistimos. Pero de nada sirve porque, queramos o no, nos vemos arrastrados. De nada vale todo lo que conocemos, todo lo que hemos vivido, todo lo que nos han enseñado. Imposible evitar lo inevitable. El estereotipo. Porque el destino es caprichoso y ninguna fórmula matemática puede desentrañar lo que está escrito con la tinta indeleble del futuro. Por mucho que nos empeñemos en coger otra vía, por mucho que deseemos optar por otra salida, por mucho que intentemos obviar las indicaciones, todos los caminos nos conducen de manera inexorable a nuestro destino. Es como un remolino que atrae lo que se encuentra a su alrededor, arrastrándolo hasta atraparlo y engullirlo.

No hay escapatoria. La atracción es irresistible. Porque nuestro sino nos empuja, a veces de manera sutil, a veces de manera clamorosa, a veces a golpe de cañón, a veces con dulzura, a veces de manera abrupta, a veces con la suavidad del terciopelo, pero al final nos empuja y nos atrae… Y así, entre el empuje y la atracción, y antes de que nos hayamos dado cuenta, nos encontramos frente al espejo y vemos no el reflejo de lo que queremos ver, esa imagen ideal que deseamos para nosotros, sino la cruda e implacable realidad con todas sus arrugas y pliegues, con sus ojeras y sus patas de gallo, con sus manchas por la edad y sus quemaduras por imprudencia, con sus músculos agotados y sus articulaciones desgastadas, con el desencanto del fracaso y la desilusión del esfuerzo que ha sido en vano. Y entonces entendemos que hemos llegado hasta ahí para ser lo que de verdad somos. No lo que creemos que somos ni lo que los demás ven en nosotros, sino lo que somos con la piel limpia y el alma desnuda. Aunque no lo queramos.

Barajas, Madrid
15 de julio de 2016

Habían fletado un avión privado con el pretexto de transportar a un grupo de empresarios españoles interesados en invertir en la construcción de un nuevo complejo hotelero en Túnez.

El sol todavía no había salido y los últimos retazos de sueño adheridos al cuerpo ralentizaban los movimientos tanto del personal de tierra como del pasaje. Una lentitud que parecía lastrarlos mientras avanzaban por la pista hasta el avión. Por un instante tuvo la impresión de que eran autómatas bailando al ritmo de una melodía inaudible. Un paso detrás del otro. Un movimiento mecánico tras otro. Zancadas largas con la mirada fija en la aeronave. Un, dos, un, dos… Avance marcial. Impertérritos ante el ruido y la corriente de aire que provocaban los motores encendidos. Lo cierto es que había algo de militar en sus movimientos. Aunque fueran camuflados con trajes de chaqueta, sus cuerpos cortaban el aire como si estuvieran embutidos en uniformes de campaña. Cualquier observador atento se habría percatado de que no se trataba solo de media

docena de ejecutivos listos para ponerse a trabajar en cuanto aterrizasen. Estaban demasiado sincronizados. Por fortuna, a esas horas no había nadie lo suficientemente despierto ni tan aburrido como para prestarles más atención de la necesaria y darse cuenta.

Todos portaban bolsas para ordenadores, tabletas y otros aparatos electrónicos imprescindibles para el desarrollo de su trabajo. Todos arrastraban con algún que otro tropiezo por el irregular asfalto de la pista un pequeño *trolley*. Ese era todo el equipaje que cabía en la reducida cabina del avión. La estancia no iba a ser muy larga. O eso es lo que parecía. Porque en la pequeña bodega había un par de contenedores, no muy grandes, pero sí demasiado pesados y herméticos para transportar solo ropa…

Al contratar el vuelo de ida, la secretaria de la empresa había indicado que no se sabía con exactitud cuánto tiempo permanecerían allí, dos o tres días como mucho, salvo que ocurriera algo que les obligara a prolongar la estancia. En cualquier caso, avisaría con al menos doce horas de antelación para que el avión pudiera ir a recogerlos. Aunque era consciente de que si se retrasaban pudiera ser que la aeronave no estuviera disponible y tuvieran que aguardar a que rematase cualquier otro encargo que hubiera surgido entremedias.

No era infrecuente que las empresas prefirieran fletar aviones privados cuando tenían que transportar a varios empleados al mismo tiempo. El coste del viaje solía ser bastante más económico que la suma de los billetes de una línea regular comprados a última hora, sobre todo si era temporada alta. Por no hablar de la flexibilidad que suponía tener el avión a su disposición a la hora que acordaran, evitando así las típicas incidencias de las aerolíneas comerciales. A nadie le extrañó que una empresa de nombre desconocido —las consultoras de los grandes inversores siempre se esforzaban por proteger el anonimato de sus clientes y hacían de la discreción una máxima— hubiera fletado la nave, como tampoco nadie sospechó que en ella viajaban personas que apenas si se conocían y que no tenían nada más en común que la misión que se les había encomendado.

Subió por la escalerilla del avión sin sucumbir a la tentación de echar un vistazo atrás. Era el último en embarcar y podía sentir las miradas del personal de tierra que aguardaban, con cierta impaciencia, a que él entrara para apartar la escalerilla y regresar a la terminal y, probablemente, dar cuenta de un aromático café que les hiciera entrar en calor. Porque, pese a ser pleno verano, en la pista hacía frío. No era el frío gélido del invierno en los páramos mesetarios, sino el fresco habitual de las madrugadas castellanas a campo abierto. Le resultó revitalizante después de haber soportado durante tantos días la asfixiante temperatura de la capital. Sin una brisa que aliviara la emanación nocturna del calor acumulado en el asfalto y el hormigón de los edificios, pero, sobre todo, la irrespirable polución, hacían que la ciudad le resultara insufrible. Aspiró hondo. Pronto se meterían en la boca del infierno… o no. Los casi cuarenta grados de la contaminada urbe se antojaban difíciles de superar. De hecho, lo más probable era que en su lugar de destino el clima fuera más agradable y la calidad del aire mejor. Animado con la perspectiva de poder acercarse a la costa se agachó para entrar en la cabina. La puerta se cerró tras él.

Avanzó un par de pasos hasta su asiento, sintiendo las miradas de sus compañeros de viaje. En ellas había curiosidad, respeto, admiración e intriga a partes iguales. Seguramente habían leído la versión desclasificada de su currículo antes de desplazarse al aeropuerto y ya tenían una idea clara de quién era. O casi.

A pesar de que era muy consciente de que lo que estaba viviendo era real, todavía tenía la impresión de que era un sueño. Por primera vez, acudía a una misión empujado más por las circunstancias que por propia voluntad. No se encontraba en su mejor momento anímico y

mucho menos físico. En los últimos años había tenido que afrontar tantos embates en el cumplimiento del deber como una docena de soldados profesionales en toda su vida, y a su cuerpo le costaba cada vez más recuperarse. Además, llevaba casi un año sin hacer prácticas de tiro y sin entrenar como un profesional de primer nivel. Sin contar que el ejercicio que hacía de manera regular era más para evitar que las lesiones le dejaran impedido que para recuperar la forma. Sin saber si su cuerpo y sus instintos le harían reaccionar con la presteza requerida, se preguntó si los cinco jóvenes que integraban el equipo serían capaces de hacerlo, porque era obvio que no tenían tanta experiencia de campo como él. Las dos mujeres, una rubia y una castaña, menudas y fibrosas, parecían bien entrenadas y capaces de camuflarse si la situación lo requería. En cuanto a los otros tres integrantes masculinos del pasaje, fuertes y musculados, se movían con ligereza y seguridad, evidenciando que habían recibido entrenamiento en algún cuerpo de élite. Uno de ellos se había identificado como el jefe de la operación al encontrarse en el aeropuerto. Obviamente, era un tecnicismo que no iba a modificar en nada su actuación. Todos sabían que el líder era él y que en una operación como esa lo importante eran una variedad de habilidades y experiencias que no se podían adquirir en un entrenamiento al uso, así que daba igual el rango militar.

Tras dejar su maletín y el *trolley* en el compartimento sobre su cabeza, se quitó la chaqueta y la colgó del gancho que había a un lado de la ventanilla. Tomó asiento y se colocó el cinturón. Sus compañeros de viaje habían seguido la misma rutina. Les observó brevemente mientras la azafata daba las instrucciones habituales sobre seguridad. Después apartó la mirada para fijarla en la pista. El avión comenzó a avanzar por ella a ritmo lento y constante. Tras un breve recorrido, se detuvo un instante al comienzo de la cabecera de despegue y, después, reanudó la marcha, esta vez a gran velocidad. A medida que el morro del avión se alzaba hacia el infinito azul su mente vagó por los últimos acontecimientos que le habían conducido hasta allí.

Una vieja tienda de ultramarino, barrio de Tetuán, Madrid
Diez meses antes, 14 de octubre de 2015

Supo que era ella antes incluso de que tomase aliento para hablar. Ya no usaba el mismo perfume y el sonido de sus pasos era más firme y enérgico de lo que recordaba, pero seguía sintiéndola, o, mejor dicho, presintiéndola. Era como si su cuerpo reconociera a la mitad que le faltaba y a la que tanto echaba de menos. Un imán partido en dos siempre buscando el otro polo para alcanzar el equilibrio magnético, el balance natural. Habría sabido que se encontraba cerca aún rodeado por una multitud. Por eso, separarse de ella había sido lo más difícil que había tenido que hacer en toda su vida. Soportar su ausencia se había convertido en una auténtica tortura y, de manera paradójica, su único alivio también. En esos momentos en los que sentía que había tocado fondo y el suelo era de lava ardiente bajo sus pies, aferrarse a su recuerdo le había permitido mantener la cordura y tener un motivo para seguir luchando.

Respiró hondo tres veces intentando ahogar un gemido de dolor. Sabía que el encuentro, tras su regreso, era cuestión de tiempo; tener que hacerlo ahora, obligado por las actuales circunstancias, no era fácil de soportar. Y eso que verla de nuevo era lo único que lo había incentivado a volver a su barrio, a la casa familiar, a su pasado. Se había preparado mentalmente para ello, sin embargo, afrontar su presencia estaba resultando más difícil de lo que hubiera querido. No podía evitar sentirse incómodo. Esbozó una sonrisa. Inseguro. ¡Con lo que había vivido y ahora tenía miedo de saludar a la hermosa mujer que le aguardaba en la tienda!

Por eso, a pesar de las irrefrenables ganas que tenía de verla, de abrazarla, de besarla, siguió descargando las cajas en la trastienda como si no hubiera oído la campanilla de la puerta ni hubiera notado su llegada. Hizo ruido para que supiera que había alguien dentro del almacén trasero, pero no dejó la tarea a medias. El poder percibir más cosas y antes que la mayoría de las personas era uno de esos dones que había adquirido en los últimos años, pero solo era útil si lo mantenía en secreto. Al darle ventaja sobre los demás le había salvado de situaciones muy difíciles y se había acostumbrado a no desaprovecharlo. Ese sexto sentido era el que le decía que ella seguía esperando, paciente y silenciosa, inquieta y dolida.

Cuando acabó de colocar las cajas en el orden adecuado salió de la trastienda con toda la parsimonia que fue capaz de fingir. Al oírle, ella se dio la vuelta.

—Hola, Micky.

Estaba cambiada. Llevaba el pelo más corto y lucía un cuidado maquillaje. Ligero y elegante como ella. Como la mujer en la que se había convertido, aquella inquieta y rebelde chiquilla de la que se había enamorado, incluso antes de haber aprendido a respirar. Hasta con traje de chaqueta y aspecto de haber tenido un duro y largo día de trabajo estaba guapísima. Solo sus ojos parecían distintos. Había en ellos una sombra que no recordaba. Quizás el peso de la responsabilidad y los años habían restado brillo a su hermosa mirada… o, quizá como a él, la realidad le había ido quitando retazos de vida y alegría.

—Hola, Sara.

Ella intentó disimular, pero evidentemente su aspecto le había sorprendido más de lo que hubiera querido admitir. ¿Cómo se lo podía reprochar? Era muy consciente de que tenía la tez quemada después de haber pasado tantos años a la intemperie, bajo el sol ardiente y al albur de vientos áridos. Y tenía la barba más cerrada. Aunque se había afeitado y cortado el pelo para tener un aspecto más occidental era consciente de que sus facciones se habían endurecido. Además, había crecido. Ya no era el muchacho atlético que ella había conocido, sino un hombre maduro, grande, fuerte y musculoso.

El trabajo físico y el duro entrenamiento le habían convertido en casi una roca. No había sido plenamente consciente de ello hasta dos días atrás al organizar la mercancía de la tienda. Antes de su partida, media hora de trabajo le dejaba exhausto, ahora, tras haber dedicado más de diez horas a poner en orden todo, se encontraba tan fresco como recién levantado por la mañana. Y eso que las lesiones y heridas habían transformado su cuerpo en un mapa de mil guerras y se resentía al realizar algunos movimientos. Desnudo daba la impresión de que coleccionaba cicatrices.

Permaneció un instante observándola, intentando retener su mirada, pero ella bajó los ojos, avergonzada quizá por su escrutinio. Sabía que estaba incómoda, muy incómoda, y solo su fuerte disciplina la mantenía allí, en medio de la tienda, aferrada a un enorme bolso de diseño que él, obviamente, no reconocía, y a una lujosa cartera de piel donde sin duda llevaba un ordenador portátil ultraligero de última generación.

Todo en ella rezumaba elegancia y dinero. Había nacido con la elegancia, pero el dinero, no, el dinero se lo estaba ganando ella, y en una buena cantidad, según parecía. Algo que él no hubiera podido darle… ¿O sí?

Al cabo de un par de larguísimos minutos en los que el tiempo pareció detenerse, decidió dejar de torturarla y se acercó a ella para abrazarla y besarla en las mejillas. Olía de maravilla, incluso a esas horas de la tarde, la mezcla de sudor producido tras una larga jornada laboral y el perfume que usaba le resultaba embriagadora. Ella se dejó hacer, impresionada por el gesto. Después dio

un paso hacia atrás. Al principio creyó que era porque le molestaba tanta proximidad. Enseguida advirtió en su expresión que no le disgustaba tenerle cerca, sino más bien al contrario. Sus cuerpos se reconocían y reclamaban, por eso se había apartado con tanta rapidez.

—Siento… —Ella carraspeó intentando recuperar el dominio sobre sí misma—. Siento mucho lo de tu padre. De verdad.

—Lo sé.

—Era una gran persona, siempre se portó muy bien conmigo… —Volvió a carraspear—. Fue el único que intentó consolarme cuando… cuando tú te fuiste.

—Lo sé, yo…

—No, déjalo. —Rechazó cualquier excusa o explicación con un gesto de la mano—. Mi madre me llamó esta mañana para decírmelo. No he podido venir antes. El trabajo…, ya sabes…

—No importa… —Él intentó encontrar un tema de conversación, pero los sentimientos y los pensamientos se agolpaban de tal manera en su mente que no fue capaz de articular una frase coherente.

—No sé cómo organizáis los funerales, pero me imagino que no pueden ir las mujeres, así que ya me dirás cuándo puedo ver a tu madre y a tu hermana para darles el pésame. No he ido a tu casa para no molestarlas.

—Sabes que eres bienvenida siempre. Nuestra casa está siempre abierta para ti.

Él se llevó las manos al pecho en un gesto que de tan repetido le salió de manera natural. Un gesto que delataba dónde había estado todo este tiempo. Se dio cuenta demasiado tarde. Para cuando las bajó, ella ya había obtenido la confirmación que esperaba. Supo que le costaría mucho explicarle la realidad y hacerla cambiar de opinión si es que conseguía que le autorizaran a hacerlo.

—Gracias. Si te parece iré con mis padres mañana o pasado, cuando estéis más tranquilos.

—Claro —respondió él asintiendo con la cabeza.

—Bien, pues, hasta luego entonces.

Ella se giró y dio un par de pasos hacia la puerta. Aún de espaldas podía percibir que estaba temblando.

—Sara…

Se detuvo y tardó una eternidad en darse la vuelta. Para cuando lo hizo tenía los ojos llenos de lágrimas. No estaba muy seguro de si era por la muerte de su padre, por volver a verle o por ambas cosas. Fuera por lo que fuera, le partió el corazón. Bajo ese cuidado disfraz seguía la frágil y sensible adolescente que le había robado el corazón, el alma y la vida para siempre.

—Gracias por venir. Sé que no ha debido de ser fácil para ti.

—No, Micky, no ha sido fácil, pero no lo he hecho por ti, sino por tu padre. Le tenía mucho afecto y le respetaba. Se preocupó mucho por mí y siempre me dio buenos consejos. —Esbozó una sonrisa triste—. Es curioso… Siempre sabía cómo me sentía. Y ahora no está. Sí, lo he hecho por él, no por ti.

Respiró hondo intentando contener las lágrimas que pugnaban por salir. Ahora su mirada le quemó.

—Lo sé, pero… gracias, de todos modos.

Sara asintió levemente con la cabeza y después salió de la tienda. Permaneció un rato viendo cómo su silueta se confundía con las sombras de la oscura noche madrileña. Tan solo cuando estuvo seguro de que ni siquiera el aura que la envolvía estaba a la vista, se permitió respirar.

Con el aire expulsó toda la tensión acumulada durante ese breve lapso de tiempo en el que ella,

una vez más, lo había llenado todo. Como no podía ser de otra manera, un confortable vacío y la tranquila soledad ocuparon su lugar. Había hecho acopio de todo su aplomo y todo su entrenamiento para mostrarse cortésmente sereno y distante, como si todo lo que una vez sintió por ella se hubiera desvanecido en el aire mucho tiempo atrás. Estaba convencido de que de nuevo había logrado engañarla, aunque él era muy consciente de la verdad. Mientras su cuerpo retuviera un hálito de vida, ella seguiría siendo la única razón de su existencia.

—Malik, no es para ti. Perdiste tu oportunidad y ahora ya es tarde para recuperarla. Está a años luz de ti.

La voz de Roberto acompañada del sonido de la puerta cerrándose le devolvió a la cruda realidad.

—¡Amigo! ¡Qué alegría verte! —Su rostro se iluminó al ver a su mejor amigo, confidente y compañero de aventuras desde que era capaz de recordar.

Los dos hombres se fundieron en un largo y sincero abrazo.

—Joder, Malik, pareces un armario. ¿Qué has estado haciendo? ¿Entrenándote para los campeonatos mundiales de *crossfit*?

Malik le sonrió y su impecable dentadura relució aún más blanca bajo la anticuada luz fluorescente de la tienda.

—Mucha vida al aire libre, mucho ejercicio y mucha oración.

—Ya, pues no parece que la oración te haya hecho olvidar a las mujeres, ¿eh? Aunque en tu religión, rezar y follar no son incompatibles, ¿verdad?

—Desde luego, Rober, sigues igual de bestia que siempre. —Malik sonrió abiertamente dejando de nuevo a la vista su dentadura.

—¡Mira quién fue a hablar! ¡El potro de Bravo Murillo!

—Déjalo ya, amigo. No estoy de humor para bromas. —Malik le hizo un gesto de cansancio con la mano.

—Claro que no, lo siento. Soy un animal, tienes razón. En estas circunstancias… —Rober bajó la cabeza un instante antes de volver a afrontar la mirada de su amigo—. Siento lo de tu padre. He venido en cuanto me he enterado, pero no me imaginé que estuvieras tú. Pensé que no podrías venir… o que ya no te importaría…

—Puede que haya estado ausente un tiempo, pero eso no quiere decir que me olvidara de mi familia o de mis amigos… Y por supuesto que siempre me han importado y he estado informado de todo.

—Pues no lo parece. Ni una llamada, ni una carta, ni un mensaje, ni un correo electrónico durante años… Te largaste sin más y ya nunca supimos de ti. —La mirada de Roberto se empañó —. Bueno, tu padre me contaba cómo te iba, pero como el pobre tampoco sabía mucho, pues eso…

Malik se sintió conmovido y culpable al ver a su amigo, un hombre aparentemente fuerte y seguro, mostrar cómo el silencio de su mejor amigo le había afectado.

—Ha sido difícil, Rober.

Permanecieron en silencio un rato, mirando sin ver a la gente que pasaba por la calle. Era la hora de la retirada tras la jornada laboral. Aunque el otoño se había presentado benévolo y no hacía mucho frío ni llovía, el helado aire nocturno de la sierra iba descendiendo sobre la capital cubriendo todo con su frío manto de escarcha y hielo, así que era mejor buscar cobijo en el hogar lo antes posible.

—Bien, me imagino que tendrás muchas cosas que hacer. Yo solo pasé para ver si veía a

alguno de tus hermanos y darle el pésame, pero ya que estás tú… mejor que mejor. ¡No sabes qué alegría verte de nuevo y ver que estás… que estás tan bien!

—Sí, Rober, ya lo sé.

—Ya me enteraré de cuándo son los funerales… Bueno, si los hacéis…

—Convocaremos una reunión para que podáis darnos el pésame.

—Eso estaría bien, tu padre era una persona muy querida por todos y se merece que le presentemos nuestros respetos. Y quizá, si te quedas algunos días, podamos vernos y charlar un rato.

—Claro que me quedaré, amigo, claro.

Roberto dudó antes de salir, pero tras un instante se acercó de nuevo y le dio un fuerte y largo abrazo. De esos en los que se transmite en silencio lo mucho que se ha echado de menos a alguien, lo mucho que se le ha necesitado y lo mucho que se alegraba de volver a verle. Después se marchó sin musitar palabra. A estas alturas de la vida, Malik había asumido que cada persona tenía su manera de expresar el dolor y Roberto era de los que utilizaban el humor para evitarlo y, cuando no podía, se limitaba a dar un abrazo y marcharse en silencio. No esperó a que su silueta desapareciera entre las sombras. Tras mirar su reloj decidió que ya había trabajado bastante y que debía subir a casa. Era hora de cerrar y bajar la verja.

El panorama que le esperaba no era muy agradable, pero no iba a eludir su responsabilidad por muy difícil que fuera, y tampoco los reproches, por muy duros que resultaran. Ya había permanecido demasiados años lejos de casa. Ahora, su sitio estaba allí.

—¿Cómo está? —Malik entró en la sala donde se encontraba su hermano mayor con su mujer.

—¿Cómo quieres que esté? Destrozada.

Malik dejó las llaves de la casa en un pequeño cuenco sobre el aparador de la derecha. Se quitó el anorak y lo colgó en el respaldo de una de las sillas antes de dejarse caer en el sofá que solía ocupar su padre sin percatarse de la mirada de dolor de su hermano, a quien su gesto descuidado le había parecido casi una profanación.

—Es normal, ha sido muy repentino —contestó Malik con cansancio.

—¿Repentino, repentino? —Suheir, la mujer de Omar, se levantó airada—. La muerte de tu padre no ha tenido nada de repentino. Desde que te marchaste ha ido muriéndose poco a poco. Tú has sido el causante de que su corazón acabara por rendirse. No ha sido nada repentino, solo inevitable.

—¡Suheir! —le reprochó Omar.

—¿Qué pasa, Omar? Alguien tendrá que decirle la verdad a tu hermano. Y ya que ninguno tiene el valor para hacerlo seré yo la que le haga afrontar su responsabilidad por lo que ha ocurrido.

Suheir era una hermosa mujer de larga y cuidada melena negra, almendrados ojos color de miel y generosas curvas. Era el prototipo de la belleza oriental, entregada en cuerpo y alma a cuidar a su marido y a sus hijos sin dejar de dedicar largas horas a su arreglo personal solo para complacerle a él. Un esfuerzo que, dada la devoción que su hermano le profesaba, era a todas luces muy eficaz. Con el temperamento habitual de una fémina árabe, a medio camino entre la emancipación y la sumisión, se había adaptado con asombrosa rapidez a la vida de una capital europea como Madrid. Hablaba en castellano con notable fluidez, aunque no había logrado desprenderse del acento iraquí, el cual sonaba con crudeza cuando, como ahora, entonaba sus

reproches en el entorno familiar.

Aunque todos eran de origen iraquí, Suheir era la única que había vivido su infancia en Bagdad. Antes de cumplir los doce, su familia había emigrado a Jordania en busca de la seguridad y la paz que Iraq no les ofrecía. Y allí fue donde, años después, durante unas vacaciones con un grupo de amigos, Omar la conoció. Se quedó tan prendado de ella que no tardó en regresar a Amán, esta vez acompañado por su padre, para pedir su mano. No le resultó fácil convencer a la familia de la joven, pero una generosa dote acabó por eliminar las reticencias de ver alejarse a su hija.

Suheir había resultado ser una esposa abnegada y amante, pero una hermana política implacable con la que nunca había logrado congeniar. Acostumbrada a seducir a todo el mundo para conseguir lo que quería, la absoluta indiferencia y libertad de acción de Malik le resultaba insufrible. Habiendo reconocido su incapacidad para lograr su apoyo, su estrategia se dirigía a desprestigiarle de tal manera que hasta su propio hermano se apartara de él. Por fortuna, no había logrado su objetivo porque el amor fraternal que se profesaban era muy fuerte y, sobre todo, porque Malik había desaparecido poco después de la boda de Omar, lo que había evitado cualquier posible desencuentro con Suheir. Hasta ahora.

—Suheir, no es de tu incumbencia —advirtió Omar sin levantar la mirada del suelo, deseando que se lo tragase la tierra ante la difícil tesitura que se le planteaba: defender a su hermano o apoyar a su mujer.

—No, Omar, deja que diga lo que piensa —rebatió Malik—. Al fin y al cabo tiene razón. Yo maté a papá.

Omar se levantó de un salto y se dirigió a la ventana. La oscuridad se había adueñado de la calle y las luces de bajo consumo apenas si ahuyentaban las tinieblas con su agonizante halo dorado.

—No digas tonterías. A papá le disgustó que tiraras tu futuro por la borda, pero respetó tu decisión. Su corazón estaba cansado de trabajar tantos años, eso es todo. La voluntad de Alá.

—¡La voluntad de Alá! Sois realmente unos hipócritas. Ni siquiera sois capaces de deciros la verdad a la cara.

Suheir salió de la sala. La oyeron avanzar por el pasillo en dirección a la cocina. Era la hora de la cena, así que probablemente iría a preparar algo de comida. No para ellos, ya que estaba enfadada con ambos, con uno por su falta de coraje y con el otro por su indiferencia, pero sí para su suegra y su cuñada, quienes estaban demasiado disgustadas para pensar en comer.

—Tu mujer tiene razón. En parte soy culpable de la muerte de papá. —Malik se llevó las manos a la cara sintiendo la inquisidora mirada de su hermano.

—Culpable de su muerte no, pero de no haberte despedido de él, sí. —Omar volvió a girarse para dejar que la mirada vagase por la calle en penumbra.

—Sabes que no hay nadie que lamente más mi retraso… Si hubiera sabido que estaba tan mal… —Malik sabía que cualquier excusa sería banal, pero necesitaba mostrar su dolor, aunque su hermano no le creyese.

—¿Qué? Si lo hubieras sabido… ¿Cuánto tiempo llevaba diciéndote que se encontraba mal? Y tú, siempre respondiendo con evasivas… Que no tenías dinero, que no te daban permiso, que estabas ocupado… Eso, claro, cuando respondías, que era en pocas ocasiones. De verdad, ¿compensa tanta dedicación a ese grupo de fanáticos? ¿Acaso ellos te van a devolver a nuestro padre?

Omar abrió la ventana. Asomó la cabeza y después cogió el paquete de tabaco y un mechero

que había sobre una mesita. Extrajo un cigarrillo y lo encendió.

—¡Maldigo la hora en que entraste en esa mezquita y te lavaron el cerebro! Tenías un futuro tan brillante… Papá tenía tantas esperanzas puestas en ti y… mírate ahora… Un pobre infeliz que solo sabe recitar el Corán de memoria y acusar a los occidentales de todos los males que sufren los musulmanes.

—Eso no es cierto, Omar. Sabes que soy un pacifista convencido. Un hombre de Dios.

—Y por eso te marchaste a Iraq, ¿no? Para llevar a la práctica tu pacifismo entre los terroristas de Al Qaeda y sus afines. —Omar tiró la colilla a la calle y cerró la ventana porque hacía frío—. Si es que realmente has estado en Iraq, porque no me extrañaría nada que hubieras ido a Afganistán o a Yemen a entrenarte. Dime, hermano, ¿cuánta sangre inocente llevas sobre tu conciencia? Porque no me dirás que te han lavado tanto el cerebro para no ser consciente de que vuestros métodos solo matan a los inocentes.

Una nube de ira cruzó la mirada de Malik que no pasó desapercibida a su hermano, aunque este la interpretó de manera equivocada. Malik no apretó los puños para evitar pegarle, sino para no contarle la verdad. Una verdad que llevaba ocultando a todos pero que ya pugnaba por salir a la luz.

En una esquina de una calle, barrio de Tetuán, Madrid
14 de octubre de 2015

Avanzó por la calle como un autómata. Sus pasos la dirigían de manera mecánica hacia el edificio que había sido su hogar durante más de dos décadas, pero su mente y su corazón no estaban con ella. Se habían quedado anclados en la vieja tienda de ultramarinos que acababa de abandonar.

Al doblar la esquina, cuando estuvo segura de haber salido de su campo de visión, se apoyó en la pared y se desabrochó el cuello de su cara blusa de seda. Le faltaba el aire, se sentía mareada y las náuseas eran cada vez más fuertes. Hiperventilaba… Intentó reducir los latidos de su corazón, pero este siguió golpeando su pecho con fuerza.

¡Bum, bum, bum! Inspiró aire con lentitud y lo expulsó de igual manera. Tenía que recobrar el dominio sobre sí misma. No podía permitir que nadie la viera así. Por fortuna, ningún vecino pasó por allí en ese momento y las ventanas de los edificios con vistas sobre esa esquina permanecían cerradas, así que nadie se había dado cuenta de su desasosiego.

Al cabo de un par de minutos, el mareo y las náuseas fueron disminuyendo en intensidad hasta desaparecer por completo. Se separó de la pared. Sentía las piernas débiles, pero pronto empezaron a sostenerla con más firmeza.

Se pasó una mano por la frente. La tenía fría y húmeda. Le dolía la cabeza.

«Reacciona, reacciona. ¿Qué esperabas? ¿Que él no estuviera allí? ¿Que al verte se arrodillara y te suplicara perdón mientras te juraba amor eterno? Pero ¿cómo puedes ser tan estúpida? ¿Cómo puedes seguir albergando esperanzas tras diez largos años de ausencia y silencio? ¿Es que no sabes que, si hay algo que ningún hombre es capaz de hacer, sobre todo uno joven, es guardar las ausencias? Seguro que a estas alturas tendrá por lo menos una mujer y cuatro o cinco hijos…».

Gimió. Recogió el maletín del suelo donde lo había dejado caer al apoyarse en la pared y reanudó la marcha, pero en lugar de ir hacia la casa de sus padres continuó por la transversal para regresar a Bravo Murillo y desde allí al aparcamiento donde solía dejar su nuevo BMV.

Era un coche demasiado caro para pasearlo por las calles de su antiguo barrio, ahora frecuentadas por diversas bandas de delincuentes y, sobre todo, para aparcarlo cerca de ellos. Comenzó a soplar el viento. El aire frío la reanimó. Sus pasos se fueron haciendo más rápidos y firmes. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo el móvil. Pulsó una tecla y enseguida le respondió su madre.

—¡Hola, mamá! Perdona, pero es que me acaban de llamar del despacho porque ha llegado un cliente japonés con el que no contábamos hasta mañana y tengo que ir con él y con un par de compañeros a cenar… Es un rollo, pero es inevitable. Sí, lo sé… Créeme que lo siento… No, no te preocupes, estoy bien… No, no me quedaré hasta muy tarde… Estoy muy cansada, sí, pero ya me recuperaré el fin de semana. Besitos… Mamá…, te quiero.

Apagó el teléfono y lo guardó de nuevo en el bolsillo. Le había mentido y sabía que ella lo había notado. Su madre, que la conocía como nadie, se habría dado cuenta de que no se sentía con ánimos de estar con ellos y que el único motivo en este mundo para ello era que se hubiera encontrado con Micky.

Sara y sus hermanos mantenían una relación sumamente estrecha con sus padres y no solo se reunían para comer los domingos, sino que, siempre que podían, iban a visitarles y estar con ellos entre semana. A veces, cuando tenían problemas, se sentían tristes o estaban enfermos se quedaban a dormir en su casa.

Nada había que les reconfortase más que el calor y la comprensión del hogar, salvo, claro está, cuando se trataba de ella y de Micky. Su madre nunca había entendido por qué se había empeñado en mantener para ella sola sus sentimientos hacia él. Cuando Micky se marchó, en lugar de refugiarse en su regazo y llorar hasta hartarse, Sara desapareció de casa durante una semana. Dejó aviso de que se iba a pasar unos días a Galicia con una antigua compañera del colegio y se fue sin más. Después de aquello, nunca más se habló de él en casa. Era evidente que le dolía tanto que ni siquiera podía mencionar su nombre, mucho menos compartir su pena. Aunque lo que de verdad no podía soportar eran sus miradas de lástima y su condescendencia.

Con el tiempo, Sara volvió a salir con chicos, algunos de los cuales llegaron incluso a ser invitados a las celebraciones familiares. Y los altibajos de las nuevas relaciones fueron discutidos sin ningún tipo de cortapisa. Pero cuando se trataba de Micky… No, simplemente, no. Sara había construido un muro infranqueable alrededor de sus sentimientos sobre Micky y no permitía que nada ni nadie lo atravesase por muy mal que se sintiera. No era difícil adivinar que su madre ya se habría dado cuenta de que este inesperado cambio de planes tenía que ser por su causa. No podía ser casualidad que le hubiera comunicado el fallecimiento del padre y que esta cambiara de planes a última hora. Pero Sara era una adulta y tenía su manera de vivir la vida. Y su madre sabía que solo tenía que estar ahí, disponible, como siempre.

Llegó al aparcamiento, saludó al vigilante de la tarde con un gesto de la mano, pulsó el mando a distancia, abrió la puerta y, tras lanzar el bolso, el maletín y su abrigo a la parte de atrás, se desabrochó la chaqueta y se introdujo en el vehículo. Se acomodó en el asiento, respiró hondo, se puso el cinturón de seguridad y después metió la llave en el contacto. En cuanto la giró, la música de la radio la golpeó con su intensidad. La música a tope era la mejor forma que tenía para ahogar sus pensamientos.

Tras recorrer marcha atrás un par de metros cambió a primera y giró en dirección a la puerta, pisó ligeramente el acelerador y salió con lentitud del aparcamiento. Se incorporó con tranquilidad a la vorágine de Bravo Murillo dirección a la glorieta de Cuatro Caminos, pero a medio trayecto decidió dar la vuelta. Mientras aguardaba a que un semáforo se pusiera en verde,

marcó el teléfono de Henry.

—*Hi, beautiful. What's up?*[10]

—Nada nuevo. —Estaba derrotada y no lo ocultó.

—Tu voz no suena así.

—¿Tienes planes para esta noche? —No se sentía con fuerzas para explicarle lo que ella misma no entendía.

—Si me preguntas si estoy solo y me apetece que vengas a hacerme compañía, te diré que sí a las dos cosas.

—¡Cómo me conoces! —Esbozó una sonrisa y miró el espejo retrovisor.

—*Honey*, aunque tú no quieras admitirlo, somos almas gemelas.

—Por esta noche, me conformaré con que seamos cuerpos gemelos.

—¡Vaya, vaya! Así que tienes ganas de sexo salvaje un miércoles por la noche. Debes de estar realmente estresada o enfadada…

—Henry, por favor…

—No te preocupes, cariño. Me encanta que me utilices para el sexo siempre que quieras. Eres el sueño de cualquier hombre. Guapísima, sexi hasta enloquecer y un volcán en la cama… Y, además, a la mañana siguiente solo quieres un café cargado y una tostada, y no un anillo de compromiso.

—Mira que eres…

—Anda, no te enfades más. ¿Cuánto tardarás en llegar?

—Hum…, media hora. —Puso el intermitente antes de girar en un cruce.

—Perfecto. Tendré el vino listo y algo para picar…

—No tengo hambre…

—Sarita, la tendrás.

Sonrió. Henry la entendía como nadie y era, sin duda, el mejor de los amantes que jamás había tenido, excepción hecha, por supuesto, de Micky… pero no porque fuera mejor en la cama, sino porque ella había estado absolutamente enamorada de él, y el sexo con amor siempre era mejor… Y lo sabía muy bien, porque nunca después de que Micky la hubiera dejado había sido capaz de sentir lo mismo. Ahora cada vez que quería tener sexo bueno y sin compromiso acudía a Henry. Ternura, pasión, maestría y nada de sentimientos. Nunca la defraudaba y tampoco le pedía nada más… aunque Sara sospechaba que la libertad que le dejaba era porque sabía que era la única manera de conservarla cerca. Él intuía que si un hombre quería pasar del sexo al amor con ella solo lograría hacerla huir despavorida. Por eso, seguían estando juntos…, o algo así, tras cinco años.

Puso el intermitente antes de girar a la izquierda. Levantó la mirada hacia el espejo retrovisor y le pareció que el segundo coche detrás de ella la había seguido todo el trayecto desde que saliera del garaje. Intentó distinguir el número de la matrícula a través del espejo retrovisor, pero tuvo que desistir cuando las luces del coche que estaba justo detrás le advirtieron de que el semáforo se había puesto en verde. Apartó la vista del retrovisor para centrarse en lo que tenía delante al pisar el acelerador. Cuando volvió a mirar no había ningún coche detrás de ella. El dolor y el cansancio le estaban jugando una mala pasada. Nada que un buen vino y mejor sexo no pudieran solucionar.

Domicilio particular de Henry Winestock, Madrid

Madrugada, 15 de octubre de 2015

Se despertó sobresaltado. Le llevó unos segundos reaccionar. Sonrió involuntariamente. Sara se había quedado a dormir con él esa noche. Alargó la mano, pero no encontró su cuerpo. El lado de su cama estaba vacío y frío. Probablemente se había levantado para ir al baño. Se dio la vuelta y olió la almohada impregnada con el aroma de su cuerpo y su perfume. Una mezcla embriagadora que despertó de nuevo su deseo, y eso que habían cumplido una triple ronda y estaba francamente cansado. Aguardó un rato, esperando su regreso en silencio. Ella no volvió. Tardaba demasiado. Se incorporó en la cama y vio un poco de luz por debajo de la puerta del cuarto de baño. Tal vez se encontraba mal. Se levantó. Se acercó despacio. Oyó un gemido ahogado. Se preocupó. Llamó a la puerta, pero no recibió respuesta, así que la abrió. Al principio no la vio. Después se dio cuenta de que el bulto que se había acurrucado entre el lavabo y la bañera era ella. Mordía una toalla mientras su cuerpo se convulsionaba.

—*My God*, Sara. ¿Te encuentras bien?

Como ella no respondió, se agachó y la giró con suavidad. Estaba sollozando y se había puesto una toalla en la boca para amortiguar el sonido y no despertarle. Probablemente llevaba mucho tiempo en esa posición porque estaba muy fría.

—¿Qué te pasa, cariño?

Le alzó la cabeza con suavidad. Tenía el rostro enrojecido y los ojos inundados en un mar lágrimas en el que a punto estuvo de ahogarse. Un mar de lágrimas tan amargas como inmenso era el dolor que subyacía en ellas. Un dolor tan intenso, tan primigenio, que nada parecía capaz de frenarlo. Un dolor tan fuerte y desgarrador que le impedía sentir nada más. Un dolor que la carcomía por dentro como un cáncer implacable. Un dolor que se interponía entre los dos, incluso cuando era suya y disfrutaba con él. Un dolor que tenía un rostro y un nombre que él desconocía, pero a los que odiaba más que nada en este mundo. Y los odiaba porque no podía luchar contra los fantasmas del pasado, porque no podía competir en condiciones de igualdad con los recuerdos, porque no podía reconstruir su corazón roto con las piezas diseminadas de una relación como la suya. ¡Y había sido tan ingenuo como para creer que ella lo había superado gracias a su relación! Nada puede frenar un vendaval de emociones reprimidas, un terremoto de pasión sometido con tesón y esfuerzo, pero nunca sofocado de verdad.

—Sara, por favor, dime qué te pasa. Me estás asustando.

—Ha vuelto. Está vivo y ha vuelto. —Se dejó abrazar por él. Temblaba como una hoja—. Y yo me quiero morir.

—Pero, Sara, ¿quién ha vuelto?

Aunque sospechaba que era el hombre que la había despedazado por dentro necesitaba confirmarlo. Necesitaba estar seguro de que el fantasma había dejado de serlo y que podía enfrentarse a él. Necesitaba confirmar que, por fin, tendría la oportunidad de luchar contra alguien real y no solo contra sus recuerdos. Y es que, aunque Sara jamás le había hablado de sus relaciones anteriores, Henry era muy consciente de que alguna le había roto el corazón de manera irreparable. Porque solo un corazón herido empuja a una persona a construir un muro tan infranqueable como el que ella había elevado a su alrededor.

Henry podía ser un esnob británico frío, flemático y de temple de hierro, pero no era estúpido ni insensible. Debajo de esa coraza de indiferencia y parsimonia había un corazón tan humano como el de cualquier otra persona, más aún cuando se trataba de Sara, la mujer de la que estaba enamorado desde hacía años y por la que había dejado su vida y su trabajo en la City londinense.

No es que lamentara el cambio. La vida en España era sumamente agradable, mucho más que en su país. Tenía un trabajo que le satisfacía enormemente y con el que se sentía realizado. Quizá no ganara tanto dinero, pero su nivel de vida era lo suficientemente bueno como para tener un impresionante dúplex en una de las mejores zonas de la capital, y una casa en Marbella, así como para disfrutar de lo mejor y viajar cuándo y cómo quería. No, su vida no estaba nada mal. De hecho, si hacía balance, estaba infinitamente mejor que cuando vivía en Londres. Además, y esto era lo verdaderamente importante, se encontraba cerca, muy cerca de Sara y la veía con mucha frecuencia. Cierto que quizá no tanto como a él le gustaría, pero mucho más que si viviera al otro lado del canal de la Mancha.

Tenían una relación en la que la amistad y el sexo les habían convertido en cómplices y confidentes, salvo en lo que se refería a los sentimientos. Ese tema era tabú. El muro de Sara era absolutamente impenetrable. Nadie de su entorno sabía qué sentía en su interior, porque había logrado erigir una fachada que no dejaba ver más allá. Hasta esa noche, en la que el muro se había derrumbado y ella había quedado totalmente desprotegida. Henry no era psicólogo, pero intuía que podía ser la oportunidad para que ella se liberara de la pesada carga que le impedía avanzar. Aunque también era consciente de que si la presionaba demasiado podía tener un efecto contraproducente, haciendo que ese muro volviera a erigirse antes de que pudiera atisbar qué había tras él.

—Sara, cariño. Dime, ¿quién ha vuelto?

Ella se apartó de él para mirarle a los ojos. Estaba valorando si podía confiarle el más terrible, oscuro y doloroso de los secretos. Él aguantó la mirada mientras a ella le seguían resbalando las lágrimas por el rostro y su cuerpo se convulsionaba.

—El hombre que ha destrozado mi vida.

Henry tragó saliva. La sujetó con fuerza y la izó. Con cierta resistencia por su parte, la sentó en el borde de la bañera y la cubrió con un albornoz porque estaba hipando y tiritando de frío.

—Voy a preparar una tila y me cuentas todo con detalle.

Sara bajó la cabeza y se aferró al albornoz.

—No quiero, Henry. Duele demasiado.

—Por eso mismo, tienes que echarlo fuera para que no vuelva a hacerte daño. No puedes dejar que te siga carcomiendo por dentro.

Cuando se marchó, Sara alzó la cabeza y miró la puerta abierta que conducía a la penumbra del dormitorio. Con un esfuerzo sobrehumano se levantó del borde de la bañera y se apoyó en el lavabo. Se miró en el espejo y la imagen que vio reflejada en él le asustó, porque esa mujer despeinada, con el rostro desencajado, los ojos rojos y las mejillas llenas de chorreones era su verdadero yo. Esa era la mujer que no había podido superar que el hombre de su vida hubiera preferido unirse a las filas de una organización islamista antes que seguir a su lado. Esa era la mujer rota por dentro, la que había sido incapaz de sentir amor desde su marcha. Esa era la mujer que apenas había sobrevivido a la muerte en vida. Esa era la mujer que se había aferrado a su amor propio para seguir adelante cuando ya nada tenía sentido y la muerte parecía la más dulce y mejor de las soluciones para acabar con el dolor que sentía. Esa era la mujer que no había podido evitar derrumbarse al verle otra vez. Esa era la mujer que había tenido que hacer acopio de toda su fuerza y su orgullo para aguantar las ganas de abrazarle y de golpearle. Y esa era la mujer que iba a seguir guardando bajo siete llaves el dolor que la carcomía. Se lavó el rostro con agua fría, respiró hondo y se quitó el albornoz antes de meterse en la ducha. Tenía que marcharse de allí. La mera idea de hablar con Henry le producía arcadas.

Café Gijón, Madrid
25 de octubre de 2015

—Bueno, aquí estoy.

Sara se sentó frente a él con la mirada de una abogada dispuesta a escuchar las mentiras de su cliente antes de soltarle las correspondientes advertencias legales y el importe de la minuta. Estaba perfectamente maquillada, pero parecía cansada y en sus ojos había una sombra de tristeza que no había visto la tarde en la que fuera a visitarle a la tienda de sus padres. Malik se sintió responsable. Quizás había sido muy egoísta al regresar después de tanto tiempo. Quizás hubiera sido mejor dejar las cosas como estaban y que ella siguiera con su vida. Quizás… ¿A quién quería engañar? No quería seguir así. Deseaba con todas sus fuerzas volver a formar parte de su vida. Deseaba recuperar todo el tiempo perdido. Deseaba explicarle por qué se había marchado. Deseaba que le perdonara. Pero sobre todo deseaba que le amara, aunque solo fuera una décima parte de lo que él la amaba a ella.

—Gracias por venir. —Malik estaba realmente feliz de que hubiera aparecido y no se molestó en ocultarlo.

—¿Cómo iba a negarme después de que me enviases un ramo de azucenas y me invitases al Café Gijón?

—¿Tan mal lo he hecho? —le preguntó Malik un poco preocupado.

—¿Tú qué crees? —Él levantó las manos en señal interrogativa y Sara se prestó a contestarle —. Lo cierto es que nadie me ha enviado azucenas para invitarme a un sitio tan… tan inspirador. Creo que esto no lo hubieras hecho hace años. Es lo último que me hubiera imaginado de ti.

—Bien, eso quiere decir que no esperabas gran cosa de mí.

El camarero se acercó para tomar nota de sus bebidas dando margen a Sara para recuperarse del comentario de Malik. Pese a que había madurado y la piel de su rostro parecía quemada por el sol, su mirada seguía siendo igual de pícara e intensa. Y estaba tan rematadamente guapo. La cazadora de cuero, la camiseta blanca y el pantalón vaquero le sentaban tan bien… Estaba tan distinto a la tarde en la tienda. Fuerte, saludable, lleno de energía. Parecía… parecía de nuevo el Micky que ella adoraba y no el fanático islamista que se había alejado de ella en pos de una fe que no entendía. Se sentía tan perturbada por su presencia que no sabía si sería capaz de mantener alta la guardia durante mucho más tiempo. Sentía que le faltaba el aire y el pánico se apoderó de ella durante una fracción de segundo. Pero apretó los puños, respiró hondo y continuó en su asiento dispuesta a enfrentarse a la peor de las pruebas.

—La verdad, Micky, es que no sé qué esperar de ti. Después de tanto tiempo eres un extraño para mí.

—Yo no soy ni me siento un extraño —le replicó inclinándose un poco sobre la mesa, con la intención de cogerle una mano que ella apartó de manera brusca.

—¿De veras? —le preguntó ella mirándole con intensidad. Él permaneció callado—. Además, a estas alturas, ya no sé qué esperar de nadie.

—Eso suena muy triste. —Malik levantó un poco la vista para fijarla en un grupo de hombres de avanzada edad que charlaban animadamente en una mesa del fondo.

—La gente no deja de sorprenderme y desconcertarme, así que me mantengo al margen —le respondió, esquivando su mirada.

A él no le costó deducir que, siendo abogada, habría tenido que lidiar con todo tipo de

personas indeseables y poco de fiar.

—Buena táctica.

—En cualquier caso, supongo que no me habrás pedido que venga para hablar de la humanidad, sus debilidades y traiciones, ¿verdad? —Sara bebió un sorbo de su bebida concentrando la mirada en la mesa de mármol.

—Pues no, mi intención era que me hablases de ti, de cómo estabas, qué tal te ha ido la vida.

—Ya. —Depositó el vaso sobre la mesa con lentitud, como queriendo ganar tiempo para encontrar la respuesta adecuada—. Me imagino que, dadas las circunstancias, ni tu madre ni tu hermana habrán tenido ánimos de ponerte al día sobre lo acaecido en el barrio los últimos diez años.

—Pues no, la verdad. Además, prefiero oírtelo decir a ti. Está claro que al final has conseguido hacerte abogada y parece que con bastante éxito. Tienes un aspecto estupendo.

—No te fíes de las apariencias, Micky, eso me decías tú siempre, ¿no?

Por fortuna para Micky, el camarero pasó por su lado en ese preciso instante y Sara apartó la mirada de él. Si no lo hubiera hecho se habría sorprendido al ver la alarma en sus ojos. Apenas tardó unos segundos en recobrar la compostura.

«Tranquilo, Micky, es un comentario sin segundas. Un simple comentario. No saques las cosas de quicio».

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Micky cogió su vaso y bebió un trago del refresco que había pedido.

—Por supuesto.

—¿Por qué azucenas? No son mis flores favoritas. —Sara le miró entre divertida y ofendida.

—Lo sé. Precisamente por eso. Pensé que si te enviaba nardos tendría connotaciones sentimentales y no me pareció apropiado para un encuentro entre viejos amigos después de tanto tiempo.

Micky no se había olvidado de las flores que le gustaban y no iba a perder la oportunidad de decírselo. De hecho, no había olvidado nada de lo que le gustaba y lo que le disgustaba. Aunque era consciente de que después de tanto tiempo sus gustos podían haber variado considerablemente.

Sara hizo un gesto con los labios, mitad comprensión, mitad escepticismo.

—Entiendo, flores blancas como un gesto de buena voluntad.

—Más bien, de buenas intenciones —le respondió Micky con un atisbo de travesura en su mirada.

Sara se sabía desarmada e indefensa con esa mirada, y para su desesperación, comprobó que el efecto sobre ella no había cambiado un ápice, la turbaba como el primer día.

—Pero, si no te gustan, puedes devolverlas o regalárselas a alguien…

Sara giró la cabeza para mirar hacia el exterior. El impresionante edificio de la Biblioteca Nacional, con su serena y sobria fachada, le permitió relajar un segundo su atención y recuperar cierto dominio sobre sí misma. Estaba nerviosa, tanto que temblaba, como una colegiala en su primera cita con un chico. ¿Cómo era posible que él siguiera teniendo ese efecto tan perturbador sobre ella? De hecho, tenía la impresión de que ese efecto era todavía más intenso que hacía diez años. ¿Y si solo era una ilusión momentánea, una especie de *flashback*? Seguro que se despertaba y no reconocía al hombre seductor, seguro y tranquilo sentado frente a ella. Esa seguridad la estaba sacando de quicio. Era como un adulto valorando a una niña y eso la irritaba sobremanera.

«¡Por favor, no tiembles más, o por lo menos que no se te note! ¡Un poco de dignidad, Sara, un poco de orgullo!».

—Quedan bien en la mesa auxiliar de mi despacho. Eso dice mi asistente. Aunque hubiera sido suficiente con que me hubieras escrito o me hubieras llamado alguna vez en los últimos diez años.

Un comentario poco afortunado. Necesitaba minusvalorar su gesto para recuperar el dominio sobre sí misma y sobre la conversación. Pese a la neutralidad del lugar, se sentía incómoda. Era como si el espíritu de todos esos grandes literatos y artistas que habían pasado tantas horas debatiendo en el local ahora le reprocharan su debilidad, su falta de energía para pedirle cuentas por los años de ausencia, las noches de vacío y de soledad y, sobre todo, por el agujero en el pecho y el dolor en el alma. El dolor por no saber si estaba vivo, si estaba con otra, si se acordaba de ella… Dolor por no tenerle cerca… Dolor, dolor, dolor.

—Créeme que si hubiera podido lo habría hecho. Lo intenté, pero no sabía por dónde empezar ni cómo decir lo que sentía. Y aún sigo así. Tengo tanto dentro que no sé si seré capaz de expresarlo.

«Donde las dan, las toman. Bien, Sara. De ti depende seguir este duelo dialéctico o mantener una conversación civilizada».

No se lo pensó dos veces. Cogió el bolso que había depositado en la silla vacía a su derecha y se levantó.

—Lo siento, Micky, pero no puedo hacer esto. No puedo mantener una conversación tranquila y relajada como si nada hubiera pasado. Creí que ya no me dolería, pero… —Sara levantó las manos en un gesto de rendición. Mejor decir la verdad y acabar con esta pantomima. Había sido un error acudir, pero podía evitar que se prolongara— pero, ya ves. Me rompiste el corazón y todavía no he logrado recomponerlo. Ahora ya lo sabes. Espero que esto satisfaga tu ego.

Micky se levantó y la cogió por el brazo para retenerla. Ahora o nunca.

—Lo siento, Sara. No tienes ni idea de cuánto lo lamento. Nada más lejos de mi intención que hacerte daño, ni entonces ni ahora. Si me fui no fue porque no te quisiera, sino todo lo contrario. Durante todo este tiempo tú has sido lo único que me ha mantenido vivo… —tragó saliva con dificultad viendo cómo le resbalaban las lágrimas por las mejillas—, tú me has mantenido cuerdo… Te sigo queriendo como el primer día o incluso más.

Las palabras salieron a borbotones de su boca. Sabía que si no aprovechaba esta oportunidad para sincerarse probablemente ya no tuviera otra. En ese momento solo era un hombre roto por el dolor y el amor, abandonado, pidiendo, rogando, suplicando comprensión. Pero ella no estaba en condiciones de ofrecérsela.

Sara agitó la cabeza negándose a escuchar más. Intentó liberarse de él. Fue entonces cuando se dio cuenta de la fuerza con la que la había sujetado y la soltó. Sara apartó el brazo con un gesto brusco. Todos en el local los miraban y no era cuestión de llamar más la atención.

—¿Sabes, Micky? Cuando venía para aquí pensaba que hablando contigo entendería por qué te fuiste, que entendería por qué me dejé engañar por ti tanto tiempo, que entendería qué podía haber más importante que nuestro amor. Pero ahora creo que no fue nuestro amor, sino mi amor. Y que por eso he vivido tanto tiempo engañada, porque solo me veía a mí y no a ti. Hazme un favor, Micky. Un solo favor. No vuelvas, bajo ningún concepto, a contactar conmigo. No quiero saber nada más de ti. Durante todo este tiempo te creí muerto y quiero que sigas así: muerto y enterrado. Así es como debe de ser, porque no se puede resucitar a los muertos.

La vio alejarse con impotencia. Dudó en ir tras ella, pero presintió que era mejor dejarla sola.

En cuanto ella salió del local se dejó caer en la silla. Quizá no había sido tan buena idea intentar recuperar, al menos, su amistad, tal vez ya no quedaba nada de ella, tal vez se había roto del todo y no había ninguna posibilidad… Respiró hondo. Por lo menos, había acudido a la cita y había podido decirle que todavía la amaba. Quizás hubiera alguna esperanza. No podía rendirse, ahora no. Después de tanto… Ahora era su momento y no iba a desperdiciarlo.

Vivienda familiar de los Al Gharoudi, Tetuán, Madrid
25 de octubre de 2015

—Ebtisam…

La joven se dio la vuelta para mirarle. Tenía los ojos enrojecidos pero secos. Tras días llorando sin parar por fin parecía haberse liberado de todo su dolor, aunque quizá fuera simple agotamiento.

—Ebtisam…, creo que deberíamos hablar…

—¿Qué pasa? Es que tú también crees que debo casarme ya con ese viejo asqueroso.

La niña curiosa y divertida, de largas trenzas negras y pecas en la nariz, había dado paso a una hermosa joven, rebelde y siempre enfadada, que respondía a la defensiva incluso a los gestos más amistosos. Aunque ¿cómo reprocharle sus malos modos? En realidad, él era un extraño para ella. Diez años separados eran demasiados en la vida de una joven de tan solo veintiuno.

—No… —Malik levantó las manos en señal de paz—. Quiero que me digas qué es lo que quieres hacer.

Se sentó en el borde de la cama de su hermana. Echó un rápido vistazo a las paredes pintadas de un suave color melocotón y decoradas con réplicas de cuadros de gran colorido. Nada recordaba su época de roquera, durante la cual había empapelado su cuarto con pósteres de todos los grupos nacionales y extranjeros que había podido encontrar, para disgusto de su padre y escándalo de su madre. Ahora resultaba una estancia acogedora y elegante. En algún momento, que él no había vivido y no podría recuperar, la niña se había convertido en mujer.

—No quiero pensar en nada. Solo quiero estar de duelo por papá.

—Lo entiendo, pequeña, y así debe ser, pero Omar parece estar obsesionado con este tema y no entiendo muy bien por qué.

Ebtisam le sonrió a medias antes de sentarse frente a él en el otro lado de la cama.

—Sospecho que le debe mucho dinero y para saldar la deuda solo le queda sacrificarme a mí.

—Pero… deuda, ¿de qué?, ¿por qué?

—Porque nuestro hermano, el bueno y conciliador, es un ludópata que se ha apostado el futuro de tres generaciones.

—¡No puede ser! ¿Y Suheir? ¿Lo sabe? —preguntó entre desconcertado y decepcionado.

—¿Que si lo sabe? —Ebtisam se rio con falsedad—. Estoy casi segura de que ha sido ella la que le ha metido en el vicio.

—Pero ¿desde cuándo?

—No lo sé exactamente, hermanito, pero desde hace bastante. ¡No te puedes imaginar la bronca que tuvieron papá y él cuando se enteró! Casi se muere de un ataque. —Ebtisam suspiró antes de continuar hablando—. De hecho, yo creo que él ha tenido la culpa de que el corazón de papá empezara a debilitarse y no tu marcha. De alguna manera, papá sabía que tú te habías ido para hacer algo importante, pero Omar… A Omar le gusta vivir bien sin trabajar y siempre se escabullía de sus obligaciones en su puesto y en la tienda. Sin embargo, papá estaba tan

orgulloso de ti…

«¿Cuándo se han torcido tanto las cosas? Demasiado tiempo alejado, demasiado. ¡Vaya pájaros de cuidado mi cuñada y mi hermano! Me han estado haciendo creer que la muerte de papá era por el disgusto que yo le había dado y resulta que puede que hubieran sido ellos quienes le habían provocado el infarto».

—Papá se murió porque le llegó la hora —le replicó de manera mecánica Micky.

Era la explicación que usaba para engañarse a sí mismo cuando la culpabilidad le impedía conciliar el sueño.

—Ya, pero quizá si no hubiera tenido la presión de las deudas de Omar habría vivido más… —Ebtisam ahogó un sollozo.

—O sea, que tú no quieres casarte con ese tío.

—¡Claro que no! —exclamó airada la joven.

—Bien, pues no se hable más.

¡Cuánto había que encauzar en sus vidas! La vida de su padre era irrecuperable, pero la del resto de la familia no. Puede que se hubiera marchado dejándoles en la estacada, pero ahora que había vuelto no se alejaría más. Su madre y su hermana le necesitaban y se merecían su apoyo; su hermano debía reconducir su vida y allí estaría para ayudarle. Además, estaban el pequeño Nayi y la joven Salima, a quienes debía cuidar y cuya existencia era todavía desconocida para la familia.

No, ya no se volvería a marchar. Ya encontraría algo que hacer para ganarse la vida. De momento debía seguir al frente de la tienda cuyo destino no estaba decidido aún. Si su padre estuviera allí y supiera que estaba dispuesto a ser un tendero como él, se habría vuelto a morir del disgusto. ¡Él, que se había sacrificado tanto por darle una carrera y alejarle del barrio! ¡Ojalá hubiera tenido la oportunidad de decirle en quién se había convertido en realidad, para que se sintiera orgulloso y no se hubiera muerto con la espina del fracaso! Eso no tenía arreglo, pero la vida de su familia sí y haría todo lo posible para hacerlo.

Estación de Atocha, Madrid
Octubre de 2015

El motero salió del aseo de la estación rascándose los genitales. Cualquiera que hubiera estado observando a los usuarios de ese servicio público habría sentido cierto disgusto. De larga y grasienta melena pajiza, lucía un bigote extremo, al mejor estilo «Íñigo». Obviamente, el pantalón de cuero que tanto marcaba sus genitales le quedaba demasiado apretado para que pudiera caminar con naturalidad, así que lo hacía con un ligero contoneo. Las puntiagudas botas de vaquero y la cazadora de cuero con un gran dragón bordado en la espalda completaban el atuendo de este personaje que parecía haber salido de la imaginación de una película de Quentin Tarantino. Extremo, chulo, llamativo, desagradable… ¿Quién se fijaría en él? Todo el mundo querría apartar la vista lo antes posible. Y ahí estaba el quid de la cuestión, pasar desapercibido por ser tan llamativo.

Cruzó la estación de Atocha confundiéndose con la marea humana de los pasajeros del Ave, de los diversos trenes de cercanías y los numerosos metros que coincidían a esa hora punta. Parecía mentira que en ese mismo lugar once años antes se hubiera desatado una tragedia sin antecedentes en la historia española, salvo por la Guerra Civil, claro. La estación bullía con personas necesitadas de transporte para sus quehaceres diarios. Por todas partes se veía vida,

movimiento, humanidad. Y sonrió. Imperceptiblemente. La capacidad de recuperación y resiliencia del ser humano siempre le causaba admiración. Quizá por eso pensó que el hombre había sobrevivido a todo tipo de contingencias desde la irrupción de las primeras especies de homínidos. Salió de la estación y siguió caminando con deliberada lentitud. Detrás de las gafas de espejo, estilo *police* y sus exagerados movimientos de autosuficiencia, se escondía el alivio por poder disfrutar del aire fresco sin ser reconocido.

Caminó durante casi media hora hasta el billar donde se suponía que iba a producirse la reunión. A estas alturas, y tras dar varios rodeos, estaba seguro de que nadie le había seguido, así que empujó la puerta y traspasó el umbral del tiempo.

El local parecía haber sido trasladado desde la Norteamérica de los años setenta. Desde la gastada y enorme barra en forma de L, pasando por las lámparas imitación de quinqués antiguos, la *Junk Box*, la máquina de chicles y el futbolín hasta las tres mesas de billar, todo transportaba a un pasado donde el espíritu roquero intentaba sobrevivir a los últimos coletazos de los *hippies* del *flower power*. Al fondo del enorme local, sobre una tarima de honor, descansaban tres preciosas Harley Davidson tuneadas. Brillaban como si las hubieran pulido esa misma mañana y por su posición daban la impresión de estar listas para ser montadas y cabalgar por las largas serpientes de asfalto de la ciudad.

Se quitó las gafas de espejo y las guardó en un bolsillo de la cazadora. Con movimientos lentos, se acercó a la barra donde dos jóvenes, con más aspecto de barman de un hotel de cinco estrellas que de un billar de mala muerte, se afanaban en organizar la vajilla, colocar las botellas y pulir todo cuanto había a su alcance. Pese a su aspecto retro, o quizá precisamente por eso, era uno de los locales más frecuentados de la noche madrileña. En realidad, era un local con una doble vida. Durante el día acudían a él moteros y nostálgicos, así como vecinos a quienes les gustaba su regusto decadente o los que estaban en la onda denominada *vintage,* mientras que por la noche eran los ejecutivos y pijos más *cool* los que acudían a tomarse una copa tras la cena. Dos mundos y dos ambientes que eran atendidos por personal altamente cualificado con la misma dedicación, si bien cobrando la consumición con precios que variaban sustancialmente entre el día y la noche.

—¡Una birra, por favor! —Carraspeó. Había hablado con un tono tan educado que se sintió en la necesidad de dar un toque más agresivo a su voz para reafirmar su presencia—. Bien fría, que no sea como el caldo que me tuve que tragar la última vez.

Pese a que aún era temprano, en el local ya había bastante clientela. Dos de las mesas de billar estaban ocupadas con cuatro jugadores. Los ocho moteros parecían concentrados en su juego y ajenos a lo que ocurría en el resto del local. En la barra había varias personas en animada charla mientras disfrutaban de sus bebidas. Se preguntó cómo se ganarían la vida para poder permitirse estar ociosos en horario laboral normal. En la zona de la derecha, dos parejas daban cuenta de unas hamburguesas y cervezas. Un poco temprano para su gusto, pero así era Madrid, había gente y locales para todos los gustos y todas las ocasiones.

Levantó la botella que acababan de poner delante y le dio un trago largo.

¿Cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de una? Mejor no pensarlo o se deprimiría. Dos de las cosas que más había echado de menos durante su ausencia habían sido el alcohol y la gastronomía nacional.

Una mano le golpeó en la espalda con firmeza, pero sin intención de hacerle daño.

—¿Qué pasa, tronco? ¡Cuánto tiempo sin verte el careto! ¿Qué tal en esa gira motera por el mundo? Seguro que tienes muchas historias que contarme sobre tu burra y tú, y a lo mejor de

alguna piba también, ¿no?

—Pero ¡canalla! ¿Qué haces aquí?

El otro motero, de largo pelo negro rizado, le miró entre sonriente y desafiante unos segundos antes de fundirse en un fuerte abrazo. Se dieron varias palmadas amistosas en la espalda y el recién llegado se inclinó hacia él para susurrarle con admiración:

—Joder, tío. Te has equivocado de profesión, tendrías que haberte hecho actor, ni tu madre te reconocería con esas pintas.

—Psss… que ya me había olvidado casi de cómo transformarme —aseguró el hombre con el pelo color paja—. Aunque tú tampoco estás mal, ¿eh?

—Me imagino, siempre con el mismo personaje uno acaba mimetizándose con él.

—Aunque no es mala idea esa de hacerme actor para ganarme la jubilación —reflexionó el hombre de pelo color paja.

—Vayamos a una mesa más discreta para hablar —invitó el recién llegado antes de pedir una cerveza.

—¡Qué gusto verte, Micky! Hemos pasado, al menos, tres o cuatro sofocos grandes contigo. ¡Durante meses no hubo manera de saber de ti!

—Lo sé, Tomás, lo sé. Aunque créeme si te digo que el que se ha llevado los peores sofocos soy yo. He estado a punto de palmar varias veces, pero se ve que no me quieren allá abajo todavía. Aunque se acuerdan de mí bastante a menudo, demasiado.

Tomás sonrió.

—Más bien allá arriba. Porque el infierno ya lo has sufrido aquí, ¿no?

—Bueno, eso se acabó ya, Tomás.

Tomás emitió un chasquido de dientes en señal de incredulidad.

—Eso he oído, pero no me lo creo.

—Pues créetelo, amigo. Créetelo. Me he retirado. He pedido la baja definitiva.

—Micky, no puedes hacer eso, colega. Sé que llevas casi diez años en el ojo del huracán viviendo en condiciones infrahumanas y que has sufrido algunos reveses muy gordos. El mejor infiltrado de la «empresa», sin duda. Obviamente necesitas unas largas vacaciones, ¿quién no en tu lugar? Pero después de que te recuperes, te darás cuenta de que te falta la adrenalina que da la acción y necesitarás incorporarte, créeme. Además, un héroe como tú tiene que hacer lo que mejor sabe hacer. ¿Cuántas personas se han salvado gracias a ti? —Una pregunta retórica, que arrancó una involuntaria sonrisa de satisfacción en su interlocutor—. Imposible saberlo. Seguro que muchas más de las que te puedes imaginar. Por no hablar de tu experiencia, tus conocimientos, tu intuición… Esos —Tomás movió la cabeza para dar énfasis a sus últimas palabras— no tienen precio.

Micky le miró y después echó una rápida ojeada al bar. Hasta hacía poco esas palabras habrían sido suficientes para animarle a continuar, para lanzarse de lleno a la aventura, pero ahora ya no. Ya no era el mismo de antes. Se sentía cansado, dolorido y, sobre todo, desmotivado. Había vivido y visto más que la mayoría. Sentía que se merecía descansar e iniciar un nuevo rumbo. Retomar el camino del que se había desviado hacía más de diez años. Estaba más que listo para volver a la vida civil. Su familia le necesitaba, pero sobre todo lo necesitaba él.

—Tomás, se acabó. He cumplido con creces mi deber hacia mi país, ahora quiero vivir mi vida y recuperar si puedo a la gente y el tiempo que he perdido.

—¿Es por esa chica? ¿La abogada? ¿Cómo se llama?

—Sara.

—Eso, Sara. ¿Es por Sara por lo que quieres volver a ser un civil?

—Sí, no voy a negar que me gustaría recuperarla, pero sobre todo por mí.

—Realmente es muy guapa y, por lo que he oído por ahí, una gran profesional, fría como el hielo e implacable como una apisonadora. Dicen que no tiene corazón. Caso que lleva, caso que gana.

Micky fijó su mirada en él sin decir nada.

—Desde luego, no te ha guardado las ausencias. —Tomás observó con mal disimulada satisfacción como a Micky se le movía el bigote postizo. El ligero temblor le delató—. ¡Vaya! Así que no lo sabías. Pero, tío, ¿es que crees que una mujer como esa puede estar diez años sin que alguien, por lo menos, le tire los tejos? Esto es España, el mundo libre y civilizado, las mujeres no permanecen encerradas en casa bajo siete llaves como en…, ejem…, donde tú ya sabes.

Micky cogió la cerveza y le dio un trago largo. Después apartó la mirada para echar un vistazo a los otros clientes del bar.

—No, desde luego que no. —A Micky le salió un hilo de voz y tuvo que carraspear—. Me imagino que te mueres de ganas por informarme, ¿no?

—No me muero de ganas, pero debes de estar al día de lo que ocurre. Salió con varios tíos al acabar la universidad y desde hace cinco años mantiene una relación… digamos… más íntima con un *broker* inglés, un tal Henry Winestock. Un tío realmente atractivo. Metro noventa, rubio, ojos azules… Se mantiene muy en forma. Va un par de horas al gimnasio, al menos tres veces a la semana, le gusta montar a caballo y navegar a vela. Su familia es de la nobleza británica y tiene pasta, pero él se ha labrado su propia fortuna por su cuenta. Es dueño de un pisazo en el barrio de Salamanca, tiene otro en Marbella… ¿Quieres que continúe?

—Ya me pasarás el informe detallado, pero me gustaría saber por qué os habéis tomado la molestia de investigarlo. —Micky taladró con la mirada a Tomás.

—Porque sabemos que Sara, más incluso que tu familia, es tu punto débil. Aunque no has mantenido contacto con ella desde que te infiltraste, sabemos que es muy importante para ti. Si yo lo sé, también podrían saberlo otros. No es que te hayas dedicado precisamente a hacer amigos, sino todo lo contrario. ¿Es que no entiendes que eres demasiado valioso como para permitir que una distracción así te ponga en peligro? —Tomás había bajado el tono de voz para evitar ser escuchado por otros, pero sobre todo para dar más énfasis a su afirmación.

Micky esbozó una sonrisa irónica.

—¿Valioso? Yo ya no valgo nada. Estoy fuera.

—No, Micky, no. Tu tapadera sigue intacta y lo sabes, porque te encargaste muy bien de ello. —Tomás se inclinó sobre la mesa para hablarle más de cerca—. Puede que te marcharas y que estés autoconvenciéndote de que ya no quieres seguir, pero en tu fuero interno sabías y sabes que te seguimos necesitando, que tu país y el resto de Europa, por no decir el mundo civilizado, te necesita y debes estar listo para actuar.

Micky terminó lo que quedaba de su cerveza de un solo trago.

—Supongo que no habrás convocado esta reunión de incógnito, con este atuendo absurdo solo para halagarme y hablar de mi vida personal. Para eso podíamos haber quedado en el bar de la esquina de mi calle.

—Cierto.

—Tomás, ve al grano, por favor. Si algo he aprendido en estos años es que, aunque la paciencia es una gran virtud, perder el tiempo no lo es.

—Está bien, Micky. Sabes que todos estamos muy agradecidos por las misiones que has llevado a cabo. Aunque no haya salido en las noticias, has salvado muchas vidas y has evitado algunos conflictos importantes… ¡Qué coño! Tienes la colección de medallas más importante y amplia de toda la historia del departamento y algunas de otros países. De hecho, van a tener que inventar una nueva para ti. —Tomás sonrió—. También sabes que somos conscientes de que te mereces, como mínimo, un año de vacaciones pagadas, aunque negaré haberte dicho esto.

—Al grano, Tomás. A estas alturas ya tengo el ego más que cubierto.

—No hubiera acudido a ti si no estuviéramos en situación de emergencia. —Tomás tragó saliva.

—¿Emergencia? Pero ¿qué dices, Tomás? ¿Qué emergencia?

—¿Acaso no has visto la tele los últimos días?

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos un ejército de locos desatados que quieren llegar hasta aquí y recuperar el Califato.

Micky no pudo evitar una sonora carcajada. Como la música ambiental estaba muy alta, nadie pareció darse cuenta.

—Eso no es nuevo, Tomás. Los compañeros de la sección informática están trabajando para impedirlo. No me necesitáis a mí para eso.

—Micky, soy consciente de que no te encuentras bien físicamente, así que no voy a pedirte que regreses ni a Siria ni a Iraq.

—Tomás, yo no soy hombre de oficina, además tengo que solucionar muchos asuntos familiares desde la muerte de mi padre. Estoy de baja y voy a pedir la definitiva. Con todas las lesiones que tengo ningún tribunal médico dudará en dármela.

—Lo sé, lo sé. Por eso te ofrezco una forma de colaborar que puede satisfacernos a todos… Micky, no te lo pediría si no tuviera un mal presentimiento.

—¡Venga ya, Tomás! Tú no tienes presentimientos, tienes datos, y seguro que contrastados.

Comunidad de Madrid
Noviembre de 2015

Aparcó el coche con lentitud, como si al hacerlo con más rapidez pudiera perturbar la quietud del lugar. Se desabrochó el cinturón de seguridad, pero no se movió. Apoyó la cabeza en el respaldo y echó un vistazo al edificio de dos plantas que tenía enfrente. Construido con el típico ladrillo castellano de color rojizo y decorado con gran cantidad de ventanas, estaba diseñado para tener un aspecto cálido y acogedor. El silencio del entorno campestre le hacía parecer anclado en el tiempo, sumido en la ensoñación de un agradable cuento infantil. Rodeado de vegetación, esta invitaba a adentrarse en ella. El lugar emanaba una paz y una tranquilidad que hacía tanto que no sentía que ya casi había olvidado que pudiera existir. Respiró hondo y sus pulmones se llenaron de aroma de pino y alcornoque, de rocío fundiéndose bajo los débiles rayos de sol. Él, que siempre había vivido en la vorágine de la gran ciudad hasta embarcarse en la loca carrera contra el mal, ahora sentía que la tranquilidad de un lugar como aquel le llamaba. Quizá su espíritu requiriera de un tiempo para llevar a cabo un retiro espiritual. Y es que, en la última década, su vida había llevado un ritmo vertiginoso: de la vorágine de las grandes capitales al aislamiento de las más altas cordilleras afganas, de la inmensa nada del desierto iraquí a la tensión de la lucha armada entre los cascotes de ciudades sirias arrasadas por la guerra y la estupidez humana. Quizá

la quietud de un lugar en el campo fuera el tablón al que aferrarse como náufrago que busca encontrarse a sí mismo y no hundirse en el océano de la locura. Se estaba haciendo mayor. Esbozó una sonrisa cansada. Muy mayor.

Salió del coche. Se estiró. Aunque el trayecto no había sido muy largo, el tráfico a la salida de Madrid le había obligado a permanecer una hora encerrado en el coche y ahora se sentía anquilosado. El dolor de las viejas heridas le recordaba que aún precisaba de rehabilitación para recuperarse del todo, aunque era muy consciente de que nunca volvería a estar al cien por cien. La edad y los sacrificios físicos acababan por pasar factura. Abrió la puerta trasera del vehículo, extrajo el anorak azul que se había comprado hacía un par de días y se lo puso despacio, intentando adaptarse a él.

Tras pasar años utilizando prendas ásperas, le resultaba extraño volver a ponerse vaqueros de marca, jerséis de lana suave y chaquetones ligeros pero cálidos. Sin embargo, su cuerpo lo agradecía y respondía con alegría como si fuera su cubierta natural. Al cerebro del hombre que poco a poco iba recobrando el ritmo occidental le costaba aceptar lo que su cuerpo asimilaba con tanta naturalidad. ¿Pudiera ser que su verdadero yo fuera el de un urbanita refinado y no el de un rudo hombre curtido en mil batallas? ¿O quizás era ambos y muchos otros, todos diferentes y antagónicos pero complementarios y adaptados en una perfecta simbiosis?

Pulsó el mando para cerrar el vehículo y después lo guardó en el bolsillo interior del anorak. Respiró hondo e inició la marcha hacia la entrada del centro de acogida temporal de menores en desamparo. Estaba deseando ver al pequeño Nayi. Aunque se había adaptado a su nueva vida y aprendía con rapidez, de vez en cuando mostraba algún gesto de rebeldía. Y era comprensible. No solo le habían alejado del único entorno que había conocido tras un largo y difícil recorrido por algunos de los países más peligrosos del mundo y con la climatología más adversa, sino que le habían trasladado a un país donde nadie hablaba su idioma y en el que todo era completamente diferente a lo que él conocía. Para más agravio, como no estaba acostumbrado a la disciplina de un centro de protección, acatar los horarios y normas le resultaba muy difícil. Sin embargo, poco a poco las cosas habían ido mejorando. Cada día era una nueva aventura en la que descubría o aprendía algo nuevo. Después de tantos años de escasa y descuidada educación, ahora absorbía todo con el ansia de quien tiene miedo de que la nueva fuente del conocimiento se pudiera secar antes de haber aprendido todo lo que quería y necesitaba. Además, había logrado hacer amigos y gracias a eso ya empezaba a hablar el idioma.

Malik sabía que el pequeño estaba enfadado con él por no haberle visitado en varias semanas. Aunque Nayi era consciente de que su trabajo era especial, cuando Malik no cumplía con lo prometido le defraudaba y le hacía sentirse desamparado. Para paliarlo, en cierta medida, se había esforzado en hablar por Skype con él todas las noches después de cenar. Era la única manera de no perder el contacto y, sobre todo, de que él no creyese que le había dejado abandonado, pero Nayi era un adolescente y su cuerpo y su mente estaban sufriendo cambios que dificultaban el equilibrio y la comprensión racional. Así que algunas charlas resultaban cálidas y agradables y otras difíciles y frías. Aunque no tenía gran experiencia en el trato con menores confiaba en que, pese a sus protestas, el pequeño entendiera que los mayores, a veces, no siempre pueden hacer lo que quieren y que, por el contrario, se ven constreñidos por sus obligaciones. Nayi seguramente no entendía por qué después de lo que habían pasado, ahora que estaban en un lugar seguro y en paz, no podían estar juntos. Tampoco había aceptado bien que Salima, a quien consideraba una hermana, estuviera en otro centro.

Y ahora volvería a decepcionarlo. Malik le había prometido que no tardarían en compartir una

casa, como una familia. Se lo había prometido de corazón y sintiéndolo de verdad, pero su situación personal, su familia, el negocio de su padre y su futuro profesional requerían de una atención y dedicación incompatibles con la crianza de un adolescente. Necesitaba más tiempo. Respiró hondo. No eran buenas noticias lo que tenía que darle, pero cuanto antes lo hiciera, mejor para todos. La verdad podía doler, pero al final siempre era mejor que prolongar el engaño. Además, tenía que tomar decisiones importantes y no podía aplazarlas por más tiempo.

Clínica privada, Madrid
14 de julio de 2016

Las puertas del ascensor se abrieron, pero no sonó el timbre que avisaba de la llegada a un piso. Salió del habitáculo y avanzó por el pasillo sumido en la penumbra nocturna. El silencio era casi absoluto. Solo se rompía de vez en cuando por el sonido de alguno de los carritos de medicinas empujados por las auxiliares o por los susurros de las enfermeras que hacían su ronda. Al llegar al mostrador, donde el personal sanitario organizaba las tareas, las dos enfermeras y el médico de guardia dejaron de hablar entre ellos para mirarle inquisitivamente. La entrada en esa zona estaba prohibida a esas horas de la noche. El hombre extrajo una placa del interior de su cazadora de cuero y se la mostró. Identificado como inspector jefe, el médico le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Buenas noches. Creo que les han avisado de mi visita.

El inspector jefe tenía una voz profunda y grave, pero a la vez suave. Era un hombre de casi metro noventa, de hombros anchos y excelente forma física. En su abundante pelo negro asomaban algunas canas y sus ojos verdes miraban con una intensidad cautivadora. Las pequeñas cicatrices que tenía sobre la ceja derecha y el labio, lejos de afearle, le añadían atractivo. Era lo que se podía considerar un hombre guapo, pero además irradiaba una seguridad que le hacía irresistible para casi todas las mujeres. Y las enfermeras no fueron ajenas a su encanto.

—Sí, desde luego —respondió el médico ajustándose las gafas sobre la nariz—. Pero tiene que entender que es de lo más irregular… aunque su jefe haya llamado al mío, aquí la única autoridad soy yo.

—Lo sé. Pero es urgente que hable con su paciente. Y dadas las circunstancias es lo mejor para garantizar su seguridad —respondió el policía—. ¿En qué habitación está?

—Yo le acompañaré —se ofreció la enfermera más joven, a quien su llegada le había despejado la somnolencia de un doble turno.

El policía la siguió a través de los pasillos hasta la habitación donde un agente de uniforme vigilaba la puerta sentado en una silla. Al mostrarle la placa, el agente se levantó y se cuadró para saludarle.

—¿Ha venido alguien? —preguntó el inspector.

—No, salvo el novio que está dentro con ella —anunció el agente.

—¿Su novio? —preguntó el inspector, sorprendido.

—Sí, un inglés —afirmó el agente—. Comprobamos su identidad y ella la corroboró.

—¿Y su familia?

—Ella insistió en que no se les avisara hasta estar mejor —explicó el policía después de encogerse de hombros, en un gesto que indicaba que no entendía la actitud de la paciente.

—Está bien. Haga el favor de entrar y pedir al novio que salga de la habitación.

—Pero, señor… —protestó el agente.

—Tengo que hablar con la paciente a solas.

El tono del inspector no admitía réplica; el policía entró en el cuarto. No tardó en regresar seguido de un hombre rubio de ojos azules, cuya altura y complexión física en nada tenía que envidiar a la del inspector jefe.

—Pero ¿qué demonios se cree que está haciendo? Por fin ha conseguido quedarse dormida, no se le ocurra despertarla —amenazó el inglés en un perfecto castellano, aunque con cierto acento.

—Es importante. Si no lo fuera, no estaría aquí a estas horas. —El tono del oficial no mostraba ninguna emoción.

—Me da igual. No hay nada que no pueda esperar hasta la mañana.

El inglés se acercó a un palmo del inspector. Eran dos gallos de pelea dispuestos a defender su posición.

—Me temo que sí. Así que haga el favor de apartarse o le pediré al agente que lo detenga por obstruir una investigación criminal —insistió el inspector.

—Por favor…, estamos en un hospital y los enfermos necesitan reposo —intervino en voz baja la enfermera.

Los dos hombres la miraron. El inglés dio un paso hacia atrás, pero entornó los ojos. No iba a olvidar la cara de ese tipo y llegaría el momento en que se tomaría la revancha.

—Está bien, pero que conste que estoy disconforme —insistió—. Y mañana presentaré una queja a su superior.

—Hágalo.

El inspector empujó la puerta con suavidad y entró en el cuarto cerrándola tras de sí. La habitación pintada de un matizado azul grisáceo estaba prácticamente a oscuras, salvo por una pequeña luz encendida en la cabecera de la cama. Se acercó despacio, sin hacer ruido. Pese a que le habían informado de las lesiones de la paciente, verla postrada con el rostro deformado por los golpes le causó una profunda impresión. Apretó los puños y respiró hondo tres veces antes de inclinarse sobre ella y cogerle la mano izquierda que reposaba sobre la sábana. Ella se agitó un poco antes de despertarse. Tenía los ojos hinchados, por lo que le costó abrirlos. Parpadeó despacio. Miró su mano para ver quién la había cogido. El tacto no era el de Henry, pero le resultó sumamente familiar al igual que el aroma de su colonia. Dio un respingo y después elevó el rostro para mirar al hombre.

—¡Tú! —Apenas si tenía un hilo de voz. Le costaba hablar porque tenía el labio partido.

—Shhhh… He venido en cuanto me he enterado. —La voz de él apenas era un susurro, pero ella tembló al oírla.

—No… no hacía falta —repuso la herida con debilidad.

—¡Claro que sí! —El inspector, sin soltarle la mano, se sentó en la silla que hasta hacía unos instantes había ocupado Henry—. ¿Quién te ha hecho esto?

Ella le miró un instante incrédula, después parpadeó despacio y tragó saliva antes de hablar.

—Eran de los tuyos…

—¿Cómo? —El inspector no pudo evitar apretarle la mano.

—Eran árabes…

—Sara, mi amor… ¿Cómo lo sabes?

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Después de todos los años que pasamos juntos aún crees que no os distingo?

—¿Distinguir? —preguntó el inspector.

—Micky, distingo perfectamente el acento magrebí del árabe de la península, tú me enseñaste,

¿no te acuerdas?

Malik al Gharoudi soltó la mano de la mujer, se levantó y dio un par de pasos por el minúsculo cuarto antes de volver a sentarse en la silla que estaba al lado de la cama. Le estaba costando controlar el maremágnum de emociones en su interior: preocupación, enfado, ira, amor.

—¿Entendiste algo de lo que te dijeron? —le preguntó, sin poder evitar el creciente enfado en los músculos de su cara.

—Claro que sí. Te estaban buscando a ti. —Una lágrima le resbaló por la mejilla y él no pudo evitar inclinarse sobre ella y besarla.

—Dios mío, Sara, lo siento…, lo siento tanto.

—Un poco tarde, ¿no? —Ella volvió a sonreír.

El simple contacto de sus labios sobre su piel hizo que sus sentidos estallaran dentro de su maltrecho cuerpo. El amor y la pasión estaban consiguiendo lo que nada había logrado en los últimos diez años: mitigar el dolor de su ausencia. Aunque el dolor por el corazón roto seguía atravesando su pecho como una daga.

—¿Recuerdas algo más?

—Sí, antes de perder el conocimiento se aseguraron de que me quedara con un mensaje. —Él le hizo un gesto instándola a continuar—. Que te encontrarían donde quiera que fueras porque ahora ya sabían quién eres de verdad.

—Ya. —La expresión del rostro en el hombre no cambió, pero ella percibió la tensión en su cuello.

—Micky, ¿qué has hecho para que te odien tanto? —A pesar del dolor físico y la impotencia por haber sido víctima de una brutal paliza a dos portales de la casa de sus padres, Sara seguía manteniendo su lucidez.

—Sara…, mi amor… —Malik bajó la mirada un instante antes de volver a hablar—. Ya te he puesto demasiado en peligro. Si te digo la verdad, ya no habrá vuelta atrás.

—¿Vuelta atrás? ¿Crees que puedo volver atrás tal y como estoy ahora?

—Sé que no lo parece, pero… Solo puedo decirte que no he hecho nada malo, sino todo lo contrario. Ya queda poco para que pueda contarte todo, sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero, por favor, por favor, confía en mí. —Ella hizo un gesto negativo con la cabeza—. Sí, ya sé que te estoy pidiendo demasiado, pero tú me conoces mejor que nadie, ¿crees que haría algo incorrecto?

—Yo… hace mucho que dejé de conocerte.

—No, no. Eso no es cierto. Puede que te lo pareciera, pero sigo siendo el mismo. —Tragó saliva con dificultad—. De verdad que lo siento, mi amor. Esto pasará. Te lo prometo. —Malik volvió a besarla en la mejilla sin dejar de acariciarle la mano.

—No prometas nada que no puedas cumplir, Micky.

—Sara, tengo que irme. No sé cuánto tiempo estaré fuera…

—¡Qué novedad! —La frialdad de Sara era más intensa que el hielo, pero él no dejó que le afectara.

—Pero, aunque no esté aquí, me aseguraré de que te protejan día y noche. Esto no volverá a suceder.

—¿Protegerme? ¿Quién? ¿Alguno de los tuyos? ¿Algún matón de tres al cuarto? No te preocupes por mí…, ya tengo quien me cuide —rebatió ella con mal disimulado rencor.

—No parece que haya sido muy eficaz. —Malik dejó que el desdén le saliera a borbotones por la boca.

—¿Cómo te atreves? —Sara comenzó a agitarse y la máquina que controlaba los latidos de su corazón empezó a pitar.

—Disculpa, pero ese tipo no me gusta nada.

—No es a ti a quien tiene que gustar. Además, ¿qué derecho tienes a criticar mis decisiones? —La mirada de Sara brillaba llena de indignación.

Malik guardó silencio.

—Ya veo que por lo menos eres consciente de ello. Estoy cansada, por favor, vete.

—De acuerdo. —Malik se levantó de la silla y se giró para dirigirse a la puerta, pero a medio camino cambió de decisión y regresó al lado de la cama. Se inclinó sobre ella y la besó en los labios—. Algún día lo entenderás todo, mientras tanto, tienes que saber que siempre has estado en mi corazón. Da igual la distancia o las circunstancias, eres el amor de mi vida igual que yo soy el tuyo. Y te juro que haré todo lo que haga falta para que entiendas por qué he hecho lo que he hecho y para que me perdones. Adiós, mi amor.

Cuando Henry regresó a su lado, Sara estaba bañada en un mar de lágrimas y fue necesario darle un calmante para que pudiera descansar.

Un tigre herido no hubiera salido del hospital con tanta rabia como él. Estaba furioso y sabía que ese sentimiento era todo lo contrario a lo que necesitaba en un momento como aquel. Tenía que recuperar la calma y mantener la cabeza fría. Debía reflexionar sobre lo sucedido y pensar cómo actuar. Avanzó con rapidez por el aparcamiento, siempre buscando el amparo de la oscuridad. Había salido por la puerta por la que los coches fúnebres recogían los cadáveres confiando en que, si había alguien vigilando el centro, lo cual era más que probable, no se diera cuenta de la sombra que se desplazaba pegada a la pared. Al girar en la esquina había una farola que podía delatarle, así que se agachó para esquivar el cono de luz. Siguió caminando a gran velocidad durante casi un kilómetro. Cuando estuvo seguro de que nadie le seguía ni a pie ni en ningún vehículo se adentró en un callejón oscuro y se subió a una moto de gran cilindrada tras ponerse el casco que había dejado sujeto al manillar con una cadena. Arrancó el vehículo sorprendentemente silencioso y se lanzó a toda velocidad por las calles de la ciudad. Dio un largo rodeo para aliviar la tensión. Necesitaba aplacar la ira sintiendo el aire frío contra su cuerpo y quemando kilómetros sobre el asfalto casi vacío a esas horas de la noche.

Condujo casi de manera mecánica sin darse cuenta de cuándo frenaba delante de un semáforo o cuándo se apartaba de una vía para introducirse en otra. Por fin, redujo la velocidad antes de detenerse cerca de su objetivo: un edificio de oficinas en una de las calles transversales de la Castellana. Aparcó la moto en un lugar resguardado de las miradas curiosas y los amantes de lo ajeno. Caminó apoyado ocultándose en las sombras que proyectaban los edificios hasta llegar a su destino. Antes de extender la mano para empujar la puerta, alguien la abrió desde el interior. Era el vigilante de noche. Llevaba un uniforme de portero, pero al verle le saludó al modo militar. Se miraron en silencio, no intercambiaron ni una palabra.

El portal era grande, casi ostentoso, como correspondía a un edificio construido a principios de los años setenta para albergar a la élite económica del país. Abundaban el mármol negro veteado y las maderas nobles sobre las que las luces indirectas proyectaban sombras siniestras. En los laterales sobrevivían, más mal que bien, algunas plantas que de estar en su hábitat natural serían exuberantes, pero que en su emplazamiento actual languidecían por falta de luz y exceso de riego. Subió los cinco escalones que lo separaban de la zona de ascensores para después

adentrarse en el de la izquierda. Pulsó un botón y la puerta se cerró. Intentó calmarse mientras la cabina iba ascendiendo. Cuando se abrieron las puertas su humor había cambiado. En su mirada había una sombra que no presagiaba nada bueno, pero al menos había logrado contener la rabia, o eso creía. En la planta había tres puertas. Ninguna tenía distintivo, pero la del fondo se abrió de manera silenciosa para darle paso. Seguramente el portero había avisado de su llegada. A esas horas de la noche era imprescindible ser lo más discreto posible para no molestar a los vecinos. El piso era uno de los diversos que tenían en la capital para los trabajos encubiertos y la tapadera de una oficina de empresa no se sostendría si se percibía movimiento a deshora.

Un joven de unos veinticinco años, vestido de manera informal, se cuadró para saludarle. Después se apartó para franquearle la entrada. En sus ojos brillaba la admiración. Pese a lo intempestivo de la hora el joven estaba completamente despierto y alerta. El recién llegado merecía su más completa y dedicada atención porque era una leyenda. Era el agente vivo y en activo que había logrado culminar con éxito más misiones en campo enemigo. Había sobrevivido, al menos, a tres graves accidentes y contaba en su haber más operaciones exitosas que casi todos los otros grupos de inteligencia juntos. Se sabía que era discreto y reservado, tanto que eran pocos los que lo conocían en persona. En la casa solo se le llamaba por su nombre en clave: el Halcón. Bastaba mencionarlo para que todo se detuviera. Así que tener la oportunidad de abrirle la puerta y verle era un honor reservado a unos pocos. El recién llegado se detuvo unos segundos para observar lo que había delante de él.

El piso había sido reformado por completo, de tal manera que la entrada daba a un amplio espacio dividido en cubículos. Cada cubículo era como una minioficina. Solo dos de ellos estaban ocupados con un hombre y una mujer que no apartaron la mirada de la pantalla de sus ordenadores. A la derecha había tres despachos. Entró en el del medio sin llamar. Le aguardaban dos hombres y una mujer que se levantaron al verle llegar. Todos le estrecharon la mano en silencio. Halcón les miró uno a uno antes de asentir levemente con la cabeza y tomar asiento. Los otros tres se sentaron a continuación.

—Sentimos mucho lo ocurrido.

Se disculpó el mayor de todos. En su cabeza, las entradas eran profundas y, en su frente, las arrugas delataban un hábito permanente de concentración. Tenía el aspecto de un hombre tranquilo y reflexivo, aunque en su interior dos úlceras delataban la tensión permanente en la que vivía.

—Ya podéis —respondió el recién llegado, intentando acomodarse en una de las sillas dispuestas alrededor de la mesa del despacho.

—Halcón, esto no es culpa nuestra… —empezó diciendo el otro hombre de una edad similar a la del recién llegado.

Lucía canas en su espeso cabello castaño peinado hacia atrás con la ayuda de abundante gomina en un estilo más propio de los años ochenta. Unas pequeñas arruguitas rodeaban sus ojos de un azul intenso, probablemente el resultado de pasarse muchas horas escudriñando el horizonte mientras navegaba a vela. Llevaba una americana ligera, ajustada y corta, mientras que sus pies cubiertos con unos mocasines modernos mostraban la ausencia de calcetines, tal y como imponían las últimas tendencias. Era un hombre guapo, realmente guapo, adicto a la moda y al cuidado personal y un claro representante de la más elegante y rancia aristocracia madrileña venida a menos. La antítesis del hombre deportivo, sencillo y sobrio que era Halcón. La animadversión entre el curtido y valiente hombre de campo y el burócrata pijo fue instantánea y enrareció el ambiente.

—¡No! —gritó Halcón—. ¡No sigas por ahí! Estoy demasiado enfadado como para debatir de quién es la culpa. Además, ¿quién coño te crees que eres para hablarme con ese tono?

—Vamos, Halcón, cálmate. —El hombre de más edad se inclinó hacia delante en un gesto que intentaba prevenir cualquier enfrentamiento entre los otros dos varones de la reunión.

—¿Que me calme? Pero ¿tú crees de verdad que puedo calmarme? Ha habido una brecha en la seguridad del tamaño del Pacífico y ¿quieres que me calme?

—Halcón —la mujer, también en la cuarentena, aunque muy bien llevada, comenzó a hablar con voz suave pero firme—, no podemos perder el tiempo en discusiones. Tu vuelo despega dentro de tres horas…

—¡No voy a ir! —anunció con voz fría Halcón.

—¡Oh, sí que vas a ir! —le replicó el hombre de más edad.

—No voy a ir —repitió Halcón con voz fría y tono grave.

—Halcón, necesitamos que vayas. Solo tú puedes coordinar los equipos y, seguramente, eres el único que conoces a los líderes de esa organización —explicó la mujer—. Lo ocurrido es una clara advertencia de cómo se ha incrementado el peligro. Son muchas las vidas que están en juego, aquí en España y en Europa, y sabes que solo tú puedes llevar a cabo la misión con éxito.

Halcón iba a replicar, pero ella le interrumpió con un gesto de la mano.

—Lo que le ha pasado a Sara ha sido horrible. No sabemos cómo han podido dar con ella, pero si lo han hecho es porque te han descubierto a ti primero. Es imprescindible que desaparezcas de Madrid inmediatamente.

—No puedo dejarla sola ahora. Ni a ella ni a mi familia.

Halcón contenía el dolor a duras penas. La mujer había logrado aplacar su rabia lo suficiente como para poder hablar con más tranquilidad.

—Halcón, yendo a verla has corrido un riesgo innecesario, además de agravar la amenaza sobre ella. Si los responsables te han visto allí solo, les habrás confirmado sus sospechas, pero… —la mujer enfatizó esta última palabra— pero, si no lo han hecho y tú no vuelves a aparecer, cabe la posibilidad de que piensen que se han equivocado, en cuyo caso la dejarán tranquila a ella y a tu familia.

—¿Tú crees? —preguntó—. ¿Sabes que le dijeron antes de que perdiera la consciencia? Pues que ya sabían quién era yo y que vendrían a por mí. Pero, en realidad, me estaban advirtiendo de que primero irían a por mis seres queridos, porque estos cabrones son los hijos de puta más retorcidos y vengativos que existen, y después vendrían a por mí.

—Halcón, te garantizo que estarán bien protegidos hasta que des con esos malnacidos y los liquides. La protegeremos a ella y a toda tu familia. —La mujer no se andaba con rodeos.

En determinados ámbitos de la lucha terrorista la ley se interpretaba con cierta laxitud. Ojo por ojo era el único idioma que conocían los criminales y ello los obligaba muchas veces a acabar el trabajo saltándose las normas por el camino.

Halcón miró con intensidad a la mujer, quien le sostuvo la mirada.

—Si hubiéramos sabido que te habían descubierto, ya los habríamos puesto bajo protección. Nos han pillado por sorpresa, pero no volverá a suceder. Ya sabes cómo trabajo. Yo nunca dejo a los nuestros tirados, nunca.

—¡Yo tampoco! —exclamó Halcón.

—Lo sé, lo sabemos… —El hombre de más edad empleó su tono más conciliador.

—Si no hubieran tenido lugar esta terrible cadena de atentados precisamente hoy, no te pediría que intervinieras, pero las circunstancias son las que son y solo tú puedes hacer este trabajo, y lo

sabes.

—¡Venga ya! —Halcón se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta con la firme intención de marcharse, pero el hombre de más edad volvió a hablar y se detuvo.

—Una vez más, solo te pido que actúes esta vez. Te garantizo que cuando termines podrás recuperar tu vida y hacer lo que quieras. —Como Halcón no dijo nada siguió hablando—. Pero ahora mismo, y aunque suene a manido, tu país y nuestros aliados te necesitamos, más que nunca. Cuidaremos de Sara, de su familia y de la tuya mientras tanto. Amigo, haz tu trabajo y nosotros haremos el nuestro.

Halcón se dio la vuelta para mirar a los tres agentes que había en la habitación. El aristócrata afrontó su mirada con altivez, a lo que el agente de campo respondió con desprecio.

—¡Más os vale!

Y se marchó dando un portazo.

8

El origen

*P*uede que no entendamos por qué suceden las cosas. Puede que nos eluda la comprensión de por qué debemos sufrir sin haber hecho nada para merecerlo. Puede que nos desquicie ignorar por qué se nos priva de la felicidad. Puede que la oscuridad del desconocimiento nos impida respirar. Puede que el sufrimiento por no saber sea tan intenso y duradero que acabemos ahogándonos en nuestro propio dolor. Pero lo cierto es que nada sucede porque sí. Todo tiene una razón de ser aun cuando esta no nos haya sido revelada. Aunque no seamos capaces de percibirlo, nada es baladí y nuestro tránsito por esta vida tiene un objetivo: aprender. Un aprendizaje que, en ocasiones, nos golpea de manera tan brutal que nos noquea y nos deja incapacitados para reaccionar en mucho tiempo. En otras ocasiones es gradual y se hace evidente con el transcurso de los años. Pero en cualquier caso, el camino del aprendizaje es un gran túnel de desconocimiento e incertidumbre para todos. Lo que nos diferencia es la manera de encararlo, para algunos es un viaje difícil y extenuante, para otros una aventura tortuosa y dolorosa.

Ciudad Universitaria, Madrid
11 de marzo de 2004

—Es terrible, terrible —repitió Roberto incapaz de encontrar un calificativo, y ahogando un gemido añadió—: Estoy total y absolutamente destrozado.

Micky le miró como si no comprendiera, como si hubiera escuchado sus palabras, pero no entendiera su significado. Aturdido buscó en las pupilas llorosas de Roberto un atisbo de consuelo; solo encontró pena. Una pena infinita. Hizo un gesto de negación con la mano derecha y después se levantó de la silla dejándola caer. Se pasó las manos por la cabeza con desesperada impotencia. Para cuando alzó el rostro tenía los ojos llenos de lágrimas y le temblaban los labios. Era la primera vez que dejaba que le vieran en ese estado.

Desde niño había sabido controlar sus emociones, en parte por orgullo, en parte por miedo. Le gustaba ser el líder de la pandilla del barrio y para ello era preciso estar siempre calmado, o por lo menos aparentarlo, y si no era posible, nada mejor para ocultarlo que pelearse con cualquiera que pusiera en tela de juicio su valor. En casa, como hermano mayor, debía dar ejemplo siendo el mejor estudiante, ayudando a sus padres y evitando que le considerasen débil, aunque requiriese enfrentarse a su hermano pequeño o a sus primos. Y si le golpeaban, aunque doliese, se aguantaba. Porque evitar las lágrimas suponía madurez y, por lo tanto, merecer la confianza y respeto de los mayores. Pero, sobre todo, le alejaba de lo que más odiaba, la conmiseración. Ya bastante distinto se sentía él por pertenecer a la familia a la que pertenecía como para tener que aguantar que le mirasen como a alguien incapaz de integrarse, de ser uno más a pesar de sus orígenes. Por eso le sacaba de sus casillas la mera posibilidad de que alguien sintiera pena por él,

ya que implicaba debilidad y él no quería ser débil. Aunque a veces lo fuera, y mucho, nadie más que él mismo podía saberlo.

Pero este golpe había sido demasiado impactante, demasiado duro, demasiado incomprensible como para ocultar sus emociones.

Roberto, en un gesto sin precedentes, se acercó a él y le abrazó con todas sus fuerzas. Y aguantó el abrazo durante el tiempo que él lloró como el niño que no hacía tanto tiempo había sido. Fue durante un rato muy muy largo. Por primera vez en su vida no le importó que su mejor amigo, su colega de trastadas infantiles y fechorías adolescentes, su compinche de correrías de juventud viera su humanidad, su debilidad, su emoción en toda su magnitud. Nadie le conocía mejor que Roberto y nadie mejor que él para compartir su dolor. Porque a Roberto también se le habían llenado los ojos de lágrimas y también estaba llorando desconsolado como él.

—Sé que nada de lo que te diga servirá para consolarte. A mí tampoco me ha servido para aplacar mi rabia e impotencia. Pero el dolor y la ira no son buenos consejeros.

No le contestó. Sabía que su amigo tenía razón, que no podía dejarse llevar por las emociones ni por el instinto, aunque era consciente de que dada la magnitud de lo ocurrido ya nada sería igual, sobre todo porque no podría seguir con su vida sin hacer algo al respecto, algo eficaz y contundente. Encontraría a los bastardos que se habían llevado por delante la vida de dos de sus mejores amigos y la de otros inocentes para nada. Porque justificarse en una voluntad divina que él sospechaba que no existía y que, de existir, jamás apoyaría semejante atrocidad solo era una estupidez, un sinsentido, una banalidad propia de ignorantes. Por ello, por su futuro truncado, por sus familias destrozadas, por sus amores rotos, por su amistad perdida, por la dignidad aplastada, por demostrar que los asesinos musulmanes eran una minoría testimonial y que la mayoría eran gente honrada, buena y trabajadora los perseguiría hasta el infierno, aunque fuera lo único y lo último que hiciera en esta vida.

—Se los han llevado de golpe y sin motivo, pero debemos mantener la cabeza fría y dejar que la policía investigue y los busque. No podemos…

Le miró a los ojos y en ese momento supo que Micky, el paciente y simpático compañero de toda la vida, había desaparecido. Y le dio miedo. Sintió frío y soledad. Su colega ya no estaba allí. Quien le miraba era un extraño, distante, cruel. En la mirada de Micky había una determinación que le distanciaba de él y le sumía en la soledad. Una soledad infinita.

Ciudad Universitaria, Madrid
27 de junio de 2004

Era una típica aula de facultad setentera, similar a las que había ocupado hasta hacía un mes. Se entraba por un lateral, de tal suerte que el encerado y la mesa del profesor quedaba a la izquierda mientras los asientos de los alumnos estaban ubicados frente a ellos. El aula estaba en la penumbra y las cinco personas que integraban el tribunal y que ocupaban las sillas tras la larga mesa sobre la tarima apenas eran unas sombras perfiladas. Probablemente, las persianas estaban bajadas para aminorar la sensación de calor del exterior, aunque él no estaba seguro de que no fuera una hábil puesta en escena. Una táctica para ponerle en situación de desventaja, ya que ellos le podían ver perfectamente mientras que él tenía que esforzarse para distinguir sus rostros y, más aún, sus expresiones. El silencio era absoluto, no en vano era domingo por la tarde.

—Señor Al Gharoudi, díganos qué le ha motivado a presentar su candidatura.

El interpelado tragó saliva antes de mirar a los ojos a los cinco miembros del tribunal. No es

que estuviera impresionado por ellos, tan solo era una toma de contacto para saber cómo enfocar su respuesta.

—Ejem, pues verán… He nacido en España. Mi vida ha transcurrido en el barrio de Tetuán, entre Valdeacederas y Berruguete, una zona de emigrantes y trabajadores de clase media baja. Me siento madrileño y español como el que más, pero no puedo negar que también me ha marcado el origen de mis padres. Mi padre huyó de Iraq a finales de los años setenta por motivos políticos y después de viajar por algunos países europeos se afincó en España. —Sonrió con ternura y continuó—: Obviamente, la forma de ser y vivir de los españoles se parecía más a la suya que la del resto de los europeos. Y, aunque las ayudas a los refugiados políticos nunca han sido muy generosas, consideró que valía la pena intentarlo. Mi padre, el mejor hombre que conozco, se integró bien y se esforzó para que nosotros también lo hiciéramos, eso sí, sin olvidar ni nuestras raíces ni su idioma.

—Interesante, señor Gharoudi, pero ¿a dónde nos lleva esta exposición? —cuestionó el presidente del tribunal.

Era un hombre con el rostro esculpido en piedra y mirada de acero, que le conminaba a centrar su narración. Tendría entre unos cuarenta y cinco y cincuenta años y parecía haber vivido más de una vida por lo curtido de su piel y el desdén en su voz.

—Aunque yo me siento español al cien por cien, mantengo estrechos lazos con Iraq. Hablo perfectamente el árabe y he viajado alguna vez al país, a pesar de la difícil situación que ha vivido en las últimas tres décadas. Lamento su estado actual, que no es sino fruto de la ignorancia y la manipulación interesada de algunos grupos sectarios que buscan resarcirse de la opresión de siglos, pero lamento aún más el miedo y la prevención que lo árabe y lo musulmán genera en nuestra sociedad. Los atentados terroristas en Estados Unidos, y sobre todo el que ha sucedido en Madrid hace tres meses, supusieron un grave aldabonazo en nuestra…, en mi esperanza de reconciliación. Necesito hacer algo para cambiar las cosas; necesito aportar mi grano de arena para acabar con esos canallas embrutecidos y demostrar que no todos los árabes son terroristas o fanáticos religiosos. Además —hizo una pausa bajando la cabeza—, dos de las víctimas eran compañeros míos. Jóvenes de familias trabajadoras con grandes planes para el futuro. Buena gente que no debería haber muerto así. No voy a negar que en mí hierve la necesidad de hacer pagar a quienes cometieron esta atrocidad.

—¿No sabe usted que los culpables ya han fallecido? —intervino por primera vez un hombre de unos sesenta años, pelo canoso y expresión bondadosa.

Sonrió con una mueca torcida que mostraba claramente su incredulidad. Por si quedara alguna duda respondió.

—¿De verdad?

—¿Qué quiere decir? —le conminó el hombre de mirada de acero.

—Que puede que hayan fallecido los autores materiales, pero ustedes saben tan bien como yo que los autores intelectuales, los cerebros detrás de esos horrores siguen por ahí, libres, actuando y captando a más estúpidos para que les hagan el trabajo sucio.

Los miembros del tribunal permanecieron en silencio. Tanto que le dio la impresión de que podía oír cómo sus neuronas se conectaban unas a otras para asimilar sus palabras y reaccionar. Se equivocó, la entrevista continuó como si nada.

—Señor Gharoudi, su expediente es realmente impresionante. Se ha licenciado en Derecho y Filología Árabe, habla usted, además del castellano y el árabe, el inglés, el francés, el alemán y el persa. Sus pruebas físicas son inmejorables y tampoco anda mal de puntería. Parece que ha

pasado las pruebas psicológicas demostrando una fortaleza mental fuera de lo común. La pregunta, sin duda, es ¿cuál es su punto débil?

—Si me permite, señor, la pregunta es ¿cuál no es mi punto débil?

—Explíquese.

—Todo mi expediente indica que he sido un buen estudiante y que estoy en muy buena forma física, pero, en realidad, carezco de lo más importante: experiencia.

»Saber aplicar mis conocimientos a la práctica es lo que me falta para ser un buen agente de campo. No estoy seguro de que pueda infiltrarme en algún grupo y mucho menos hacerme pasar por ellos. Tampoco sé si podré discernir si alguien miente o dice la verdad. Por no mencionar que no sé si seré capaz de reaccionar con frialdad en situaciones de estrés.

Los miembros del tribunal permanecieron un minuto en silencio escrutando en su mirada la sinceridad de sus palabras. Sus rostros serios no transmitían ninguna emoción, tal y como se esperaba de ellos. No hicieron ningún gesto ni se miraron entre sí. Era imposible obtener alguna pista sobre la impresión que les habían causado sus palabras. Solo esperaba que, al enseñar todas sus cartas, sin ningún tipo de tapujo, le sirviera como muestra de su buena voluntad y de lo firme de su decisión.

—Señor Gharoudi, ¿qué opina usted de Dios?

—¿De cuál? —le respondió él con tranquilidad.

—Del suyo.

—No tengo.

—No cree usted en Dios o Alá o Jehová…

—No.

—¿Por qué?

—Porque no existe.

—¿Cómo puede estar usted tan seguro?

—Es un invento humano. Si existiera no estaríamos matándonos unos a otros, ni habría enfermedades… Los dioses solo son un instrumento de poder.

Uno de los miembros del tribunal arqueó una ceja y se vio obligado a aclarar su posición.

—Ruego que me disculpen si alguno de ustedes es creyente, pero si se hubieran criado en mi entorno se darían cuenta de que los vicios y virtudes de los seres humanos son iguales, sea cual sea su religión, y los delitos también. Solo varía el estilo, la forma.

—Ya veo. Entonces, ¿cuál es su opinión sobre los yihadistas?

—Fanáticos ignorantes.

—Y ¿Al Qaeda?

—Un monstruo que se rebeló contra sus creadores.

Los cinco miembros del tribunal se movieron inquietos en sus asientos. Había logrado provocar cierta reacción en ellos y eso le satisfizo.

—¿Y del terrorismo islámico?

—Marginales asesinos sin cabeza, muy peligrosos.

—¿Cómo los combatiría?

—Como a una enfermedad, infiltrando entre sus filas un virus que acabe con ellos.

—¡Vaya! —El presidente del tribunal se recostó en su asiento después de mirar a sus colegas —. Tiene usted una claridad mental apabullante, pero quizás adolece de flexibilidad.

—Señor, la flexibilidad supone capacidad de adaptación y sin duda la tengo. La claridad mental es imprescindible para poder ser flexible y mimetizarse sin confundirse.

—Abogado del diablo —exclamó uno de los miembros del tribunal.

—De quien haga falta, siempre que pague bien —respondió sonriente el examinado.

Ciudad Universitaria, Madrid
30 de junio de 2004

—¿Cómo puedes hacerme… hacernos esto?

Al oír su confesión había palidecido de manera preocupante. Por un instante tuvo miedo de que se desmayara. Estaba muy aturdida, pero aguantó, o eso parecía.

Le había dado el peor golpe de su vida y jamás se lo perdonaría. Había sido lo más difícil que había hecho, el sacrificio supremo, y ella no podría saber por qué, jamás. Durante ese largo instante en el que le dio la impresión de estar clavándole un puñal, también él sintió como si se estuviera ahogando. Sabía que estaba haciendo lo correcto, lo que no tenía tan claro era si merecería la pena. Y la duda sobre la magnitud del precio que ya había empezado a pagar le golpeó con inusitada violencia. Para afrontar la mirada de dolor hizo acopio de todo el coraje que fue capaz de acumular, concentrándose en un bloque de hielo, mimetizándose con él. Sabía, confiaba en que si lograba superar esta prueba podría soportar todo lo que viniera después. Nada podía ser más duro que esto. Nada podía ser más devastador que arrancarse el corazón.

—Lo siento, pero la llamada ha sido muy fuerte. No es algo espontáneo o imprevisto. Llevo tiempo meditando sobre ello, pero decidí que antes debía terminar mis estudios para no disgustar más de lo necesario a mis padres. Tras meses de reflexión he comprendido que este era el camino que debía de seguir.

El rostro de Micky no transmitía ninguna emoción y su frialdad agravaba la desesperación de Sara, que le miraba entre incrédula e impotente. Tenía la impresión de haber vivido un engaño porque el chico que conocía y al que quería jamás le habría ocultado algo tan trascendental sobre sus sentimientos, su vocación, sus deseos. ¿Cómo había podido estar tan ciega? ¿Cómo no había visto las señales? Pero ¿qué señales? Por más que se esforzaba, no recordaba haber visto ningún indicio sobre su vocación religiosa, sino todo lo contrario. Si no estuviera tan aturdida por lo que le acababa de contar, se habría dado cuenta de que algo no encajaba, que había algo que le ocultaba y no era precisamente sobre su recién encontrada vocación.

—¿Y ahora que has terminado la carrera y tienes todo el futuro por delante vas a tirarlo todo por la borda? ¿De qué ha servido tanto esfuerzo, tanto sacrificio? ¿Cómo puedes rompernos el corazón a todos así? No te conozco, no eres el hombre del que me enamoré, eres un ser extraño…, un monstruo… —Sara apenas era capaz de ahogar el llanto.

Por un instante él dudó de su decisión. Su ánimo flaqueó al ver el sufrimiento que le estaba causando. Era como si le quemasen dos veces en una misma herida abierta. Por una fracción de segundo estuvo a punto de dar marcha atrás y retractarse, pero la llamada era fuerte, muy fuerte, y le ayudó a mantenerse firme.

—Bibi…

—¡No te atrevas a llamarme así, jamás! Ya no soy para ti Bibi, nunca más. Bibi ha muerto, acabas de matarla.

La vio levantarse del banco y dar dos pasos hacia un árbol cercano. Anochecía y las sombras eran cada vez más grandes y más siniestras. Por fin, las luces de las farolas se encendieron y el lugar más romántico del mundo se convirtió en el escenario del más triste de los dramas. Hubiera dado igual encontrarse bajo un intenso bombardeo en una ciudad asediada y en llamas.

—No tengo ni idea de qué ha podido impulsarte a esto, pero, sea lo que sea, espero que merezca la pena. Porque… —tragó saliva mientras le señalaba con el dedo—, porque no me creo que ahora seas un devoto musulmán deseoso de entregar tu vida por la causa del islam. Tú a mí no me engañas… Detrás de esta decisión hay algo más… —Se dio la vuelta y antes de iniciar la marcha se encogió de hombros—. Solo espero que no sea por una mujer porque no merece la pena el sacrificio, de verdad que no.

La vio marcharse trastabillando. La siguió corriendo y permaneció a su lado durante el recorrido que hizo a pie y luego en el metro hasta que llegó a la puerta de su casa. Permaneció en silencio sin atreverse a abrir la boca. ¿Qué más podía decir? Ella entró en el portal sin mirar atrás. Siguió parado en la calle hasta que se convenció de que no saldría ni cometería ninguna estupidez. ¿Estupidez? El estúpido era él, no ella.

Una mezquita de barrio, Madrid
Octubre de 2006

—Hermanos, la tarea es ardua y la lucha descorazonadora, pero no podemos abandonar a los nuestros en la más siniestra de las oscuridades e impiedades. Es nuestra obligación abrirle los ojos y el corazón al mensaje de Dios. Y si no atienden a razones de manera pacífica, nuestro esfuerzo, nuestro sacrificio como mártires servirá para que comprendan. ¡Dios es grande! ¡Dios es grande!

El mensaje del gran Mufti aún resonaba entre las paredes de la mezquita cuando comenzaron a abandonarla en respetuoso silencio.

Ya había anochecido pero el calor seguía siendo sofocante. Aguardó con paciencia a que fuera su turno para recoger sus sandalias. Cuando por fin se calzó, se dirigió hacia la salida del recinto religioso fingiendo un recogimiento y una reflexión que estaba muy lejos de sentir. Su corazón latía agitado en el pecho, no porque las palabras del Mufti le hubieran enardecido el espíritu, sino porque le había resultado muy difícil escuchar tal sarta de barbaridades y permanecer impasible.

—¡Hermano, hermano Jaled!

La voz del ayudante del Mufti le detuvo. Se dio la vuelta con calma y sin levantar la vista del suelo respondió:

—La paz sea contigo, Walid.

—¡Y contigo, hermano Jaled! —El hombre, de unos treinta y cinco años, metro noventa de estatura y cien kilos de peso, se movía con mucha más rapidez y ligereza de lo que su robusto cuerpo pudiera indicar—. Me alegro de que hayas venido hoy a la oración.

—Sabes que no me pierdo la oración nunca, lo que pasa es que si me encuentro trabajando y no puedo acercarme a la mezquita para cumplir con mi obligación lo hago donde puedo. —Jaled levantó la cabeza por primera vez, pero fijó la vista en uno de los botones del camisón de Walid en señal de humildad y respeto.

—Lo sé, hermano, lo sé. Eres un buen musulmán y, por eso, tu recompensa por fin ha llegado.

Jaled no pudo contenerse más y alzó la vista para mirar a la cara a su interlocutor, intentando averiguar a qué recompensa se refería exactamente.

—¿Qué quieres decir, hermano Walid?

Walid lo agarró por un brazo y lo alejó de la salida para evitar que les oyera alguien. Se inclinó un poco hacia él para hablarle casi a susurros.

—Él ha llegado y ha accedido a verte.

Jaled volvió a levantar la cara para escudriñar el rostro de Walid.

—¿De veras? —Walid asintió con un movimiento de la cabeza—. ¡Dios es grande! ¿Y cuándo tendré el honor? —preguntó impaciente Jaled.

—Pronto, hermano mío, pronto. Tú prepárate porque pronto tendremos que partir hacia nuestra sagrada misión.

—Yo siempre estoy listo, Walid. No necesito nada para ir al encuentro del Señor.

Dos días después
Madrid
Junio de 2006

—Sabía que acabarías reconociendo el camino trazado para ti. Bienvenido seas, hermano.

Beni Salem se acercó a él y le abrazó. Cuando se separaron inclinó la cabeza y después musitó «Gracias». Hizo un gesto para que traspasara el umbral del local y Jaled obedeció.

Entró en el pequeño bajo que hacía de mezquita y centro de reunión social de los musulmanes del barrio. Con la sucia pintura de las paredes desconchada en varias zonas y el suelo cubierto de losetas de exterior que nunca habían disfrutado de una buena limpieza, el local distaba mucho de ser un lugar agradable. Por el contrario, su mala iluminación y la falta de ventilación impelían a abandonarlo a la mayor rapidez. En la ciudad había varias mezquitas de reciente construcción sufragadas con las donaciones de la comunidad musulmana de Madrid y algunos países árabes, pero el grupo prefería reunirse en un local separado, casi clandestino, porque la doctrina que predicaba el imán Mojtar no era del agrado de los grandes patrocinadores, además de ser objeto de una severa vigilancia por las fuerzas de seguridad que le seguían muy de cerca donde quiera que se desplazase.

Allí se encontraban una docena de hombres de diferentes edades, casi todos con barba larga y vestidos con los típicos camisones largos de Oriente Próximo. Era obvio que no pretendían pasar desapercibidos. En sus ojos brillaba una mezcla de pasión y desconfianza y, aunque dedujo que cada uno tenía motivos diferentes para pertenecer a la organización, todos parecían compartir la pasión por el martirologio.

Apenas si permaneció el tiempo suficiente para saludarles con una inclinación de cabeza, ya que enseguida le invitaron a continuar camino hacia un pequeño cuarto trasero donde se encontraban el imán Mojtar y tres hombres sin barba, pero de aspecto aún más siniestro que los otros a los que había dejado atrás.

—Hermano, tu nueva vida comienza ahora. Has sido escogido, alabado sea Dios y su Profeta, para viajar a Tierra Santa y formarte. Cuando estés preparado, participarás en nuestras misiones sagradas, entre tanto, ve con Dios.

El imán Mojtar, un hombre alto y fuerte, con más aspecto de guerrero que de hombre de fe, pronunció con voz firme y decidida las palabras con las que le reconocía como nuevo miembro de su organización secreta. Un escalofrío recorrió su espalda. Estaba dentro. Después de un año trabajando de manera encubierta, había logrado convencerles de su vocación y fidelidad. A partir de ahora empezaba la verdadera aventura y sintió miedo y excitación a partes iguales.

—¡Dios es grande! —exclamó Jaled.

—¡Dios es grande! —le respondieron los cuatro hombres que se encontraban en el cuarto y su acompañante.

Beni Salem le tocó levemente el codo para indicarle que debía marcharse. Él inclinó la cabeza

y se dio la vuelta. Los presentes creyeron ver en su gesto la admiración a Mojtar. Nada más lejos de la realidad. Su gesto de pleitesía le había dado unos segundos preciosos para poder pulsar el botón varias veces sin que nadie se diera cuenta. Salió de allí con la cabeza gacha fingiendo modestia mientras se estiraba las mangas de su camisa esperando que la tela no hubiera tapado el objetivo camuflado en un botón. Ahora tenía que encontrar la manera de escabullirse para transmitir la valiosa información que había logrado recopilar tras haber permanecido tantos meses infiltrado.

En algún lugar de Yemen
Agosto de 2008

Aunque había pasado algunos veranos en casa de su tía Huda en Jordania y sabía muy bien del calor que hacía en Oriente Medio, nada le había preparado para esa experiencia en el desierto del Yemen. Si existía el infierno debía de ser como ese páramo alejado de todo atisbo de civilización, yermo y desolado. Un mar de arena y agonía, un desierto de humanidad.

En medio de ninguna parte, viviendo en precarias tiendas de campaña, sufriendo las fuertes oscilaciones térmicas entre el calor insoportable de los largos días del estío y el fresco casi helado de las cortas noches, aguantando la sequedad ambiental y el polvo constante, con poco que comer y casi nada que beber, sentía que empezaba a perder la razón. Aunque estaba donde se suponía que debía de estar, y pese a que había tenido que afrontar situaciones muy incómodas antes de llegar ahí, el campamento yemení superaba con creces sus peores pesadillas.

Había iniciado el viaje en Madrid y su primera escala había sido Berlín, donde había permanecido quince días viviendo en una pequeña casa no muy lejos de una mezquita de la organización. Aprovechó ese tiempo para pasear y recorrer la ciudad, aunque en ningún momento intentó contactar ni con su familia ni con sus amigos. Sabía que en la organización se valoraba positivamente que se cortaran los lazos con la vida anterior, pero, por otra parte, la rigurosa investigación que llevaban a cabo sobre cada nueva incorporación podía hacer que un distanciamiento tan radical levantara sospechas entre aquellos que le vigilaban de cerca. Decidió seguir su instinto y mantener un perfil bajo a la espera de instrucciones de la organización. No tardaron en llegar, lo que le obligó a volar a Kiev y desde allí a Turquía.

En Estambul vivió tres largos meses compartiendo casa con un panadero y su familia, a los que ayudó de buen grado en sus labores cotidianas. No le importó madrugar ni tampoco tener que trabajar mucho. El esfuerzo físico le ayudaba a mantener bajo control su ansiedad al tiempo que aprendía un oficio. No tardó en cogerles afecto. Eran buena gente y colaboraban con la organización más por miedo que por fe. Una mañana entraron en la panadería dos hombres con traje de chaqueta y aspecto de policía secreta e hicieron unas cuantas preguntas con muy malos modos. Apenas entendía el turco, pero el lenguaje corporal de los agentes no dejaba lugar a duda sobre su visita. Tal y como se temía, el panadero dio aviso a la organización y esta decidió sacarlo de Turquía y llevarlo a su destino final. La precipitación le obligó a iniciar su viaje hacia el sur en autobús. Afrontando con mucho temor el recorrido por una Siria en guerra, salvo tres o cuatro paradas inesperadas, media docena de desvíos y otros tantos cambios de medio de transporte logró alcanzar la frontera con Jordania sin demasiados contratiempos ni sobresaltos. Desde allí fue fácil embarcarse en un avión rumbo a Saná.

Durante las largas horas de viaje se entretuvo escribiendo mentalmente una guía turística sobre el convulso Oriente Próximo de comienzos del siglo XXI. Con todas las incomodidades que había

tenido que afrontar, tanto por los medios de transporte como por los lugares en los que durmió y comió, se sintió como uno de los valerosos aventureros que, ajenos a cualquier tipo de temor, se adentraron siglos atrás en la península arábiga con el fin de iniciar nuevas rutas comerciales con Europa, o simplemente por el afán de conocer nuevas culturas y ver paisajes drásticamente diferentes a los de sus hogares.

Levantó la cabeza y miró al cielo. El sol caía a plomo. Intentó secarse el sudor con el borde de la sucia manga de su uniforme de campaña. Sonrió para sus adentros buscando animarse. Por lo menos estaba recorriendo mundo y conociendo la geografía como nadie: palmo a palmo, o quizá fuera mejor decir grano de arena a grano de arena. Lo había hecho sin sufrir ninguna enfermedad grave y conservando la integridad física…, porque la moral…, esa hacía tiempo que la había perdido por el camino. Uno de los compañeros salió de una tienda y le llamó. El resto de los hombres ya se habían subido a los vehículos todoterreno. Hoy le tocaba guardia y tenía que recibir las últimas instrucciones. Antes de ir junto a él, respiró hondo y se ajustó el pantalón. Su equipo estaba en su sitio y listo para ser utilizado. Por fin había llegado la hora.

En los momentos más duros, cuando más solo se encontraba, cuando más miedo tenía, cuando más dolor sentía, su rostro era el tablón al que se aferraba. Era muy consciente de que después de tanto tiempo quizás habría rehecho su vida sentimental y tuviera pareja. Reconocía, con la fría indiferencia que da ser el culpable del distanciamiento, que ella sería la depositaria del amor de otro hombre, que la haría suya una y otra vez. Solo esperaba que la quisiera de verdad, la respetara, le diera todo el placer que se merecía y, si era capaz, la hiciera feliz.

Saber que vivía una vida cómoda y segura le reconfortaba. Pensar que se encontraba muy alejada de los diversos infiernos que él había recorrido y que, en cierta medida, gracias a su esfuerzo y sacrificio estaba a salvo aliviaba el dolor por la separación, calmaba la angustia de no estar con ella.

Se lavó las manos y la cara. Después se echó el agua templada de la jofaina sobre el torso sudoroso. Era toda la higiene que podía permitirse, aun así se sintió como si se hubiera dado un largo baño. No le importó haberse mojado el pantalón. Por un instante le vino a la mente Poncio Pilatos. ¡Claro! La Biblia cristiana mencionaba que Pilatos se había lavado las manos después de haber entregado a Jesús a la justicia romana. No era su caso. Él no había traicionado a un inocente, sino que había librado al mundo de una bestia cruel y sanguinaria, artífice de múltiples atrocidades y responsable de decenas de atentados. Y lo había librado, no sin antes hacer que le diera toda la información que tenía, lo que, además de permitirle desmantelar su organización y conocer sus conexiones con otras, evitaría muchas muertes más. Por eso no se había sentido mal. De hecho, no había sentido nada más que alivio por poder terminar con los largos meses infiltrado en este grupo terrorista y la tortura que ello le había supuesto. Matar no le hacía feliz, pero cuando era necesario no le temblaba el pulso. Hacía mucho que había asumido que, si había otra vida tras la muerte física, a él le tocaría ir al infierno en castigo por las que había arrebatado. Aunque sospechaba que no podía ser peor que lo que había vivido en los últimos años y lo que probablemente viviera los siguientes. Ya nada quedaba de aquel joven recién salido de la universidad, idealista y deseoso de enrolarse en el CNI para salvar al mundo del terrorismo islamista. Ahora solo había un duro y experto agente secreto a punto de rematar con éxito la misión que le había ocupado tres largos años, aunque parecía que hubieran sido trece o incluso en ocasiones, treinta. Iba a coger una toalla que encontró sobre una silla, pero después cambió de

idea. Nada de huellas y mucho menos ADN, los terroristas eran cualquier cosa menos tontos. Además, permanecer mojado le ayudaría a soportar un poco el sofocante calor del exterior. Echó un vistazo a la tienda para asegurarse de que no dejaba ninguna pista. Satisfecho miró al difunto sobre el catre y sonrió.

Resulta que Mojtar, el «elegido», no había podido escoger su forma de morir porque él le había privado del martirologio. No podría entrar al paraíso como un *shahid*, como un mártir, e iría al infierno, su infierno, el que se merecía, condenado como un *yaban*, como el gran cobarde megalómano que era y no como el héroe elegido que había fingido ser durante tantos años. Lo que más satisfacción le producía era que Mojtar había sido consciente, antes de su muerte, de que con su delación, involuntaria, eso sí, había sentenciado el fin de la organización, marcando el fracaso de su objetivo principal: infligir tanto dolor a Occidente como fuera posible. Oyó el ruido de un todoterreno y supo que habían venido a buscarle. Misión cumplida, por fin.

«Adiós, Mojtar, espero que te revuelvas en tu tumba. Nos veremos en el infierno».

Hoy podía dar por cumplida la misión que se había propuesto aquella aciaga mañana del 11 de marzo de 2004 y cuya andadura comenzó unos pocos meses más tarde. Descabezada la organización, solo restaba apresar a todos sus miembros a la mayor brevedad posible. El factor sorpresa era fundamental. Puede que este grupo terrorista no fuera el que había ejecutado tan horribles actos, pero su vinculación con aquellos estaba demostrada y para él era más que suficiente.

Mientras el todoterreno comía kilómetros por la desigual carretera del desierto, Micky sintió que sus amigos y todas las demás víctimas podrían descansar en paz, tanto él como sus compañeros se estaban dejando la vida para impedir que otros inocentes sucumbieran a la acción criminal del terrorismo islamista.

9

Sospechas

No son muchos los que pueden aguantar el dolor físico, pero menos aún son los que soportan la incertidumbre que provoca la sospecha. Porque la duda que inicialmente inquieta acaba por convertirse en un ácido que corroe todo lo que se encuentra en su camino: la sensatez, la madurez y la confianza. Nada más destructivo que temer que algo no va bien, sospechar que alguien nos engaña o desconfiar de que no tenemos toda la información para que nuestro cerebro, esa máquina infernal que todo lo controla en nuestro cuerpo, ponga en marcha todos sus engranajes hasta transformar una simple mota de polvo en una montaña de granito imposible de sortear sin ayuda.

Túnez
16 de julio de 2016

Había ido a recibir a la delegación española en calidad de jefe de la Unidad Especial de Coordinación Internacional, con la tapadera de ser un empleado de una empresa turística de Susa. La recepción y el traslado a los dos vehículos que los transportarían al centro de la capital habían transcurrido con normalidad pese a la inicial frialdad de los españoles. El saludo había sido cordial aunque distante, y a Bader no le cupo ninguna duda sobre la rigurosa formación militar de todos ellos. En cuanto pisaron tierra entraron en modo alerta y solo cuando comprobaron que todo su equipo se encontraba completo y en perfecto estado comenzaron a relajarse. Al entrar en el todoterreno la tensión se diluyó aún más, aunque los españoles no dejaron de estar atentos a todo cuanto les rodeaba. A Bader le agradó la disposición a mantener una charla amigable por parte del responsable de la delegación española, el comandante Madariaga. El líder, un hombre de aspecto serio y adusto, resultó ser sorprendentemente sociable, si bien hermético en cuanto al caso que les ocupaba. Su discreción se debía, sin duda, a su prevención sobre la existencia de micrófonos en el vehículo. Si el agente español había logrado llevar a cabo tantas misiones con éxito, tal y como indicaba su expediente, seguramente se debía, entre otras razones, a que era muy precavido. Y eso le gustó. Lo que ya no le gustó tanto fue lo que sucedió al llegar a la sede de la Dirección General donde los aguardaban la inspectora Daudi y su colega recién llegado de París, Paul Allainville.

—Ya nos conocemos, ¿verdad?

La hermosa inspectora Daudi pareció turbarse un poco al verles entrar en la sala de reuniones, aunque enseguida recuperó la expresión de su rostro. Ello sorprendió al comandante Bader. Hasta ese momento, había considerado a la guapa agente secreto invulnerable a los encantos del género masculino. Sin embargo, el jefe de la delegación española, el comandante Madariaga, había logrado vencer las defensas de su homóloga francesa y a Bader no le cupo la menor duda

de que se conocían desde hacía tiempo y que el conocimiento que tenían el uno del otro era muy, pero que muy íntimo. Y eso le fastidió, y mucho. Y todavía le fastidió más ser consciente de ello. Madariaga se le había adelantado con la inspectora Daudi y en su interior surgió una involuntaria animadversión, tan absurda como inconveniente. «Mal empezamos». Se sintió como un crío al que le han robado un juguete y no puede protestar porque quien lo ha hecho es el chico más popular del cole y, además, le cae bien.

No es que el español fuera un hombre altivo, prepotente o impertinente, sino todo lo contrario. Desde su llegada se había comportado de modo muy discreto y tranquilo, interviniendo solo cuando era estrictamente necesario y de manera sumamente sensata. Pero por algún motivo que a Bader se le escapaba, siendo el comandante Madariaga uno de los pocos hombres que se merecía su admiración y respeto profesional, también era el que más le irritaba por su impecable bagaje y la imposibilidad de encontrar algún fallo en su historial. El informe sobre su formación y los servicios al país, siendo limitado, le describía como uno de esos héroes que solo aparecen cada generación y que hacen de su humildad y dedicación un ejemplo que emular. Algo tan escaso que parecía imposible. Y es que Bader sabía por experiencia que nadie era perfecto y que todo ser humano estaba condicionado por sus debilidades personales. Sin embargo, Madariaga parecía la excepción que confirmaba la regla.

Aunque no se detallaban las misiones en las que había participado, sí se indicaba que había permanecido infiltrado en varias ocasiones durante años y que la información de la que había provisto a su país y a los aliados occidentales había salvado muchas vidas. No contento con lo anterior, y yendo más allá de lo que el deber exigía, había sido herido de gravedad varias veces. Todo ello le había supuesto varias medallas, así como el reconocimiento de su país y de la Unión Europea, en secreto, por supuesto. Por ello, aunque Bader se esforzaba en que le cayese mal, no podía dejar de admirarle. Una contradicción que solo podía dirimirse adoptando una sola postura, o bien le odiaba o bien le admiraba. Y muy a su pesar, Bader cada vez se inclinaba más por la segunda opción.

—¿Ah, sí? —preguntó Bader, fingiendo una inocencia que estaba muy lejos de sentir.

Al percibir el escrutinio de Bader, la inspectora decidió explicarse.

—Los servicios de inteligencia de España y Francia llevamos muchos años trabajando de manera estrecha; es inevitable que hayamos coincidido en algunas operaciones.

El comandante Madariaga se volvió y por una décima de segundo estuvo a punto de lanzar una carcajada, pero se contuvo ante la fulminante mirada de Daudi. Ese gesto tampoco le pasó desapercibido a Bader.

—Comprendo. —Bader también contuvo una sonrisa—. Una lástima que la cooperación con Túnez no haya sido tan cercana también.

Se hizo un silencio incómodo. Durante un minuto eterno nadie pareció dispuesto a rebatir el comentario del tunecino. Al final, el carraspeo de Paul Allainville, quien todavía no había sido presentado a la delegación española, les permitió retomar la conversación.

—¡Ah, sí! Permítanme presentarles a mi compañero, Paul Allainville. —La inspectora obvió el rango de quien pertenecía a una escala ultrasecreta de los servicios de seguridad franceses.

Madariaga y su equipo se acercaron a estrechar la mano de Allainville ante la mirada inquisitiva de Bader. La sonrisa que había asomado en sus labios desapareció en cuanto la puerta se abrió dando paso a más personas. Nunca tanta inteligencia internacional se había reunido en la sede central de Túnez. Aún estaban saludándose entre ellos cuando una voz elevada llamó su atención. Era la del director general conminándoles a tomar asiento.

Madariaga se acercó a la inspectora Daudi y le susurró al oído:
—¡Cuánto tiempo, Ingrid! ¿Me has echado de menos?
La inspectora le miró y se mordió los labios antes de contestarle.
—No más que tú, supongo, Jaled.

Mientras se dirigían a los apartamentos donde se iban a alojar durante su estancia en Túnez observó con detenimiento el perfil de sus acompañantes dentro del coche. Destacaba la impresionante Amal, de legendaria reputación como agente secreto. Había coincidido con ella en varias reuniones, pero nunca habían trabajado juntos. Estaba seguro de que esta sería toda una experiencia. Más aún teniendo en cuenta que parecía conocer muy bien al segundo pasajero, el agente español, otro de esos héroes reconocidos solo entre los servicios secretos. Se decía que había sobrevivido a más bombas y heridas que todo un batallón de la Segunda Guerra Mundial y que, gracias a su labor como infiltrado en varios grupos extremistas, había logrado frustrar numerosos atentados y salvar muchas vidas. Su rostro no mostraba ninguna emoción, algo habitual en los veteranos, pero en su mirada anidaba el dolor más profundo. Paul se preguntó si sería consecuencia de todo lo que había vivido o de alguna cuestión de índole personal. Quizás él acabara teniendo la misma mirada con el tiempo. Este trabajo podía ser apasionante, pero también muy destructivo a nivel emocional.

El tercero en discordia era el director tunecino que conducía el todoterreno y apenas si disimulaba su enfado mientras agarraba el volante con crispación. Estaba irritado y parecía que se debía a Madariaga y a Daudi. Y, por último, estaba él, desplazado urgentemente desde París, en principio para alejarle de la última operación, o más bien, de su relación con una de las implicadas, aunque estaba empezando a sospechar que, además de un castigo, esta misión era una prueba. No es que nunca hubiera trabajado en el Magreb u Oriente Medio, pero sí era la primera vez que iba a hacerlo con un equipo internacional integrado por los mejores entre los mejores. La presencia de sus colegas era evidencia suficiente de la envergadura y relevancia de la misión, algo que no era de extrañar tras la sucesión de atentados que habían tenido lugar apenas hacía dos días. Pero también era muestra de la responsabilidad depositada en ellos. Para él, además, era la mayor oportunidad para aprender y mostrar su valía. Sonrió vagamente al bajar la cabeza para mirarse las manos. Sí, formaban un extraño y variopinto cuarteto. Tenían que aprender a trabajar juntos, confiar unos en los otros y, sobre todo, llevar a cabo la misión que se les había encomendado: capturar a los responsables últimos de los atentados. Y tanto podía ser un trabajo en agradable camaradería o en agria rivalidad. Allainville se preguntó hacia qué lado se inclinaría la balanza.

En el vehículo ninguno de los pasajeros hablaba, aunque se podía sentir cómo sus cerebros trabajaban en silencio. Sin duda, había sido una jornada muy larga. No habían dormido nada en cuarenta y ocho horas y habían estado trabajando muy duro analizando toda la información que la red de inteligencia internacional y la que los equipos de espionaje en la red oscura iban suministrándoles. El nivel de movimiento entre los diversos grupos yihadistas era apabullante y descorazonador. Demasiados frentes abiertos al mismo tiempo. Ante la envergadura del grupo de terroristas no les había quedado otra opción que adjudicar los casos más avanzados en Europa a los operativos de élite mientras se reforzaban las unidades de ciberespionaje para hacer el seguimiento al mayor número posible de potenciales operativos yihadistas. No había tiempo para verificar la verosimilitud de todas las amenazas, así que no quedaba otra opción que dedicar sus

esfuerzos a controlar a los individuos con más probabilidad de llevar a cabo un atentado en función de su actividad más reciente en la red oscura. Y era precisamente en ese ámbito donde el grupo especial internacional iba a actuar, es decir, los cuatro integrantes del vehículo en el que se encontraba junto con el personal de apoyo con el que contaban. Cansado y somnoliento, Paul giró su cabeza para observar las calles por las que estaban circulando. Los ciudadanos seguían con sus actividades habituales totalmente ajenos al trabajo que ellos desarrollaban. Un trabajo que tenía como fin último preservar sus vidas y su cotidianidad. Un trabajo vocacional y satisfactorio que exigía muchos sacrificios, algunos muy difíciles de afrontar. Se pararon en un semáforo y el sonido de una vieja canción tunecina les llegó del coche que aguardaba a su derecha. El aroma embriagador de las especias y las melodías de amores imposibles eran una combinación de exotismo y cotidianidad. El Magreb en estado puro.

Clínica privada de Madrid
16 de julio de 2016

El enfermero salió del ascensor empujando con tranquilidad una silla de ruedas vacía.

Anduvo un par de pasos para apartarse del elevador y facilitar que otros sanitarios y visitantes pudieran entrar y salir. Aprovechó para echar un vistazo al informe que llevaba en la mano derecha y asegurarse del número de la habitación en donde tenía que recoger a la paciente para llevarla a la sala de radiología. Giró a la derecha y avanzó por el pasillo. Al pasar por el puesto de las enfermeras las saludó con un gesto de la cabeza. Ninguna le devolvió el saludo porque estaban muy atareadas revisando las instrucciones de los médicos. Ni siquiera levantaron la cabeza para mirarle. Si lo hubieran hecho se habrían dado cuenta de que era un completo desconocido. Aliviado por no haber tenido que justificar su presencia, continuó la marcha con tranquilidad. Llegó a la puerta que buscaba. Delante de ella había una silla vacía. Probablemente para el policía que debía de velar por la seguridad de la paciente. Sonrió levemente. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Abrió la puerta y empujó la silla al interior. La habitación estaba en penumbra y le costó unos segundos adaptar la vista. Enseguida ubicó el cuerpo en la cama. Estaba cubierto con una sábana y una manta y descansaba en posición fetal con la espalda hacia la puerta. Esto iba a ser mucho más fácil de lo que esperaba. Extrajo una jeringuilla del bolsillo izquierdo de su bata y un paño blanco del derecho. Se acercó con lentitud a la cama. Se inclinó sobre la paciente dormida con la intención de cubrirle la boca con el paño y después clavarle la jeringuilla, pero no pudo llevar a cabo su misión. Como si hubiera sido impulsada por un resorte, la paciente saltó de la cama y le lanzó una patada a la mandíbula que no solo le descolocó por inesperada, sino por el insufrible dolor que le recorrió como una descarga eléctrica. Oyó cómo crujía un hueso y supo que le habían roto la quijada inferior antes de que la sangre comenzara a brotar de su boca. Aturdido por la sorpresa y el dolor dio un par de pasos hacia atrás intentando evitar otro ataque, pero no fue lo bastante rápido y otra patada en el esternón acabó por derribarlo al suelo. Incapaz de respirar y noqueado por el dolor, la mujer le inmovilizó las manos colocándoselas a la espalda con unas esposas. Le dio una pequeña patada en la región lumbar para recordarle que podía hacerle aún más daño. Después se apartó de él para sacar un móvil del bolsillo de la bata que cubría su ropa y marcó un número sin dejar de mirarle. «¡Como si hubiera podido hacer algo!». Entre la sangre que manaba a borbotones y el intenso dolor a punto estuvo de perder la consciencia. Y la verdad es que hubiera sido un alivio.

—El objetivo ha sido neutralizado. Solicito transporte camuflado.

Tras cortar la llamada y darle otro par de patadas suaves en el costado para asegurarse de que seguía consciente, se dirigió a él.

—Bien, bien, amigo. Seguro que pensabas que esta operación iba a ser pan comido, pero, ya ves. No sois tan listos. ¿Qué te creías? ¿Que después de agredir a una de las nuestras íbamos a dejaros ir de rositas? ¡Pues no! Nosotros protegemos a los nuestros, siempre.

La puerta se abrió despacio. Un hombre vestido con ropa verde de quirófano y el rostro cubierto con una mascarilla asomó la cabeza para asegurarse de que todo estaba bajo control. Después abrió la puerta de par en par e introdujo una camilla, al final de la cual iba otro compañero también de verde.

Al agacharse para levantar al intruso herido, no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

—¡Joder, Tarántula! Sí que te has empleado a fondo. Menos mal que era una operación rápida, que si no te lo hubieras cargado.

La mujer, que ya se había librado de la bata, se ajustó los pantalones vaqueros y la camiseta. Esbozó una sonrisa que resultó más una mueca de satisfacción. De metro setenta de altura, melena castaña sobre los hombros y profundos ojos negros, aparentaba una fragilidad e indefensión que en nada se correspondía a la realidad. Era letal. Una de esas agentes que en teoría no existía, pero cuya labor era crucial para llevar a cabo operaciones que nunca habían tenido lugar. Era una «limpiadora» que acechaba en las sombras, de manera paciente y silenciosa, hasta que la presa se ponía a tiro. Entonces atacaba tan rápida y brutalmente que la víctima ni tiempo tenía para darse cuenta de lo que había sucedido. Rápida y letal como un arácnido. Conocida como la Tarántula provocaba tanta admiración como repulsión, lo que garantizaba su casi anonimato. Y ambas cuestiones le satisfacían enormemente.

—Sí, lo sé. Me he pasado un poco, pero es que me ponen enferma los canallas que pegan a las mujeres. ¿Habéis visto cómo ha dejado a nuestra protegida?

—Ya, pero esto… —le respondió el camillero mientras le inyectaba un anestésico al hombre herido—. A ver cómo lo explicas en el informe.

La mujer no le contestó. Se limitó a abrir la puerta para comprobar quién estaba en el pasillo, la volvió a cerrar y se dirigió al camillero.

—¿Quién dijo que va a haber informe? Esto nunca ha sucedido, ¿lo entiendes?

El camillero miró a su compañero y se encogió de hombros.

—No sé de qué me hablas. Nos hemos pasado toda la mañana revisando fotografías de sospechosos.

—Así me gusta, compañero, así me gusta. —La mujer le dio unas palmaditas en el hombro antes de volver a abrir la puerta e indicarles que ya podían salir. El agresor yacía inconsciente en la camilla, lo cual era una suerte para él, porque además de la mandíbula rota, la mujer se había asegurado de romperle algunas costillas.

Centro Nacional de Inteligencia
Sede secreta, Madrid
16 de julio de 2016

La Tarántula entró en el despacho del coordinador general de operaciones especiales. Un hombre de unos cincuenta años, metro ochenta de altura, pelo canoso y complexión atlética se encontraba de pie mirando por la ventana. Tenía un rostro atractivo y su mirada azul era intensa, con un

cierto destello benevolente, muy útil para ganar la confianza del interlocutor cuando se quería conseguir información. Víctor San Juan había entrado en el ejército al cumplir los dieciocho años. Proveniente de una familia humilde y desestructurada, pese a haber obtenido unas calificaciones excelentes tanto en el bachillerato como en la selectividad, la falta de recursos le impedía cumplir su sueño de estudiar en la universidad. Pero él no quería quedarse atascado en el pueblo cultivando la tierra de sol a sol y bebiendo vino barato todas las noches en el único bar de la localidad. Sabía lo que la frustración y la falta de objetivos hacía en las personas. Lo había vivido en su casa desde la infancia. Su padre era un alcohólico que apenas era capaz de arañar lo suficiente de la tierra como para alimentar a su familia y pagarse los vicios. Su madre, una mujer tan buena como de poco carácter, se había desgastado limpiando casas de otros para poder comprar ropa y libros a sus tres hijos y evitarles la vergüenza que su pobreza podría ocasionarles primero en la escuela y luego en el instituto.

Siendo el mayor sabía que su padre esperaba que tomara el relevo en los campos, pero él tenía otros planes. Un día que las clases acabaron antes de lo habitual por faltar un profesor, aprovechó para tomar el autobús de línea y desplazarse a la capital. Allí se dirigió al cuartel y tras obtener la información que buscaba firmó su solicitud de ingreso en el ejército para cuando terminara la selectividad. No le comentó a nadie su decisión, ni siquiera a su novia de entonces. Por eso, cuando en el mes de septiembre le llegó la comunicación oficial de su incorporación, se produjo un gran revuelo en casa. Su padre entró en cólera mientras su madre se sumía en un mar de lágrimas. Nadie entendió su acción, pero él estaba decidido a salir del bucle pernicioso al que parecía que querían condenarle. Hizo su maleta y, con el poco dinero que había conseguido haciendo pequeños trabajos durante el verano, le dio un beso a su madre y a sus dos hermanos y se marchó de casa sin despedirse de su padre. Pese a que al salir tenía un nudo en la garganta y le costaba respirar, con cada paso que daba en dirección a la parada del autobús, la pesada carga que llevaba sobre sus hombros se fue aligerando. Iba en pos de un futuro mejor. Él no quería convertirse en un hombre amargado y vencido como su padre. Sabía que no iba a ser fácil y que en el peor de los casos podía fracasar, pero al menos podría sentirse orgulloso por haberlo intentado. Sin embargo, eso no impidió que se le llenaran los ojos de lágrimas cuando el vehículo arrancó.

Los primeros dos años en el ejército fueron muy duros. Acostumbrarse a la disciplina y al entrenamiento le llevó semanas y en más de una ocasión estuvo a punto de rendirse, pero en cuanto se habituó fue progresando lenta e implacablemente. Aprendió todo lo que pudo, hizo todos los cursos de todas las especialidades que le ofrecían, aunque eso supusiese tener que estudiar hasta tarde por la noche y no salir los fines de semana. A los dos años le ofrecieron la posibilidad de compaginar su trabajo con los estudios universitarios y aceptó. Cinco años de duro trabajo sin descanso que le permitieron acceder al título de ingeniero que tanto ambicionaba. Después fue ascendiendo en el escalafón. Otra oportunidad para estudiar Derecho y otros cinco años más de duro estudio, aunque con menos presión, puesto que al ser oficial gozaba de más tiempo. A los treinta años no solo era teniente, sino que poseía dos títulos universitarios y varias maestrías profesionales. Para ello había tenido que sacrificar una docena de años de vida personal pero no lo lamentaba en absoluto.

Como vivía en el cuartel y no tenía apenas gastos, ahorró casi todo lo que ganó, por lo que pudo sufragar los estudios de Enfermería de su hermana y de Arquitectura Técnica de su hermano pequeño. Durante ese tiempo, su padre se fue hundiendo cada vez más en el alcohol mientras su madre sufría en silencio sus agresiones verbales. Devota católica y muy tradicional,

se aferró a su obligación como esposa para soportar el infierno de su matrimonio. Hasta que un día su marido le dio una paliza que la llevó al hospital. Los tres hermanos hicieron una piña para convencerla de que no podía seguir así. No fue fácil, pero al final accedió a mudarse a un pequeño pisito de la capital y a que sus hijos le costearan los gastos hasta que ella pudiera organizar su nueva vida de manera independiente. Así que Víctor, que había eludido todo contacto con su progenitor durante más de una década, regresó al pueblo del que había salido para enfrentarse a su padre y poner fin a toda una vida de sufrimiento.

Lo encontró, ¡cómo no!, en la taberna del pueblo. Le invitó a salir para hablar lejos de oídos indiscretos, pero se negó. Envalentonado por el alcohol empezó a insultarle y a burlarse de él. Quería provocarle. Pero, aunque Víctor a punto estuvo de callarle con un par de puñetazos, logró contenerse. No valía la pena poner en riesgo la carrera por la que tanto había luchado para darle una lección a su padre. Se limitó a sujetarle por las solapas de la chaqueta y acercarlo a él. Pesaba poco, estaba claro que no comía lo suficiente y bebía demasiado. Apestaba a sudor, a alcohol y a suciedad. ¿Quién sabía cuándo habría sido la última vez que se había duchado? No era rival para un hombre joven y fuerte como Víctor, que se entrenaba duramente al menos tres horas al día.

—Escúchame bien, viejo borracho. Esta es la primera y última vez que le pones la mano encima a mi madre. —Víctor le miró fijamente a los ojos, sintiendo como todos los hombres en la taberna y algunos curiosos más le observaban desde la puerta abierta y las dos ventanas del local.

—¿Ah, sí? ¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú? ¿Un mocoso jugando a los soldaditos?

Su padre le retó sonriendo y se dio cuenta de que en otro tiempo aquella sonrisa le habría puesto los pelos de punta y le habría hecho huir, pero en ese momento solo le inspiró lástima y vergüenza.

—Pues sí. Además, quiero que sepas que ya hemos solicitado una orden judicial de distanciamiento y que mamá ha iniciado los trámites del divorcio. A partir de ahora, solo te comunicarás con su abogado.

—Psss… ¡Porque tú lo digas! Yo veré a mi mujer cuando quiera y como quiera. —Su padre intentó separarse de él, pero no pudo. Víctor lo tenía agarrado con tanta fuerza que le resultó imposible hasta apartar su mirada.

—De eso nada. —La voz de Víctor resultó atronadora en el silencio del local—. Mi madre tiene la protección de la ley, pero, sobre todo, me tiene a mí. Ahora voy a casa a recoger algunas de sus cosas y dentro de unos días enviaré a alguien a recoger todo el resto, junto con lo de mis hermanos. Ninguno queremos saber nada más de ti. Y como se te ocurra venir a buscarnos, a alguno de nosotros, que sepas que la policía está advertida y puede detenerte.

—¿Así me pagas lo que he hecho por vosotros? ¡Cría cuervos! —Su padre movió la cabeza en sentido negativo—. Pero tu madre no me va a dejar así como así. Ella no. Se casó conmigo hasta que la muerte nos separe y…

—Y ¿qué? ¿Crees que te queda mucho? Eres un asqueroso borracho que está destrozado por dentro. Además, te recuerdo que fue mamá la que trabajando de sol a sol ganaba el dinero para que pudiéramos comer y vestirnos mientras tú te bebías lo poco que ganabas. —Víctor lo izó un poco más—. No te debemos nada. Absolutamente nada. Por lo tanto, nada tendrás de nosotros. ¡Bastante daño nos has hecho ya! Olvídanos, porque nosotros ya nos hemos olvidado de ti.

Víctor lo soltó y su padre trastabilló hasta casi caerse encima de unos parroquianos que observaban la escena completamente atónitos.

—¡Esto no se va a quedar así! —Su padre se levantó y le amenazó señalándole con un dedo.

—¡Tú verás! La Guardia Civil del pueblo está advertida y aquí todos tus vecinos son testigos de lo que te he dicho. Si no quieres problemas, sigue con tu vino y déjanos en paz.

Víctor se colocó bien la ropa y después de disculparse por el escándalo se marchó en dirección a su casa. Su padre salió trastabillando del local y le gritó algunas imprecaciones que ni se molestó en escuchar. Sentía tanto asco que no quería pasar ni un minuto más de lo necesario en aquel abandonado lugar. Solo le quedaba recoger las cosas de su madre para marcharse a toda velocidad y no volver.

Entró en la casa familiar. Los pocos muebles del hogar estaban revueltos tras la pelea de sus padres. Vio los platos rotos en el suelo y sintió que epitomizaban los sueños y las esperanzas hechas añicos de su familia. Todo por un hombre que no había sido capaz de seguir luchando contra la adversidad. Víctor fue al dormitorio de sus padres. Abrió el viejo armario para recoger las pertenencias de su madre. Su exigüidad evidenció aún más las penurias por las que esa mujer había pasado toda su vida. Pero hasta ahí. La injusticia había llegado a su fin. Y en ese momento fue consciente de que lo que quería hacer en su vida era precisamente evitar que siguieran produciéndose.

No era un héroe ni un hombre con una capacidad intelectual destacada, pero era muy trabajador y tenía una gran vocación de servicio. Así que, tras pasar por diferentes institutos armados, al final encontró el lugar en el que mejor podía proteger a su país y a sus compatriotas de todas las terribles amenazas que acechaban por todas partes. Y ahí llevaba desempeñando su labor desde hacía veinte años. Tenía instinto y era tenaz, lo que unido a su esfuerzo, dedicación y profesionalidad le había permitido ir ascendiendo hasta llegar a casi lo más alto del escalafón. Se sentía muy satisfecho por el deber cumplido, aunque en ocasiones no le pareciera suficiente.

Al oírla entrar se dio la vuelta.

—Bien hecho, Tarántula, bien hecho. Un trabajo impecable.

—Gracias, señor.

—Le estamos interrogando para que nos diga quién le ordenó ir al hospital y, a ser posible, delate al mayor número de compañeros.

—No será fácil sonsacarle, señor. —Tarántula permaneció de pie en posición de descanso. Su formación militar era tan evidente como su desprecio por el hombre al que acababa de atrapar.

—No lo sería si utilizáramos los métodos habituales, pero, en este caso, el tiempo es crucial. Debemos averiguar quiénes están detrás de todo esto antes de que se den cuenta de que su efectivo ha fracasado. Hay demasiado en juego, así que vamos a agilizar un poco el proceso. —La mujer asintió entendiendo cuál iba a ser el método para hacer hablar al detenido—. No creo que tarde mucho en hablar, quiero que te prepares y estés alerta porque pronto tendremos que volver a actuar.

—Sí, señor. —La mujer sonrió. Le encantaba su trabajo.

—Quiero que hables con el jefe de operaciones para que te presente a los equipos de apoyo. De momento serán tres, pero se te proveerá de todo lo que necesites a mayores.

—Eso quiere decir…

—Eso quiere decir que este asunto tiene prioridad absoluta y presidencia nos ha dado el visto bueno a todo.

—Eso sí que es una novedad.

—Lo sé, pero no es la única. —El coordinador se acercó a tres pasos de ella—. En esta ocasión actuarás como jefa de la operación. Si todo sale bien, tu ascenso será oficial.

La vieja medina de Túnez
18 de julio de 2016

Dos hombres avanzaban a paso rápido seguidos por una mujer envuelta en una aballa. Sigilosos y veloces, de vez en cuando alguno de ellos echaba un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que nadie les seguía. A medida que se adentraban en la parte menos turística y concurrida de la medina vieja, las calles se estrechaban más y más, obligándoles a ir en fila, uno detrás del otro, con la mujer en medio. Por fin, tras un recodo se detuvieron delante de una puerta de aluminio que parecía demasiado pequeña para el hueco que pretendía tapar. Una ofensa para la vista en un entorno en el que las puertas de madera pintadas en amarillo o azul vivo y decoradas con remaches negros hacían de cualquier paseo una bella aventura estética por uno de los cascos históricos más hermosos del norte de África.

Uno de los hombres golpeó la puerta. Lo hizo con tanta fuerza que casi se sale de sus goznes. Pese a que no se podía ver el rostro de la mujer que los acompañaba, cualquier observador atento hubiera percibido un ligero movimiento de su cuerpo para controlar su risa.

—*Minhu?*[11] —preguntó una chillona voz femenina.

—Abu Haytham —respondió el hombre que había golpeado la puerta.

—*Ana maarof*[12] —volvió a chillar la mujer.

—*Yai min Faluya*.[13]

—*She aleya?*[14] —contestó con enfado la mujer.

—Me envía Abu al Abuab.[15] Traigo un mensaje para Abu Hussein.

Se hizo el silencio y, por un momento, los que aguardaban fuera temieron que la mujer no les abriera la puerta o, lo que era peor, que se escapase por algún patio comunicante o saltando de una terraza a otra. Sin embargo, al cabo de unos instantes, se oyó el torpe ruido de una llave en la cerradura. La puerta se abrió y la mujer les franqueó la entrada mientras se colocaba sobre la cabeza un pañuelo manchado con varios lamparones. El movimiento dejó a la vista sus manos cubiertas con tatuajes azules y uñas negras como el carbón. Eran unas manos grandes y fuertes pese a ser delgadas. Las manos de una mujer que había trabajado en el campo, de sol a sol, desde su más tierna infancia. Las manos firmes de una mujer duramente castigada por la vida. Las manos de una mujer marcada por una tribu no bereber, sino de las marismas del sur de Iraq tal y como su acento delataba.

Tenía unos cuarenta años, el rostro enjuto y arrugado, la mirada ceñuda y un rictus de desaprobación en la boca. Sus ojos de color ámbar habrían resultado cautivadores de no ser por la opaca personalidad de la mujer. La viva representación de la amargura y el rencor. Se apartó de la puerta para permitir que los tres visitantes entraran en su modesta casa de ladrillo y suelo de tierra, de una de las zonas más humildes y depauperadas de la medina tunecina. El irritante sonido de las chanclas por el suelo hizo que la mujer cubierta con aballa sintiera un escalofrío recorriéndole la espalda. Era un sonido parecido al de una uña rasgando la superficie de un encerado y, por un instante, la recién llegada tuvo la impresión de que lo hacía a propósito, para demostrarles que no eran en absoluto bien recibidos.

—*Al salam aleikum* —saludó el primer hombre que traspasó la puerta. Vestía una cazadora deportiva verde y pantalones de chándal azul marino con raya blanca lateral. No se podía ir peor combinado ni mejor camuflado.

—*Ua aleikum al salam* —respondió con desgana la mujer de las manos tatuadas.

—Gracias por abrirnos —continuó el hombre de cazadora verde—. Soy Abu Haytham. Este es mi primo Muley y su mujer Somer.

—No les esperábamos hasta la semana que viene —se justificó sin ganas la mujer, que no se molestó en presentarse.

—Lo sabemos, pero, tras lo sucedido en Francia, las cosas se han precipitado. —Miró en todas direcciones como si buscara algo o a alguien—. ¿Dónde está Abu Hussein?

—Aún no ha regresado del trabajo. Tenemos que mantener la tapadera para evitar sospechas. —La mujer tatuada le miró fijamente a los ojos en un gesto muy impropio de alguien sometido al dictado religioso.

—Dentro de poco eso no servirá de nada. Logramos huir antes de que tuvieran lugar los atentados, pero la policía no tardará en darse cuenta de que nosotros formamos parte de una de las células y que hemos venido a este país. Ahora todos estamos en peligro. Es hora de marcharse —afirmó Abu Haytham.

La mujer le miró con indiferencia. Sus palabras no provocaron en ella ninguna emoción, sin embargo, ver el hermoso rostro de la mujer que acababa de llegar sí que la irritó. La miró con intensidad y desprecio antes de seguir hablando.

—Ya no tengo edad para huir, ni miedo a la muerte. Y los nuestros están más que preparados y dispuestos a morir por la causa de *Alá*, *¡alabado sea su nombre!* Todos estamos deseando convertirnos en mártires, así que han venido para nada.

La mujer cruzó los brazos delante del pecho con hastío. Probablemente no fuera tan mayor como su rostro curtido aparentaba, pero sin duda su mirada era la de una persona que había padecido mil sufrimientos y ya no tenía nada que perder. La acritud de sus palabras daba a entender que los despreciaba por haber huido de Francia en lugar de haber muerto enfrentándose a las fuerzas de seguridad.

—Todos queremos convertirnos en *shuhadá*, pero todavía no ha llegado nuestro momento, y por eso no podemos correr riesgos. Es preciso que nos vayamos de aquí cuanto antes. No podemos permitirnos que alguno caiga en sus manos. Tienen métodos muy sofisticados para hacernos hablar —insistió el hombre de la cazadora verde—. Y ahora que estamos tan cerca de conseguir nuestro objetivo no podemos desviarnos del plan.

—No es momento para sacrificar a nadie. Aún tenemos mucho que organizar. Es preciso vivir para dar el golpe definitivo a esos malditos *kufar* —añadió el otro hombre, que llevaba una vieja y gastada cazadora de cuero y unos pantalones vaqueros que pedían a gritos un lavado con lejía para desinfectarlos.

—A mí, eso no me importa. Bastante tengo con seguir aquí. Ahora será mejor que se vayan. No está bien que dos extraños estén en mi casa sin mi Maher.

—Hermana, estoy yo. Tu reputación está a salvo —habló por primera vez la recién llegada.

La mujer tatuada la miró un instante con desprecio y ni se molestó en contestarle, sino que se dirigió a los dos hombres con enfado.

—Esa mujer es un peligro —sentenció la mujer tatuada.

—¿Por qué? —preguntó el hombre de la cazadora verde—. Es una hermana obediente y piadosa.

—No lo dudo, también es demasiado guapa. Su cara distraerá a los hombres. —La mujer parecía odiar la belleza y no se molestaba en ocultarlo. Uno quizá de los motivos por los que parecía tan amargada—. Mejor sería que se quedase en casa donde nadie pueda verla, tal y como hacemos las mujeres decentes.

—No te preocupes. Cuando lleguemos al frente llevará el niqab. De momento no es seguro dejarla en ningún sitio sola, por eso viene con nosotros, porque si no levantaría sospechas. Con la nueva ley que ha aprobado el Parlamento tunecino a favor de los derechos de las mujeres una ola de impiedad está azotando este país. Mejor no llamar demasiado la atención. —Las palabras de Abu Haytham no hicieron cambiar de opinión a la mujer amargada.

—Váyanse. No puedo ayudarles. Cuando venga Abu Hussein le diré que han estado aquí y le haré saber lo que me han comentado. —La mujer quería deshacerse de ellos y no se molestaba en ocultarlo.

—Me gustaría hablar con él. Tengo varias órdenes que transmitirle —insistió el hombre de la cazadora verde.

—Deme un número de teléfono y le diré que les llame. —El tono empleado por la mujer tatuada no ofrecía gran seguridad de que cumpliera su promesa.

—Mejor, deme a mí el suyo para que le llame yo.

—¡No! —sentenció con firmeza—. Si quieren hablar con Abu Hussein denme un número; si no, váyanse ya. No está bien que haya dos hombres en mi casa sin que un Maher esté presente.

El hombre de la cazadora verde se giró un poco para mirar a su compañero, quien asintió con la cabeza. Abu Haytham cogió una libreta pequeña y un bolígrafo de uno de los bolsillos de su chaqueta. La abrió y escribió unos números en ella. Arrancó la hoja y se la entregó a la mujer, que la cogió con las puntas del pulgar y el índice, a la mayor distancia posible para evitar cualquier contacto físico.

—*Maasalama*, Jala.

El hombre de la cazadora verde inclinó un poco la cabeza a modo de despedida y se dio la vuelta para salir por donde había entrado, seguido por sus dos silenciosos acompañantes.

La mujer amargada no se molestó en contestarle. Cerró la puerta apenas hubieron traspasado el umbral; tales eran sus ganas de deshacerse de ellos.

Los tres visitantes recorrieron el mismo camino que habían hecho para llegar allí en sentido inverso. En un momento dado, tras asegurarse de que nadie los seguía o vigilaba, se introdujeron por una puerta entreabierta en un callejón y la cerraron tras de sí. Cruzaron la vivienda y el patio interior, donde no se encontraron con nadie, antes de acceder a la casa colindante. Una vez allí, se detuvieron en la estancia de la planta baja que daba al patio. Era un comedor amplio con escaso mobiliario, una vieja mesa cuadrada con cuatro sillas desvencijadas y un sofá, tan desgastado que su tapicería parecía haber superado las dos guerras mundiales además de la de independencia, era toda la decoración. Allí se despojaron de la ropa que llevaban y se cambiaron por la que habían dejado colgada en los respaldos de las sillas.

—No me gusta nada. Esa mujer es absolutamente implacable.

El comandante Bader se quitó la cazadora verde antes de bajarse el pantalón de chándal y dejar al descubierto unos vaqueros de última moda.

—Tenía muchísima prisa por deshacerse de nosotros.

El comandante Madariaga también se deshizo de su disfraz. Primero se quitó la peluca y el bigote falsos, para después continuar con la chaqueta de cuero y los pantalones. A diferencia de su compañero no llevaba otros debajo, así que se quedó en calzoncillos. Ninguno de sus compañeros pareció fijarse, ocupados como estaban en cambiarse y recuperar su identidad.

—Por no hablar del odio con el que habló de ti, Daudi.

—Estoy acostumbrada a levantar pasiones de ese tipo.

La inspectora se había liberado de la aballa negra y la disdasha de estampado floral que llevaba

debajo, dejando a la vista una camiseta blanca y un pantalón vaquero. Se sentó en una de las sillas del comedor para quitarse las chanclas y ponerse los calcetines y las zapatillas deportivas que había dejado en una esquina. Soltó la goma con la que sujetaba su pelo dejando la hermosa melena libre. Por unos segundos sus dos compañeros se quedaron extasiados contemplando su belleza. No tardaron en reaccionar cuando ella se colocó la cartuchera y la pistola que había dejado sobre la silla y una cazadora de cuero marrón que las ocultaba a la vista.

—Pero tenéis razón. No me gustó nada su actitud. Si no fuera porque… —La inspectora se quedó callada unas décimas de segundo antes de continuar—. Su comportamiento me recordó al de las personas que están siendo amenazadas.

—¿Qué quieres decir? ¿Que estaba secuestrada y por eso nos echó de allí? —preguntó Bader mientras despegaba la nariz postiza.

—O… —Daudi hizo una pausa mientras se ajustaba las mangas de la cazadora. Hacía mucho calor, pero era la única manera de ocultar el arma—. O a lo mejor es porque Abu Hussein estaba dentro y le había dado instrucciones de deshacerse de nosotros lo antes posible.

—Tiene sentido. Porque, por muy amargada que estuviera, su comportamiento era excesivamente, excesivamente… —replicó Madariaga.

—Innecesariamente desagradable —matizó Bader, consciente de que el español intentaba evitar una imprecación.

—No creo que sea mala idea enviar a otros compañeros a vigilar la casa —sugirió Daudi, dando voz a los pensamientos de sus colegas—. Con un poco de suerte nuestro objetivo se encuentra allí y nos ahorrará tiempo y esfuerzo.

El comandante Bader asintió con la cabeza antes de coger su móvil y hacer una llamada. Hacía meses que no hacía trabajo a pie de calle y, aunque lo había echado de menos, hasta ese momento no se había percatado realmente de cuánto. Era inusual que un jefe de equipo como él participara directamente en una intervención de incógnito, pero no habían logrado disuadirle. Pese a confiar en sus hombres sintió que tenía que ser él en persona quien comprobara el soplo llegado desde la sede central de inteligencia de París. Su presencia era aún más necesaria, dado que Daudi y Madariaga, que eran los jefes de sus equipos, iban a intervenir personalmente. Además, conocía como nadie el casco viejo de la ciudad y con un buen camuflaje sabía que no le costaría pasar desapercibido.

Así había sido. La nariz, la dentadura postiza y el maquillaje habían modificado su aspecto de tal manera que hasta a él mismo le costó reconocerse cuando se miró en el espejo. Con las claves memorizadas y acompañado por dos de los mejores agentes secretos de Europa, la posibilidad de ser descubiertos era mínima. Aunque siempre existían riesgos, en esta ocasión todo parecía estar bajo control. Sin embargo, algo había fallado en su misión. Estaba claro que por algún motivo la mujer les había echado de allí, y tenían que averiguar cuál era. La situación era apremiante: los diferentes departamentos antiterroristas habían recibido informaciones que apuntaban a la comisión de más atentados aprovechando la conmoción provocada por los primeros y que algunos de los posibles ejecutores, e incluso algunos de sus líderes, habían buscado refugio en un país norteafricano próximo al continente europeo. Ahora que, por fin, estaban en el buen camino no podían permitirse perder la pista. Había que averiguar lo que de verdad le ocurría a la mujer amargada y para ello contaba con el mejor personal, además de un par de micrófonos que habían logrado instalar sus compañeros mientras él la distraía.

Susa, Túnez
20 de julio de 2016

El comandante Bader se dirigió a una mesa al fondo de la cafetería del hotel. Era uno de los locales de mayor lujo de la ciudad a los pies del Mediterráneo. Había regresado a Susa para mantener la tapadera de sus funciones como jefe de la comisaría de esa ciudad, aunque, aun estando físicamente en la bella ciudad costera, su mente se encontraba muy lejos de allí. Nunca lo reconocería, pero estaba ansioso por tener noticias de los otros dos miembros de su equipo. A la espera de que Madariaga y Daudi se pusieran en contacto con él, se había dedicado a estudiar con ahínco el ingente volumen de información que le llegaba de la capital. Cuando su cerebro se bloqueaba por el cansancio, encendía la televisión y se distraía analizando el bombardeo de noticias de los diversos medios de comunicación. Y así se había pasado los dos últimos días. Pero todo tenía un límite y su cuerpo acabó acusando no solo la falta de sueño y el sobreesfuerzo, sino también la tensión y la impaciencia. Incapaz de hilar una idea coherente y con la cabeza a punto de estallar, decidió que era hora de apagar su ordenador portátil y la televisión. Guardó el aparato electrónico y otros documentos confidenciales en una caja fuerte oculta tras una estantería de madera y cuando estuvo seguro de que no había dejado nada a la vista sacó el arma del primer cajón de la derecha de su mesa y se la enfundó en la cartuchera. A estas alturas ya no le importaba que los ciudadanos le vieran armado, es más, le parecía adecuado para infundir cierta tranquilidad y confianza. Salió de su oficina y en su recorrido hasta la salida de la comisaría fue saludando a todos los oficiales con los que se encontró. Una vez en el exterior, respiró hondo. Un sol de justicia y un calor sofocante. Lo mejor para despejarse, sin duda.

Necesitaba distraerse un rato para limpiar la mente y aclarar las ideas. Era imperativo liberarse de las brumas del cansancio para poder elaborar un esquema con todo lo que se sabía con certeza y aquello que era preciso averiguar. Ese tenía que ser el punto de partida que les permitiera desenmarañar la tela de araña de ideas que habían ido tejiendo en el frenesí de los últimos días. No podían seguir dando palos de ciego y mucho menos abarcar todas las pistas que iban apareciendo. Carecían de los efectivos suficientes para investigar toda la información y todavía eran más escasos los analistas que pudieran liberar el bosque de toda la maleza que lo cubría. Era preciso concentrarse en una o dos líneas de investigación que proporcionaran credibilidad y visos de ofrecer un resultado eficaz. A esa conclusión habían llegado él, el comandante Madariaga, la inspectora Daudi y su compañero Allainville, sentados alrededor de una mesa llena de viandas en uno de los restaurantes más discretos y típicos de la capital tunecina, la misma noche en la que habían visitado a la mujer de manos tatuadas.

De una manera que ninguno podía explicar racionalmente, tras esa operación se había producido una conexión y un entendimiento entre ellos que les hacía sentirse como si siempre hubieran trabajado en equipo. Pese a que provenían de entornos muy distintos y habían vivido experiencias muy diferentes, tenían bastantes cosas en común. No solo pertenecían a países que habían sufrido los golpes del terrorismo y habían llevado a cabo exitosas operaciones para desmantelar muchas células, sino que estaban firmemente decididos a impedir que otros ocuparan su lugar y siguieran cometiendo horribles atentados. Definitivamente, estaban unidos por la experiencia, la dedicación, el convencimiento y la voluntad, pero también por una fuerte conexión emocional y la simpatía y admiración que sentían unos por otros.

Era inusual que miembros de alta graduación de los servicios secretos de diferentes países

disfrutaran haciendo trabajo de campo más propio de agentes de menor rango. Mucho menos que se compenetraran tan bien trabajando juntos. La confianza instalada entre ellos había resultado tan natural que ni se habían planteado lo infrecuente que era. Cierto que Bader, en un principio, se había sentido un poco celoso de Madariaga, pero con el transcurso de las horas y a medida que lo había ido conociendo mejor, la animadversión se transformó en una corriente de simpatía haciendo que surgiera una gran complicidad entre ellos y con los inspectores Daudi y Allainville. Tanto como para esbozar un plan de actuación conjunta cuya presentación les había obligado a regresar a Madrid y a París de manera urgente. Tenían que convencer a los altos mandos y a los políticos sobre la verosimilitud de la amenaza que suponían los grupos detectados en Túnez y la necesidad de seguir las pistas que tenían en sus manos, y eso no se podía hacer por los canales habituales. Por muy controladas que tuvieran las líneas de comunicación existía un riesgo muy real de que los terroristas lograran hackearlas directamente o con la colaboración de algunos países interesados en crear el caos en beneficio propio. A río revuelto, ganancia de pescadores. No quedaba otra que hablar en persona.

Así que, mientras sus compañeros se empleaban a fondo en sus respectivos países para convencer a sus superiores antes de regresar a Túnez y el superior de Bader analizaba el informe que le había presentado para determinar cuáles serían sus siguientes pasos, el comandante disfrutaba de un poco de normalidad. Si a esa vorágine de información analizada se podía calificar de normalidad, claro. La calma antes de volver a entrar en acción. Enfrascado en leer algunos mensajes de su móvil, apenas se dio cuenta de que un camarero se acercaba con el té que le había pedido. Al apartar la vista de la pantalla y alzar el rostro para agradecerle el servicio, se fijó en una mujer que acababa de entrar y sentarse en una mesa en el extremo opuesto de donde se encontraba. Tendría unos treinta años, melena castaña clara y ojos azules. Era guapa, muy guapa, por lo que fue inevitable que Bader la observara con detenimiento. Era obvio que era una turista occidental disfrutando de unos días de ocio en Susa. Una mujer tan guapa no podía estar sola, ¿o sí? El camarero que había tomado nota de su pedido no tardó en reaparecer con su consumición: un zumo de frutas natural coronado con unas rodajas de naranja, kiwi y plátano en el borde. La mujer sonrió al camarero, pero no dijo nada, por lo que Bader no pudo deducir qué idioma hablaba, mucho menos su procedencia.

La turista se giró con la bebida en la mano para contemplar la playa que se extendía delante de ella. Aprovechando que ella no le podía ver, Bader hizo un gesto al camarero para que se acercara.

—¿Desea algo más el señor? —preguntó el camarero con una amplia sonrisa.

—Sí. Deseo información.

—Dígame.

—Esa señora a la que acabas de servir un zumo, ¿sabes si ha venido sola o está acompañada? —Bader fingió un hastío que estaba lejos de sentir.

—¿Quién? ¿*Madame* Barnack?

—¿Se llama Barnack?

—Sí, se aloja en una de las suites más caras del hotel. Y… —el camarero hizo una pausa antes de sonreír— ha venido sola.

—Está bien. Gracias. —El camarero ya se daba la vuelta para regresar a la barra cuando Bader le interrumpió—. ¡Espera! ¿Sabes de qué nacionalidad es?

—Creo que francesa, o tal vez belga. No sabría decirle por su acento.

—Bien. Ya puedes irte.

Bader bebió de un sorbo la mitad de su estikán de té y cogió su móvil antes de levantarse. Ya solo le separaban unos cuantos pasos de la turista belga cuando tres mujeres de mediana edad se acercaron a ella parloteando en alto y gesticulando. Intentaban convencerla de que las acompañase en una visita al zoco de la ciudad, pero *madame* Barnack quería relajarse antes de darse un baño en la playa. Bader aguardó a que las mujeres se marcharan para acercarse.

—Disculpe, *madame*.

La mujer le miró largamente de manera interrogativa antes de hablar. Sin duda, sopesaba si debía prestar atención al desconocido que se había dirigido a ella. Alto, delgado pero musculoso, de pelo castaño claro rizado y muy corto, ojos oscuros y mirada pícara, medio le sonreía por debajo de un buen cuidado bigote. El arma en la cartuchera le proporcionó toda la información que precisaba: un agente de la ley. No debió de parecerle una amenaza ni tampoco parecía desagradarle porque le hizo un gesto con la cabeza. A Bader le impresionó la intensidad de la tristeza en su mirada y el tono cansado de su voz.

—¿Sí?

—No he podido evitar oír a sus amigas.

—¿Y?

—Creo que ha hecho bien en no ir al zoco a esta hora. Hace demasiado calor. Si me permite le recomendaría que tampoco fuera a la playa.

—¿Por qué? —le preguntó la mujer mostrando un poco menos de hastío.

—Por el mismo motivo. El sol a esta hora es impenitente y usted tiene la piel demasiado blanca. Yo que usted descansaría un par de horas en la habitación, o en todo caso buscaría una sombra en la zona de la piscina y después iría a disfrutar de un fresco baño al atardecer. Ver la puesta del sol mientras se disfruta del agua es una experiencia única.

—Bien. Gracias por el consejo, *monsieur*… —La mujer le tendió la mano esbozando una media sonrisa.

—Comandante Bader, *madame*… —El comandante se la estrechó con firmeza, pero sin apretar demasiado.

—*Madame* Barnack.

Centro Nacional de Inteligencia
Sede secreta, Madrid
20 de julio de 2016

Micky se dedicó a observar el paisaje que se extendía a los pies del despacho donde aguardaba a recibir las órdenes de los mandos superiores. Anochecía en Madrid y a medida que se iban encendiendo las luces aumentaba su conciencia sobre la responsabilidad que había asumido en un momento de debilidad. La ciudad se veía vibrante y llena de vida, con toda su grandeza y sus miserias. Era su ciudad. Allí había nacido y allí quería morir. Por ella había sacrificado todo lo que amaba y por ella estaba dispuesto a seguir luchando, pero ya no en primera línea. Se había prometido a sí mismo dejar que fueran otros los que combatieran. Él podía ayudar, pero desde las trincheras. Sin embargo, una vez más se había dejado convencer para participar en el servicio activo y ahora solo le quedaba el recurso de enfadarse. Se sentía cansado y envejecido. Había pedido que le dieran una excedencia lo suficientemente larga como para recuperar la plenitud de sus facultades físicas y, sobre todo, mentales, pero en lugar de ello le habían impuesto una reincorporación inmediata. ¿Qué más querían de él? ¿Qué más podía dar? Ya había vertido su

sangre en varias ocasiones, casi había muerto en otras tantas y había ido más allá de lo que a una persona se le puede exigir en una vida. ¿No era suficiente?

Claro que sí. Había cumplido con creces su deber y ahora tenía derecho a reintegrarse a la vida civil. Estaba harto de afrontar las pesadillas que, noche tras noche, le hacían despertarse gritando. Había visto demasiado, había sufrido demasiado, sobre todo, había tenido que superar demasiadas veces la envergadura de la estupidez y crueldad humanas como para querer seguir enfrentándose a ella. Necesitaba paz y tranquilidad. Necesitaba ocuparse de tareas rutinarias que le devolvieran la paz de espíritu y le permitiesen recuperar a su familia y al amor de su vida. Tiempo, rutina, paz… Palabras sencillas, tan complicadas de alcanzar cuando se había elegido su camino.

No lamentaba haber tomado la decisión de entrar a formar parte de uno de los equipos especiales de infiltrados del CNI. Se sentía muy orgulloso de haber podido ayudar aún a costa de haber pagado un altísimo precio personal. Le gustaría poder seguir haciéndolo, pero había alcanzado el límite de su resistencia. Más de una década de servicio activo en el frente era demasiado incluso para alguien como él. Sus jefes debían de ser conscientes de que las pruebas psicológicas mostraban su fatiga, un grave inconveniente para una profesión en la que se tenía que dar el mil por cien siempre. Ya no se trataba de que la lucha contra el terror no le motivara. Estaba más motivado que nunca, pero no se sentía con la fuerza suficiente para continuar en el frente. Estaba convencido de que había agentes más jóvenes, tan o mejor preparados que él, para desempeñar la tarea. No en balde su experiencia y la de otros compañeros les habían permitido mejorar el programa de formación. Pero, precisamente, habían apelado a su experiencia única y particular para que no rechazara colaborar con ellos una vez más. De hecho, se habían asegurado de que le resultase casi imposible negarse después de su ascenso a comandante y la adjudicación del mando de todo el equipo español. No sabían que lo que en realidad le había empujado a aceptar era descubrir quién había logrado destapar su identidad y se había atrevido a atacar a la persona a la que más amaba en este mundo. Debía acabar con esa amenaza, costase lo que costase, y nadie podía hacerlo mejor que él. Sabía que el ataque había sido una llamada de atención. Querían hacerle daño y lo habían conseguido. Era consciente de que al estar involucrado emocionalmente era más vulnerable, pero también que ello le permitiría investigar con más interés. Estaba agotado. Suspiró. Ahora ya era demasiado tarde para echarse atrás. ¿O no?

Mientras seguía observando la ciudad a sus pies, se preguntó dónde estaría Sara, qué estaría haciendo, con quién… Agitó la cabeza un poco para quitarse las imágenes de ella haciendo el amor con otro. Con ese inglés. Sabía que era un hipócrita porque él no le había guardado las ausencias, ¿quién podría durante tantos años? Aun así, le dolía pensar que otro pudiera besar sus labios, recorrer su piel, hacerla suya… Sobre todo, tras haber sido agredida. Debería de ser él quien estuviera a su lado, cuidándola, consolándola, amándola. Y en ese preciso momento vino a su mente la imagen de Ingrid… Sonrió. De todas las mujeres con las que había estado, si no existiera Sara, la inspectora jefe Amal Daudi habría sido la elegida de su corazón, sin embargo, solo podía ser su mejor compañera de trabajo.

El sonido de la puerta abriéndose le sacó de su ensimismamiento. Entraron tres hombres y una mujer.

—Comandante, me temo que va a tener que hacer la maleta de nuevo. Aunque usted ya se lo esperaba, ¿no?

Sede secreta de los Servicios de Seguridad Exterior, París
20 de julio de 2016

—Me fiaría de tu intuición, incluso si no estuviera respaldada por los informes que nos has traído.

El comisario de la brigada francesa antiterrorista era un hombre rechoncho y con aspecto bonachón. Tenía una cara común y su gran calva le daba el aspecto de un abuelo más interesado en la buena comida y el buen vino que en cualquier otra cosa. Era una imagen engañosa. Pierre Lamoire era un espía de raza. Se había bregado en el último período de la Guerra Fría, cuando los bandos estaban bien definidos: por un lado, el Occidente liberal y democrático y, por otro, el Oriente comunista y dictatorial. Había trabajado con medios técnicos casi prehistóricos comparados con la alta tecnología que se utilizaba en la actualidad y cuando la intuición y el código de honor entre espías pesaba casi más que cualquier otra evidencia. Sí, era un veterano de la vieja escuela que lo había visto y hecho casi todo en su profesión. Pero además era un hombre inteligente y ambicioso, con una gran habilidad política, que había sabido hacer la transición a una vida de despacho sin sobresaltos. De vez en cuando trabajaba en primera línea para entrenar o apoyar a los nuevos agentes, así como para quitarse el «mono» de la adrenalina, pero cada vez lo hacía menos porque su edad y su físico le hacían más vulnerable y peligroso que útil.

Ahora se dedicaba a supervisar a los mejores efectivos destinados a combatir la mayor amenaza para la seguridad de Francia, en particular, y de Europa en general, entre los que se encontraba su alumna más aventajada, la inspectora jefe Amal Daudi. Su ojito derecho y su debilidad, aunque ella se considerase la agente a la que más se le exigía de entre todos sus compañeros.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —le preguntó la bella espía.

—A que nos den el último visto bueno desde el Elíseo y Matignon, o lo que es lo mismo, hasta que nos aprueben el presupuesto para hacer frente a los gastos que esta actuación supone.

—Pero, jefe, si tras lo ocurrido hace tres días, desde presidencia se nos ha dado carta blanca para todo.

—Mi querida Amal, una cosa es la declaración ante la prensa del ministro del Interior e incluso la del presidente, condenando firmemente lo ocurrido y amenazando con la peor de las venganzas, y otra es la dura realidad que se mide en disponibilidad de efectivos y medios. Como comprenderás, no puedo enviarte a ti sola a Túnez. Necesitamos al menos tres equipos para rotar los turnos. Y eso cuesta dinero. Por no hablar de los departamentos a los que privaremos de su gente y que pondrán el grito en el cielo, por lo que habrá que compensarles con otras cosas.

—¡Maldita política! Si siempre les hiciéramos caso no saldríamos de casa sin estar perfectamente maquillados y vistiendo a la moda.

Pierre Lamoire lanzó una carcajada. Era paradójico que la única agente que no necesitaba de ningún tipo de aditamento para dar bien en la cámara fuera la que mencionara el maquillaje.

—Ten paciencia. Es cuestión de unas pocas horas. Están haciéndose de rogar para justificar su trabajo. Si aceptaran nuestra solicitud de manera inmediata, daría la impresión de que no tienen nada que hacer y que se pliegan a lo que les indicamos los técnicos.

—Si nos hicieran caso con más frecuencia, nos hubiéramos evitado muchos problemas y disgustos, por no hablar de las vidas que habríamos podido salvar —se lamentó Amal inquieta.

—O no —replicó Lamoire—. En cualquier caso, sigamos hablando de tu informe. Parece ser que te has encontrado con un viejo conocido en Túnez.

El director no apartó la vista de su agente intentando atisbar el más leve indicio de emoción en sus ojos, pero la joven no solo estaba perfectamente entrenada, sino que parecía preparada para la pregunta.

—Si te refieres a Madariaga, sí, así es —respondió escuetamente Amal.

—Y ¿cómo te has sentido?

—Bien, ¿cómo querías que me sintiera?

—Teniendo en cuenta que estás enamorada de él y que lo vuestro no funcionó…

—Jefe, nunca hubo «lo nuestro», solo se trató de trabajo… —protestó Amal, consciente de que dijera lo que dijera no iba a lograr que su jefe cambiara de idea sobre su relación.

—Ya, porque tú te acuestas y te juegas la vida por cualquier compañero, ¿no?

—Ese es un golpe bajo.

—Y tanto, Amal, y tanto. Si crees que no vas a poder trabajar al cien por cien por tener que hacerlo con Madariaga, necesito que me lo digas ya. Tienes que ser muy consciente de que no vais a actuar en medio de las montañas de Afganistán o en la inmensidad de la provincia de Mosul, sino en el norte de África. No hay margen para el error ni para que descubran vuestras tapaderas.

—Lo haré… Lo haremos bien. Formamos un buen equipo, el mejor, y lo sabes. —Amal mantuvo firme la mirada, pero Lamoire, que la conocía bien, vio una sombra de dolor en sus ojos.

—Lo sé. Tanto Madariaga como Bader son lo mejor de lo mejor de nuestro mundo, y el hecho de que encajéis bien es una buenísima noticia, pero no podéis dejaros llevar por las emociones en ningún momento y tú…, bueno, tú sueles ser un elemento de distracción.

—Pues utilizaremos eso para distraer a los terroristas y no a los nuestros. Madariaga siempre actúa con naturalidad y, por lo poco que he tratado a Bader, también lo hará. En cuanto a mí, ya he superado todo lo que sucedió hace unos años y solo siento una gran amistad y confianza con Madariaga —aseguró Amal.

—Eso espero, Amal, eso espero. Es mucho lo que nos jugamos, y lo sabes.

Banlieu de París
20 de julio de 2016

Las instrucciones habían sido muy claras. Debía abandonar París lo antes posible. Aunque no había intervenido de manera directa en el atentado, su relación con los terroristas asesinados no tardaría en ser descubierta, lo que no solo pondría en peligro el resto de la operación, sino, lo que era peor, a la organización. Pero alejarse de su familia, de sus amigos, de su barrio no era algo fácil. No podía hacer la maleta y salir de su casa un día sin más. Implicaba dejar todo su mundo atrás. Obviamente, le excitaba la idea de viajar y conocer mundo. También le entusiasmaba poder ser útil a la causa, pero una sensación extraña comenzó a adueñarse de su voluntad a medida que el gran momento se acercaba.

Una cosa era alardear en las redes sociales y en la red profunda y otra muy distinta plantarle cara a la muerte y afrontar su destino. No es que fuera un cobarde. Nada de eso. Estaba más convencido y motivado que nunca. Se sentía extremadamente orgulloso y a la vez envidioso de sus camaradas caídos en combate. Estaba más que orgulloso porque, gracias a su sacrificio, su causa seguiría en boca de todos. Y también envidiaba el compromiso y el valor que los había convertido en mártires y les había dado acceso al paraíso.

A la vista de la actuación de la policía tenía miedo por su familia. Había presenciado cómo los gendarmes irrumpían en las casas de los parientes y amigos más cercanos de los hermanos caídos y la indignación se había apoderado de él. No habían respetado ni a las mujeres ni a los niños. Los habían separado. Mientras las mujeres eran interrogadas durante horas, los niños habían sido puestos bajo la tutela provisional de los servicios sociales. Era una táctica cruel y vulgar de presión para que las mujeres delataran a los hombres. Muchas resistirían, eran fieles a la causa, pero otras sucumbirían a su instinto maternal y acabarían por delatarles a todos. En cualquier caso, ¿quién podría reprochárselo? Al fin y al cabo, solo eran mujeres y, por lo tanto, débiles y poco dignas de confianza.

Sabía de la fortaleza de sus padres y de su hermana, pero ellos no creían en la causa. Aunque su madre y su hermana llevaban el velo y su padre acudía a la mezquita con regularidad, desgraciadamente, y para su vergüenza, se habían corrompido por influencia de la sociedad occidental en la que vivían, y estaba convencido de que acabarían por delatarle, o, lo que era peor, renegar de él. Eran *kufar*, y según el recto camino debía de prescindir de ellos si no regresaban a la senda correcta, pero no era tan fácil, los quería, y mucho. Aunque se hubieran desviado de la fe verdadera, aún confiaba en poder convertirlos; necesitaba más tiempo. Y tiempo era precisamente lo que no tenía. Había llegado la hora de marcharse y su tarea estaba inconclusa. Se sentía fracasado por ello. Sus hermanos no le habían reprochado nada, pero en el fondo sabía que no estaban satisfechos con él. Solo le quedaba confiar en que los suyos, siguiendo su ejemplo, abrazaran la fe verdadera de nuevo.

Antes de tomar rumbo a Túnez, donde se reuniría con los hermanos venidos de todas las partes del planeta, tenía que hacer algo de suma importancia. Había recibido la orden de destruir los discos duros y deshacerse de toda la documentación en papel, pero le pudo la vanidad y decidió hacer una copia de seguridad en un disco externo. Por si acaso volvía, le sería muy útil tener algo con lo que trabajar sin necesidad de empezar de nuevo. Quedaba buscar un escondite donde nadie pudiera encontrarlo.

Sede secreta de los Servicios de Seguridad Exterior, París
20 de julio de 2016

—¡Vaya! ¿A qué debo el honor de tu visita? —Pierre Lamoire forzó el sarcasmo en sus palabras.

El comisario de la brigada francesa antiterrorista estaba bastante irritado con su compañera, Cécile Branson, la flamante comandante de la Dirección General de la Seguridad Exterior Francesa, y no solo no se molestó en ocultarlo, sino que, por el contrario, se esforzó en hacerlo todavía más evidente.

—¡Como si no lo supieras! —La fría y elegante mujer echó un rápido vistazo al despacho de su compañero.

Lamoire había instalado en su oficina una robusta mesa de banquero de principios del siglo XX. Pequeña y poco funcional, resultaba incongruentemente insuficiente para la cantidad de expedientes que la cubrían. Tampoco parecía encajar con la ergonómica silla giratoria sobre la que descansaba su cuerpo, y mucho menos con el moderno estilo del despacho pintado de un matizado tono gris rodeado de una amplia cristalera exterior. Lo que sí resultaba congruente era la Emeralite, la pequeña lámpara de cristal verde de los banqueros americanos. Le daba el toque *kitsch* a la sólida mesa de caoba cubierta con un tapete de cuero viejo, teñido de verde, y sujeto con remaches metálicos.

La comandante Branson permaneció de pie frente a él esperando a que, aún muy a su pesar, los exquisitos modales por los que era tan conocido y la estricta educación recibida impelieran al veterano exagente secreto a levantarse, estrechar su mano e invitarla a sentarse en uno de los cómodos sillones de confidente. Como era de esperar, Lamoire cumplió con el ritual y solo se aposentó tras hacerlo Cécile.

—¿Y bien? —insistió Lamoire.

—Es obvio que llevamos dos investigaciones que han convergido en el mismo punto. —Era una manera muy rebuscada y elegante de manifestar que sus trabajos se solapaban.

—Eso parece —respondió lacónico Lamoire.

—Creo que en aras del bien común deberíamos…

—¿En aras del bien común? ¡Maldita sea, Cécile! ¿Es que estás practicando para postularte al Elíseo? —espetó Lamoire, mientras se inclinaba sobre la mesa sonriente.

—¿Y si así fuera? ¿A ti qué más te da? —le devolvió la sonrisa la comandante Branson.

—Nada, lo cierto es que te pega, y mucho. Además, tengo que reconocer que serías la presidente más guapa que haya tenido la Quinta República —respondió con sarcasmo Lamoire.

—¡No sabes cómo me gusta que hagas referencia a mi programa político, a mis capacidades intelectuales y a mi firmeza de carácter! ¡Por no hablar de mi don de gentes!

Branson le estaba acusando de machista y Lamoire supo que había entrado en un terreno muy espinoso. En los viejos tiempos, cualquier mujer se habría sentido halagada por un cumplido así, pero hoy podía constituir la base para una acusación de acoso. ¡Cómo habían cambiado las condiciones y no siempre para bien! Y no es que Lamoire fuera un machista que considerara que las mujeres solo eran buenas en trabajos subalternos, prueba de ello era que su mejor agente era una fémina, pero sí que echaba de menos más femineidad. Algo que él no consideraba reñido con el feminismo, aunque no tenía muy claro qué significaba ese concepto.

—Eso se da por supuesto, querida. Mucho más en quienes te conocemos desde hace tiempo. —Lamoire sonrió como un niño que había sido pillado metiendo la mano en una tarta.

—Desde luego, ¡cómo he podido dudar de ti! En cualquier caso, retomando el asunto que nos ocupa y preocupa…

—O sea, la posibilidad de que nos pisemos la investigación y uno se cuelgue las medallas en detrimento del otro, ¿no?

Lamoire no se sentía obligado a mantener las formas con una compañera a la que apreciaba, pero que le ponía de los nervios por estirada y fría. El viejo agente estaba convencido de que, con un poco más de calidez, llevaría mejor las relaciones entre compañeros y con los subordinados.

—Así es —concedió Branson—. En nuestro trabajo es inevitable que coincidamos porque los personajes involucrados tienen contactos comunes.

—Ya. ¿Y qué propones? Que nos repartamos el mérito a partes iguales o que uno se retire —expuso Lamoire con más frialdad de la que Branson era capaz de imaginar en un hombre de su talante.

Comisaría de policía de Susa, Túnez
21 de julio de 2016

Tuvo que contenerse para no saltar de su silla al verla entrar. Era la última persona que hubiera esperado volver a ver, mucho menos en su despacho. Desconcertado, pero en pleno dominio de sus emociones, se levantó con soltura y la recibió con la más amplia de sus sonrisas. Su instinto

había puesto en marcha el modo prevención.

—¡*Madame* Barnack! —exclamó Bader, mientras se acercaba a ella con la mano tendida, que ella estrechó con firmeza—. ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo usted por aquí? —Su tono alegre y amable adquirió un ligero toque de preocupación al continuar hablando—. Espero que no haya sufrido ningún percance.

—Comandante Bader, disculpe la irrupción, pero…

Bader apenas si había tenido la oportunidad de intercambiar algunas palabras con ella el día anterior, por eso, cuando volvió a escuchar su voz, que resultó sumamente dulce y acompasada, se sintió momentáneamente transportado a un mundo de ensoñación en el que le hubiera gustado perderse, pero del que regresó al cabo de unos segundos.

—Por favor, siéntese. —Bader despejó uno de los confidentes cogiendo la pila de expedientes que había sobre él para depositarla en el suelo mientras grababa en su memoria el orden de las carpetas.

—Gracias.

—Disculpe el desorden, pero estamos haciendo limpieza y…

Bader se sintió un poco incómodo y eso no era habitual en él cuando se trataba de una mujer hermosa. Había algo inusual en ella que no supo descifrar y sus alarmas comenzaron a sonar de manera atronadora en su cerebro. El suave tono de voz, su mirada limpia y con cierto grado de timidez poco habitual en una mujer de su edad, sus gestos elegantes y pausados… todo le atraía hacia ella de una manera que le sorprendía. Amal Daudi quedó definitivamente oscurecida en un rincón de su mente. Al menos, por el momento, claro. Un cazador era un cazador y una presa inasequible solo podía retener su atención durante un tiempo limitado.

—¿Puedo ofrecerle un té?

La cortesía era una forma de ganar tiempo y estudiar al enemigo, además de recuperar un poco la compostura. Confiaba en que ella no se hubiera percatado del súbito cambio de humor que se había apoderado de él. Un cambio que no solo se debía al atractivo de la turista, sino a una sutil e inquietante advertencia de su instinto. Sabía que las mujeres occidentales eran totalmente independientes y tomaban la iniciativa cuando lo creían necesario, aunque no lo fuera, pero en esta ocasión presentía que algo no iba bien.

—No, gracias, comandante.

—Está bien. Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

Con un movimiento rápido y confiado, Bader se sentó frente a ella dispuesto a escuchar a la dama belga con tanta atención como prevención. Se sentía atraído hacia ella como una polilla hacia la llama de una vela, aunque la advertencia de su instinto era demasiado fuerte como para obviarla, así que la dejó sonar insistente dentro de su cerebro.

—Verá, comandante, ayer seguí su recomendación de ir a nadar al atardecer —explicó la mujer.

—Bien hecho. —Bader no tenía ni idea de a dónde le iba a conducir la explicación, pero sabía que era mejor no presionarla para que siguiera su ritmo. Las personas eran más locuaces cuando se sentían seguras y relajadas.

—Sin duda. Como llevaba todo el día sin hacer ejercicio y soy buena nadadora decidí dar unos largos. —La mujer hizo una pequeña pausa para comprobar si su interlocutor estaba interesado —. No me gustan las aglomeraciones y, como la mayor parte de los turistas se concentran cerca de los hoteles, decidí nadar hasta los extremos. Regresaba del primer largo cuando una pequeña embarcación que acababa de llegar a la playa me llamó la atención. No me pregunte por qué,

pero me sorprendió. En general no soy ni demasiado observadora ni demasiado curiosa porque suelo centrarme en mis cosas, pero en esta ocasión algo me empujó a averiguar de qué se trataba. Fingí estar cansada y me puse a nadar lentamente de espalda.

Bader parpadeó, pero no dijo nada. Los años de profesión le habían enseñado que el porcentaje de veracidad o interés de la información que le llegaba era muy limitado. Esta vez, mientras su intuición le decía que la información era buena, también hablaba de que había algo raro en ella. Cada vez estaba más preocupado.

—Al principio pensé que eran pescadores que regresaban con la captura, o incluso que se trataba de pequeños traficantes de droga, lo cual sería un contrasentido, porque, según tengo entendido, y le ruego que no se ofenda, la droga sale de aquí.

La mujer aguardó algún gesto del policía que corroborara su argumento, pero la expresión de Bader no cambió. Por el contrario, permaneció en silencio observándola con atención y el ceño ligeramente fruncido.

—No me equivocaba. Cuando llegaron a la orilla no sacaron nada de la barca. Así que ¿de qué podría tratarse? —continuó la mujer—. No tardé en averiguarlo.

—¿Y bien?

—Eran ellos —afirmó triunfante la mujer.

—¿Ellos? —inquirió Bader sin comprender.

—Sí, lo valioso eran los tres hombres que desembarcaron en la playa y que corrieron como locos hasta buscar cobijo en las dunas. Pero ¿por qué? No podían ser inmigrantes ilegales, puesto que su objetivo es Europa y no Túnez. Puede que no ocultaran nada y simplemente hubieran ido a dar un agradable paseo en barca al atardecer, pero las prisas con las que desembarcaron y corrieron a ocultarse… era extraño. Además, ¿por qué lo hicieron a plena luz del día? No sé, algo no cuadraba.

Bader no dijo nada, se limitó a seguir mirándola. Como él no habló, ella continuó.

—He intentado olvidarme del tema, al fin y al cabo no es asunto mío, pero no he podido. Como me sentía muy intranquila, me dije a mí misma que lo mejor sería contárselo a usted, así que ¡aquí estoy!

—Ha hecho bien, *madame* Barnack. Lo investigaremos. Seguramente no es nada importante, pero ¡nunca se sabe! Además, así me ha permitido volver a verla.

La mujer se sonrojó levemente y esbozó una sonrisa.

—¿Qué le parece si, en agradecimiento por su visita y la información, la invito a tomar un café en un local encantador que no está muy lejos de aquí?

Madame Barnack le miró un instante antes de bajar la vista hacia su regazo, donde sus manos apretaban un pequeño bolso de rafia.

—Comandante, es usted muy amable, pero yo… yo no busco nada…, ¿sabe…?, acabo de enviudar y…

—Por favor, *madame*, disculpe, no quería ofenderla, es simple cortesía profesional. Además, así podrá conocer una parte de la ciudad que no entra en los circuitos turísticos. Le prometo que estará de vuelta en su hotel dentro de una hora.

La mujer dudó unos segundos antes de aceptar con un ligero movimiento de la cabeza. Bader sonrió y se levantó de su asiento. En ese instante sintió una vibración en el móvil que estaba sobre su mesa. Lo cogió y leyó el contenido del mensaje. Una sombra de preocupación cruzó su rostro, pero enseguida recuperó el gesto amable. Aún había tiempo para actuar.

Centro de Susa, Túnez
21 de julio de 2016

Bader necesitaba tiempo para reflexionar. La información que le había facilitado *madame* Barnack podía o no estar relacionada con la investigación que estaban llevando a cabo. Comenzó a elucubrar con la posibilidad de que así fuera cuando, a su regreso a comisaría, el responsable de la vigilancia de la casa de la mujer tatuada le llamó para contarle las novedades. Se le antojaba que era demasiada casualidad. Y, aunque estaba dentro de lo posible, resultaba cuando menos sospechoso. Porque ¿qué probabilidad había de que las escuchas que habían instalado en la casa de la mujer tatuada hubieran dado resultado poco después del desembarco de los hombres misteriosos? ¿Y qué probabilidad había de que ambas cuestiones estuvieran conectadas? ¿Y de que hubieran organizado el traslado de los hombres misteriosos y los ocupantes de la casa de la mujer tatuada para el mismo día? El comandante era un hombre suspicaz por naturaleza y por entrenamiento. Pero la realidad era que en la grabación se mencionaba un desembarco en Susa a plena luz del día, y eso era demasiada casualidad. Resultaba demasiado fácil, demasiado evidente para no ser una pista falsa o, lo que era peor, una trampa.

Cabía la posibilidad de que todo fuera una hábil y cuidadosa artimaña para mantenerlos ocupados mientras los terroristas trabajan en otro lugar… «No, venga, Bader. Esos hijos de puta son muy arteros, pero ¿tanto? Al fin y al cabo, ¿cómo habían podido saber que los estaban vigilando y que soy el responsable del operativo? No, no es posible, a no ser que…».

A no ser que… alguien de dentro les hubiera facilitado la información y eso era altamente preocupante. Porque el personal involucrado en la investigación había sido escogido cuidadosamente. Eran profesionales con los que había trabajado en diversas ocasiones y su lealtad parecía a prueba de toda duda. Bader intentó sacudir tan terrible sospecha de su cabeza, pero no pudo. Pese a que su corazón le impelía a rechazarla, su mente, ese implacable órgano que cada vez funcionaba más como un frío y racional ordenador, le empujaba a sopesar la posibilidad. Y la mera idea le daba dolor de cabeza.

No había nada peor que tener un topo en la casa, no solo por el daño que podía ocasionar a la operación, sino sobre todo porque podía desatar una cacería haciendo que todo el mundo desconfiara de todo el mundo, incluso de los compañeros con los que había trabajado en los momentos más complicados. Y lo que era peor, los inocentes podían resultar altamente perjudicados. El caos. Justo lo que quería el enemigo. Desestabilizarlos desde dentro para así debilitarlos y después destruirlos.

Aunque pudiera ser que no fuera ninguno de sus compañeros, sino alguien ajeno. Alguien no profesional pero sí con acceso a la información, alguien en un ámbito de poder superior. ¡Maldita sea! La situación era tremendamente complicada porque era mucho lo que estaba en juego. Él solo no podía resolver la cuestión. Necesitaba ayuda, ayuda de fiar, y para lograrla tenía que informar, pero ¿a quién y cómo? Estaba casi seguro de que los policías bajo su mando y sus superiores inmediatos eran de fiar, y también los agentes españoles y franceses, porque todos se habían jugado la vida en varias ocasiones por las misiones o por salvar a algún compañero, así que solo quedaba la opción de alguien en las altas esferas. No, no, de tan suspicaz se estaba volviendo paranoico. Pero ¿y si no era así? ¿Y si tenía razón?

La cabeza estaba a punto de estallarle. Abrió el cajón de su mesa donde guardaba un frasco de aspirinas y no lo encontró. Abrió todos los demás por si se hubiera equivocado al guardarlo; no estaba en ninguno. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que las había tomado y no

pudo, así que se encogió de hombros y se levantó. Podía encomendarle a alguno de los funcionarios que le hiciera el recado, pero decidió que tomar el aire y andar también le ayudarían a despejar la mente, y a lo mejor se le iba el dolor. Se enfundó el arma, cogió el móvil y sus gafas de sol, salió del despacho y se dirigió al exterior.

Atardecía, pero la temperatura seguía siendo lo suficientemente elevada como para hacerle sudar. Le llegó el olor a salitre y se sintió un poco mejor. Ensimismado en sus pensamientos, avanzó por las diferentes calles en dirección a la farmacia sin percatarse de nada de lo que le rodeaba. El ruido del tráfico y de las personas le envolvieron hasta hacer que los sonidos individuales resultaran indistinguibles. Por eso, cuando oyó el ruido de un coche acelerando de manera brusca tardó unos segundos en reaccionar; tardó unos nanosegundos en divisar el cañón de la pistola asomando por la ventanilla. Apenas le dio tiempo de tirarse al suelo tras uno de los coches aparcados. Cuando oyó los disparos y siguió su trayectoria con la vista presenció cómo alcanzaban a unos viandantes inocentes a los que no había podido alertar de la amenaza.

Desenfundó su pistola, se levantó y se parapetó tras el coche que le había protegido del tiroteo antes de apuntar en dirección al vehículo desde el que le habían disparado. Este continuó a gran velocidad para alejarse del lugar, pero se vio obligado a frenar a los pocos metros por un imprevisto atasco de tráfico que había delante. «Un error de cálculo, no estudiar las vías de escape ante cualquier contingencia —pensó Bader—. Unos chapuzas». Antes de salir de su escondite para perseguir a los tiradores, miró hacia su derecha. En el suelo yacían tres cuerpos, uno de ellos, el de una mujer que había recibido varios disparos y no parecía estar en muy buen estado.

—¡Llamen a una ambulancia y a la policía! ¡Rápido! ¡Y busquen refugio! —gritó antes de iniciar una insensata carrera a pie tras el coche de los agresores.

Al verle con el arma en la mano, la gente comenzó a gritar y a apartarse. Los coches se pararon en seco agravando aún más el caos del tráfico, lo que sin duda le benefició, ya que dificultó cualquier vía de escape para los criminales. O casi. Porque maniobraron de manera inesperada subiéndose a la acera. Con el objeto de abrirse paso hacia un acceso lateral, arrasaron todo cuanto se interpuso en su camino, ya fueran personas o cosas. Bader había grabado en su mente la matrícula y los datos del vehículo, pero no tenía ninguna imagen clara de los asaltantes. Aprovechando un frenazo ante un obstáculo en la acera, el comandante hincó una rodilla en el suelo, alzó los brazos y apuntó a los neumáticos del coche. Los viandantes parapetados y los conductores atónitos contuvieron el aliento mientras él calibraba el tiro. Disparó seis veces logrando pinchar las dos ruedas traseras y, en su opinión, también alcanzó los bajos del coche, aunque el vehículo siguió su loca carrera. Bader reinició la marcha todo lo rápido que pudo. Su objetivo era atrapar a alguno de los atacantes y evitar que hirieran a más gente.

El coche entró en un callejón lateral sin salida. No tuvo más remedio que detenerse. Dio marcha atrás. Bader se apartó de la boca del callejón y se apostó en un lugar con buena visión para disparar al conductor. No quedaba otra opción, dado que ni siquiera con los neumáticos pinchados cejaban en su huida. Tenía que obligarles a salir del coche y huir a pie, así al menos estarían en igualdad de condiciones. No podía errar el tiro porque solo le quedaba una bala en la recámara y no llevaba un cargador de repuesto.

Disparó y el coche se paró en seco. Se abrieron las dos puertas delanteras y sin moverse de su posición aguardó a que alguien saliera del vehículo. Bader avanzó con cautela por el lado izquierdo. En ese momento el conductor se asomó con lentitud, movimiento que Bader aprovechó para agarrarle por el cuello y tirarlo al suelo. Ya tenía a uno. El conductor estaba

herido en el hombro, no parecía de gravedad, pero sí lo suficientemente importante como para impedirle salir huyendo. Como no llevaba esposas, se quitó el cinturón del pantalón y le ató las manos detrás de la espalda. Iba a levantarse cuando vio a dos agentes acercarse con el arma desenfundada. Eran de su comisaría y le reconocieron de manera inmediata. Les hizo un gesto para que se agacharan y se aproximaran despacio. Con el conductor debidamente inmovilizado y custodiado, tenía que enfocar su atención en el copiloto, quien había iniciado una loca huida a pie aprovechando que él estaba ocupado.

Le vio correr por el rabillo del ojo y se lanzó tras él sin pensárselo dos veces. Llevaba una camiseta de color verde caqui y un pantalón vaquero de lo más comunes, y solo era capaz de distinguirlo porque iba corriendo. Consciente de que tenía un par de minutos de ventaja por el tiempo que el comandante había empleado en inmovilizar al conductor, cuando vio que volvía a estar detrás de él, el terrorista comenzó a disparar al aire. Su objetivo era hacer que los peatones se apartaran del camino y le permitieran correr más rápido, pero se quedó sin balas enseguida, lo que aprovechó Bader para aumentar su velocidad.

El comandante estaba en muy buena forma física. Pese a que era fumador y se acercaba inexorablemente a los cuarenta, se entrenaba todos los días que su trabajo se lo permitía, mínimo tres o cuatro veces a la semana. Por eso tardó en darse cuenta de que le costaba respirar y que la vista se le nublaba. «Pero ¿qué demonios estaba pasando?». De pronto, las piernas dejaron de responderle y cayó de rodillas. Apoyó una mano en el suelo y sintió cómo los peatones le miraban. Oyó los pasos de algunos policías acercándose. Incapaz de hablar, les hizo un gesto para que avanzaran detrás del tirador. Vio sus figuras desdibujándose delante de él antes de derrumbarse en la acera.

Hospital militar, Túnez
22 de julio de 2016

Se despertó con una terrible sensación de mareo. En la boca del estómago, las convulsiones por las náuseas pugnaban por abrirse camino a través de una garganta tan obstruida y seca que apenas dejaba pasar un poco de aire a los pulmones. Tenía la boca entre acartonada y pastosa. Lo peor era la cabeza. Parecía que se la hubieran abierto de un hachazo, hubieran metido la mano dentro y le hubieran estrujado el cerebro antes de desparramarlo fuera.

Al abrir los ojos, la radiante luz del mediodía le golpeó con brutalidad. Parpadeó para intentar ajustar la visión, pero le resultó insoportable y los volvió a cerrar. Una sabia decisión, porque un sueño pesado e irresistible se apoderó de él.

—Bienvenido, amigo.

El ligero acento le delató. Quien le hablaba no era un francés nativo, pese a su más que correcta pronunciación, por eso no le costó reconocerle. De todas las voces que hubiera esperado que le despertasen, la del comandante Madariaga era la última.

«¿Qué demonios? ¿Cómo era posible que ese hombre estuviera en su casa, en su dormitorio por la mañana?». Intentó incorporarse, pero un terrible dolor de cabeza y sobre todo el mareo le impidieron hacerlo. No recordaba haberse sentido tan débil desde niño.

—Tranquilo, comandante. No se apresure. La bala apenas si le ha rozado, aun así, la cabeza es una parte muy delicada del cuerpo y no debe esforzarse.

—¿La… la cabeza? ¿Una bala?

Bader miró a Madariaga con incomprensión, ¿de qué le estaba hablando? «¡Ay, ese maldito retumbar en su cerebro y el latido en la sien derecha!». Alzó la mano derecha para tocarse la frente y fue entonces cuando se dio cuenta de que llevaba un apósito y que le dolía horrores.

—El médico ya nos advirtió de que tardaría un poco en recuperar la memoria inmediata. ¿Sabe usted quién soy? —le preguntó estúpidamente el español.

—¡Por supuesto! —Bader respondió casi ofendido. Después se dio cuenta de que no se encontraba ni en su dormitorio ni en su cama, sino en lo que parecía una habitación individual en un hospital. En el brazo izquierdo tenía pinchado un gotero que casi le dolía tanto como la cabeza—. Puede que esté en una cama postrado, y que me duela horrores, pero todavía no he perdido la cabeza, Madariaga.

El español sonrió. El mal humor del comandante Bader era señal de que estaba volviendo en sí. Se irguió dejando a la vista a las otras dos personas que estaban detrás de él, la inspectora Daudi y su colega Allainville.

—Creo que se recuperará. Sigue con su buen humor habitual —sentenció Madariaga.

—¡Pues claro que soy el de siempre! —protestó Bader, intentando encontrar una postura más cómoda.

Al verle pugnando por alzar la cabeza, Madariaga se acercó a él y le ayudó a incorporarse. Le colocó otra almohada debajo de la que ya tenía permitiéndole estar casi a la misma altura que sus visitantes. A Bader todo le daba vueltas. Era incapaz de fijar la mirada, así que cerró los ojos. Se había incorporado demasiado deprisa. Tardó en superar el mareo.

—Y ahora ¿alguien tendrá la bondad de explicarme por qué estoy aquí? —volvió a pedir Bader.

Antes de contestarle, los visitantes acercaron tres sillas y se sentaron alrededor de la cama. Bader se dio cuenta de que era para poder hablar con él en voz baja.

—Parece que alguien no le aprecia demasiado, comandante. Un par de asesinos a sueldo intentaron abatirle a tiros desde un coche, ¿se acuerda? —le inquirió el español.

Bader permaneció en silencio durante unos instantes. Las imágenes se agolpaban en su mente de manera desordenada, pero asintió con un movimiento de cabeza que le volvió a marear.

—Resulta que, en lugar de ello, mataron a dos viandantes inocentes e hirieron a tres o cuatro más. Y usted, que tiene vocación de John Wayne, se lanzó a perseguirles corriendo. Logró apresar al conductor, pero el tirador se le escapó. No es de extrañar estando herido en la cabeza y habiendo perdido tanta sangre. Es realmente sorprendente que hubiera podido correr durante tanto tiempo. La adrenalina es una sustancia que obra milagros. Ha tenido mucha suerte de que la bala solo le rozara el cuero cabelludo. Creo que, de hecho, la cicatriz no será visible.

Bader le escuchó con atención mientras las imágenes se ordenaban en su cerebro. Ahora, además de dolorido y mareado, estaba enfadado. ¿Cómo se le podía haber escapado el tirador?

—¿Dónde estamos? —preguntó Bader.

—Pues en una base militar, al parecer, secreta. Su jefe ordenó trasladarle inmediatamente, por su seguridad y, por supuesto, por la de toda la operación —le respondió Daudi.

—¿Se sabe quién es el conductor? —El policía que había en él nunca descansaba.

—Sus colegas están en ello, pero me temo que no va a ser fácil hacerle hablar —afirmó Allainville.

—De todos modos, parece que no se trata de un delincuente común ni de un sicario a sueldo. Aunque todavía no sabemos con certeza cuál es su identidad real, sus huellas no tardarán en decírnoslo. Me temo que es miembro de alguna célula —continuó hablando Daudi.

—Ya —comentó escuetamente Bader. Algo en su mirada intrigó al español.

—Bader, ¿hay algo que quiera compartir con nosotros? —le preguntó Madariaga.

El comandante tunecino miró uno a uno a los miembros de su equipo antes de compartir sus sospechas sobre la coincidencia de la declaración de la señora Barnack, el resultado de las escuchas en la casa de la mujer tatuada y el atentado contra su vida. Al rematar su explicación los cuatro se quedaron en silencio reflexionando hasta que se abrió la puerta dando paso al director general.

Instalación militar secreta, Túnez
23 de julio de 2016

Amal bebió un sorbo de su té. Una de las innumerables ventajas de encontrarse en Túnez, además del buen tiempo, era todo lo relacionado con la gastronomía. A ella le encantaba ser francesa y vivir en Francia. Le calmaba la sofisticación y el orden urbano, la magnificencia arquitectónica y *la joie de vivre*. Disfrutaba como la que más de una copa de un buen vino tinto y de un entrecot, pero también necesitaba, de vez en cuando, pintar su paladar con las mil y una especias de Oriente y sus combinaciones, inspirar los mil y un aromas de la gastronomía árabe y magrebí y bañar su piel con el cálido aire del desierto. Así que percibir el golpe fresco de la menta en su té revitalizó sus papilas gustativas, revolviendo la memoria del gusto y la fragancia salvaje y agreste de una cultura no tan civilizada.

Llevaban un par de días alojados en una instalación militar secreta a las afueras de la capital tunecina donde el comandante Bader se recuperaba del atentado que había sufrido en Susa. Como no tenían ninguna certeza todavía sobre si la agresión había sido consecuencia de alguna detención llevada a cabo dentro de sus funciones como policía o si, por el contrario, derivaba de su actividad antiterrorista, habían decidido desaparecer de la circulación por precaución. En las noticias se había comunicado que la agresión sufrida era consecuencia de una venganza de unos narcotraficantes y que el policía implicado —cuya identidad no había trascendido— se encontraba entre la vida y la muerte con un pronóstico poco favorable. Esta información permitía a Bader alejarse del día a día policial sin levantar sospechas para así concentrarse en la gran operación antiterrorista que estaban llevando a cabo. Cuando todo acabara se comunicaría su milagrosa recuperación gracias a la habilidad de los estupendos galenos tunecinos y su progresiva reincorporación a la vida normal.

No había sido fácil retener al comandante en su cama. Para evitar que se levantara mientras los médicos no estuvieron convencidos de que su cerebro no había sufrido ningún daño, le mantuvieron completamente sedado durante dos días. Los médicos estipularon dos días más de reposo absoluto antes de su plena reincorporación a la actividad que tenían encomendada. Durante ese tiempo, el equipo internacional analizó los informes de todas las operaciones de Bader para intentar discernir quién habría ordenado la agresión al tiempo que mantenían la alerta sobre las escuchas en la casa de la mujer tatuada. Confiaban en que, en algún momento, al cruzar los datos, apareciera alguna conexión.

Entre tanto, varios servicios de inteligencia europeos transmitieron un nuevo aviso al detectar gran actividad en la red oscura cuyo emplazamiento estaban intentando descubrir. No podía ser casualidad que varios individuos que estaban siendo vigilados hubieran desaparecido de repente. Algo se estaba cociendo y tenía que ser muy importante porque las redes bullían con comunicaciones intrascendentes mientras en la red oscura también se producían movimientos

inusuales.

Amal volvió a beber otro sorbo de su té mientras movía con rapidez el dedo índice derecho sobre su tableta. Repasar diversas páginas hizo volar su mente hacia algunos recuerdos borrosos de hacía pocos meses, hasta que algo hizo clic en su cerebro. Levantó el dedo. «¿Cómo se llamaba? ¿Cómo se llamaba? Tenía algo que ver con una joya, un perfume o un tejido. ¡Ya estaba!».

Pulsó las teclas de algunas letras y en la pantalla de su tableta apareció la fotografía de una mujer muy elegante. De veinte y muchos o treinta y pocos años, melena corta y ojos verdes, estaba clasificada como «persona de interés». La Sécurité no tenía muy claro si se trataba de una agente de algún país árabe infiltrada en las organizaciones terroristas islamistas o si por el contrario era una terrorista infiltrada en una agencia árabe. Deslizó el dedo para seguir leyendo el expediente confidencial de la mujer. Entre sus habilidades contrastadas estaba el dominio de varios idiomas. Amal sonrió. Su habilidad en el tiro y las artes marciales las acercaba, además de su belleza. «¡Vaya! Una digna competidora. ¿Y si…?».

Levantó la cabeza para mirar a sus compañeros, quienes debatían inclinados sobre un plano extendido sobre la cama en la que todavía reposaba Bader, o al menos lo fingía, la estrategia que debían seguir tras la última información que había llegado a sus manos por las grabaciones en la casa de la mujer tatuada.

—¡Caballeros! —dijo en su francés más académico. Su voz y su tono lograron el efecto deseado. Los tres hombres dejaron lo que estaban haciendo para prestarle atención—. Creo que ya sé quién es la dama que tanto ha cautivado al comandante Bader.

Los hombres la miraron inquisitivamente antes de acercarse a ella y observar la pantalla de su tableta.

10

Todo tiene una explicación

No siempre entendemos por qué suceden las cosas. Esa incomprensión y la impotencia ante situaciones que no podemos controlar nos hacen buscar respuestas y responsables en todas partes. Cuando el dolor por la pérdida o la injusticia es la única emoción que somos capaces de sentir buscamos imperiosamente consuelo en aquello que conocemos o creemos conocer. Muchos se refugian en la fe. La confianza en que una entidad superior es la que rige nuestros destinos alivia nuestra incapacidad para evitar la enfermedad, la muerte, la injusticia o el desastre natural. Si es la voluntad de una deidad, ¿qué otra cosa podemos hacer los indefensos mortales que resignarnos y aceptar todo lo que nos sucede? Si es el designio del que todo lo sabe, ¿quiénes somos nosotros para cuestionarlo? Si nos causa dolor, pena, ausencia o impotencia, ¿qué otra opción tenemos que pensar que hay un motivo superior a nosotros que ignoramos y debemos acatar? Autoengaño, consuelo, negación.

Cuando la maldad, la crueldad humana sin otra razón que la ausencia de conciencia y respeto por los demás nos golpea una y otra vez, la fe acaba por tambalearse. La confianza en que tarde o temprano el que ha violado la ley, sea humana o supuestamente sagrada, acabará pagando por su crimen se desvanece en el tiempo a medida que la justicia no llega. Entonces solo queda actuar. Actuar desde las entrañas, sin razón ni reflexión, solo instintiva y naturalmente. Y cuando la ley de la selva se impone, solo el más rápido, el más ágil, el que está más alerta y el que se mueve con más sigilo gana.

El dominio de los tiempos, el control del medio y la confianza en el plan trazado nos inspira la seguridad de que tendremos éxito en lo que hacemos. Esa será nuestra fuerza. Imbatible, inquebrantable. Porque nada ni nadie podrá detenernos. Al igual que un simún que barre todo aquello que se encuentra en su camino, arrasaremos la injusticia y la maldad que hay en nuestra vida.

La vieja medina de Túnez
18 de julio de 2016

Las largas horas apostada en la estrecha ventana habían valido la pena. Por fin los vio salir, pero no por la puerta por la que habían entrado, sino por otra en la cara opuesta de la manzana. Si no hubiera permanecido tanto tiempo aguardando y si no se hubiera familiarizado con todos los vecinos que se movían por la zona, jamás hubiera sospechado quiénes eran. Tenía que reconocer que se habían maquillado con gran habilidad y que la ropa que llevaban camuflaba por completo su verdadera identidad. En su interior les dio una gran ovación durante una fracción de nanosegundo. No había tiempo para más. Cogió la larga chaqueta de color camel que había depositado sobre la desvencijada y única mesa de toda la casa, se puso unas enormes gafas de sol

que le tapaban medio rostro, se cubrió la cabeza con una gorra que no dejaba ver más que su mentón y salió de su escondite de la segunda planta de una casa abandonada de la vieja medina.

Los siguió procurando mantener una distancia prudencial, pero sin perderles de vista. Aunque el recorrido parecía errático, ella sabía que estaban dando un rodeo, precisamente para comprobar que no los seguía nadie. Por fin se detuvieron delante de una puerta de aluminio que no encajaba en el hueco de la puerta principal. Los vio golpearla sin obtener resultado. Tras insistir un poco, la puerta se abrió y entonces la vio.

Una ola de calor seguida de una ráfaga helada ascendió desde lo más profundo de sus entrañas hasta su rostro, y por un instante sintió que le faltaba el aire. La opresión sobre su pecho era tal que tuvo la impresión de que sus pulmones se habían detenido, mientras que, por el contrario, su corazón latía desbocado. Una sucesión de emociones la golpeó con violencia en fracciones de segundo: pánico, dolor, amargura, rabia y sed de venganza.

Pese a que deseaba salir corriendo de allí, no pudo. Sus pies se habían anclado al suelo y el resto de su cuerpo se había adherido a la esquina tras la cual se había colocado para observar. Durante un instante, que pareció durar una eternidad, se sintió petrificada. Por fortuna pudo reaccionar a tiempo de sacar un par de instantáneas con su móvil. Cuando la puerta se cerró tras los recién llegados, buscó un lugar discreto desde donde aguardar a que salieran, pero, sobre todo, para intentar recuperar el dominio sobre sí misma.

Con el corazón acelerado, el estómago encogido y los pulmones incapaces de aceptar el aire que intentaba insuflarles, se apoyó contra una pared desde la que podía ver sin que la descubrieran. Cerró los ojos, se llevó las manos al pecho y comenzó a concentrarse en su respiración. Aunque le costó un poco, al final recuperó el ritmo natural de inspiraciones y espiraciones. El corazón tardó un poco más en ralentizar sus latidos antes de normalizarse. Entonces, se dio cuenta de que tenía la boca seca y un regusto a bilis. Rebuscó en los bolsillos de su chaqueta hasta encontrar un paquete de chicles. Sacó uno y se lo metió en la boca. Empezó a salivar y la ola mentolada eliminó el sabor amargo.

Recuperado el dominio, y tras echarse una gran bronca a sí misma por el ataque de pánico sufrido, cogió su móvil y revisó las fotografías que había tomado. Tenía que cerciorarse de que su vista no la había engañado. No había duda. Era ella. Estaba más arrugada y su piel parecía más acartonada de lo que recordaba, pero seguía siendo ella. Su fiera e implacable mirada de carbón continuaba siendo tan fría e insensible como el combustible fósil; la viva representación de la amargura y la crueldad. Era una de las personas que más odiaba en el mundo: la colaboradora necesaria de los criminales que la habían torturado. El instrumento del horror que debía purgar sus pecados antes de viajar al infierno. Había llegado el momento de la verdad, el momento que tanto había esperado, el momento que tanto había imaginado, el momento para el cual llevaba preparándose a conciencia desde hacía más de un año, el momento de la dulce venganza. Había hecho un larguísimo recorrido y había trabajado hasta la extenuación para poder llegar a donde estaba. Y por fin se acercaba a su objetivo.

No era el momento para dejarse llevar por los sentimientos. El dolor, la impotencia, la rabia y el miedo eran cosas del pasado. Ahora solo albergaba en ella la fría determinación de cobrarse la revancha. Ya no cabía en ella otra emoción que la de ser el implacable instrumento de la justicia de Hammurabi: ojo por ojo, diente por diente. Después de que todo hubiera acabado, en cuanto saldara cuentas con sus deudores, se desembarazaría de la pesada carga de dolor que le atenazaba el alma y podría iniciar una nueva vida. La vida que se merecía: tranquila y en paz.

Marcó un número en el móvil y antes de que sonara el primer toque le contestó una firme y

decidida voz masculina:

—¿Ha llegado el paquete? —El hombre no se molestó en saludar.

—Mejor. Está esperando a que lo recojamos —susurró ella.

—¿Qué quieres hacer?

—No podemos acceder sin llamar la atención. Solicito vigilancia permanente para controlar sus movimientos y después seguirles. Te envío las coordenadas. —Pulsó unas teclas en el móvil y su interlocutor respondió inmediatamente.

—Recibido.

—Me quedo hasta que el mensajero salga y lo acompaño de regreso. —La mujer respiró hondo.

—Para cuando vuelvas al puesto de observación ya estará allí tu relevo.

Apagó el móvil y lo guardó en un bolsillo de su pantalón. Mientras esperaba con los cinco sentidos alerta, su mente regresó al lugar y al momento en el que había comenzado todo.

Provincia de Mosul, norte de Iraq, Tal al-Banat
5 de agosto de 2014

Nada en esa tórrida mañana de verano presagiaba un día distinto a los demás. Mucho decir en un país donde la gente vivía de sobresalto en sobresalto y en cada amanecer el viento soplaba en una dirección inesperada. Pero quizá debido a esa épica capacidad de resistencia del ser humano ante las mayores tragedias, quizá como consecuencia de esa increíble facultad de adaptación en las más adversas circunstancias, los iraquíes habían llegado a acostumbrarse a la idea de que cada mañana podía ser la última y por lo tanto no valía la pena angustiarse por lo que iba a pasar, porque no podrían hacer nada para evitarlo. Nunca fue tan cierto como ese aciago día.

Apenas había despuntado el sol y ya estaban dando cuenta del desayuno. Baba tenía que irse a trabajar y tanto ella como su madre y su hermana saldrían al mismo tiempo que él para ir al mercado a comprar víveres. Debían de regresar lo antes posible para evitar la canícula del mediodía. Enfrascados en comentar sus planes, tardaron en percatarse del súbito silencio que descendió sobre ellos. De pronto dejaron de oírse los trinos de los pájaros, los cantos de los gallos y el ronroneo de las radios en las casas de los vecinos. Un silencio antinatural, diríase de ultratumba, se adueñó del lugar. Un silencio que no presagiaba nada bueno. Así fue. Tras el silencio llegó el estruendo que anunciaba el fin de los días.

Decir que sucumbió al más atenazante de los terrores era quedarse corta. Sintió tanto miedo que hasta se orinó encima. No fue la única. Cuando la horda de bárbaros enfundados en siniestros uniformes negros y montados en todoterrenos entró en el pueblo disparando a todo el que se movía o asomaba por las ventanas o puertas, el pánico se extendió entre los vecinos. Ni siquiera en los momentos más oscuros y sangrientos de las décadas de gobierno del Baaz, bajo la batuta del carnicero Saddam, habían visto algo semejante. Ni el ejército iraquí ni la tan temida Mojabarat habían irrumpido nunca de manera tan escandalosa en las calles de su pequeño pueblo al norte de Iraq, en la tranquila región donde moraban los pocos yazidíes que todavía quedaban en el mundo. Por un instante recordó las historias sobre sus antepasados, quienes siglos atrás habrían sentido lo mismo con la llegada de las hordas mogolas, árabes y otomanas: pánico, impotencia, incomprensión. Pero eso, lejos de reconfortarla, hizo que fuera todavía más consciente del terrible fin que les aguardaba. Cuando había una invasión nunca acababa bien para nadie.

Sus padres, su hermana menor y ella corrieron a esconderse en la pequeña bodega que había bajo la cocina, pero fue inútil. Los asesinos de Dáesh entraron en todas las casas e hicieron un barrido a conciencia en cada una de ellas. Sacaron a toda la población a la calle, a ellos incluidos, y los reunieron en la plaza del mercado.

Uno de los terroristas se subió a un todoterreno y con un megáfono en la mano comenzó a hablar lo suficientemente alto para que lo oyeran todos:

—*Ia kufar!* Hemos venido para salvar vuestra alma impía y llevaros al recto camino. Aquellos que renieguen de la fe pecaminosa de sus mayores y se conviertan al islam no solo se librarán de una muerte cruel y dolorosa, sino que tendrán el honor de entrar a formar parte de nuestra santa yihad. Sus familias serán protegidas y honradas, sus propiedades les serán devueltas.

Un murmullo de aprobación salió de las gargantas de los invasores antes de que empezaran a gritar *«Allahu Akbar, Allahu Akbar!»*. Cuando por fin se callaron, el hombre sobre el todoterreno continuó hablando:

—Pero aquellos de vosotros, ¡oh, infieles!, que permanezcáis anclados en la pecaminosa fe de vuestros mayores seréis fusilados y vuestras mujeres serán vendidas como esclavas. Vuestras iglesias profanas serán incineradas y vuestras propiedades confiscadas. No quedará rastro de vuestra impiedad en esta tierra santa del islam.

Ahora fueron los gritos de la población los que llenaron el silencio. Para callarlos, los hombres que los flanqueaban comenzaron a golpearlos brutalmente con las culatas de sus armas hasta que acabaron de rodillas o tendidos en el suelo. Muchos comenzaron a sangrar profusamente, pero no pudieron ser asistidos por nadie porque los invasores se lo impidieron.

—No podemos perder el tiempo. El que no dé un paso adelante que se atenga a las consecuencias —bramó el hombre del megáfono.

Y así fue como se desató el infierno. Los varones de todas las edades fueron arrastrados al centro de la calle y fusilados delante de las mujeres. Los gritos de dolor rasgaron el límpido e implacable cielo de ese aciago 5 de agosto de 2014. Y antes de que se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, varios camiones entraron en el pueblo y las mujeres jóvenes y las niñas fueron obligadas a subirse a ellos.

La separaron de su madre y su hermana y nunca más volvió a verlas.

Por si el dolor por la muerte de su padre y la separación de su familia no hubiera sido suficiente, tras un infame viaje en la parte trasera de un camión destoldado, donde su piel se quemó bajo el implacable sol del desierto y sus pulmones se llenaron del polvo del camino, la arrastraron junto a muchas de sus vecinas sin miramientos a una vieja casa de las afueras de Mosul.

Allí los aguardaban otras mujeres cubiertas de arriba abajo con aballas negras. Eran como cuervos siniestros buscando las presas más valiosas para quedarse con ellas. De las cinco guardianas, una destacaba por lo despiadado de su mirada. En cuanto la vio, gritó:

—¡Separad a esa! La venderemos cada noche para sacarle más dinero. Sería una lástima perder el dinero que puede darnos por salvar su alma casándola con uno de nuestros honorables muyahidines.

Y entonces la separaron del resto. La desnudaron en un cuarto aparte, la revisaron de arriba abajo, se burlaron de ella, la hicieron sufrir los golpes del agua a presión de una manguera y luego la cubrieron con solo una aballa. Después, todo quedó en el borroso recuerdo de las violaciones constantes, los golpes, las humillaciones, las risas, el olor a sudor y a semen, el dolor permanente en la vagina y entre las piernas, los pechos manoseados y la boca mordida. Nunca

supo cuánto tiempo permaneció bajo esa tortura y apenas recordaba haber sido sacada en brazos de un sótano donde la habían tirado como un saco viejo el día que llegaron los primeros comandos iraquíes para liberar Mosul.

Recordaba a la perfección el rostro, las manos, la voz y los tatuajes de la mujer que la había destinado a la prostitución de los muyahidines solo por ser joven, hermosa y yazidí. Y esa mujer, esa criminal, esa terrorista con la que había tenido pesadillas desde entonces, se encontraba ahora muy cerca de ella. Estaba justo detrás de esa absurda puerta de aluminio. Tragó saliva. Se encontraba a muy pocos días de pagar por todo lo que le había hecho, de la manera más lenta y dolorosa que pudiera imaginarse. Y ese conocimiento hizo que sintiera cierta sensación de alivio, por primera vez en muchos años. Por fin, ella, Miriam, la *kufar yazidí*, haría justicia para todos los suyos.

Susa
21 de julio de 2016

Decidió seguir al comandante Bader, ya que era el único miembro del equipo que no permanecía encerrado en los cuarteles de los servicios secretos tunecinos. Bader era un tipo curioso. Los informes lo calificaban como uno de los mejores agentes antiterroristas no solo de Túnez sino del Magreb, pero su exceso de celo y su falta de respeto por los procedimientos legales le habían puesto en serios aprietos con sus jefes en numerosas ocasiones. Su eficacia había hecho que estos hicieran la vista gorda con sus deslices burocráticos hasta el año anterior, cuando la muerte de dos presuntos terroristas en condiciones sospechosas los obligó a apartarlo de su puesto. Su dedicación casi le cuesta el empleo y, lo que era peor, la libertad. Castigado a dirigir la comisaria de Susa, Bader se transformó en un alma en pena en busca de algún caso que le redimiera a ojos de sus superiores, hasta que la comisión de la cadena de atentados que habían tenido lugar esa semana precipitó un giro de ciento ochenta grados en su vida. Convocado de urgencia a la sede central, no solo había sido restituido a los servicios antiterroristas, sino que fue nombrado coordinador de los equipos internacionales en Túnez. Era el mejor entre los mejores y le necesitaban.

Por eso se sorprendió tanto cuando el servicio de información le comunicó que volvía a Susa. No tenía sentido que dejara a su equipo solo en la capital, así que, ante la posibilidad de que estuviera tramando algo importante, se encaminó a la ciudad costera. Se alojó en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, porque sabía que el comandante frecuentaba su cafetería. Tampoco se equivocó al considerar que, como buen mujeriego que era, intentaría conocerla. Hasta ahí lo predecible.

Sin embargo, que la casualidad o el destino hubieran decidido ayudarla en su misión haciendo que fuera testigo involuntario del desembarco de otra de las personas que más odiaba en este mundo y a la que deseaba castigar, tanto o más que a la mujer tatuada, había sido cosa del destino. Tras informar a su contacto y pedirle autorización, se encaminó a la comisaría para prevenir a Bader. Aunque no pareció excesivamente interesado en la noticia, por el destello de su mirada y la indiferencia excesiva que mostró, no le cupo duda de que lo investigaría. Se apostó en una cafetería con visión sobre la puerta principal de la comisaría a esperar hasta que lo vio salir, dobló el periódico que había fingido leer las dos últimas horas y dejó un billete para pagar su consumición con una generosa propina. Salió de la cafetería con tranquilidad, aparentando no tener nada importante que hacer, y tras dejar una distancia prudencial empezó a seguir a Bader.

De pronto, el paseo, tranquilo y sin destino, se convirtió en una escena de película. Pese a haber oído el acelerón de un vehículo y la primera ráfaga de una ametralladora, necesitó unos segundos para darse cuenta de lo que estaba sucediendo, solo percibió la magnitud del desastre cuando vio los cuerpos de varias personas tendidos en el suelo y a Bader parapetado tras un coche.

Se fue acercando a él simulando que buscaba refugio cuando, en realidad, quería protegerle del tiroteo. Le vio levantarse y correr tras un coche sin ser consciente de la sangre que manaba de una de sus sienes. Tuvo que contenerse para no advertirle de que estaba herido. Con el corazón en la garganta le siguió durante toda la persecución y cuando se desplomó en el suelo dudó unos segundos en acercarse para socorrerle o seguir al terrorista que se había escapado.

—Aquí furia uno. Necesito apoyo urgente en las coordenadas de este móvil. Un sospechoso está huyendo en dirección a la vieja medina. Imprescindible atraparle. Repito, es imprescindible atraparle, vivo, a ser posible.

Casi sin aliento por haber estado hablando al tiempo que corría detrás del terrorista, supo que ese hombre podía ser el eslabón que le hacía falta para llegar al nido de las cucarachas y acabar con ellas. Y no se equivocó. Antes de que pudiera refugiarse en el zoco, dos de sus compañeros le agarraron por los brazos y lo introdujeron en un coche que aguardaba en marcha a pocos metros de allí. Había sido una intervención limpia y perfecta como una pieza de ballet. Nadie se había dado cuenta de lo sucedido salvo ella. Los extenuantes e interminables entrenamientos habían valido la pena, sin duda.

Cuando el hombre estuvo inmovilizado dentro del vehículo, uno de los agentes de intervención le hizo la señal convenida de que todo estaba en orden y el coche arrancó a gran velocidad para salir de la ciudad antes de que los accesos fueran bloqueados. En ese instante empezaron a llegar agentes de la policía y se armó un gran revuelo. Se dio la vuelta con sigilo y regresó al lugar donde había caído el comandante para asegurarse de que todavía estaba vivo. Cuando llegó, le estaban introduciendo en una ambulancia. Estaba cubierto de sangre y le habían puesto un respirador, pero no estaba herido de gravedad. Sintiendo que había cumplido su misión, regresó al hotel para darse un merecido chapuzón en la piscina.

Madrid
30 de julio de 2016

Se dejó caer como una piedra sobre el mullido sofá del despacho. Tenía la impresión de seguir en trance, de haber sido víctima de una alucinación como consecuencia de los medicamentos que estaba tomando, pero sabía que no era así. Se había pellizcado lo suficientemente fuerte como para saber que no estaba soñando ni inconsciente. Sin embargo, lo que había vivido en las últimas tres horas había sido tan surrealista, tan increíble, tan… tan de novela que su cerebro aún no había sido capaz de procesarlo, ni su alma de entenderlo, ni su corazón de asimilarlo y mucho menos aceptarlo. Había hallado la respuesta que necesitaba, pero se había dado de bruces con un muro infranqueable. Cierto que ella se lo había buscado, pero aun así… era muy difícil aceptar que la realidad en la que había vivido durante años era un espejismo. La verdad se encontraba a miles de kilómetros de su hogar, estaba bañada de sangre, de sacrificio y de dolor y jamás le sería desvelada en su totalidad.

Se pasó la mano por la frente. Tenía algo de fiebre y, pese a que se había tomado una buena dosis de analgésicos, le dolía todo el cuerpo. Sabía que había sido una imprudencia salir de casa en su estado. Su cuerpo requería tiempo y tranquilidad para superar la agresión, pero su mente

exigía algo más que reposo y cuidados: necesitaba respuestas. Y esas no las podía obtener acostada en su cama o sentada en el sofá de su salón. Apenas había transcurrido una semana desde la agresión y, tras haber obtenido el alta hospitalaria, su médico le había firmado la baja médica confiando en que descansaría en su casa hasta final de mes y después se tomaría todo agosto de vacaciones. Un período de seis semanas era lo mínimo para que su cuerpo volviera a ser el mismo. Ella le había prometido hacerlo y lo había hecho sinceramente, pero un comentario banal, una simple frase pronunciada de la manera más inocente, hizo que le fuera del todo imposible cumplir su compromiso. Porque la corrosiva duda, la inquietud provocada por la mera posibilidad de haber vivido una mentira o, lo que era peor, haberse dejado llevar por un engaño, le impedía seguir adelante sin desvelarla. No podía confiar a nadie una tarea tan delicada, así que se puso ella misma a la faena.

Y es que, aunque Sara no era ni de lejos una policía, ni un detective privado, sí era muy buena investigando. Gran parte de su éxito profesional derivaba, además de un exhaustivo conocimiento jurídico, de su instinto de sabueso, de su ansia depredadora que la impelía a saciar su curiosidad más allá de lo que aparecía en los papeles. Y ese olfato era el que la había llevado al callejón sin salida en el que se había metido esta tarde.

Apenas si eran las tres y media del día siguiente de la agresión cuando Henry regresó. Había salido a comer refunfuñando. Ella había tenido que insistir en que la dejara un rato tranquila para dormir la siesta en soledad. La presencia del policía en la puerta y la promesa del personal sanitario de estar pendiente de ella lograron convencerle para que lo hiciera. Sara le vio marcharse medio adormilada. Se acurrucó en la cama lo mejor que pudo teniendo en cuenta que hasta respirar le dolía. Cerró los ojos y dejó que el tranquilizante hiciera su efecto.

Durmió un buen rato hasta que Henry, pese a su sigilo, la despertó al ocupar la silla al lado de su cama. Abrió los ojos y le miró medio amodorrada. Parecía que llenar el estómago le había tranquilizado, pero en sus ojos había un brillo que denotaba una fiereza y posesión que ella no recordaba haber visto antes. No estaba segura de si estaba preocupado, enfadado, o ambas cosas a la vez, porque en su mirada se atisbaba, por una parte, una sombra de dolor y, por otra, una chispa de rabia mal contenida. Y es que su aspecto no debía de ser muy agradable a la vista. A Sara le habían prohibido mirarse al espejo hasta transcurridos unos días, por lo que no le costó deducir que debía de verse muy mal, y la forma en la que Henry intentaba no mirarla demasiado solo confirmaba sus peores sospechas.

—Hola —musitó Sara esbozando un amago de sonrisa.

Él le sonrió, pero, incapaz de afrontar la visión de su bello rostro en tan mal estado, se levantó para acercarse a la ventana. Comenzó a hablarle de espaldas.

—He llamado a la comisaría y he pedido una cita con el comisario. Quiero saber cómo va la investigación y presionar para que se la tomen en serio, pero, sobre todo, voy a pedir los datos del inspector que vino ayer para presentar una queja contra él.

De pronto, una luz intermitente se encendió en el cerebro parcialmente embotado de Sara.

—¿Qué inspector? —Le costaba hablar y casi no reconoció las palabras cuando salieron de sus hinchados labios.

—El que vino a medianoche para hablar contigo. No sé cómo se le pudo ocurrir venir a esas horas y, mucho menos, cómo se atrevió a alterarte de esa manera.

¿De qué estaba hablando? Iba a preguntarle, pero se frenó en seco. ¡Espera, Sara! ¡Reflexiona antes de hablar! ¿Un inspector? ¿A medianoche? Le habían dado bastantes calmantes e incluso un somnífero, pero estaba segura de que no había hablado con ningún policía todavía… y menos

por la noche. Solo había mantenido una conversación con Micky… «¡Madre mía! ¡No puede ser! ¡No es posible que Micky se haya hecho pasar por policía!». Si hubiera estado cualquier miembro de su familia o algún amigo del barrio le habrían reconocido. No se habría arriesgado a hacerlo fingiendo ser otra persona. No, no… Pero ¿por qué se habría hecho pasar por un policía? ¿Qué necesidad había? No tenía sentido. Tragó saliva antes de preguntar.

—¿Te enseñó la placa?

—¡Claro! —Henry se dio la vuelta sorprendido por la pregunta—. ¿Crees que le habría dejado entrar si no hubiera sido así?

—No, claro que no. ¿Sabes cómo se llamaba? —El cerebro de Sara empezó a coger velocidad procesando datos. La placa debía de ser de verdad, ya que de otro modo el agente que vigilaba la puerta no le habría dejado pasar.

Henry se dio la vuelta sorprendido.

—Ahora que lo dices, la verdad es que no… —Tras reflexionar unos segundos en silencio volvió a girarse para mirar a través de la ventana—. Pero lo averiguaré.

Sara tragó saliva con dificultad. Cerró los ojos y guardó silencio. Sabía que si volvía a mencionar el asunto, Henry se preocuparía y podía malinterpretar lo sucedido, pero se prometió que en cuanto pudiera levantarse de la cama averiguaría qué estaba pasando. Micky estaba involucrado en algo que no quería que nadie supiera y que sin duda tenía que ver con el asalto que ella había sufrido. Algo que, además, le había facilitado una placa de policía de verdad. Algo que le había hecho acercarse a ella por la noche, ocultándose de todos. ¿Qué podía ser? La intriga comenzó a corroerla por dentro y supo que no la dejaría en paz hasta que averiguara la verdad. Una verdad que solo ella podía y debía descubrir.

Y eso hizo. En cuanto le bajó la hinchazón de la cara y pudo volver a hablar de manera normal, se sentó en la cama, cogió su móvil e hizo un par de llamadas. Tenía buenos contactos. Muy buenos, y en puestos muy importantes. Aun así, le costó desentrañar la cuestión. Todos negaban tener conocimiento de que la noche de la agresión un inspector hubiera ido a interrogarla. De hecho, los agentes a los que se les había encomendado la investigación no aparecieron por el hospital hasta el día siguiente del asalto. Por supuesto, en ningún registro de la Policía Nacional, la Guardia Civil o la Policía Local aparecía el nombre de Malik al Gharoudi. Tampoco constaba como funcionario adscrito al Cuerpo Judicial o a algún departamento de investigación. Malik al Gharoudi no existía a efectos oficiales más allá del registro del DNI y el carné de conducir.

Pese a lo frustrante que resultaba chocar una y otra vez con un muro, Sara se sentía cada vez más aliviada. Le habría destrozado saber que Micky había hecho su vida en España al margen de todos sus seres queridos. Así que descartada la posibilidad de que fuera un policía encubierto… «Un momento. ¿Qué acabas de pensar, Sara? ¿Encubierto? ¿Un policía? ¿Por qué un policía?». Hay otro tipo de agentes especiales que trabajan encubiertos y pueden adoptar diferentes identidades sin dificultad porque tienen acceso a los registros oficiales. Unos agentes que no trabajan en España sino en el extranjero y a los cuales se les exige mantener el más estricto anonimato y secreto. ¡Los agentes del CNI!

«¡Dios mío! ¡No puede ser verdad! Pero ¿cómo no me he dado cuenta antes?». Sara comenzó a atar cabos recordando las últimas semanas antes de que Micky desapareciera de sus vidas. Tras los atentados del 11 de marzo de 2004 en los que murieron varios estudiantes de la universidad, entre los que se encontraban un par de amigos muy cercanos, se volvió taciturno y siempre estaba de mal humor. Ella lo achacó a que se encontraban en el último año de la carrera y tenían que centrarse mucho en los estudios para acabar, pero lo cierto es que muchas veces parecía

ausente y distante. Y, de repente, sin previo aviso, sin ninguna señal que lo anunciara, unos días después de haber rematado los exámenes finales le soltó la noticia bomba de que la dejaba. Pero no la dejaba porque ya no la quisiera o hubiera otra mujer, no. La dejaba porque había sentido la llamada de la fe. ¡Él! El ateo confeso. El que no dejaba de burlarse de los que vivían atados a una fe, a una creencia, fuera la que fuera. ¡Claro! ¿Cómo había podido estar tan ciega?

Se enfureció como nunca antes lo había hecho. Tanto que le subió la tensión y los médicos se vieron obligados a darle una medicación para bajársela, además de quitarle el móvil y prohibir cualquier cosa que pudiera excitarla, pero eso no ayudó porque lo que de verdad le provocaba desasosiego era sospechar la verdad y saber que él no había confiado en ella para contárselo.

Tras un día de abstinencia telefónica obligada pudo contactar con alguien relacionado con el CNI, con el que había colaborado en varias ocasiones. Se habían conocido después de que ella se hubiera puesto en contacto con un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores para pedir información sobre un empresario extranjero cuyo comportamiento le había parecido sospechoso. Su instinto había acertado. No tardaron en confirmarle que participaba en una red internacional de blanqueo de capitales de muy alto nivel y que llevaban mucho tiempo detrás de él, pero no habían podido detenerle porque cubría muy bien sus huellas. Para atraparle necesitaban tenderle una trampa a través de una persona «creíble» y Sara se había ofrecido a colaborar.

Poco tiempo después recibió la llamada de un hombre que la citó en una cafetería discreta. Al encontrarse, él se identificó como un funcionario del CNI. Dijo llamarse Lorenzo, aunque ella estaba segura de que no era así. Tenía un aspecto tan normal que no dudaba que pudiera camuflarse hasta con las paredes de su entorno sin que nadie se percatara de ello, pero sospechaba que también podía transformarse con la habilidad de un camaleón en cualquier personaje que la operación requiriera.

Sara y él trabajaron mano a mano, aportando cada uno su creatividad y experiencia para obtener las suficientes pruebas incriminatorias que pudieran llevar a la cárcel al blanqueador. Y lo hicieron tan bien que lo condenaron a más de una década. Después hubo más casos en los que trabajaron juntos, lo que hizo que surgiera una amistosa relación profesional.

Por eso, cuando todas las pesquisas por las vías convencionales llegaron a un punto muerto decidió acudir a él.

—¡Dios mío, Sara! ¡Qué bestias! ¡Cómo te han dejado! —Lorenzo la miró muy enfadado mientras se sentaba a la mesa de la cafetería en la que solían encontrarse.

—Pues ahora ya me puedo maquillar y disimular gran parte de los hematomas —replicó Sara, esbozando una sonrisa con dificultad—. Tenías que haberme visto los primeros días…

—¡Cabrones, hijos de p…! ¿Se sabe quién ha sido? —le preguntó realmente interesado.

—Todavía no, y por eso te he llamado. —Lorenzo no dijo nada, se limitó a empequeñecer un poco los ojos como si así quisiera dotarlos de mayor capacidad visual y traspasar su mente—. Creo saber quién ha sido el culpable… o, mejor dicho, por culpa de quién me han agredido, pero solo tú puedes confirmar mis sospechas.

—Sabes que no puedo facilitarte información sobre nuestras operaciones —le recordó Lorenzo recuperando su aire oficial.

—Tal y como yo lo veo, creo que me debéis, al menos, un poco de cortesía profesional. A estas alturas, sabes de sobra que soy de fiar y solo necesito que me confirmes si una persona trabaja para vosotros o contra vosotros.

Lorenzo la miró un largo rato en silencio calibrando hasta qué punto podía comprometerse con Sara. La conocía desde hacía unos años y sabía que era una profesional seria y responsable,

además de muy respetuosa con la legalidad. Siempre había seguido sus instrucciones al pie de la letra y su discreción estaba fuera de toda duda, pero de ahí a que pudiera confiarle quién era uno de los suyos mediaba un abismo. Sin embargo, el estado en el que se encontraba le obligaba, moralmente al menos, a tranquilizarla en la medida en la que pudiera. Así que, tras consultarlo con sus superiores, se había limitado a mandarle un mensaje que decía: «No lo desmentimos». Más que suficiente para que ella tuviera la certeza y empezara a atar cabos.

Autobús camino al sur de Túnez
30 de agosto de 2016

Ocupó un asiento en la mitad posterior del autobús intentando pasar desapercibida entre los pasajeros que atestaban el vehículo. Fingió estar entretenida mirando por la ventanilla mientras entraba el resto de los pasajeros. Su objetivo era no llamar la atención. Al cabo de unos minutos, una mujer oronda de unos cincuenta años se sentó a su lado tras musitar un saludo. Olía a una mezcla de sudor, aceite de cocinar y sebo humano. Consciente de que sería difícil de soportar ese olor persistente a lo largo del trayecto de más de seis horas rumbo a Tozeur, extrajo un chicle de su bolso, así como un pañuelo que había perfumado en previsión de una situación similar y, de vez en cuando, se lo acercaba a la nariz para librarse del tufo de su vecina. Mentalizada ante la perspectiva de un larguísimo e incómodo viaje, se había tomado un analgésico que no provocaba somnolencia. Sus heridas siempre la molestaban cuando permanecía mucho tiempo en la misma postura y ahora no podía permitirse ninguna distracción ni ningún dolor que redujera su capacidad de reacción y defensa. Lamentablemente, no había nada que pudiera librarla de la pestilencia, por lo que cruzó los dedos esperando que su vecina no permaneciera mucho tiempo en el autobús.

Transcurrido lo que a ella le pareció una eternidad, pero con una inesperada y gratificante puntualidad, el conductor del autobús ocupó su asiento detrás del volante, encendió el contacto y puso en marcha el vehículo. Le llevó unos veinte minutos superar el atasco de la capital, pero una vez en carretera, mantuvo una velocidad constante hasta llegar a su primera parada. Con su grasienta compañera de asiento dormitando al igual que gran parte del resto de los pasajeros, se sintió lo suficientemente segura como para pulsar un pequeño botón camuflado en un remache metálico de su bolso. Sabía que desde ese momento sería rastreada vía satélite además de por una furgoneta destartalada y un coche de alta gama que se turnaban en adelantar y permanecer detrás del autobús para no levantar las sospechas del conductor.

Extrajo un pequeño espejo de su bolso y lo posicionó de manera que podía ver a todos los pasajeros que se encontraban detrás de ella. Tras la inspección identificó a dos potenciales candidatas. Después revisó a los ocupantes de la parte delantera del autobús. En esa zona parecía que había otras tres. Con ella, eran media docena de mujeres captadas. Todas más jóvenes que ella, poco más que adolescentes. No iba a ser fácil lograr su colaboración. Sabía que cuanto más jóvenes e idealistas, más difícil era hacerlas cambiar de opinión, así que decidió que lo mejor sería apartarlas y mantenerlas a buen recaudo mientras llevaba a cabo su misión.

11

Saldando cuentas

Toda acción produce una reacción. Todas las decisiones tienen consecuencias. Pero asumirlas no es fácil, sobre todo cuando cometemos una imprudencia o llevamos a cabo una maldad. Siempre esperamos librarnos de la reprimenda, del rechazo o del castigo que implica hacer daño a alguien, apropiarnos de lo que no es nuestro o sacar beneficio de algo de lo que no debiéramos. Pero tarde o temprano, la verdad sale a la luz y la justicia llega de manos del hombre o de la mujer o de esa deidad en la que creemos y a la que pensamos que podíamos engañar. Tarde o temprano tenemos que mirarnos en el espejo de la realidad y afrontar nuestro reflejo, con todas sus arrugas, sus pliegues y sus tiranteces. Un reflejo que nunca será lo que esperamos, pero siempre lo que merecemos. Porque cuando nos enfrentamos a la parca tenemos que hacerlo desnudos e indefensos y solo el peso de nuestras buenas acciones podrá inclinar la balanza hacia un lado u otro del río que conduce al cielo o al infierno.

Granja al sur de Túnez
31 de julio de 2016

Permaneció acurrucada toda la noche. Fingió estar durmiendo como el resto de las mujeres que se hacinaban en aquella habitación de la granja a donde las habían trasladado desde la parada de autobuses de Tozeur. Distribuidas en tres furgonetas destartaladas habían seguido rutas distintas para salir de la ciudad, pero se encontraron en la carretera que iba hacia la frontera sur del país. Dejaron atrás los hermosos palmerales de esa pequeña localidad y avanzaron en caravana por el desierto, al menos cuarenta kilómetros, hasta que divisaron un grupo de construcciones de adobe. Una incongruencia en ese mar de arena infinita que era el desierto del Sahara. El complejo era una granja que sin duda había conocido tiempos mejores y donde los únicos seres vivos a la vista eran unas cuantas gallinas bien alimentadas y un par de agonizantes olivos. Traspasaron el muro que la rodeaba y aparcaron las furgonetas en la parte posterior no sin antes levantar una gran polvareda. Las hicieron bajar de los vehículos y les indicaron que entraran en la vivienda principal.

Allí les aguardaba una solitaria figura de negro. Era una mujer de mediana estatura, ligeramente encorvada y cubierta con una aballa sucia. En cuanto se acercaron, la reconoció. Se trataba de Jadiya, la desagradable mujer con la que habían contactado en la vieja medina de Túnez. Un inquietante elemento en la organización terrorista cuya función todavía no tenía muy clara, pero que debía de ser relevante por acompañar al grupo encargado de coordinar los atentados en Europa y el Magreb. Sintió un escalofrío ante la posibilidad de que pudiera reconocerla, pero después recordó que llevaba lentillas marrones, una peluca con el pelo castaño rizado, así como una nariz y mentón postizos. Estaba tan cambiada que ni siquiera su madre la

reconocería, o eso esperaba, ya que, si Jadiya lo hacía, podría hacer fracasar el plan de la coalición antiterrorista y del grupo especial del que era una de las líderes. Sin embargo, la mujer no parecía muy alerta, por el contrario, daba la impresión de estar distraída.

De hecho, en el ratito en el que aguardó a que sus compañeras de viaje entraran en la vivienda, Amal pudo apreciar que había algo distinto en ella. Pese a ir muy cubierta parecía mucho más delgada que unos días atrás, además, el color de su piel estaba mucho más pálido, así que era posible que se encontrara mal de salud, algo que en las actuales circunstancias podía ser beneficioso.

Siguieron a Jadiya hacia la parte trasera de la casa. La cual, por cierto, era bastante más grande de lo que le había parecido desde la carretera. La entrada daba a un pequeño recibidor del que partía un corredor. Pudo contar siete puertas, por lo que debía de haber el mismo número de cuartos. Ella y otra mujer se demoraron un poco. Ambas sentían curiosidad por saber quiénes eran los moradores de la vivienda. Pronto descubrieron a, al menos, una docena de hombres distribuidos entre los cuartos que tenían las puertas abiertas, por lo que, con los que las habían escoltado, sumaban un total de dieciocho. Estaban armados hasta los dientes y parecían encontrarse de tan o peor humor que Jadiya, lo cual no era nada bueno. Un radical irritado era como un cartucho lleno de trilita, el más leve movimiento podía hacerlo estallar.

—*Yala, yala. Emshu*[16] —les gritó Jadiya, instándolas a unirse a las otras siete mujeres que ya estaban en la habitación trasera.

Eran muy jóvenes, apenas unas niñas. Por eso habían logrado captarlas. Eran fácilmente manipulables y su falta de experiencia e intuición las hacía muy dóciles. Estaban asustadas porque habían comenzado a percatarse de que las habían engañado y que, lejos de ir a unas casas de lujo en donde se suponía que se casarían y vivirían con valientes soldados de la yihad, se encontraban en una vieja y destartalada granja de paredes de adobe y suelo de tierra pisada en medio del desierto, custodiadas por una mujer siniestra y mal encarada que les daba miedo. Durante un par de minutos se miraron unas a otras sin saber qué hacer. Por fin, la más decidida o quizá la más cansada se sentó en el suelo apoyándose en la pared. Llevaba una mochila que aferró con fuerza contra su pecho en un gesto que denotaba necesidad de seguridad. Antes de subirse a las furgonetas, los escoltas habían registrado sus pertenencias en busca de móviles u otros aparatos electrónicos para confiscárselos, así que el resto del contenido de la mochila solo debía de tener valor sentimental, pero, en cualquier caso, era lo suficientemente importante como para reconfortarla.

Las otras seis jóvenes no tardaron en sentarse también. Se miraron inquietas y con cierta prevención, pronto surgió entre ellas una especie de camaradería. Al fin y al cabo, todas estaban metidas en el mismo lío.

Entre tanto, se giró para mirar a la mujer que se había quedado rezagada. Y la reconoció o, mejor dicho, se reconocieron. Estaban bien entrenadas y ninguna de las dos mostró reacción alguna al entrar al cuarto. Jadiya era una mujer maleducada e ignorante, pero no tonta, mejor fingir no conocerse y separarse para no levantar sospecha.

—*Ma urid esmaa sout. Al riayil lazem iartahun*[17] —gritó Jadiya antes de salir del cuarto.

Oyeron cómo corría un cerrojo y la más jovencita del grupo no pudo evitar un sollozo. Las otras se acercaron a ella para consolarla. Todas estaban asustadas. ¡Las habían encerrado! ¿Por qué si ellas habían ido de manera voluntaria y no tenían intención de escapar? Alguna afirmó que solo era una precaución temporal para evitar que la policía las encontrara y las obligara a regresar a sus hogares. Estaba segura de que pronto las trasladarían a donde les habían

prometido. No pudo evitar una sonrisa irónica. ¡Qué ilusas!

Mientras las jóvenes se distraían cuchicheando, ellas dos se acercaron la una a la otra.

—*Madame* Barnack, supongo. —Sonrió a la mujer que había estado estudiando tan concienzudamente desde que el comandante Bader cayera herido.

Había leído toda la información disponible y había memorizado todos y cada uno de sus rasgos, pero tuvo que reconocer que era aún mucho más guapa al natural, y eso que llevaba la cara lavada. Una digna rival, sobre todo, porque emanaba de ella una energía tan intensa como inquietante y no estaba segura de si por ser demasiado atractiva o demasiado fría.

—*Mademoiselle* Ingrid, supongo —contestó su interlocutora en un francés exquisitamente pronunciado—. Está usted muy cambiada. Felicitaciones por una transformación tan estupenda.

Amal Daudi volvió a sonreír antes de dirigir su mirada al grupo de jóvenes que, ajenas a lo que sucedía a su alrededor, seguían cuchicheando.

Amal había aceptado no interferir hasta que ella acabase lo que había venido a hacer, a cambio, Barnack le ayudaría a inmovilizar a todos los hombres y a mantener a buen recaudo a las jóvenes. Su compañera circunstancial no había compartido con ella los detalles de su plan, seguramente para no llamar demasiado la atención de las otras mujeres que estaban en el cuarto. Se limitó a advertirle de que no bebiera ni comiera nada. Y así lo hizo, pero no fue fácil. En cuanto se le acabó la botella de agua que llevaba en su mochila empezó a agobiarse con una sensación de sed que en nada se correspondía con una necesidad física sino emocional. La inquietud que le producía estar encerrada y no saber a ciencia cierta qué iba a hacer Barnack había acrecentado su necesidad de beber, eso y el calor que hacía en aquel cuarto atestado de mujeres y sin ventilación.

Necesitaba relajarse para conservar la energía y mantenerse concentrada, así que se sentó con las piernas cruzadas, apoyó las manos en las rodillas y cerró los ojos. Dejó que su respiración se ralentizara hasta disminuir su ritmo al mínimo necesario. Después se aisló mentalmente del entorno. Podía percibir los cuchicheos de las jóvenes y distinguir las voces de los hombres que se encontraban en la granja si bien no entendía lo que decían. Su tono airado y alguna que otra subida de voz evidenciaban la crispación que había en el grupo. De pronto el tono de las voces aumentó considerablemente y el sonido de mucho movimiento llenó la granja. Las chicas se callaron, conscientes de que algo grave estaba pasando. Pudo percibir claramente sus respiraciones agitadas e incluso el latido acelerado de sus corazones. Los desechó y dirigió su atención a los hombres. Oyó cómo cogían las armas, comprobaban que estaban cargadas y se preparaban para disparar. Se hizo el silencio hasta que el ruido del motor de un vehículo acercándose aumentó en intensidad. Después se escuchó el sonido de los neumáticos frenando, el motor apagándose y la apertura de las puertas del vehículo. Alguien gritó desde fuera:

—*Al salam aleicum wa rahmatu Allahu wa barakatu!*[18]

Uno de los hombres del interior preguntó quién era y el de fuera le respondió con una contraseña que no pudo entender. Pronto el silencio se llenó de saludos y bienvenidas. Y el malhumor reinante se tornó en risas y lo que parecía felicidad. Quien quiera que hubiera llegado era lo suficientemente importante como para cambiar el ambiente. Abrió los ojos y miró a Barnack. Algo en la expresión de su rostro era diferente. Parecía tensa, extremadamente alerta, y supo en aquel instante que el recién llegado era su objetivo. Volvió a cerrar los ojos y no los abrió ni siquiera cuando Barnack se ofreció a ayudar a Jadiya en el reparto de los víveres a los

hombres. Su aliada convenció a la irreductible iraquí al cubrirse el rostro totalmente con un pañuelo oscuro y ponerse guantes en las manos. Nada había en ella que pudiera incitar a los hombres. Aunque Ingrid sabía que lo que pretendía Barnack era ocultar su verdadera identidad.

Se hizo de noche y la temperatura comenzó a bajar. Tras comer un poco de pan seco con queso rancio y beber té caliente, las chicas se acurrucaron una contra otra para mantener el calor. Ella también se acostó, aunque estratégicamente situada para salir del cuarto a la mínima oportunidad. Barnack todavía no había regresado, seguramente seguía ayudando a Jadiya en la cocina.

Poco a poco, las voces fueron desapareciendo hasta quedar todo en silencio. Al cabo de un rato la puerta se abrió muy despacio y a contraluz pudo distinguir la figura de Barnack. Esta se había ganado la confianza de la bruja iraquí para ayudarla a preparar y a servir las viandas para todos los que se encontraban en la vivienda. De alguna manera, se las había arreglado para echar un somnífero en la comida o en la bebida, lo que en cuestión de horas dejó a todos fuera de juego. Amal se levantó sigilosamente y salió por la rendija abierta.

Ya fuera, corrieron el cerrojo para mantener a las chicas a salvo. Después abrieron la primera puerta a la izquierda para comprobar que había cinco hombres completamente dormidos en diferentes posturas. Entre las dos buscaron cuerdas, cinturones y otros materiales para atarlos de pies y manos y amordazarlos a conciencia. Los colocaron lo suficientemente separados como para que no pudieran desatarse unos a otros. Descargaron sus armas y las sacaron del cuarto. A continuación, atrancaron la puerta. Repitieron la operación en todas las estancias en las que fueron entrando hasta llegar a la última en la que Barnack le pidió que se mantuviera al margen. Como si de una señal divina se tratara se oyó el primer cacareo de un gallo y la respuesta de otro. Amanecía. Amal asintió y se apostó detrás de la puerta principal, con un buen número de armas cargadas y listas para ser usadas, en prevención de que los terroristas del interior se despertaran antes de la llegada de la caballería. Los primeros rayos del sol comenzaron a filtrarse por debajo de la puerta y a través de las rendijas de las ventanas. Era el inicio de un nuevo día y el fin de una pesadilla. O, al menos, eso esperaba.

Se despertó antes del amanecer, desorientado e inquieto. Durante un par de minutos no supo dónde se encontraba. Y lo desconocido hizo que le invadiera la angustia. Por fortuna, el canto de un par de gallos rompió el silencio y recobró el dominio sobre sí mismo. Después, el dolor en la espalda y del resto del cuerpo le recordaron que había pasado la noche tendido en una esterilla sobre el suelo de tierra de la casa franca. Y el dolor le resultó gratificante porque significaba que seguía vivo y que podría luchar un día más.

Habían llegado la noche anterior y apenas si había tenido tiempo de compartir la última oración y algunos alimentos con sus compañeros de viaje y los hermanos que integraban todo el comando tunecino. El agotamiento, tras varios días de trayecto sin descanso, le había impedido siquiera hablar mientras masticaba con dificultad unos trozos de pan reseco y algo de queso rancio. ¡Lo que hubiera dado por disfrutar de una simple ensalada! Pero ¡bendita la causa de Alá que ponía pruebas tan duras para el cuerpo y el espíritu! La austeridad y la frugalidad eran las losetas que pavimentaban el camino hacia al *Ajira* aunque fuera a base de retortijones en el estómago casi vacío. Tras la oración de la mañana inspeccionaría a las mujeres que habían llegado y después elaboraría el plan para trasladarlas donde fueran más necesarias para la causa de Alá: satisfacer a los muyahidines y procrear para mayor gloria de la fe. Primero cumpliría con sus obligaciones religiosas.

Le reconfortó oír cómo algunos compañeros se movían en las otras habitaciones de esa granja alejada de toda la civilización. Se irguió un poco, lo justo para sentarse y echar un vistazo a su alrededor. Era la hora de la primera oración y debía llevar a cabo sus abluciones. Algo que se planteaba difícil en sus actuales circunstancias. Se sentía sucio, impuro de cuerpo, pero sabía que el Misericordioso perdonaría esta falta. El agua escaseaba en ese lugar, así que no le quedaba otra opción que utilizar arena, tal y como el profeta, *¡bendito sea su nombre!*, había recomendado a los fieles que se encontraban en medio del desierto camino a alguna batalla. Igual que ellos. Sentir la abrasión de la arena en su piel le purificaría el cuerpo y le acercaría al ideal de los primeros musulmanes, un honor y un orgullo.

Se puso en pie con dificultad. Las heridas en el costado y la pierna derecha seguían molestándole e interrumpir la fisioterapia no había mejorado la situación. Sin embargo, se sentía agradecido porque el dolor le recordaba cuál era su misión y cuál era la cuenta que tenía pendiente con el peor de los traidores, el cobarde Ahmed. Nunca alguien le había decepcionado tanto. La persona en la que había depositado la mayor de sus confianzas, el hombre con el que había compartido tantas batallas, el que le había protegido y al que había protegido en numerosas situaciones difíciles, su amigo, no, su hermano, había huido, abandonándole en plena batalla contra los *kufar*. Pero lo peor, lo que más le había dolido era que no lo había visto venir. Por primera vez su instinto le había fallado y desde entonces nada había ido bien.

Todo por lo que había estado luchando durante tantos años se desmoronaba a la misma velocidad que el Califato perdía terreno a manos de las tropas iraquíes y sirias apoyadas por los norteamericanos, los rusos y los peores *kufar* de todos: los iraníes. Día tras día había tenido que retroceder buscando refugio donde antes había sido el héroe conquistador, había tenido que pedir ayuda a aquellos que no hacía mucho se habían sometido temblando solo con oír mencionar su nombre, había tenido que suplicar pan a aquellos a quienes él se lo había tirado al suelo. Todos había respondido, aunque con lentitud y desprecio porque temían las consecuencias de su ira. En sus miradas se reflejaba el cambio de actitud ante la perspectiva de que su tierra también fuera liberada del Califato. Su sueño se derrumbaba pisoteado como un castillo de arena y, aunque todavía no había tenido tiempo para reflexionar sobre ello, en su fuero interno presentía que el final estaba muy cerca. No para la causa de Alá, que seguiría eternamente viva, pero sí el suyo. Había hecho lo que había podido, aunque ciertamente a la vista de los resultados no había sido suficiente. Solo esperaba poder hacer el viaje a la *ajira* como un verdadero *shahid.*

Había decidido viajar a Túnez porque le habían informado de que el traidor Ahmed malvivía en una casa de la vieja medina de la capital. Debía saldar la cuenta pendiente con él, no solo para quitarse el dolor que la huida de su «hermano» le había producido, sino para dar ejemplo. Nadie, ni siquiera los más allegados, podían abandonar la causa si no era por la espada. Una vez dentro de la organización, la única manera de salir era hacia el paraíso o hacia el infierno. Su venganza tendría que esperar unos días. Le habían pedido que supervisara la recogida y envío de un grupo de mujeres captadas vía internet. La fiel Jadiya era la responsable de su vigilancia y custodia hasta su traslado, pero él tenía que asegurarse de que los hombres a los que se les encomendaba su transporte fueran de fiar y siguieran fielmente sus instrucciones. No era un trabajo a la altura de su cargo en la organización, pero el «califa» en persona le había pedido que lo hiciera porque procrear más hijos para la yihad era una prioridad ahora que tendrían que volver a la clandestinidad.

Estaba a punto de ponerse la camisa que había dejado doblada en una esquina al lado de su esterilla cuando comenzó a sentir que le temblaban las piernas. Las agitó un poco para sacudir lo

que consideró debilidad matutina, pero en lugar de librarse de la flojera, esta comenzó a ascender por su torso hasta el cuello. Incapaz de dominar su cuerpo cayó de rodillas. Empezó a nublársele la vista y dejó de sentir los brazos. No tardó en sucumbir por completo. Intentó pedir ayuda, pero no pudo abrir la boca. Totalmente consciente, pero sin dominio de un solo músculo de su cuerpo, el pánico se adueñó de él.

«¡Oh, *Alá, bendito sea tu nombre*, no permitas que muera de manera tan ignominiosa! ¡Por favor, por favor, permíteme morir dignamente en el campo de batalla para poder ascender hacia ti y llegar al paraíso!».

Y entonces se abrió la puerta del cuarto. ¡Estaba salvado! Seguro que era uno de los hermanos, quien, preocupado por su tardanza, había ido a buscarlo para que le acompañara en la oración. Con los ojos fijos en la vieja y chirriante hoja de madera observó con incredulidad que la persona que entraba en el cuarto era una mujer cubierta con una aballa y no un hermano en la lucha. ¿Jadiya? Con la vista desenfocada por la debilidad solo pudo discernir que se trataba de una desconocida, que paradójicamente le resultó familiar. ¿Acaso estaba sufriendo también alucinaciones o era su mente la que le estaba jugando una mala pasada? El rostro era diferente, pero… pero la sensación…, esa forma de moverse, esa calidez… le recordaba a la persona que mejor le había hecho sentir en toda su vida. Y se lo recordaba porque, muy a su pesar, la echaba de menos, lo único que echaba de menos de sus años como mano ejecutora del Califato. ¡Cuánto había disfrutado sometiéndola a su fuerza! ¡Cuánto había gozado forzándola una y otra vez para limpiar de ella todo rastro de impiedad! Era como la satisfacción que se sentía al domar a un caballo salvaje. Aunque en este caso la doma no había sido completa, porque, pese a haberla derrotado físicamente, no había podido acabar ni con su espíritu indómito ni con el brillo de resistencia en sus ojos. Y era esa resiliencia la que de nuevo aparecía ante él, en un rostro distinto, pero con la misma intensidad.

Por eso supo que no era un fantasma de su pasado que venía a cobrarse una vieja deuda, sino un demonio vengador que venía a castigarle y que no lo haría de manera rápida e indolora. Entonces, solo entonces, enfrentado a la imposibilidad de defenderse, por primera vez desde que era niño, temió que toda su vida hubiera sido una burla, una experiencia sin sentido, dolorosa y sangrienta, y que después de tanto esfuerzo y tanto sacrificio acabara con el más lamentable de los finales. O él le había fallado a Alá o, lo que era peor, Alá le había abandonado a él, como aquel terrible día en el campamento de refugiados cuando era un crío inocente, despreocupado y feliz. ¿Un castigo divino? ¿A él que lo había dado todo por su causa?

La mujer se acercó lentamente, tan lentamente que tuvo la impresión de que tardaba una eternidad en dar cada paso. Pero no, era otro de los terribles efectos de la debilidad que se había adueñado de él.

—¡Vaya, vaya! ¿A quién tenemos aquí? Pero si es el héroe Ghareeb al Husseini, uno de los hombres más valientes y arrojados del Estado Islámico.

La voz de la mujer era dulce, casi embriagadora. La reconoció o creyó reconocerla, pero no, no podía ser, tenía que tratarse de una alucinación. Quizás el espejismo de un deseo nunca colmado del todo o la añoranza de los mejores momentos de placer en su vida. O tal vez el recuerdo de un alma atormentada que venía a cobrarse una deuda.

¡Era ella! Pero ¿cómo era posible? Debía de estar muerta. A lo mejor lo estaba y él también. No reconocía su rostro. Pero esa voz… Esa voz. Estaba seguro. Esa voz era la suya… Solo que

ahora era distinta, ya no suplicaba. Era una voz firme y segura. Quiso decirle algo. Quiso recriminarle el tono de sus palabras y la osadía de dirigirse a él, a un muyahidín, pero no pudo mover siquiera los labios y sintió cómo una ola de calor ascendía por su rostro hasta las sienes donde se convirtió en un volcán de dolor. Con los sentidos nublados y la cabeza a punto de estallar, una mezcla de ira e impotencia se adueñó de él al no poder darle réplica ni siquiera con la palabra. Lo único que pudo hacer fue mantener los ojos bien abiertos, tan abiertos como podía, lo cual no era fácil porque los párpados le pesaban cada vez más. Era la única manera que tenía de mostrar su orgullo y su valentía y, sobre todo, su indignación. La presencia no buscada de esa mujer no solo le hacía dudar de su cordura, sino que ofendía los fundamentos de su fe, y verse a su merced, siendo él tan orgulloso, no podía ser más humillante.

La mujer se arrodilló a su lado y acercó tanto su rostro que pudo sentir su aliento sobre su piel. Se libró de la aballa y dejó que toda su belleza inundara ese miserable cuarto. Por una fracción de segundo creyó que era una de las setenta vírgenes prometidas a los *shuhadá* muertos en combate, tal era su hermosura y tan dulce su fragancia. Enseguida se dio cuenta de que lejos de encontrarse en el edén había descendido al peor de los infiernos sin estar siquiera muerto. Porque, sin duda, pese a que su rostro no era el mismo, ella sí era la mujer a la que más había deseado en su vida y a la que peor había tratado para hacerle pagar la debilidad que provocaba en él. Tendría que haberla matado, pero se había limitado a torturarla con la esperanza de que su belleza sucumbiera y así acabara su deseo. No había sido así. Por el contrario, se había grabado a fuego en su mente, en su corazón y en su alma, convirtiéndose en la peor de sus torturas. Y ahora su incapacidad para matarla venía a pasarle factura.

—¿Qué te pasa, *kelb ibn kelb*?[19] ¿No puedes moverte? ¡Cuánto lo siento! —La mujer se acercó tanto a él que podía sentir el calor de su cuerpo sobre su rostro—. ¿Será acaso que estás experimentando en carne propia la droga que suministrabais a las mujeres yazidíes raptadas y utilizadas como esclavas sexuales para que no se resistieran?

Por fin obtuvo la confirmación a sus sospechas. Era ella. Esta mujer era una de esas infieles que habían servido para dar placer a los guerreros de la más alta causa posible. Era una de esas herramientas sucias que había aliviado la tensión de los hombres tras la batalla. Un objeto sin valor. Y el coraje se sumó a la ira y a la rabia.

¿Cómo se había atrevido a acercarse a él, así? ¿Cómo osaba mirarle tan desafiante y hablarle con tanta seguridad? ¡Maldita la inmovilidad que se había adueñado de él! Si estuviera en plena capacidad le enseñaría lo que era el respeto y la sumisión de una perra infiel como lo había hecho tantas veces antes. Debería de haber acabado con ella cuando tuvo la ocasión, pero había sido débil y ahora pagaba las consecuencias. Si sobrevivía, nunca más cometería el mismo error.

—¿Ya te acuerdas? ¿Sí? Claro, lo veo en tus ojos. Me alegro. Solo quería que probaras un poco de tu propia medicina —la mujer sonrió levemente—, aunque ligeramente modificada. Un cóctel que he elaborado especialmente para ti.

Se sentó con las piernas cruzadas al lado del hombre y después se libró de la tela negra que la cubría para dejar que viera que iba vestida con un uniforme militar y llevaba una pequeña mochila en la espalda. Ghareeb reconoció el equipo de campaña israelí y el insulto aumentó el odio dentro de él. De todos los ejércitos del mundo el israelí era al que más odiaba por haber ocasionado la muerte de toda su familia. El dolor rasgó su corazón.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la ropa que llevo? Vaya, lo siento. Resulta que ahora solo me desnudo delante de un hombre si quiero y cuando quiero y no forzada a base de latigazos y golpes como hacías tú. ¡Qué valiente! ¡Someter a una mujer a la fuerza!

Ghareeb intentó gritar, moverse, al menos hacer un gesto de protesta, de odio, pero no pudo y sintió cómo la cólera crecía dentro de él. Por un instante creyó que iba a reventar debido a la tensión, pero no, solo aumentó su impotencia y su frustración.

—Aunque a lo mejor no es porque esté vestida, sino porque este es el uniforme del ejército israelí. Una afortunada casualidad que hubieran sido ellos los que me rescataron de aquel sótano inmundo donde me torturaste durante tanto tiempo. Pero, ya sabes, dicen que el enemigo de mi enemigo es mi amigo y nunca más cierto que ahora. —La mujer se encogió de hombros—. La verdad es que llevarlo en mi mochila fue una temeridad, pero todo lo que he hecho hasta ahora lo es, así que una más solo sirve para redondear mi récord. Te aseguro que ha valido la pena ver cómo se te ha encendido la mirada.

La mujer se arremangó dejando a la vista las cicatrices que tenía en las muñecas.

—¿Qué pasa? ¿Aún no me has reconocido o es que no te crees que estoy viva? ¡Ah! ¡Ya sé! Te resulto familiar pero no estás seguro. Pues sí, soy yo, Miriam Muntasir. A pesar de todo lo que tú y tus secuaces me hicisteis, no solo sigo viva, sino que soy más fuerte y estoy más preparada que nunca. ¿Sabes? Me he pasado los últimos dos años pensando día y noche en qué haría si te volvía a ver. Al principio consideré la opción de pegarme un tiro y acabar con mi vida, pero me di cuenta de que eso significaría que mi paso por esta existencia no habría tenido sentido y tú te habrías salido con la tuya. Durante mucho tiempo me pregunté por qué me había tocado a mí sufrir tanto. No logré comprenderlo hasta muchas semanas después. Pero por fin se hizo la luz y entendí que todo por lo que había pasado tenía por objeto hacerme más fuerte y cumplir con mi misión: hacer justicia. No la de las leyes internacionales, que no siempre llegan a dónde tienen que llegar y, si lo hacen, tardan demasiado y son blandas, sino la de mis ancestros, la del ojo por ojo y diente por diente. Esa que tanto te esforzaste en borrar de la faz de la Tierra, pero que por fortuna ha logrado sobrevivir, una vez más, como lo lleva haciendo desde hace milenios. Teniendo en cuenta la cantidad de personas que has matado, herido, torturado, vejado y maltratado, lo justo era que probaras parte de tu propia medicina durante todo el tiempo que tu asqueroso cuerpo pudiera soportarlo. Que experimentaras en tu propia carne el dolor y la impotencia, y que después rindieras cuenta ante la justicia.

La mujer hizo una pausa para extraer de la manga de su camisa una pequeña pero afilada navaja, no más grande que un bisturí médico.

—Así que, tras mucho reflexionar, llegué a la conclusión de que con la ayuda necesaria podía lograr mi objetivo. Tras pasar casi un año en manos de los médicos para recuperarme de las brutales lesiones que me infligiste busqué a los mejores profesionales para que me entrenaran en defensa personal, artes marciales, métodos de tortura y otras habilidades especiales. Fue muy duro, pero cuanto más me dolía, cuanto más me cansaba, cuánto más difícil me resultaba, más me convencía de que estaba haciendo lo correcto.

Ghareeb intentó moverse, pero lo único que consiguió fue que le cayese una lágrima en la mejilla. La mujer la recogió con la yema de un dedo y la miró con atención. Después sacudió la mano y la gota de agua se perdió en el sucio suelo de tierra pisada.

—Después me armé de paciencia y aguardé a que me dieran noticias de tu paradero. Mi único temor era que alguien se me adelantara y acabara con tu vida antes de que yo te encontrara. Pero, como mala hierba nunca muere, ¡aquí estamos! ¿No te parece maravilloso que dos viejos conocidos se reencuentren después de dos años en un lugar tan siniestro y horrible como en el que nos conocimos? Sí, seguro que te emociona, ¿verdad? ¡Lástima que las tornas se hayan cambiado y ahora seas tú el que yace en el suelo impotente!

La mujer echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Solo hay un pequeño inconveniente. Que no voy a tener tanto tiempo como quisiera, así que tendré que conformarme con hacerte lo que quiero hacerte lo más rápidamente posible.

Él intentó mostrarle su intención de resistirse, pero no logró ni el más leve movimiento, por lo que tuvo que observar con impotencia y terror cómo sacaba unos guantes quirúrgicos de un bolsillo de la chaqueta del uniforme y se los ponía. Después extrajo una mascarilla y se cubrió la cara con ella.

—Ahora no te va a doler. Y es una pena, pero es la única manera de que te mantengas quieto mientras lo hago. ¡Ah! ¿Que quieres saber qué es lo que voy a hacer? —La mujer le rasgó los pantalones a la altura de las ingles y de los tobillos—. Pues me voy a asegurar de que nunca más puedas agredir a nadie, que tengas que arrastrarte el resto de tus días y, sobre todo, que jamás puedas sujetar tu pene ni con tus manos ni con nada. Pero no te cortaré la lengua para que puedas gritar y llorar como un castrado lo mismo que nos hiciste gritar y llorar a todas las yazidíes esclavizadas, violadas y apaleadas. ¿A que es una gran venganza? Lo mejor es que podré por fin olvidarme de ti, pero tú no de mí. Te acordarás cada minuto de tu perra vida, y seguro que maldecirás mi nombre y mi memoria, pero dará igual, porque nadie te escuchará. Y tendrás una larga y terrible existencia en una de las peores cárceles del mundo: tu propio cuerpo.

«¡Alá bendito, ten piedad de mí y haz que caiga fulminado ahora mismo! ¡No permitas semejante humillación! ¡No permitas que no pueda llegar a la *Ajira* con los honores de un *shahid*!».

Su súplica no fue escuchada. Tuvo que presenciar cómo la infiel le cortaba la carne y los tendones en los talones, las muñecas y los testículos. Y también pudo ver cómo limpiaba la sangre del cuchillo en su ropa y lo guardaba dentro de su bota. Después le escupió y se marchó, dejándole sumido en la desesperación de la impotencia. No supo cuánto tiempo se quedó mirando la puerta antes de que los ojos se le cerraran. Lo último que sintió, antes de perder el conocimiento, fueron varias manos intentando frenar las hemorragias que su verdugo le había infligido.

Mientras aguardaba con creciente inquietud a que saliera su inesperada compañera de intervención, Amal sintió la responsabilidad de no haber impedido que entrara sola en ese cuarto. La ausencia de movimiento y de ruido la estaba poniendo nerviosa. ¿Qué estaría pasando dentro? ¿Estaría Barnack llevando a cabo su misión o, por el contrario, el misterioso huésped de ese cuarto habría logrado inmovilizarla y ahora esperaba tras la puerta a que un sonido delatara su presencia?

Podía oír en su interior el tictac del tiempo transcurriendo a cámara lenta en aquel olvidado rincón del mundo. Nada perturbaba la angustiosa quietud de la granja. Y, a medida que pasaban los minutos, su tictac interior se transformó en soledad y desamparo. Por una fracción de segundo tuvo la impresión de que todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas no había sido sino un sueño extraño del que se despertaría agotada y sudorosa en alguna habitación de hotel. Pero no. Estaba despierta, quizá más despierta y alerta que en toda su vida. Los latidos acelerados de su corazón y su respiración agitada le confirmaron que, en la polvorienta penumbra de aquel recóndito edificio, seguía esperando a que Barnack rematara lo que fuera que estuviera haciendo. Sospechaba que no se limitaría a inmovilizar al hombre que se encontraba dentro. En contra de sus principios y su formación sintió que dejarla hacer era lo correcto. Su

instinto le decía que Barnack estaba allí para hacer justicia, quizá no la establecida por los sistemas jurídicos democráticos, pero justicia al fin y al cabo. Y, aunque el método no fuera del todo ortodoxo, teniendo en cuenta cómo se las gastaban los terroristas y su total falta de respeto por la ley y los derechos humanos, en ocasiones como esta no estaba mal hacer la vista gorda, sobre todo porque, por fin, una mujer podía demostrar a esa pandilla de fanáticos, ignorantes y misóginos que la inteligencia siempre acababa triunfando sobre la fuerza bruta. Pero estaba tardando mucho, una eternidad, y la impaciencia se estaba adueñando de ella.

Por fin, Barnack salió del cuarto luciendo una extraña sonrisa, mitad espasmo mitad mueca. Pálida y sudorosa se dobló para hacer frente a las arcadas que ascendían con violencia desde su vientre. No expulsó nada porque llevaba sin comer desde el día anterior, pero Amal pudo percibir el olor amargo de la bilis que había llegado hasta su boca. Barnack se sentía tan satisfecha como culpable. Fuera lo que fuera lo que hubiera hecho, había cumplido con su misión y el alivio fue alejando el remordimiento hasta hacerlo desaparecer de su mirada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Amal mientras observaba como Barnack sacaba una botella de agua de su mochila, bebía un sorbo, se enjuagaba la boca y después la escupía al suelo.

—Supongo que aquí se separan nuestros caminos —respondió Barnack mientras se pasaba la mano por la frente sudorosa.

—Me gustaría decir que ha sido un placer, pero me temo que las circunstancias no son las adecuadas —ironizó Amal.

—En otro tiempo y en otro lugar, pudiera ser que sí, ¿quién sabe? —Barnack se encogió de hombros—. La vida da muchas vueltas.

—Quizá volvamos a encontrarnos. —Amal no tenía la certeza de con quién trabajaba Barnack y sabía que ella tampoco se lo diría, aunque a la vista de cómo actuaba era obvio que no se trataba de ningún país árabe.

—Lo dudo. Yo ya he terminado con mi misión y ahora comenzaré una nueva vida.

—Buena suerte, entonces…

Un grito proveniente de la habitación donde Barnack había encerrado a Jadiya interrumpió la despedida.

—¡Vaya! Parece que la bella durmiente se ha despertado y no por el beso de un príncipe, precisamente. —Por primera vez desde que se conocieran, Barnack sonrió ampliamente. En sus ojos brillaba una maliciosa satisfacción que le intrigó.

—¿Puedo preguntar qué le has hecho? —Amal sentía curiosidad, pero no tenía especial interés en volver a ver a la bruja.

—Digamos que ha tenido que afrontar su realidad y no le ha gustado.

Amal arqueó una ceja y sonrió. Barnack se acercó a ella y antes de que pudiera reaccionar sintió sus manos sobre los hombros.

—En fin, tengo que disculparme, Ingrid.

—¿Por qué? —preguntó con sorprendente inocencia para una agente experimentada como ella.

—Por este pinchazo que te va a dejar inconsciente. —Barnack extrajo la pequeña jeringa con tanta rapidez como con la que la había introducido en el cuello de Amal—. No va a ser por mucho tiempo, lo justo para que pueda marcharme sin que nadie se dé cuenta.

Casi de manera instantánea Amal sintió que todo a su alrededor se desdibujaba y una extraña debilidad se adueñaba de ella. Unos instantes después las piernas no fueron capaces de sostenerla, pero Barnack la sujetó por las axilas impidiendo que se cayera y se golpeara. La colocó con cuidado en posición fetal sobre su lado izquierdo para que cuando se despertara no

tuviera dificultades en respirar.

—Me caes bien, Amal Daudi. Eres una mujer inteligente, valiente y decidida. Además, crees en la justicia. En otras circunstancias habríamos sido las mejores amigas. Lástima que tenga que marcharme así, porque seguro que tú me habrías comprendido muy bien.

Barnack introdujo la aballa en su mochila. Después se dirigió al cuarto donde los terroristas habían aguardado los móviles confiscados a las mujeres. Rebuscó entre ellos hasta encontrar el suyo. Lo encendió y pulsó un número.

—Misión cumplida. Solicito extracción inmediata.

Nadie respondió, solo se oyó como el interlocutor cortaba la comunicación. En ese instante el desierto comenzó a rugir. Miriam se asomó a un ventanuco y vio un remolino de arena formándose en el horizonte. Sonrió. Parecía que hasta la naturaleza se ponía de su parte. No podía haber mejor manera de huir que amparada por un simún.

El helicóptero se elevó formando una gran nube de polvo a su alrededor. Miriam observó desde la cabina cómo el simún se fusionaba con el remolino de arena bajo la aeronave. Jamás hubiera podido imaginar un camuflaje más oportuno ni una metáfora más adecuada para su estado de ánimo. Había llevado a cabo su venganza con la precisión de un relojero suizo y el propósito del esfuerzo desarrollado en el largo año desde que entrara en el programa de formación especial del servicio de inteligencia israelí se había cumplido. Sin embargo, no sentía ni satisfacción ni alivio. Las emociones que bullían en su interior eran tan imprecisas y tan arrolladoras como el simún que avanzaba de manera tan errática hacia la granja abandonada en donde yacía el hombre que más odiaba en el mundo.

¿Por qué el dolor, la culpa y el remordimiento luchaban con el sentimiento del deber cumplido y la satisfacción por haber dado el descanso definitivo a los espíritus de sus padres, hermana y otros seres queridos desaparecidos?

Su cerebro le gritaba que había hecho lo que tenía que hacer. Su mente vociferaba que la justicia había triunfado y el castigo para el genocida que había arrasado con su pueblo, para el torturador que había amputado miembros y flagelado hasta la inconsciencia a tantas personas, para el violador que la había forzado tantas veces a ella y a muchas otras jóvenes y que había obligado a una infinidad de mujeres a casarse con hombres desconocidos para «purificar» su alma y procrear hijos para la yihad, para el fanático que había colaborado en la destrucción del tercio norte de Iraq, había sido el adecuado. No solo no podría hacer daño a nadie jamás, sino que inválido para el resto de su vida sufriría de dolores constantes. ¿Qué más se podía pedir?

La razón justificaba lo que había hecho, pero su corazón y su alma no. Su conciencia le gritaba que había cometido un grave error al haber utilizado la violencia para castigar a quien le había hecho tanto daño, ya que así se había rebajado a su nivel. Se sentía sucia e indeseable. Y un vacío intenso comenzó a adueñarse de su alma. Giró su cabeza para mirar hacia el otro lado de la cabina del helicóptero. Quizá solo estaba agotada tras haber pasado dos días sin dormir y estar sometida a gran tensión. Seguro que tras un buen descanso comenzaría a saborear su triunfo. Seguro… pero…

¿Y ahora qué? ¿Podría seguir con su vida como si nada hubiera pasado? ¿Sería capaz de mirarse a un espejo y afrontar que la nueva Miriam ya no tenía moral ni capacidad para empatizar con los demás? ¿O quizá tendría el valor suficiente para reconocerse en esa mujer fuerte y segura en la que se había convertido? ¿Tendría la fuerza de voluntad suficiente para

presentarse a los exámenes de acceso a la Facultad de Medicina y dedicarse a ayudar y a cuidar a los demás o se recluiría en su pequeño apartamento de Tel Aviv para dejar que los días transcurrieran sin otra motivación que ir a hacer la compra al supermercado?

¿Quién lo sabía? De momento, y antes de tomar ninguna decisión, tenía otra deuda que saldar. Tan o más importante que la que acababa de cobrarse y más agradable. La que tenía con el hombre que había movilizado a un equipo de rescate israelí para sacarla de Mosul y llevarla a Tel Aviv. El hombre al que debía su vida y el descanso de los suyos. El hombre que quizá ya no quisiera saber nada de ella tras haber sido tan terriblemente mancillada. Pero el hombre que, al fin y al cabo, la había salvado del infierno por amor y al que ahora podía afrontar con la cabeza muy alta al haber limpiado su honor y vengado a sus muertos.

Se despertó zarandeada.

—¡Amal, Amal! ¡Despierta, por Dios, despierta!

Para cuando logró abrir los ojos lo primero que vio fue el rostro preocupado de Madariaga. Se encontraba sobre ella en una posición absolutamente inapropiada para cualquier otra ocasión, pero hizo caso omiso a su indignación porque un terrible dolor de cabeza nubló su mente por un instante. El comandante español se apartó y la ayudó a incorporarse despacio.

—¿Qué ha pasado?

Antes de que pudiera responderle con un «no tengo ni idea», apareció Allainville con una amplia sonrisa al comprobar que su compañera se había despertado y se encontraba en buen estado.

—Parece que alguien ha hecho todo el trabajo —explicó Allainville a un desconcertado Madariaga—. Todos los terroristas están inconscientes e inmovilizados.

—¿Cómo dices? —Madariaga no salía de su asombro.

—Si no fuera por las circunstancias, diría que las hadas madrinas existen —bromeó Amal mientras intentaba incorporarse. Sentía como si sus sienes estuvieran a punto de estallar—. ¿Hace mucho que habéis llegado?

—No, en realidad no hace ni cinco minutos. —Madariaga le tendió la mano para que se levantara—. No sabes cuánto me alegro de que estés bien. Camuflarte entre las mujeres captadas ha sido una imprudencia.

—Estoy de acuerdo —apoyó Allainville.

—Vale ya, chicos. Me duele demasiado la cabeza para estar escuchando reproches. Además, no he sido la única. —Amal cogió la botella de agua que le ofreció su compañero y bebió un largo sorbo—. Parece que una vieja conocida del comandante Bader también tuvo la misma idea.

—¿Cómo dices? —preguntó desconcertado Madariaga.

—Lo que oyes. Si todos los terroristas están inconscientes y completamente inmovilizados ha sido gracias a *madame* Barnack, quien los drogó y me ayudó a atarlos.

—Entonces, ¿por qué estabas tú también inconsciente? —inquirió Allainville.

—Porque en un descuido Barnack me inyectó algo. Supongo que quería huir sin que nadie le hiciera preguntas incómodas.

Carretera de Tozeur a Túnez capital
31 de julio de 2016

Horas después, una caravana de vehículos policiales y ambulancias avanzaba a gran velocidad

hacia la capital. La escoltaban media docena de helicópteros mientras era supervisada vía satélite por los servicios de inteligencia de varios países. Nunca antes se había podido arrestar a tantos «presuntos» terroristas en una sola operación. La misión había sido un éxito sin parangón, lo que unido a las redadas simultáneas en varios países europeos había permitido desmantelar a buena parte de la organización terrorista del Califato occidental en un día. Había sido un gran golpe, pero los servicios de inteligencia que habían cooperado en su ejecución eran muy conscientes de que no habían terminado con todos los fanáticos que deseaban conquistar el mundo para someterlo a su interpretación retorcida del islam. De hecho, temiendo que en su rabia por el golpe sufrido muchos «lobos solitarios» intentaran causar el pánico en Europa y en el Magreb, los Gobiernos de la Unión Europea y el Consejo Magrebí, en una reunión de urgencia, habían autorizado la prolongación *sine die* del funcionamiento del equipo internacional antiterrorista.

Todo eran incógnitas en relación con la reunión en la granja. En primer lugar, no sabían por qué varios grupos pertenecientes a diferentes y, con frecuencia, enfrentadas organizaciones terroristas se habían congregado la noche anterior bajo el mismo techo. Había sido una gran imprudencia o quizá tenían un objetivo tan importante que justificaba incluso haber reducido el nivel de precaución y seguridad. Los agentes que llevaban la investigación se planteaban varias hipótesis, entre las que destacaban la organización de más atentados simultáneos, el reagrupamiento para distribuirse las zonas de influencia o el análisis conjunto sobre el paulatino deterioro de su *statu quo* y la evaluación sobre la nueva estrategia que seguir. En segundo lugar, la actuación llevada a cabo por la misteriosa *madame* Barnack había puesto en evidencia que, o bien había habido una brecha de seguridad en el grupo antiterrorista internacional o había otra organización con medios de espionaje más efectivos que los del grupo internacional, ya que no solo habían averiguado dónde tenían que presentarse las mujeres captadas y dónde estaban reunidos los terroristas, sino que su comando iba a actuar esa mañana en aquel lugar. En cualquier caso, salvo por el castigo aplicado a Jadiya y a Ghareeb al Husseini, Barnack había dejado a todos los terroristas inmovilizados y con pruebas más que suficientes para llevarlos a juicio y encarcelarlos de por vida. Lo cual no dejaba de ser sorprendente porque ponía en manos de la justicia internacional el castigo a esos asesinos en lugar de aplicarla ella misma. Era evidente que Barnack tenía algo muy personal en contra de aquellos dos, algo que era improbable que descubrieran, porque ninguno de los dos reconocería la comisión de crímenes que les condenarían de por vida.

Bader, Daudi, Allainville y Madariaga ocupaban el todoterreno que seguía al último furgón de transporte de los terroristas capturados. Estos habían sido amordazados, esposados y encadenados a sus asientos, además de ir cegados por un antifaz. Cualquier medida de precaución era poca con semejantes elementos criminales. Aunque habían identificado a todos por sus huellas digitales y muchos de ellos eran viejos conocidos, había algunos de los que se desconocía su afiliación. No estaba claro si pertenecían a la misma organización o si, por el contrario, eran células independientes o miembros de organizaciones diferentes que estaban cooperando para actuar de manera conjunta. Los interrogatorios a los que iban a ser sometidos los días siguientes prometían ser intensos, difíciles, extenuantes, pero, sin lugar a duda, muy fructíferos. Por lo pronto, los informáticos habían podido acceder a sus ordenadores y estaban intentando averiguar cuál era la misión para la que se habían reunido en la granja, además de para transportar a las mujeres captadas.

Sin embargo, y a pesar del triunfo que había supuesto la operación, el ánimo de los cuatro ocupantes del todoterreno distaba mucho de ser positivo. Desde que Bader arrancara el vehículo,

ninguno de ellos había dicho nada. El silencio era tal que en lugar de regresar como héroes victoriosos parecían dirigirse a un entierro. Cada uno de ellos intentaba procesar lo sucedido desde que, dos días antes, los micrófonos que habían instalado en la casa de la medina de Túnez les pusieran sobre la pista clave de un transporte de mujeres para la yihad.

El sangriento espectáculo que Barnack había dejado tras de sí en el cuarto en el que había entrado sola fue demasiado incluso para agentes curtidos como ellos. Algún compañero no pudo evitar vomitar. Los que no lo hicieron salieron de inmediato con la excusa de dejar espacio a los sanitarios, que debieron emplearse a fondo para frenar las hemorragias del hombre que yacía tendido en el suelo. Aunque solo Amal tenía formación como psicóloga, todos entendieron el mensaje que implicaban las heridas en los genitales: castración para el violador. Ojo por ojo, diente por diente, la ley de Hammurabi.

Menos doloroso, pero no menos humillante, fue el castigo que sufrió Jadiya. Barnack la había colgado del techo completamente desnuda para que una cámara que retransmitía en directo difundiera su imagen a través de internet. Para una mujer que hacía de su modestia una virtud, verse expuesta así para todo el mundo era la peor de las vergüenzas y, por ende, el más duro de los castigos. Por si su imagen no fuera lo suficientemente elocuente, Barnack dejó escrita en árabe en la pared detrás de ella la frase: «La alcahueta de inocentes tal y como es en realidad».

Aunque Amal no podía aprobar el método empleado por Barnack y su formación le impelía a reprobarla por haber hecho justicia directamente, en su fuero más interno la aplaudía. Solo una mujer puede comprender el dolor y la destrucción que una violación conlleva para otra mujer y lo difícil que es superar un trauma de ese tipo. Barnack había hecho de su venganza personal su forma de curación. Pero, además, la puesta en escena era una advertencia muy seria sobre lo que podría pasarle a quien quiera que se le ocurriera repetir un crimen de ese tipo. Era una lástima que, a excepción de los equipos de intervención y de los terroristas detenidos, nadie supiera nada de lo sucedido en la granja. Las operaciones antiterroristas tenían la consideración de máximo secreto y nada de lo que se hacía para proteger a la población podía trascender al público.

Mientras tanto, al comandante Bader no le llegaba la camisa al cuello, y eso que hacía un calor sofocante. Ver todo lo que la hermosa y aparentemente frágil *madame* Barnack había sido capaz de hacer le provocaba un gran choque emocional. La inteligencia, la diligencia y la pulcritud de su labor parecía el resultado de una escena bien grabada en una película de espías. Sin embargo, la caravana de la cual formaban parte y que se dirigía a una prisión de máxima seguridad en un complejo militar de alto secreto era la prueba tangible de que era verdad. Sintió miedo. Y respeto. Sintió rabia e impotencia ante la brutalidad con la que un ser humano trataba a otro solo porque era más fuerte, tenía el poder o no estaba de acuerdo con el otro. También sintió comprensión ante el ansia de venganza. Y esa simpatía era la que le producía tanto desasosiego. Porque, si bien el comandante Bader no aprobaba los métodos utilizados por la hermosa y misteriosa dama belga, en el fondo de su ser reconocía que había hecho lo correcto. Se había vengado de la manera más cruel posible de aquellos que, con toda seguridad, le habían hecho muchísimo daño.

En el asiento trasero, Paul Allainville giró la cabeza para mirar a su compañera. Aunque el viaje prometía ser largo y aburrido, no parecía que Amal tuviera la intención de hablar, ni con él ni con ninguno de los otros dos compañeros. Daudi había llevado a cabo una misión impoluta. Se había infiltrado en el grupo de mujeres que querían ir al Califato occidental para participar en su yihad santa, había llegado hasta el lugar donde estaban ocultos un buen grupo de terroristas y los había inmovilizado, con la ayuda de la misteriosa *madame* Barnack. Los percances sufridos por

Ghareeb al Husseini y Jadiya no habían sido culpa suya y estaba convencido de que en cuanto se rematara la investigación saldría exonerada de toda responsabilidad. Sin embargo, Paul seguía inquieto. Mientras los equipos de investigación tomaban huellas, muestras y fotografías y Amal hacía la primera declaración, él tuvo que contestar una llamada de la sede central de París. No solo tuvo que dar cuenta de los primeros resultados obtenidos —por los cuales fue felicitado—, sino que además se le comunicó una noticia que tenía que trasladar a su compañera lo antes posible. Algo mucho más fácil de ordenar que de ejecutar, sin duda. Debía informar a Daudi de que en las redadas practicadas en París habían detenido a su hermano Zeid. Desde luego no era plato de buen gusto. Decidió esperar a cuando estuvieran solos. Bastante triste era la situación como para tener que compartirla con desconocidos. Amal pareció sentir su escrutinio y giró la cabeza para mirarlo. Incapaz de afrontarla, Paul apartó la vista para fijarla en la inmensidad del desierto.

Por su parte, Madariaga apenas si podía contener su inquietud. La angustia que le atenazaba la boca del estómago, y que no le había abandonado desde que partiera de Madrid días antes, aumentaba en intensidad a medida que se acercaba a Túnez capital. No solo estaba preocupado por el bienestar de Sara y su familia, de los cuales, por cierto, no sabía nada, sino que tenía la convicción de que lo sucedido en la granja al sur de Tozeur no encajaba. Algo iba mal, muy mal. Su instinto le decía que lo sucedido en Túnez había sido demasiado fácil, demasiado evidente, demasiado limpio, algo que solo era posible si había sido preparado de antemano. Cada vez estaba más convencido de que les habían servido en bandeja a toda la competencia y eso solo podía hacerlo alguien que conocía muy bien a todos los grupos terroristas islamistas. Tenía que tratarse de alguien con un interés especial por desembarazarse de los obstáculos a su potencial liderazgo del Califato occidental. Alguien con los medios y la inteligencia para orquestar un plan tan hábil. Pero ¿quién? Había varios posibles candidatos y para averiguarlo debía de regresar a Madrid lo antes posible.

Avión en el aeropuerto de Túnez-Cartago
1 de agosto de 2016

No se despidió de sus compañeros del grupo antiterrorista internacional. No podía explicarles por qué tenía que marcharse de forma tan precipitada y les respetaba demasiado como para contarles una mentira. Prefería desaparecer y, una vez cumplida la tarea, regresar y terminar con su colaboración. Así que, en cuanto todos se retiraron a dormir a sus cuartos, se escabulló del suyo, salió al aparcamiento exterior y se introdujo en uno de los vehículos que tenían asignados durante su estancia en Túnez. Traspasó el control de seguridad y enfiló hacia el aeropuerto. Al ser casi de madrugada, el tráfico era escaso y no tardó en llegar a su destino. Aparcó el vehículo en el estacionamiento de larga duración y se dirigió a la terminal.

Tras superar el tedioso proceso de chequeo y comprobación del billete, subió al avión, recorrió el pasillo hasta la fila que tenía asignada, abrió el portaequipajes, introdujo su *trolley* en él y se dejó caer en su asiento de clase turista. Llevaba casi tres días sin dormir y su cuerpo le reclamaba urgentemente algo de descanso. Confiaba en poder echar una cabezadita en el corto vuelo de Túnez a Madrid. No tuvo suerte.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí escaqueándose del trabajo duro. —El bigote sonriente del comandante Bader le saludó bajo una visera que ocultaba casi todo su rostro—. Ya sabemos que le tienes alergia al papeleo, pero esto… —Bader chasqueó la boca mientras hacía

un gesto sobre los asientos del avión— , esto es demasiado.

—Pero… —La sorpresa dejó a Madariaga sin capacidad de reacción, así que se limitó a mirar en silencio al comandante tunecino mientras se sentaba a su lado—. ¿Qué demonios haces aquí?

—¿Tú qué crees, colega? —le espetó Allainville, quien ocultaba su rostro detrás de una barba y bigotes postizos y unas enormes gafas de aumento. El francés le guiñó un ojo antes de sentarse detrás de ellos—. ¿Acaso pensabas que íbamos a dejar que solo te divirtieras tú?

—Verás, amigo… —empezó Amal, absolutamente irreconocible bajo una larga bata azul y con la cabeza cubierta con un pañuelo de vivos colores. Pasó por delante de él para ocupar la plaza de ventanilla y una vez sentada continuó hablando—. ¿Crees que eres el único a quien todo lo sucedido ayer le huele a cuerno quemado?

—¿Eh? —Madariaga estaba tan sorprendido que solo era capaz de articular sonidos.

—Vaya, vaya… Solo por verte incapaz de reaccionar ha valido la pena conducir como un kamikaze detrás de ti —bromeó Bader.

—Somos un equipo y trabajamos juntos, en lo bueno y en lo malo, así que aquí estamos —continuó Amal, guiñándole un ojo provocativa—. Casi como un matrimonio, solo que en este caso no hay divorcio y solo hasta que la muerte nos separe.

—Pero, vuestros jefes… —balbuceó Madariaga, entre agradecido y estupefacto.

—Arreglado —sentenció Amal—. Ahora a ver si os calláis un ratito, que necesito dormir. Estoy muerta. Cuando lleguemos a Madrid ya nos contarás de qué va todo esto.

—¡Madrid! Nunca he estado en Madrid —exclamó Bader, frotándose las manos—. Espero haber traído la ropa adecuada.

Tanto Daudi como Madariaga le miraron como si no hubieran escuchado bien su comentario. Después se encogieron de hombros y sonrieron.

Aeropuerto Adolfo Suárez, Madrid-Barajas
1 de agosto de 2016

Los acontecimientos se precipitaron a su llegada a la capital española. Antes de pasar el control de pasaportes fueron invitados de manera discreta a la sala vip, donde uno de los subdirectores del CNI abroncó a Madariaga por haber abandonado sus obligaciones en Túnez y haberse trasladado sin conocimiento, y sobre todo sin autorización de sus jefes, cuando todavía estaba abierta la operación especial en el país magrebí. Los cuatro agentes aguantaron el rapapolvo en posición de firmes, con todo el estoicismo que su cansancio les permitía. Pese a que ni los franceses ni el tunecino hablaban español, no les resultó difícil entender por qué le estaba regañando. Cuando terminó su reprimenda y el subdirector preguntó cuál era el motivo de su viaje, cuatro pares de ojos inquisitivos se posaron sobre Madariaga.

—No creo que sea este el mejor lugar para dar explicaciones —respondió lacónicamente el comandante español.

El tono del rostro del subdirector se incendió aún más, hasta el punto de dar la impresión de que las venillas de sus mejillas iban a estallar por la tensión. Antes de que pudiera seguir gritando, alguien irrumpió en la sala sin llamar a la puerta. Era un viejo conocido de Madariaga y con mando muy superior al subdirector, quien no tuvo más remedio que cuadrarse y saludar marcialmente al recién llegado. El coronel Víctor San Juan obvió al subdirector y se dirigió a quien había sido su compañero de entrenamiento en varios cursos muy especializados y con el cual mantenía una vieja amistad.

—Siento el recibimiento. —La mirada de reprobación de San Juan al subdirector no evidenciaba nada bueno para este último, quien sospechó que pronto recibiría un informe de queja—. Este encuentro no ha tenido lugar y usted no ha visto a ninguno de los aquí presentes, ¿está claro?

—Sí, señor. —El subdirector parecía muy mortificado por su metedura de pata.

—Ahora, por favor, váyase. Ya hablaremos en otro momento.

El subdirector miró a los reunidos, todavía dudando de si seguir las instrucciones que le había dado San Juan. Cuando por fin salió y estuvo fuera, a una distancia prudencial, San Juan volvió a hablar. Esta vez empleó un tono de voz más amable.

—El asunto está que arde. No hay tiempo que perder.

Los compañeros de Madariaga todavía no habían sido informados de por qué habían arriesgado sus carreras en un viaje no autorizado, aun así siguieron las instrucciones de San Juan y fueron saliendo de manera escalonada y en direcciones diferentes para no llamar la atención. Dado el tamaño del aeropuerto y la cantidad de pasajeros, no les resultó difícil pasar desapercibidos mientras se dirigían a diferentes salidas de seguridad. Tras recorrer varios pasillos interiores confluyeron en una de las pistas donde les aguardaban dos vehículos sin ningún distintivo. Pronto se encontraron en ruta hacia uno de los edificios en el exterior de la capital donde se organizaban algunas de las operaciones encubiertas más secretas.

Refugio de montaña en la Sierra madrileña
1 de agosto de 2016

Un par de horas después, San Juan, Madariaga, Bader, Daudi y Allainville estaban sentados alrededor de una gran mesa oval dando cuenta de un copioso desayuno mientras el primero los ponía al día sobre los últimos acontecimientos.

—En cuanto me enteré de lo que le había sucedido a Sara, puse en marcha un operativo especial de vigilancia por si a alguno de esos energúmenos se les ocurría rematar la faena, o incluso secuestrarla. —San Juan se metió en la boca el último trozo de su cruasán y se sacudió un poco el polvo de azúcar que se había adherido a sus manos—. Por fortuna, esos imbéciles son bastante más predecibles de lo que se creen.

—¿Qué pasó? —preguntó Madariaga mientras bebía un sorbo de café.

—Pues que apareció un aspirante a terrorista con la sana intención de drogar y secuestrar a Sara —explicó San Juan antes de beber un poco de su café. Después, sonrió maliciosamente.

—¿Y? —volvió a preguntar Madariaga.

—Pues que el pobre, al entrar en la habitación del hospital, en lugar de encontrarse con Sara, se encontró con Tarántula. —Esta vez San Juan no pudo evitar las carcajadas.

—¡No! —exclamó Madariaga, echándose a reír también.

Bader, Daudi y Allainville se miraron fastidiados por no comprender la broma.

—Perdón, pero ¿serían tan amables de explicarnos quién es esa Tarántula? —preguntó Amal, a quien habían contagiado la risa.

—Pues… —comenzó Madariaga, quien pidió permiso a San Juan para hablar—. Digamos que es una compañera con la que es mejor no meterse. Tiene tendencia a tomarse las cosas muy a pecho y, normalmente, si está contrariada sus «víctimas» no acaban muy bien. De ahí su apodo. ¿Y qué le pasó al pobre infeliz?

—Acabó con la mandíbula y tres costillas rotas, por no hablar del dolor de co…, perdón, de

testículos, que le va a durar una buena temporada. Tuvo suerte porque entraron un par de compañeros disfrazados de camilleros para recogerlo, sino casi seguro que hubiera acabado todavía más perjudicado.

Bader no pudo evitar un silbido de admiración.

—Pero lo verdaderamente importante es que después de recibir la asistencia médica, y a pesar de que no podía hablar muy bien —San Juan volvió a sonreír—, nos confirmó quién está detrás de esta maniobra de venganza contra ti.

—Eso está muy bien, nos ahorra mucho tiempo de investigación. —Madariaga era consciente de que tenía una larga lista de enemigos—. ¿Y de quién se trata?

—No te va a gustar nada. —San Juan se sirvió otro café antes de continuar.

—Nada de este asunto me gusta en absoluto, así que más información no va a empeorar mi opinión. Por favor, no me tengas en ascuas —le pidió Madariaga.

—Pues… se trata ni más ni menos que de Abu Duleim.

Madariaga palideció sintiendo cuatro pares de ojos escudriñando hasta el más nimio atisbo de reacción, pero el agente estaba muy bien entrenado y no mostró ninguna otra señal de emoción.

—El hermano de Al Mojtar —susurró Madariaga.

—¿No es ese el líder del grupo con el que acabaste en Yemen? —preguntó Amal, preocupada porque sabía del fanatismo de su grupo.

—El mismo —corroboró Madariaga—. ¡Maldita sea! Debí de haber acabado con él.

—No te martirices. Hiciste el mejor trabajo posible. Nadie podía saber que su hermano sería capaz de mantener un ansia de venganza tan fuerte. —Pese a su humor, habitualmente sarcástico, Bader entendía perfectamente la frustración del español.

—No hace falta que te diga lo grave que es todo este asunto. No solo tu tapadera ha sido descubierta, sino que toda nuestra organización y, por extensión, todos los servicios extranjeros con los que has colaborado también están comprometidos, más aún si, como sospechas, lo sucedido en Túnez ha sido una trampa para alejarte de Madrid —sentenció San Juan.

—Una trampa que le ha permitido matar dos pájaros de un tiro. Por una parte, alejarme de Madrid en un mal estado emocional, y por otra, acabar con otros grupos rivales. Un negocio redondo —admitió Madariaga.

—Te aseguro que lo que más me inquietó de todo este asunto fue que te hubieran descubierto. Inicialmente temí que hubiera habido alguna filtración en la casa, pero después de interrogar al de la mandíbula rota —San Juan no pudo evitar otra sonrisa, esta vez, maliciosa—, descubrimos que fue por pura casualidad.

—¿Qué pasó? —preguntó intrigado Allainville.

—Pues algo tan absurdo como que uno de los seguidores de base en Madrid te vio al salir del hospital tras una de tus sesiones de rehabilitación.

Durante un rato, los cinco agentes permanecieron en silencio mientras terminaban de dar cuenta del desayuno. Había sido realmente mala suerte que hubieran descubierto a Madariaga, y una tremenda casualidad que la cadena de atentados hubiera tenido lugar poco después. Aunque lo hubiera planeado a propósito, Abu Duleim no habría podido idear una trampa más eficaz para alejarlo de Madrid.

Aunque estaban muy cansados y necesitaban dormir, San Juan quiso dejar todos los detalles del contraataque clarificados.

—Tenéis que ser muy conscientes de que esta operación es totalmente irregular. Nuestro trabajo debe desarrollarse siempre fuera del territorio nacional, y en caso de que tengamos que

intervenir en España debemos de hacerlo con el apoyo de la Policía Nacional o la Guardia Civil, que son quienes tienen la potestad para hacerlo aquí.

San Juan bebió un sorbo de su segundo café y miró a Madariaga, quien parecía particularmente cansado.

—No obstante, y para cubrirnos las espaldas, he hablado con un par de altos mandos de la Policía Nacional de toda mi confianza para que nos apoyen con sus mejores hombres. Así que, además de mis equipos, contamos con dos grupos de los más cualificados geos.

—Supongo que eso nos da toda la seguridad que necesitamos —intervino Allainville.

—No necesariamente. Todavía no sabemos cuántos terroristas están implicados, pero al menos estaremos bien preparados y pertrechados —le respondió San Juan, en un francés gramaticalmente impecable, si bien con una pronunciación horrorosa.

—¿Y cuándo se supone que van a actuar? —preguntó Daudi mientras repasaba el expediente que le habían facilitado a su llegada.

—Según nuestras escuchas, esta noche o mañana a lo sumo. Son conscientes de que, tarde o temprano, el asunto de Túnez no nos iba a convencer y acabaríamos por desenredar la trama. Creo que están ultimando la adquisición de vehículos para poder escapar —apuntó San Juan—. Nos vendría bien que alertaran a su control fronterizo por si acaso quieren salir por la frontera francesa.

—¿Y sus equipos, coronel? No veo a nadie de ellos aquí —preguntó Bader.

—Ya han recibido mis instrucciones y están en sus posiciones de vigilancia —concretó San Juan, sin dejar de mirar a Madariaga.

—Estás muy callado, Madariaga —comentó Bader, quien, como sus compañeros, estaba preocupado por el aparente decaimiento del miembro, en teoría, más fuerte del equipo.

Madariaga le miró sorprendido. Hasta ese momento no se había percatado de que su bajo estado de ánimo era tan evidente.

—Estoy muy preocupado por lo que me comentaste antes de sentarnos a desayunar. No me gusta nada que Sara se haya ofrecido a actuar como cebo —respondió el comandante español ante la mirada dolida de Daudi, quien había comprendido lo que la abogada significaba para él. Por fin, sabía quién era la mujer que mantenía cautivo el corazón del hombre al que amaba en un secreto a voces y le costó ocultar su resentimiento ante la preocupación de Madariaga.

—Me temo que es tan tozuda como tú. —San Juan sonrió—. De hecho, sois tal para cual.

Daudi sintió una punzada el corazón.

Barrio de Tetuán, Madrid
2 de agosto de 2016

Atardecía ya, pero el calor era sofocante. El tráfico era intenso, sin embargo, apenas había transeúntes por la calle. La gente permanecía refugiada en sus hogares, en sus puestos de trabajo o en los centros comerciales, donde el aire acondicionado permitía afrontar las horas de más calor y solo los que no tenían más remedio se desplazaban de sombra en sombra esquivando el castigo de los rayos del sol.

Una mujer en avanzado estado de gestación y que empujaba un carrito de bebé apareció por la esquina de la calle. Avanzaba lentamente por la acera. El ritmo acompasado del ruido de las ruedas del cochecito sobre las baldosas de la acera marcaba un monótono «traca traca». Se cruzó con un par de estudiantes que hablaban en voz alta comentando el último partido entre el Real

Madrid y el Barça. Sofocada por el calor de esa tarde de agosto, se detuvo en un portal para sacar un pañuelo y secarse el sudor de la cara.

En ese momento, un hombre en la cincuentena que cojeaba ostensiblemente se dirigió apoyado en un bastón hacia un bar en la esquina de la pequeña plazoleta. Iba acompañado de un joven, no mayor de treinta años, que escuchaba con atención sus comentarios. Entraron en el local y se sentaron en una mesa al lado de la ventana desde donde tenían una visión completa de la plaza y un tramo de la calle principal. La mujer embarazada continuó su camino hasta desaparecer calle abajo.

Durante unos tensos cinco minutos, el tiempo pareció detenerse en aquel barrio madrileño hasta que una hermosa mujer de treinta años cruzó la plaza en dirección a uno de los edificios del otro lado. El cojo le hizo un gesto a su acompañante, quien cogió su móvil e hizo una corta llamada. Cuando terminó, se levantó de su asiento y salió del local. Siguió el recorrido de la mujer, pero no se detuvo en el portal en el que ella había entrado, sino que avanzó un poco más hasta posicionarse en un lugar desde donde podía ver tanto ese portal como el bar donde le aguardaba el cojo. El tiempo volvió a detenerse. Transcurridos otros diez minutos, el joven comenzó a impacientarse. Hizo otra llamada. Le contestó el cojo, quien se limitó a decir dos frases. El joven salió de su puesto de observación y se dirigió al portal. Pulsó todos los botones del portero automático hasta que alguien contestó y le abrió.

Entró en el portal, pero en lugar de utilizar el ascensor, subió por las escaleras. No había llegado al segundo piso cuando se dio cuenta de que alguien estaba detrás de él. Intentó apartarse para dejarle pasar, pero no pudo porque otros dos hombres que aguardaban ocultos en el descansillo superior bajaron rápidamente y lo inmovilizaron. Lo llevaron casi en volandas a la tercera planta, donde lo introdujeron en un piso. Allí le aguardaban esposados y con la cabeza cubierta media docena de hombres. Sus compinches. Uno de los geos que los había capturado y ahora los custodiaba cerró la puerta y ya no pudo ver nada más.

—*Al Salam Aleicum wa rahmatu Allahu o barakatu.*

El cojo dio un respingo al oír el saludo a su espalda. Se dio la vuelta, aunque no se levantó porque un par de manos sobre sus hombros lo inmovilizaron. El comandante Madariaga se sentó frente a él.

—¡Vaya, hermano! ¡Qué mal educado! ¿Por qué no me saludas? ¿Ya te has olvidado de mí?

El cojo ni le miró. Se limitó a echar una rápida inspección visual para calcular qué opciones tenía de salir de allí, sin correr, puesto que no podía, pero sí a cierta velocidad, y fue entonces cuando se dio cuenta de que era el único cliente del local. Para colmo de males, tanto el hombre que estaba en la barra como el camarero tenían aspecto de policías o militares altamente entrenados, lo que junto con el que estaba sujetándole por los hombros y Madariaga lo colocaban en franca desventaja. Sin embargo, no parecía ni nervioso ni preocupado.

—¿Qué? ¿Sorprendido? —Abu Duleim se revolvió contra el hombre que lo sujetaba, pero este no solo no le soltó, sino que le esposó por detrás del respaldo de la silla. Difícil escabullirse. Madariaga continuó hablando en árabe—. ¿De verdad creías que ibas a agredir a alguien cercano a mí y te ibas a salir con la tuya?

—No sé de qué hablas —le respondió Abu Duleim—. No sé quién eres.

—¿Ah, no? ¡Qué mala memoria tienes! Aunque a lo mejor lo que no quieres recordar es que fui yo quien acabó con tu hermano, el fanático asesino, y toda tu organización terrorista. *Kelb ibn*

kelb!

Abu Duleim se revolvió intentando liberarse de sus ataduras, pero fue más un gesto de rabia mal contenida que de capacidad para hacerlo.

—¡Claro que me acuerdo, perro traidor! ¿Por qué crees que estoy aquí entonces? ¿Crees que me gusta estar en este maldito país de *kufar*? —Incapaz de moverse, le escupió, pero el líquido no llegó más allá de la mesa que los separaba.

—Así que estás confesando que fuiste tú quien organizó el ataque contra la abogada Sara Villaverde y el que planeó también la agresión que iba a sufrir mi familia esta tarde.

—No estoy confesando nada —masculló entre dientes Abu Duleim, quien de repente dejó de forcejear para sonreírle—. Solo quería presenciar en persona la muerte del asesino de mi hermano.

Madariaga arqueó una ceja y, en una fracción de nanosegundo, se dio cuenta de que la trampa de verdad era la del bar y no la que supuestamente iban a tenderle en el edificio donde vivía su familia y de repente sintió un escalofrío. Toda la parafernalia sobre el ataque a la vivienda había sido una maniobra para atraerle al lugar en el que estaba ahora. Su familia solo había sido un cebo. Y él, estúpidamente, había caído en la trampa. Apenas si tuvo tiempo de gritar «¡al suelo!» antes de que varias ráfagas de metralleta traspasaran los ventanales sembrando de cristales todo el local.

Madariaga se arrastró ajeno a los cortes que los cristales del suelo le estaban provocando en las manos y las rodillas. Tiró una mesa y se parapetó detrás de ella. Miró a su alrededor para comprobar el estado de los otros tres agentes. El que había inmovilizado a Abu Duleim estaba herido en un brazo; solo había sido un rasguño. El chaleco antibalas y el casco le habían protegido del resto de los impactos. Los otros dos agentes estaban bien detrás de la barra y respondían como podían a las ráfagas de metralleta que seguían llegando desde varios puntos de la plazoleta.

Por fortuna no había nadie en la calle en ese instante, así que no había riesgo de herir a algún civil inocente, pero Madariaga era consciente de que con las pistolas que tenían no serían capaces de seguir respondiendo a las metralletas por mucho tiempo. Pronto se quedarían sin munición. ¿Cómo cojones habrían conseguido introducir las metralletas en el país? ¡Maldito tráfico ilegal de armas!

Como pudo, cogió su móvil y llamó a San Juan. Al terminar la llamada gritó a sus compañeros «¡a cubierto!». Y entonces se desató la tormenta de verdad. Todos los grupos de intervención que se habían posicionado alrededor del edificio donde vivía la familia de Madariaga se trasladaron rápidamente al entorno de la plazoleta y, uno a uno, fueron inmovilizando a los colaboradores de Abu Duleim. No fue un proceso ni fácil ni rápido, ya que tuvieron que entrar en varios edificios, subir hasta las azoteas o los últimos pisos y allí disparar hasta detener a los terroristas que seguían ametrallando de manera indiscriminada. De hecho, tres pusieron tanta resistencia que solo dejaron de disparar cuando fueron abatidos.

Durante un buen rato siguieron oyéndose disparos hasta que, por fin, todo se quedó en silencio. Sin embargo, nadie en el bar se movió hasta que sonó el móvil de Madariaga. Al colgar gritó: «¡Despejado!». Salió de su escondite y se acercó al cojo, quien se había puesto a cubierto detrás de una de las paredes del local. Le cogió por una de las axilas y lo levantó.

—¡Maldito hijo de puta! ¿Qué querías? ¿Provocar una masacre? —Madariaga no estaba furioso, estaba que se lo llevaban los demonios por no haber previsto la emboscada.

El cojo sonrió, pero para cuando Madariaga quiso darse cuenta era demasiado tarde. Ya le

había clavado un puñal en el costado. El español se desplomó en un charco de sangre mientras los agentes le separaban de Abu Duleim e intentaban frenar la hemorragia.

12

Justicia, al fin

Tenía la boca pastosa y una sed insoportable. Le dolían el pecho y el estómago. Había tenido una pesadilla terrible con una mujer impura, la más impura entre las impuras, pero hermosa como una luna llena de abril. Se había acercado a él vestida con el uniforme militar israelí, una ofensa mayor que la propia desnudez. Se había burlado de él, de su indefensión y le había recordado todo lo que había hecho para purificar el mundo de infieles como ella. Y lo había hecho como si se tratara de un criminal y no de un fiel servidor de *Alá, bendito sea su nombre.* Le habría escupido si hubiera podido, pero ni para eso tuvo fuerzas en ese momento. Ni siquiera pudo impedir que le cortara los tendones de los talones y de las muñecas, y lo que era peor, que le hubiera cercenado los genitales. No, no era posible. Él jamás se hubiera dejado hacer sin pelear, sin defenderse. Solo había sido una pesadilla horrible de la que se iba a despertar en cualquier momento. Una pesadilla con la única mujer a la que había amado y odiado a partes iguales y que había regresado de entre los muertos para acosarle en su descanso. Solo en una pesadilla ella habría podido vengarse de él de esa manera. Una pesadilla… solo.

Abrió los ojos de golpe y se encontró con la brillante claridad de una habitación pintada de blanco. Sudoroso y asustado, lo primero que vio fue el techo, blanco, impoluto, radiante. Los tubos fluorescentes y los ventiladores que colgaban de él no le resultaron familiares. Mucho menos el olor a desinfectante que invadía la estancia. ¿Dónde estaba? Intentó girar el cuerpo a izquierda y derecha, pero no pudo. Bajó el mentón y vio que tenía el cuerpo amarrado a la cama con gruesos cinturones de seguridad. ¿Qué diablos?

¿Era esta otra pesadilla? Empezó a moverse para intentar liberarse de las ataduras y el latigazo eléctrico que sintió entre las piernas y en sus miembros le hizo detenerse de manera brusca. Dolor. Un dolor insoportable, paralizante. Su cuerpo era como una central nuclear del dolor a punto de estallar. Gritó. Gritó con todas sus fuerzas, como si con sus aullidos pudiera espantar el sufrimiento que sentía, pero lo único que consiguió fue que también le doliera la garganta.

Una angustia sobrehumana se adueñó de él. De pronto cayó en la cuenta de que la pesadilla no había sido tal, sino que, por el contrario, se trataba de la más cruda realidad. La mujer infiel, la mujer impura, la *kufar*, la hija de perra se había ensañado con él. Le había convertido en un guiñapo de hombre, en la personificación de la impotencia física y sexual. Y de pronto la agonía por su incapacidad le sumió en el trance de la verdad.

¿Cómo podría soportar lo que le quedaba de vida en ese estado? ¡No, no! ¡No podía ser! Tenía que conseguir que alguien acabara con su vida, aunque no fuera con la dignidad propia de un *shahid*, pero al menos le evitaría la iniquidad de la dependencia. Cualquier cosa antes que esa muerte en vida. Volvió a gritar. Más que un grito fue un aullido de lobo herido. Porque el dolor de las terminaciones nerviosas cercenadas en su cuerpo buscando conectarse con la parte que

había desaparecido eran como dentelladas de una fiera salvaje.

Oyó pasos. Alguien se acercaba. Giró la cabeza a la derecha y vio que la puerta se abría y entraban una enfermera que empujaba un carrito y, detrás de ella, un médico y dos hombres que no conocía.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes?

Uno de los hombres, el más maduro, con bigote y aspecto de policía se acercó a él.

—Ghareeb al Husseini, le comunico que se encuentra usted detenido acusado de haber cometido crímenes de lesa humanidad, genocidio, torturas, violaciones y otra serie de actos execrables por los que será juzgado debidamente en el Tribunal Penal Internacional de La Haya. Así mismo, está usted acusado de haber cometido una serie de atentados terroristas en Siria, el norte de Iraq y sospechamos que ha sido colaborador en los que han tenido lugar hace quince días en varias ciudades europeas. Por todo ello, permanecerá en este hospital hasta que se cure de sus heridas y después será trasladado a una cárcel de máxima seguridad donde permanecerá aislado hasta que se dicte sentencia, la cual calculo que, con el número de delitos que se le imputan, tardará al menos diez años.

—¡No, no es posible! ¡Yo soy un muyahidín, no un criminal! ¡Yo no puedo ser juzgado como un vulgar delincuente, mucho menos encerrado! ¡Exijo poder morir luchando como un *shahid*!

En el rostro impertérrito del hombre que le acababa de anunciar su destino tan solo apareció una mueca de desprecio. Por primera vez en su vida sintió lo que significaba una absoluta falta de empatía. No iba a sucumbir. Como guerrero afrontaría su suerte con valentía y arrojo, y en cuanto pudiera volvería a empuñar un arma para defender la causa de Alá. Esta situación era una prueba sobre su fe y su compromiso, un pequeño tropiezo en su camino, nada más.

—Escúchame bien, asqueroso hijo de puta. —El hombre de bigote se inclinó sobre él. El enfado y el desprecio contenido en su voz no le pasó desapercibido, pero le dio igual. Estaba acostumbrado a que no sintieran simpatía por él. Es más, le agradaba su ira—. No estás en situación de pedir, mucho menos de exigir nada. No sé si te has dado cuenta de que tus heridas te han dejado inválido de por vida. A partir de ahora, solo podrás arrastrarte y mendigar piedad a aquellos que te custodien. Y cuando llegue tu hora, que espero que sea dentro de muchísimos años, te irás directo al infierno. Porque tú ni eres un muyahidín, ni un *shahid*, ni nada. No eres ni siquiera un ser humano, porque no conoces lo que es la humanidad. Tú solo eres una rata inmunda que abusó del poder que obtuvo por la fuerza para cometer las peores atrocidades posibles. Y ahora pagarás por todos y cada uno de tus crímenes. Primero, aquí en la tierra, y después, en el infierno.

—¡No, no! ¡Maldito seas, perro *kufar*! ¡Acabaré contigo, juro que acabaré contigo en cuanto salga de esta cama!

Ahora los cuatro visitantes esbozaron a la vez una especie de sonrisa sardónica.

—Me temo, señor al Husseini, que si logra salir de esta cama será para ocupar una silla de ruedas. —Esta vez fue el médico el que habló.

—¿Cómo? —A Ghareeb se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Jamás volverá a caminar —continuó el galeno—. Tampoco podrá manejar sus manos. Y en cuanto a su pene, en fin, tendrá que usar una bolsa para la orina toda su vida. Lamento decirle que está totalmente impedido. Lo malo es que, a diferencia de los que sufren daños en la médula espinal, usted sentirá mucho dolor el resto de su vida.

Ghareeb miró una a una a las personas de la habitación, primero sin comprender, después con ira, por último, con impotencia y dolor. ¡Esto no podía estar pasándole a él! Seguro que era una pesadilla de la que pronto se despertaría. ¡No, no!

—Así es, canalla. Tu vengadora ha hecho un gran trabajo. Ahora de ti depende que recibas algo de piedad o no —remató el hombre de bigote.

—¿Qué quieres decir, *kufar*? —le gritó Ghareeb, sintiendo cómo el corazón estaba a punto de salírsele del pecho por la rabia que sentía.

—Que si colaboras para que podamos acabar con tu organización, nosotros podemos ser generosos con los medicamentos para el dolor, quizás algo de fisioterapia… Por el contrario, si no nos ayudas… nos olvidaremos de ti. No tendrás más que los cuidados médicos más elementales para garantizar que no te mueras de una infección. Y el dolor…, bueno, pues será tu único amigo de ahora en adelante.

—¡Si tuviera las manos libres, acabaría contigo ahora mismo, hijo de puta! —siguió gritando Ghareeb, sintiendo como el dolor aumentaba en intensidad. Era obvio que le habían quitado la sedación que le había mantenido inconsciente varios días, y ahora que su cuerpo comenzaba a despertar, también lo hacían sus terminaciones nerviosas, lo que le provocaba un grave sufrimiento.

—Ya, ya…, lo intentarías, pero me temo que ni siquiera en plena forma podrías conmigo —le retó el hombre de bigote—. En fin, doctor, me temo que este miserable no quiere cooperar, así que será mejor que le dejemos solo para que rumie todas las novedades. Cuando recapacite, quizá cambie de idea y podrá inyectarle algún calmante para el dolor.

Sus visitantes se marcharon sin más y la angustia que le provocaba su nefasto destino se unió al padecimiento físico. Tal era su sufrimiento que no pudo evitar hacer algo que no recordaba haber hecho en más de treinta años: llorar. Primero las lágrimas brotaron con suavidad, como una lluvia de primavera, pero su llanto no tardó en aumentar en intensidad hasta ser como el del día en el que el bombardeo del campamento de refugiados acabó con toda su familia. Y lloró con toda la rabia, la impotencia y el dolor de aquel crío que se había quedado huérfano en medio de un barrizal y sin esperanzas de futuro. A diferencia de aquel niño, ahora sí sabía qué le deparaba el destino y ese devastador conocimiento era aún más lacerante que aquel otro. Dolor, soledad e invalidez… ¿Qué podía haber peor en esta vida?

Cuando el comandante Bader salió del cuarto del hospital militar donde estaba convaleciendo Ghareeb al Husseini, sintió un regusto amargo en la boca. Acompañado de Paul Allainville había tenido que hacer frente a uno de los peores criminales de la historia reciente de Oriente Próximo, después de Saddam Hussein y Hafiz al Asad, claro está, y el asco que sentía solo se veía superado por el deseo de estrangularlo ahí mismo. De todos los crímenes, los de torturador, violador y esclavista de otros seres humanos eran los que más le enfurecían.

—¿Qué te ha parecido el tipejo ese? —Bader se atusó el bigote pensativo.

—Indescriptible. —Allainville se pasó la mano por la frente antes de volverse hacia su compañero.

—De verdad que no envidio su suerte. —Bader emitió un chasquido de desprecio—. Y tengo que reconocer que el sadismo de la venganza de Barnack me pone los pelos de punta.

—Sí, da miedo, pero lo cierto es que es muy merecida. Aunque personalmente prefiero la ley y la aplicación de la justicia, y estoy en contra del ojo por ojo, diente por diente, tengo que

reconocer que en esta ocasión, y solo en esta ocasión, lo que hizo Barnack fue de lo más adecuado.

—Hablando de Barnack, ¿sabemos algo de ella?

—Pues no. Parece que se ha esfumado de la faz de la Tierra, pero nuestra querida Amal está siguiendo una pista que la puede llevar a ella. —Allainville no podía evitar sonreír cuando mencionaba a su compañera.

—Y si la encontramos, ¿qué vamos a hacer? No apruebo sus métodos, pero su colaboración fue crucial para atrapar a todos los terroristas de la granja sin ocasionar ni el más leve rasguño a nadie, excepto, claro está, a Ghareeb. —Bader sentía algo más que simpatía por la mujer—. Sin contar el desnudo retransmitido de la despreciable Jadiya.

—Triste destino el suyo, también. Esa mujer tan desagradable, siniestra y amargada tiene los días contados. —Allainville no podía decir que lo lamentaba—. El cáncer que sufre está tan extendido que no hay nada que hacer para ayudarla. Creo que ni la morfina será capaz de mitigar su dolor.

—¡Vaya par de desgraciados! —exclamó Bader—. Ahora les toca a ellos sufrir una parte del dolor que durante tanto tiempo han infligido a tantas personas.

En un acto mecánico, Bader se llevó la mano al bolsillo de la camisa y extrajo un paquete de chicles. Ante la prohibición de fumar en todo el recinto militar, se había visto obligado a pasarse a la goma de mascar, pero no le ayudaba mucho a mitigar su tensión nerviosa, y el mal humor que ya de por sí le caracterizaba había subido un par de grados más y sus comentarios eran aún más ácidos.

—Pero nunca sufrirán lo suficiente para hacer justicia de verdad. —Leer el historial completo de Ghareeb le había revuelto las entrañas a Allainville.

—Volviendo a Barnack…

—Lo cierto es que, salvo por el testimonio de Amal y de las otras mujeres, no tenemos ninguna prueba material de su estancia en la granja. No dejó ni un pelo, ni una huella, así que todo lo que podemos presentar es circunstancial. —Allainville se giró para mirar hacia la puerta cerrada tras la cual descansaba en agonía Ghareeb—. Y si, como sospechamos, es una colega de otra agencia, la cortesía profesional nos obliga a guardar silencio. No obstante, creo que es bueno saber cómo localizarla para otras misiones. Me temo que seguiremos necesitando toda la ayuda que sea posible para acabar con esta plaga de fanáticos que se extiende como un cáncer por todo el mundo.

—Sí, pero eso, amigo mío, tendrá que esperar a otro día. Hoy nos aguarda un banquete ofrecido por los compañeros para celebrar el éxito de nuestras misiones.

—¿A qué esperamos pues? —Allainville sonrió relajado por primera vez desde que Bader lo conocía—. Comamos hoy que podemos, pues puede que muramos mañana en la batalla.

Bader arqueó una ceja. Había escuchado esa expresión en alguna parte, pero ¿dónde? ¿En alguna película, quizá?

Todavía no estaba segura de si le gustaba la lluvia o no. Llevaba una semana en la capital británica y no había dejado de caer agua del cielo. Tardaba en amanecer y la débil luz del sol nunca llegaba a despejar las brumas de la noche. El gris, la humedad y esa permanente sensación de pesadez al moverse lo inundaba todo. Tampoco sabía si le gustaba la indiferencia de la gente. Todos parecían demasiado ensimismados en sus pensamientos, demasiado ocupados en sus

tareas, demasiado presionados por los horarios como para percatarse de lo que había a su alrededor.

Apreciaba el orden y la disciplina. El rigor con el que funcionaban los servicios públicos y la limpieza de las calles. No había polvo y todo el mundo parecía pulcro. ¿Y qué decir de las tiendas y los espectáculos? La oferta era apabullante. Siempre había algo que hacer. También disfrutaba paseando por los frondosos parques y jardines de la ciudad. Nunca había visto árboles con troncos tan gruesos, ramas tan frondosas y céspedes tan densos. Tampoco había tenido la oportunidad con anterioridad de presenciar a las ardillas volando más que corriendo por los troncos, ni a los ciervos pastando con toda la tranquilidad que daba saber que nadie podía hacerles daño. Además, había tal variedad de verdes que siempre parecía encontrar una nueva tonalidad. Definitivamente, podía acabar apreciando esa gran capital si no fuera por el dolor que sentía en sus articulaciones al levantarse cada mañana debido a la humedad.

Hoy casi no se había dado cuenta. Se había despertado muy temprano con la ilusión de tener una tarea trascendental que llevar a cabo. Una tarea tan tediosa como imprescindible: presentar todo el papeleo para obtener el permiso de residencia como estudiante. Una tarea que requirió de toda su paciencia para aguardar su turno en la larga cola del Departamento de Solicitudes. Tras pasarse casi toda la mañana encerrada con una multitud de desconocidos, decidió bajarse del autobús tres paradas antes de la suya y tener la oportunidad de dar un paseo por el parque antes de regresar al minúsculo apartamento que había alquilado.

Así, pese al aguacero que estaba cayendo y a que su paraguas apenas era capaz de desviar toda el agua, no se resistió a chapotear en los charcos que se encontraba por el camino. Por un instante se sintió como una niña pequeña regresando feliz del colegio. Y notó una punzada en el corazón. Ya nunca más podría regresar a casa, ya nunca estaría su querida madre esperándola con la comida preparada, ya nunca tendría que robar un trozo de pan mientras aguardaban a que su padre se sentara a la mesa, ya nunca… Sintió cómo una lágrima furtiva resbalaba por su mejilla derecha. La primera en mucho tiempo… Se sacudió los recuerdos tristes con rapidez y energía. El pasado pasado estaba. Había llevado a cabo su venganza, sus muertos podían descansar en paz y ella dormir tranquila por primera vez en más de dos años. Algo sorprendente, teniendo en cuenta el esfuerzo que le había supuesto castigar a Ghareeb. No le había resultado nada fácil clavarle el bisturí y cortar la piel, la carne, los tendones y los músculos. Más desagradable resultó ver toda la sangre manando de las heridas, pero curiosamente después no sintió nada: ni culpabilidad, ni remordimientos, ni satisfacción, ni alegría. Nada. Quizás había sufrido tanto y de tan diversas maneras que hacer daño a quien se lo había hecho no le producía ninguna emoción, ningún sentimiento. Quizá su cerebro había decidido hacer borrón y cuenta nueva para superar los traumas del pasado y encarar un futuro distinto. O quizá se había convertido en un monstruo tan insensible como sus torturadores. Y en esas estaba. Entre un quizá y otro, o quizá ninguno.

Ahora tenía que concentrarse en el futuro que tenía por delante y que pasaba por superar la prueba de acceso a la universidad, para la que debía de prepararse a conciencia. Necesitaba un buen profesor y encontrarlo sería la tarea en la que se concentraría al llegar a casa. No había tiempo que perder.

Ilusionada, decidió concederse un pequeño capricho. Paró en una tienda *gourmet*, donde compró algunos artículos de lujo con los que celebrar el inicio de su nueva vida. Nada excesivo, unas galletas de jengibre, un té de bergamota y algo de chocolate belga al que se había aficionado durante los meses de estancia en Bruselas. Cargada con la bolsa de la compra y el paraguas, cruzó la calle tras dudar hacia qué lado mirar. Tenía que acostumbrarse al nuevo

sistema o podía acabar atropellada en cualquier momento. Resopló un poco antes de retomar su camino.

Al aproximarse al edificio donde se alojaba vio a un hombre aguardando en el portal cuya figura se le hizo familiar. A medida que se acercaba, sus facciones se hicieron más claras y creyó reconocerle, aunque era imposible que fuera él. ¿O sí? El corazón comenzó a latirle más rápido.

Cuando estuvo a un palmo de distancia no pudo evitar un respingo. ¿Cómo era posible? Se había pasado casi un mes intentando que contestara sus llamadas y sus mensajes sin ningún éxito. Y ahora, cuando por fin ya había desistido, resulta que se presentaba para verla a miles de kilómetros de distancia de donde estaba su hogar.

—¿Hassan?

—Hola, Miriam.

Durante un par de minutos, los dos permanecieron mirándose a los ojos incapaces de decir o hacer algo hasta que, por fin, Hassan decidió romper el hielo.

—Estás… estás muy guapa. Se te ve muy bien.

Miriam bajó la mirada antes de volver a subirla y responderle.

—Bastante mejor que la última vez que me viste.

—Ya…, no eran las mejores circunstancias… —respondió él ligeramente azorado al recordar el dolor que había sentido al verla tan maltrecha.

—Te he llamado muchas veces, pero nunca me contestaste. Creí que no querías saber nada de mí.

Si algo había aprendido Miriam en los dos últimos años era a ser directa y no esperar que los demás tomaran la iniciativa. La vida era demasiado corta para dejar pasar las ocasiones. Si Hassan había ido a verla era por algo importante y ella confiaba en que también positivo.

—¿Qué tal si vamos a un sitio menos húmedo?

Miriam sonrió. Cada vez llovía más y las fuertes rachas de viento les estaban empapando. Subió los dos escalones del portal de su casa, cerró el paraguas, lo sacudió un poco y se lo colgó del brazo izquierdo. Viendo que estaba un poco desbordada, Hassan le cogió la bolsa de la compra y el paraguas mientras ella revolvía en la mochila que llevaba colgada del hombro, extrajo una llave y abrió la puerta. Hassan la siguió hasta el segundo piso, donde se encontraba su apartamento. Todavía no había tenido tiempo de decorarlo a su gusto y apenas tenía el mobiliario básico. Una mesa con dos sillas en la minúscula cocina y una cama incómoda en el también minúsculo dormitorio. Hassan no pudo evitar sonreír al recordar sus tiempos de estudiante universitario. Ahora parecían tan lejanos, como si hubiera sido la vida de otra persona y no la suya. Al menos, el apartamento estaba recién pintado y muy bien aislado, lo que junto con una buena calefacción hacía que fuera muy agradable estar en él.

Miriam se liberó del anorak y las botas de agua y cogió la gabardina de Hassan. Colgó la ropa en el colgador que había detrás de la puerta y puso sus botas sobre un papel de periódico que tenía debajo. El paraguas se quedó chorreando en la bañera.

—¿Te apetece un té?

Se sentía entre incómoda y avergonzada. Por una parte, ya no era la jovencita universitaria que se había enamorado de un profesor, pero por otra seguía amando al hombre que tenía frente a ella y se sentía profundamente insegura porque ahora le parecía un perfecto desconocido.

—Claro.

Mientras Miriam trasteaba en la cocina para preparar el té, Hassan se sentó en una silla y comenzó a hablar.

—Llevo un mes intentando decidir qué hacer.

Miriam se dio la vuelta con la tetera en la mano con la intención de decir algo, pero Hassan la frenó con un gesto de la mano.

—Por favor, déjame hablar. Si me interrumpes creo que no seré capaz de expresar todo lo que llevo dentro. —Miriam asintió con la cabeza y se giró para encender el gas y poner el hervidor de agua sobre el quemador—. Como te decía, llevo un mes decidiendo qué hacer. Mi corazón me gritaba que tenía que venir a verte cuanto antes mientras mi cabeza me aconsejaba no hacerlo, porque no sabía si podía gestionar bien lo sucedido.

Miriam tragó saliva, pero no se dio la vuelta. Presentía que para él sería más fácil hablar si ella no le estaba mirando. Él notó la tensión en sus hombros y cómo su respiración se volvía más agitada. Recordar el pasado era mucho más doloroso para ella que para él.

—Por una parte, no podía, no puedo, perdonarme por todo lo que has sufrido y por no haberte protegido, por otra… por otra siento que ya no eres la niña de la que me enamoré. Pensé que si no volvía a verte, a saber de ti, podría olvidarte y retomar mi vida. Quizás así podría conocer a otra mujer y dejar el pasado atrás. Pero lo cierto es que ha sido justo lo contrario. A medida que pasaba el tiempo y conocía a otras mujeres, más me acordaba de ti y más te echaba de menos. Cuando me enteré de que habías entrado en el programa de entrenamiento israelí pensé que ya no tenía ninguna opción de recuperarte. Fue como si toda esperanza de volver contigo se hubiera desvanecido porque tú habías elegido tu destino y yo no estaba en él. —Hassan tragó saliva sin darse cuenta de que a Miriam le temblaban las manos—. Elías siempre me mantuvo informado de todo lo que hacías. Aunque, a veces, yo ni siquiera quería saber si estabas viva. Desde ese aciago mes de agosto mi vida se ha convertido en una agonía. Yo que creía saber a ciencia cierta qué iba a hacer en el futuro, de pronto dejé de tenerlo y me sumergí en la rutina para sobrevivir.

Miriam se dio la vuelta y miró al hombre cabizbajo que le estaba hablando con el corazón en la mano. Tenía ojeras y se le veía pálido y cansado. Estaba más delgado y parecía haber envejecido. Contuvo el impulso de abrazarle para reconfortarlo, porque sabía que odiaría cualquier muestra de conmiseración, cualquier gesto de lástima, aunque lo único que ella quería era demostrarle el profundo amor que sentía por él.

—El dolor, ese dolor que me impide respirar cada vez que pienso en ti, no ha dejado de martirizarme nunca. —Hassan sonrió—. Y creo que he acabado necesitándolo como si fuera una droga, porque es lo único que me hacía sentir vivo. Es una agonía. Porque, porque… porque no sabes lo que te he echado, lo que te echo de menos. Y no tienes idea del miedo que tengo…

—¿Miedo? —preguntó Miriam, haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas.

—Sí, miedo. Miedo a no saber qué hacer. Miedo a hacer, decir o pensar algo que te hiera, te ofenda o te ahuyente de mí. Miedo a no ser paciente, a no ser atento, a no ser cuidadoso. Miedo a no saber amarte como tú necesitas, como te mereces. Miedo a perderte. Miedo a perderme.

—¿A perderme?

—Sí, porque mientras has estado lejos, ocupada, yo tenía la esperanza de que un día volveríamos a estar juntos. Pero cuando veo la mujer en que te has convertido: fuerte, madura, segura de ti misma, preparada para dar la batalla cada día y con proyectos para el futuro, siento que ahora… tú… tienes una nueva vida en la que yo ya no tengo cabida. Tenía… tengo miedo de que no quieras saber nada de mí.

Miriam se arrodilló para quedar a su altura. Le cogió de las manos y le miró a los ojos.

—¿Cómo no voy a querer saber nada del hombre que movilizó a un batallón para rescatarme en plena ofensiva terrorista? ¿Cómo no voy a querer saber nada del hombre que movió Roma

con Santiago para conseguir un helicóptero que me sacara del infierno y me llevara a un hospital para que me curaran las heridas? ¿Cómo no voy a querer saber nada del hombre que ha estado pendiente de mí todo este tiempo y que ha sabido respetar mi dolor dejándome todo el espacio que necesitaba?

Hassan se encogió de hombros.

—Me salvaste la vida. No una, sino dos veces. La primera cuando me rescataste del infierno y la segunda cuando me diste la oportunidad de vengarme y limpiar mi honor. Si he estado intentando localizarte todo este tiempo ha sido para darte las gracias por todo lo que hiciste, por darme una nueva vida. —Miriam le sonrió sin soltar sus manos.

—Solo hice lo que cualquier otro hubiera hecho en mi lugar —respondió Hassan desde el corazón.

—No, eso no es verdad. Hiciste lo imposible, obraste un milagro —insistió Miriam—. Y ahora me gustaría saber si serías capaz de obrar otro.

—¿Cuál? —le preguntó entre ingenuo y esperanzado.

—El de sanar todo el dolor que todavía hay en mí y hacer que vuelva a ser una mujer normal, capaz de amar y ser amada.

Empujó la puerta y entró en el antro que era su hogar. Se dejó caer en una de las maltrechas sillas como un saco de arena. Durante un rato, un largo rato, se quedó con la mirada fija en la desconchada pared frente a él. Incapaz de pensar, de reaccionar, de moverse y de sentir mientras la luz del atardecer se filtraba por las rendijas de las contras.

De pronto oyó la llamada del muecín a la oración y se despertó del ensueño en el que lo había sumido la noticia. Era la hora de las abluciones. Se levantó de la silla y se encaminó hacia el grifo. Lo abrió, dejó que corriera el agua hasta volverse transparente y se lavó la cara, pero no continuó el ritual porque se lo impidió una oleada desde su diafragma hasta su faringe. Al principio parecía como si el llanto le hubiera invadido, pero no, por el contrario, una gran e involuntaria sonrisa apareció en su rostro. La primera en muchos muchos meses. Y después la sonrisa se transformó en risa para evolucionar a una carcajada. Estuvo tanto tiempo riéndose que acabó por doblarse por el dolor que sentía en el abdomen. Cuando por fin logró contenerse se dirigió a la ventana, la abrió y asomándose a ella gritó:

—¡Soy libre! ¡Por fin, soy libre!

Los viandantes le miraron con cierta conmiseración pensando que era un demente, pero Ahmed nunca había estado tan cuerdo. La noticia de la detención y las heridas infligidas a Ghareeb suponían que ya no tenía que temer que le siguiera buscando para matarle. Miró al cielo y dio gracias a Alá por la oportunidad de iniciar una nueva vida. Esta vez, haría todo lo posible por enmendar sus errores del pasado y ayudar a los demás. Tras el infierno, ahora solo cabía esperar el paraíso.

—Creo que las acciones de Vida en el más allá se han estabilizado.

El atractivo ejecutivo que parecía tan concentrado en la lectura del *Financial Times* levantó la cabeza para mirar a la belleza que se había acercado a él. La morena de ojos verdes le observaba con cierto aire burlón. Indudablemente le había cogido por sorpresa y, además, su aspecto físico le había dejado casi boquiabierto. Amal Daudi estaba tan acostumbrada a esa reacción que ni siquiera sonrió, se limitó a apartar la silla que había frente al hombre para sentarse en ella.

—No creo que nos hayan presentado —comentó sarcásticamente el ejecutivo.

—Ni creo que lo hagan —le respondió Amal.

—Vaya, veo que no está interesada en mantener las formas sociales.

—En realidad, no. —Amal apoyó los codos en la mesa y se acercó al hombre—. Solo vengo por información.

—¡Uy! Para eso es mejor que vaya a mi oficina. Cobro por horas y no soy barato —contestó el ejecutivo con sorna.

—Tampoco yo. Tan solo necesito que me confirme una cosa. —Ante el silencio del ejecutivo, Amal continuó—: Necesito que me confirme que una tal *madame* Barnack es de los suyos.

—¿Nuestros?

—Sí, claro, *monsieur* Vandermull, los suyos. Los que celebran la *Hanuka* en lugar de la Navidad —susurró la inspectora.

El ejecutivo cogió su periódico y lo dobló meticulosamente. Después se lo puso bajo el brazo y se levantó de la silla. Sacó unas monedas de su bolsillo y las depositó en la mesa como pago por su consumición.

—Creo que voy a encender una *menorah*. *Madame* Barnack, desafortunadamente, ya no está con nosotros. Descanse en paz.

Y se marchó con su parsimonia habitual. Amal lo vio cruzar la Grand Place de Bruselas y sonrió. Había averiguado lo que quería saber. Por una vez no seguiría investigando hasta el final. De alguna manera intuía que la historia de Barnack no era solo de superación. La infinita tristeza que había visto en sus ojos únicamente podía ser el fruto de una experiencia vital muy dura y eso merecía respeto y consideración. Más aún si se trataba de una colega.

—Que te vaya bien, amiga mía. Que te vaya bien en tu nueva vida.

Amal decidió quedarse en aquel agradable lugar un rato más. Pidió un café y mientras aguardaba a que se lo sirvieran se preguntó cómo iba a decirles a sus padres que habían detenido a su hermano Zeid acusado de colaborar con una célula terrorista. Sabía que su madre intentaría ir a verle a la cárcel y no entendería que no iba a ser posible, puesto que estaba sometido al régimen especial antiterrorista. Por el contrario, era probable que su padre no quisiera saber nada de él, ya que consideraba que Zeid era el mayor fracaso y la mayor decepción de su vida, una vergüenza para la familia. El día que lo echó de su casa también lo hizo de su corazón y de su mente. Difícil panorama familiar, mucho más al tener que seguir ocultándoles su verdadera profesión. Pero ¿qué se le iba a hacer? ¿Qué sería la vida sin emoción?

Y ahora que pensaba sobre la emoción, quizá fuera buen momento para regresar a Madrid e interesarse por el estado de Madariaga y también, ¿cómo no?, por el estoico coronel San Juan, quien le había removido algo que todavía no sabía definir. Además, alguien tenía que corregir ese horrible acento que tenía al hablar francés, ¿y quién mejor que ella para hacerlo?

San Juan se empeñó en empujar él mismo la silla de ruedas a su salida del hospital, aunque no estaba seguro de si era para garantizar su integridad o para cerciorarse de que salía de una vez de aquel lugar. Durante su estancia en el centro médico había estado todo el tiempo pendiente de que su vigilancia fuera la de más alto nivel y, ahora que le habían dado de alta, seguía estando preocupado por su bienestar. Madariaga no sabía si sentirse agradecido, agobiado o acosado. En cualquier caso, verse liberado de la constante supervisión médica y poder retomar, aunque fuera poco a poco, cierta rutina era la mejor de las terapias, si bien tenía una importante cantidad de

asuntos que resolver.

Pese a que habían desmantelado el grupo terrorista de Abu Duleim, su mano derecha, Abu Noheid, había logrado escapar y no podían estar seguros de que no intentara rematar lo que su líder no había conseguido. Lo habían estado buscando por todas partes, incluso en la red oscura, pero no habían tenido éxito y eso inquietaba mucho tanto a San Juan como a todos los superiores de Madariaga. Sobre todo porque, tras unos días de intensa actividad en la red oscura, los seguidores de los grupos extremistas habían ido recortando sus comunicaciones hasta mantener un mero intercambio de consejos espirituales. Era muy probable que temieran haber sido hackeados por las unidades especializadas en ciberseguridad de los servicios secretos de los países a los que habían atacado. Los golpes asestados a las diversas organizaciones terroristas habían dejado a muchos fieles descolocados y sin saber qué hacer, lo que, sin duda, daba un respiro a las agencias internacionales. Sin embargo, la falta de noticias también era inquietante. Pudiera ser que se estuvieran reagrupando para volver a actuar.

En cualquier caso, la vida en la capital y en el país continuaba con su normalidad. Para contribuir a la tranquilidad del público, la Policía Nacional había emitido un comunicado sobre lo ocurrido en el barrio de Tetuán, achacando el tiroteo a un enfrentamiento entre dos bandas rivales de narcotraficantes. La deliberada filtración sobre la supuesta identidad nacional de los delincuentes había alejado cualquier sospecha sobre lo que realmente había sucedido. Y tras una intensa cobertura mediática, el interés no tardó en decaer, lo que permitió a todos los agentes del CNI centrarse en lo verdaderamente importante: los interrogatorios a los detenidos.

A nivel más personal, dado que Madariaga había sido herido de gravedad y su vida corría peligro, San Juan había solicitado y obtenido la autorización para informar a su familia sobre su estado y el motivo por el cual se debatía entre la vida y la muerte. El impacto fue considerable y a la incredulidad inicial le siguió la indignación por no haber sido informados de lo que realmente había estado haciendo.

—Así que Malik, nuestro Malik, adoptó la identidad del comandante Madariaga para trabajar en el CNI. —Omar no salía de su asombro.

—Entre otras —sentenció San Juan—. Pero nadie, salvo ustedes tres, debe saberlo, ni siquiera su esposa.

San Juan sabía que la mujer de Omar no era de fiar y no quería correr riesgos.

Omar le miró con cierto dolor, pero se limitó a asentir con la cabeza. Cuando el coronel San Juan los invitó a reunirse con él solo a ellos tres, creyó que esa era la práctica habitual: tratar con los parientes de sangre. Sin embargo, pronto cayó en la cuenta de que el motivo real era que no confiaban en su mujer. Y en ese preciso instante, y después de tanto tiempo engañándose a sí mismo, supo que había llegado el momento de afrontar las verdades de su vida por mucho que le dolieran. Saber que Malik lo había sacrificado todo por su país le hacía sentir mezquino, pequeño y muy muy mediocre. No merecía ser hermano de un héroe. De pronto se sintió un fracasado. Un hombre débil sometido a su ludopatía y al amor tóxico y obsesivo de su mujer. No podía seguir así. Si quería ser digno de su familia debía dar un giro de ciento ochenta grados a su vida. Y debía hacerlo ya, sin pensarlo más, porque si flaqueaba en su determinación volvería a caer en el pozo profundo de la desidia y el abandono en el que había pasado los últimos diez años. Miró a su madre y a su hermana y se preguntó cómo podía haberse dejado manipular por Suheir. Y su vergüenza fue tanta como su ansia de enmendar los errores del pasado. No iba a ser nada fácil y necesitaría mucha ayuda, pero no había vuelta atrás. Si Malik había sido tan valiente, lo menos que podía hacer era no avergonzarle más.

—No se preocupe, coronel. Ella no sabrá nada de esto, jamás.

Algo en el tono de su voz, en su forma de hablar hizo que tanto su madre como su hermana le miraran de una manera distinta. Por primera vez sintió que no había tolerancia sino amor, que no había conmiseración sino respeto, y, por primera vez, sintió que no estaba solo. A partir de ese instante los tres formaron una piña alrededor de Malik, aguardando pacientemente a que se produjera el ansiado regalo de su recuperación durante los largos días que permanecieron haciendo guardia en la sala de espera del hospital.

Y tras una semana en estado crítico, su proverbial fortaleza y su más que legendaria suerte lograron lo que los médicos creían imposible: que una vez más se librara de la muerte. Débil por la pérdida de sangre, pero sobre todo por la perforación del pulmón, Malik salió del coma con la consiguiente alegría de los suyos, pero también de sus compañeros del equipo internacional, quienes ya estaban haciendo planes para organizar un gran festejo.

La había citado en un lujoso restaurante de la Castellana. Reacia a volver a verle, Sara dudó bastante en aceptar. Pese a haber hecho las paces, seguía enfadada en grado sumo con él. Al final, respondiendo a un impulso súbito, que enseguida lamentó, le confirmó que acudiría. Así que se puso guapa y se presentó con la mejor de sus sonrisas. Presentía que Micky tenía algo importante que decirle y, aunque se había prometido no perdonarle nunca y no darle una segunda oportunidad, lo cierto es que deseaba saber de qué se trataba.

Habían tenido mucho tiempo para hablar y ponerse al día durante las dos semanas en las que Micky, tras salir del coma, tuvo que permanecer en el hospital. No había sido fácil. Ella había sufrido mucho por su abandono y por no poder comprender los motivos de su desaparición y, ahora que sabía la verdad, se sentía traicionada por su falta de confianza. Sara se debatió entre la razón que le gritaba que Micky había hecho lo que consideró mejor para todos y el dolor por no haber sido tan importante para él como su voluntad de hacer justicia contra aquellos que habían matado a sus dos amigos y contra muchos otros terroristas. Le admiraba por su valor. Se sentía orgullosa de su heroísmo, de su generosidad y de su entrega. Pero odiaba el dominio que ejercía sobre sí mismo y lo poco que transmitía sobre sus emociones. Por fortuna, y pese a sus muchas preguntas, sus muchos reproches y sus muchos gritos habían logrado reconciliarse. Reconciliarse como amigos. Sara todavía no estaba segura de lo que sentía, ni de si podría superar el pasado y borrar las cicatrices. Solo sabía que estaba dispuesta a intentarlo y para Malik fue suficiente.

Así que ahí estaba, frente a la puerta del restaurante. Dudando por enésima vez en empujar la puerta y entrar o marcharse por donde había venido. Respiró hondo. «Ya que has llegado hasta aquí, por lo menos entérate por qué te ha invitado, tonta». No se lo pensó más y traspasó el umbral con decisión, aunque le temblaban las piernas.

Tras identificarse, el *maître* la dirigió a su mesa. En cuanto se la indicó con la mano, Sara creyó que se había equivocado, ya que en lugar de una sola persona había tres, pero al ver a Micky supo que era la correcta. Sorprendida, se quedó parada sin saber muy bien qué hacer. Micky, que se había levantado al verla llegar, se acercó sonriendo.

—Gracias por venir. Estás muy guapa. —Le dio un beso en la mejilla y la cogió levemente por el codo antes de invitarla a continuar hacia la mesa—. Por favor, déjame que te presente a unas personas muy importantes en mi vida.

Sara le siguió como un autómata, aun cuando deseaba salir corriendo de allí. Cuando creía que Malik no podía sorprenderla más, resulta que se sacaba un conejo guardado en la chistera.

—Sara, quiero presentarte a mis dos pupilos y espero que pronto hijos adoptivos, Salima y Nayi.

Los dos jóvenes se levantaron para saludarla. Salima la abrazó con fuerza mientras que Nayi le dio la mano tímidamente.

—¡No sabes las ganas que teníamos de conocerte! Jaled Jan no habla más que de ti, todo el tiempo —exclamó entusiasmada Salima.

Hablaba correctamente castellano, aunque se notaba un extraño acento de fondo. Era una joven morena muy hermosa que irradiaba una calidez especial. Resultaba sumamente reconfortante estar a su lado, por lo que no tardó en sentir una corriente de simpatía hacia ella.

—¿Ah, sí? Pues no puedo decir lo mismo de vosotros —contestó ásperamente Sara antes de sentarse al lado de Malik. Una vez más se sentía en desventaja y sometida a una situación de hechos consumados para la que no estaba preparada y no sabía si quería estarlo.

—Es que era una sorpresa —le contestó Malik, con la más seductora de sus sonrisas.

—Más que una sorpresa ha sido una trampa —le reprochó Sara.

—Sorpresa, trampa…, ¿qué más da si, por fin, he conseguido reunir a las personas que más quiero?

Por primera vez desde su regreso, Sara creyó reconocer en su mirada y en su voz al Micky que había conocido y amado desde que tenía memoria y por primera vez sintió que había una posibilidad de volver a ser felices.

—Ahora, podremos ser al fin la familia que siempre deseamos —sentenció Salima antes de volver a abrazar a una aturdida Sara.

Mientras un camarero comenzaba a servirles las bebidas, Sara se volvió hacia Malik y le susurró al oído: «Esta me la pagas», a lo que él le contestó: «Tengo todo el resto de mi vida para ello».

1. ¡Venga, chicos, saquémoslo de aquí! ¡Vamos, vamos! ¡No hay tiempo para más curas!

2. ¡Bien! El bello durmiente ha vuelto con nosotros.

3. ¿Me has besado tú?

4. ¿Quién eres?

5. Por favor, ¿podrías llamar al coronel García Ibáñez del destacamento español? Él te dirá quién soy.

6. Señor, no soy un yihadista, soy un oficial del ejército español y por lo tanto solo hablaré con mi superior.

7. ¿Sí, señor?

8. Unos cruasanes, por favor.

9. Sí, señor.

10. Hola, guapa. ¿Qué tal todo?

11. ¿Quién es?

12. Yo no lo conozco.

13. Vengo de Faluya.

14. ¿Y a mí qué me importa?

15. El padre de las puertas.

16. Venga, venga. Avanzad.

17. No quiero oír ni un ruido. Los hombres necesitan descansar.

18. La paz sea con vosotros, así como la piedad y bendiciones de Alá.

19. Perro, hijo de perra.

Novela ganadora del décimo Premio Internacional
de Narrativa Marta de Mont Marçal 2023

© Yashmina Shawki, 2023
Autora representada por IMC Agencia Literaria.

Primera edición en este formato: septiembre de 2023

© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-19743-54-1

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.